

# FADUA. LA IMPETUOSA DONCELLA DE HOMS

Edith Chahín Curi



BIBLIOTECA VIRTUAL  
**MIGUEL DE CERVANTES**  
[www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes  
Alicante, 2019

CHAHÍN, Edith  
*Fadua. La impetuosa doncella de Homs*  
Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. 2019. 136 pp.  
ISBN: 978-84-17422-66-0

Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2019.  
Este libro está sujeto a una licencia de “Atribución-NoComercial 4.0  
Internacional (CC BY-NC 4.0)” de Creative Commons.



© 2019, Edith Chahín  
Algunos derechos reservados  
ISBN: 978-84-17422-66-0

Portada: Homs, 1998.

## ÍNDICE

1.El amor de Fadua.....	1
2.El amor de Alí.....	5
3. Complicaciones.....	12
4.Fecha para el rapto y la boda.....	18
5.El molinero.....	20
6.Mahmoud y Alí.....	22
7.El factor religioso.....	28
8.Fadua se consume de amor.....	31
9.La misteriosa amiga de la abuela de Fadua.....	34
10.El plan de Ámbar.....	38
11.Otro pasajero rumbo a América.....	44
12.¿Dónde está Alí?.....	49
13.Enloquecida de amor.....	53
14.El burka.....	60
15.Otra vez solas.....	65
16.Por el camino de Hama.....	72
17.En la hermosa ciudad de Hama.....	77
18.Tras las huellas de Alí.....	83
19.La lapidación.....	91
20. <i>Huyen sin saber de quién</i> .....	101
21. <i>Esperan sin saber a quién</i> .....	107
22.Las mazmorras.....	114
23.La ablación.....	120
24.¿ <i>Hamdel'la!</i> .....	125
25.Fadua significa sacrificio.....	129

*Ofrezco este humilde homenaje,  
en vísperas del IV Centenario de su inmortal Quijote,  
a don Miguel de Cervantes,  
el hombre que nos enseñó a escribir.*

# 1

## EL AMOR DE FADUA

–Mi hermana tenía quince años cuando decidió casarse con el que es su marido.

Soltó esta frase espontáneamente, casi sin saber lo que decía ni esperar que alguien se la rebatiese o se la contestara. La dijo para sí misma, sin darse cuenta de que lo había hecho en voz alta. Estaba cansada, hastiada de rellenar cojines; sentía las manos agarrotadas, los dedos yertos de tanto estirar la tela para que los copos de lana llegaran hasta los últimos rincones de cada cojín. Lo hacía mecánicamente, porque, a pesar del bullicio que producían los gritos y las risas de sus hermanas menores, y a pesar del silencio que repercutía en sus oídos irradiado por la presencia de su madre sentada a su lado, callada y activa, ella estaba ausente y ajena, sintiendo que su corazón ardía al compás de sus pensamientos, que giraban en torno a una sola cosa en el mundo, su máspreciado anhelo: Alí.

¿Qué estaba haciendo allí sentada en silencio cuando lo único que deseaba era hablar de él, ya que no podía estar a su lado; desahogarse, revelar su amor, su pasión por ese hombre que la había traspasado con su mirada llena de amor y de admiración?

Sin tener conciencia clara de lo que hacía, repitió la frase. Pero jamás pensó en las consecuencias que su persistente interés en ese escabroso tema habría de provocar. Lo descubrió mucho después, cuando pasadas tres o cuatro lunas, volvió a pensar en su hermana Nahima, que se había casado a los quince años, y lo pensó precisamente en el momento en que se resignaba y aceptaba el destino que la obligaba a renunciar a ser la esposa de Alí, porque fuerzas mayores se lo impedían.

–¿Qué has dicho? –le preguntó su madre.

Y ella repitió por tercera vez:

–Mi hermana tenía quince años cuando decidió casarse con el que es su marido.

–No, hija. Tu hermana no lo eligió ni lo decidió ella. Recordarás que cuando ese hombre se presentó, tu padre y yo pensamos que sería un buen partido para ti, pero tú no quisiste servirle el café. Esa era la única forma de que él te conociera y te aceptara. ¿No recuerdas que yo misma entré a buscarte y a decirte que sirvieras el café? Te llamé dos o tres veces, pero tú no obedeciste. Por eso, tu hermana Nahima, con su habitual entereza, tomó la iniciativa de servir ella misma el café y Yúsef se enamoró de ella. Luego se casaron y... ya sabes el resto de la historia, ¿verdad?

–La recuerdo perfectamente, mamá.

La madre sonrió satisfecha. Luego agregó:

–No obedeciste entonces ni quieres obedecer ahora. Estás obsesionada con ese joven, ¿cómo se llama?

–Alí.

–¿Alí? ¿Solo Alí? ¿Quién es ese hombre? Nada sabemos de él.

Hizo una pausa admirando los hermosos ojos de su hija, que brillaban como gotas de rocío al estar llenos de lágrimas.

–Lo único que sabemos de él –continuó– es que no es cristiano. ¿Acaso no sabes que es musulmán? ¿Cómo vas a casarte con un musulmán? Tendrás que renunciar a tu fe cristiana y convertirte al islam. ¿Y qué será de tus hijos? ¡Dios mío! –se lamentó, agitando las manos alrededor de su propia cabeza.

–Madre, no te excites, por favor. Escúchame. –Fadua secó con el dorso de su mano las lágrimas que se le habían escapado de los ojos–. Creo que nos equivocamos al pensar que yo no quise obedecer y que Nahima sirvió el café para evitarnos un bochorno. No es eso. Creo que fue el destino. Ese hombre estaba destinado para mi hermana. Ambos se enamoraron mutuamente. ¿Qué hubiera sucedido si yo me hubiese casado con Yúsef y, después de casado, él se hubiese enamorado de Nahima? Mi matrimonio hubiera sido un completo fracaso, sin amor y con el dolor de ver a mi hermana queriendo al hombre que jamás podría ser suyo. ¿No te parece?

Mannur escuchaba a su hija espantada. No podía creer lo que oía. ¡Una hija suya hablando ese lenguaje libertino y provocador! La observó lentamente hasta prenderle los ojos con su desconcertada mirada.

–¡No es posible que mis oídos estén oyendo esas palabras que salen de tu boca! ¿Qué estás diciendo? ¿Qué es eso de «el hombre que jamás podría ser suyo»? ¿Qué lenguaje es este! ¿Dónde aprendiste a hablar de esa forma tan poco digna de una joven bien educada?

Se miraron como dos leonas defendiendo sus cachorros. Fadua no estaba dispuesta a ceder.

–Madre, si te excitas no podremos continuar esta conversación. Y es bueno que lo hagamos. Debemos aclarar muchas cosas. Tú empezaste preguntando por Alí. Mi padre sabe mucho sobre él, porque han estado hablando últimamente. Pregúntale a él y, si no te basta, invita a Alí. Así podrás hablarle y preguntarle todo lo que deseas saber para aclarar tus dudas. –Hizo una pausa, pasando las manos por la falda sobre sus caderas, para secar sus húmedas palmas. Siempre que se ponía nerviosa, se le humedecían las palmas de las manos. Su madre tenía una capacidad muy especial para ponerla nerviosa. Respiró profundamente y continuó más serena–: Mis palabras, mi lenguaje, no han sido ofensivos ni provocadores. Es la única forma que tengo de decir las verdades, por su nombre. Pero no nos desviemos. Creo, estoy convencida de que fue el destino el que trastornó vuestros planes o, si lo prefieres, fue Dios el que intervino para que todo ocurriera como terminó sucediendo.

–Está bien –accedió Mannur, algo menos alterada–. Puede ser que tengas razón, pero solo en este punto. El resto es un drama que te has inventado. No; no me interrumpas –dijo rápidamente, al ver que su hija quería intervenir–. Lo que voy a decirte es muy importante y me gustaría que lo entendieras bien. El amor no existe. Yúsef quedó encantado con Nahima al verla tan joven, tan optimista, decidida y llena de vida. Nahima, a su vez, quedó encandilada con Yúsef, porque era el primer hombre joven que veía, que se interesaba por ella y que estaba en su casa, muy cerca de ella, gracias a la aprobación de sus padres. Eso era lo principal para Nahima: la venia de sus padres; nuestro consentimiento. Pero el amor...

–¡El amor existe, madre, claro que sí! No lo puedes negar –insistió Fadua con apasionamiento.

–Sí; el amor existe. Pero yo me refería al amor a primera vista. Ese no existe. –Le habló de los prodigios del amor y de sus intrincados recovecos, que conocía no solo por su propia experiencia, sino a través de la profundidad y abundancia de su mundo de fantasía.

Mientras su madre hablaba, afirmando con tanta certeza esas ideas tan extrañas que la afectaban directamente, Fadua no sabía qué pensar.

Entonces, todo lo que ella sintió al ver a Alí por vez primera ¿qué era? ¿No era amor? «Si lo que siento por Alí –pensaba– me causa una felicidad tan profundamente dolorosa, ¿cómo será lo que sentiré cuando esa felicidad me haga feliz de verdad? ¿Será eso el amor?».

La madre seguía.

–Lo que existe es una atracción natural, porque Dios nos creó hombre y mujer precisamente para atraernos el uno al otro. Pero el amor –hizo una pausa–, el amor es algo mucho más profundo, va naciendo poco a poco a medida que la pareja se va conociendo y va intimando, cuando cada uno descubre los valores y las debilidades del otro; cuando sufren juntos por algún revés de la vida y luchan juntos para superarlo; cuando lloran juntos alguna desgracia; cuando son felices al ver nacer y crecer a los hijos... Son muchas las situaciones que tienen que enfrentar juntos, buenas o malas, da igual. ¡Eso es lo que hace nacer el amor que va echando raíces en lo más profundo de los corazones de ambos!

Fadua escuchaba sin pestañear; quieta como una estatua. No quería moverse ni parpadear siquiera para que su madre continuara su emocionado discurso; deseaba que siguiera hablando sin parar.

En el fondo de sí misma estaba convencida de que ella amaba a Alí y que él le correspondía. Los temblores que sentía en todo su cuerpo cuando estaba cerca de él, cuando le ofrecía el té y los pastelitos, solo podían significar que ella lo amaba y que él sentía lo mismo por ella al mostrarse tan cohibido y tímido cuando ella se le acercaba. Se estremecía al pensar que ese amor o atracción, como decía su madre, se multiplicaría mil veces cuando experimentasen juntos todas las situaciones que estaba nombrando: «buenas o malas, da igual». Lanzó un profundo suspiro que Mannur interpretó mal.

–Creo que te estoy cansando –dijo, e hizo un gesto de alejarse.

–No, madre, por favor, continúa. ¡Es tan maravilloso todo lo que estás diciendo! Nunca me habías hablado de esta forma; es como si quisieras responder a todas mis inquietudes.

Estaban serenas. El aire estaba impregnado con el perfume de la albahaca que crecía alrededor del patio, mezclada con otras hierbas que también esparcían sus tibios aromas al ser calentadas por el sol.

Mannur y Fadua estaban en plena faena, rellenoando un enorme cojín con lana de oveja que había sido lavada anteriormente por ellas mismas.

Ahora, una vez seca y extendida sobre unos paños en el suelo del patio, era golpeada por Yolia y Karimi con sendas varillas que hacían saltar montoncitos de lana por todos lados.

–No deis golpes tan violentos –se quejó la pequeña Afifi, que se revolcaba sobre la lana–, así no podré ayudar a Hadbo a carmenar la lana.

Las demás rieron a carcajadas.

–¿De qué se ríen, mamá? –preguntó Afifi, haciéndose la inocente.

–Porque tú no ayudas. Solo juegas –se adelantó Hadbo–. Por lo menos, acércale este montón a mamá para que lo meta en el cojín.

–Lo que no puedo entender es por qué todos los veranos tenemos que sacar la lana de los cojines, lavarla y volver a meterla –continuó rezongando Afifi–. ¿Por qué no dejamos los cojines en paz? Estoy cansada de tanto trabajar y de que os riáis de mí –protestó al escuchar nuevamente las risas de sus hermanas.

La madre recibió el montón de lana carmenada que le entregó su hija menor y dijo:

–Muy bien, Hadbo, estás dejando la lana muy vaporosa. Mirad todas aquí. Parece una nube.

–Yo también lo sé hacer –aseguró Afifi.

–Entonces, ven a ayudarme –la invitó Hadbo–, que todavía hay que rellenar el *haf*.

–¿El *haf*?

–Sí, Afifi. Aún nos falta por rellenar el *haf*, el edredón. ¿Aún no te habías enterado?

–Déjame estos montones a mí –dijo Karimi– y verás cómo los termino rápidamente.

Con toda agilidad, unió la acción a la palabra y empezó a separar con sus pequeños dedos las apretadas hebras de lana.

La actividad continuó entre risas y bromas que se hacían las hermanas. Todas menos Fadua, que continuaba pensando en Alí y en los problemas que su madre le había planteado.

¡Cómo recordaba a Nahima, su hermana predilecta! Si no se hubiese marchado de Homs, ahora podrían conversar sobre esta situación que la estaba preocupando y era seguro que entre ambas hubieran podido encontrar una solución. «¡Maldita guerra que separa a los miembros de las familias! –pensaba Fadua–. ¿Hasta cuándo va a durar esta situación?».

–Madre, ¿te gustaría que Alí viniera a cenar mañana? Así podrías hablar con él. Pronto tendrá que abandonar la ciudad para ir a arreglar sus asuntos económicos antes de que su tutor emprenda viaje a Sudamérica.

–Todo el mundo se está marchando de la ciudad; quiero decir, todos los hombres sirios. Al final, solo quedaremos mujeres y ancianos...

–Y niños –agregó Fadua.

–Pero dime, hija. ¿Cómo sabes todo eso? ¿Has visto a Alí en estos días? ¿Te has encontrado con él? –preguntó Mannur con aire intrigado.

–Todo esto lo contó papá al desayuno, ¿no lo recuerdas, mamá? –contestó Fadua–. También dijo que Alí estaba esperando vuestra respuesta –agregó con cierta intencionalidad, lo que obligó a su madre a reaccionar algo molesta.

–Yo no sé nada; no sé nada. Tengo que hablar con tu padre.

## 2

### EL AMOR DE ALÍ

A pesar de su talante sereno y pacífico, Alí estaba empezando a ponerse nervioso. Sobre todo cuando recibió la noticia de que su tutor, Abd el Rhahim, estaba preparando su viaje a América del Sur y que lo llamaba a su lado para hacerle entrega de la fortuna que le habían dejado sus padres antes de abandonar Siria.

Aunque la noticia no le disgustó, porque llegaba precisamente cuando él estaba haciendo planes para casarse con Fadua, con lo que cumplía la exigencia que sus padres habían puesto en manos de Abd el Rhahim al nombrarlo su tutor y su albacea, Alí estaba inquieto, ya que aún no conocía la respuesta de los padres de Fadua. ¿Lo aceptarían como esposo de su hija mayor?

No se preocupaba por la opinión de la interesada –aunque ya la conocía–, porque ella tenía que obedecer a sus padres y cumplir su voluntad.

El problema estribaba en su condición de musulmán. ¿Por qué la religión podía ser causa de separación, de impedimento, de guerra?, se preguntaba Alí. ¿Por qué no existirá una sola religión, así como existe un solo Dios?

Decidió pasar esa noche a saludar al señor Jure para despedirse de él, después de contarle la marcha inminente de Abd el Rhahim, el asunto de la herencia y todo lo demás. El señor Jure comprendería su apremio y le daría una respuesta a la petición de mano de su hija Fadua.

Habló con su amigo Tufik, que lo había acogido en su casa y en la tienda de ropas que tenía en el *zu'k* de Homs, donde había aprendido a vender y a regatear como buen comerciante árabe.

–Tendrás que ir acompañado. Mejor si es con un hombre mayor y sabio, que sepa argumentar si el padre de Fadua rechaza tu propuesta –le aconsejó Tufik.

Alí se quedó pensativo porque él no conocía a ningún hombre sabio y mayor en Homs.

–¿Te refieres a un anciano? No conozco a ninguno aquí en Homs. Lo ideal sería traer a mi tutor, ¿no te parece?

–No. No me parece. Simplemente, porque no puede ni debe arriesgarse a venir hasta Homs, atravesando media Siria, solo para pedir la mano de una joven. Tenemos que encontrar a alguien de Homs que pueda acompañarte. Piensa un poco. No debe ser necesariamente un anciano; pero sí mayor que tú. Alguien que sea conocido por su sabiduría, por su prudencia.

De común acuerdo ambos se levantaron de la mesa, ya que habían terminado de comer, y se dirigieron a la calle para ir al *zu'k*, porque era hora de abrir la tienda. Iban en silencio, meditando acaso sobre su conversación anterior y tratando de encontrar una respuesta.

–¡Ya lo tengo! –exclamó de pronto Alí–. Hablaré con el padre André. Él acompañó a mi amigo Yúsef a casa del señor Jure cuando fue a pedir la mano de su hija Nahima. Me conoce bastante bien y me aprecia como amigo y como musulmán, aunque él es religioso católico.

–¡Hummm! –dijo Tufik–. ¡Qué lío! Un sacerdote católico pide en matrimonio a la hija de un cristiano ortodoxo para un joven que practica la religión del islam.

–Así es –suspiró Alí–. Somos muy complicados. Pero no me preocupo. Sé que me aceptarán gracias al padre André.

Continuaron su camino y después de ayudar a su amigo a abrir la tienda y a exponer las mercaderías en los tenderetes, Alí le dijo:

–Como es pronto y aún no hay clientes, aprovecharé para acercarme a pedir al padre André que me acompañe esta misma noche.

–Muy bien, amigo, me gusta tu espíritu decidido y tu tesón. Te deseo mucha suerte.

–*Chucrán*. Gracias. Regresaré enseguida –aseguró Alí y se alejó lleno de ilusión, con el rostro sonriente, como burlándose de sí mismo. No entendía cómo podía haber sentido tanta preocupación y nerviosismo ante la perspectiva de una visita formal a la casa de su amada Fadua, ni por qué no se le había ocurrido antes pedir ayuda al padre André. ¡Cómo se burlaría de él su amigo Yúsef si estuviera a su lado! Suspiró al recordarlo. No podía dejar de pensar en él, lo recordaba en todo momento, a pesar de que hacía bastante tiempo que se había marchado con su esposa y con su hermana. «¿Cómo estarán? –pensaba Alí–. ¿Habrán conseguido un barco en Marsella para continuar el viaje? ¿Habrán llegado ya a su destino? ¿Habrán sido bien recibidos en ese país tan lejano y extraño, o habrán sido rechazados?».

Mientras se acercaba a la casa de los religiosos, Alí manifestaba en su expresivo rostro todo lo que iba pensando. Los que se cruzaban con él se volvían para mirarlo, ya que parecía estar hablando solo, pero él no lo advertía; simplemente continuaba andando y pensando en tantas cosas que le surgían en la cabeza: las frases que diría al padre André, lo que pensaba hablar con el señor Jure y con su esposa Mannur, lo que haría después al encontrarse con su tutor; pero, sobre todo eso, prevalecía la atractiva figura de su amada. ¡Fadua! Con sus negros cabellos y sus ojos dorados o negros, según si reflejaban el sol o las sombras. Ojos extraños, profundos y hermosos que lo cautivaron desde el primer momento.

¡Qué extrañas emociones había sentido en los encuentros que tuvo con Fadua cuando se reunían con la familia en los tiempos en que Yúsef había desaparecido, cuando Nahima aún estaba en Homs!

¡Qué bellos días, qué dulces momentos, cuando Fadua se acercaba para ofrecerle té o pastelitos!

Recordaba esos días como los más dichosos de su vida y se prometía a sí mismo que eso tenía que volver; no debía perder esta oportunidad de ser feliz con esa joven maravillosa que Al'la le había puesto en el camino.

A partir de ese momento, Alí siguió andando, agradeciendo a Al'la su bondad, su misericordia, su grandeza.

De repente, detuvo sus pasos sorprendido al ver al padre André apoyado en el portón de su casa, con un gesto pensativo y preocupado en el rostro. Pero el religioso no se percató de su presencia hasta que Alí le habló.

–Buenos días, padre André, que Al'la esté con usted.

–¡Oh! ¡Ah! Eres tú, Alí. Que Dios esté también contigo. ¡Qué casualidad! Estaba pensando y preguntándome quién me podría sacar de un apuro y apareces tú como enviado del cielo. Escúchame, hijo –le susurró, acercándose a él con tono misterioso–: ¿Sabes cuál es el problema más complicado que hay en nuestros días y en nuestra sociedad? –Al ver que Alí titubeaba, se respondió a sí mismo–. La verdad es que existen muchos problemas: las guerras, los delincuentes, los leprosos, los huérfanos, las viudas. Son asuntos graves, pero si nos esforzáramos, podríamos llegar a encontrarles solución... algún día –agregó meneando la cabeza.

Al notar sobre sí la estupefacta mirada de Alí, reaccionó rápidamente y fue directo al grano.

–Quiero decirte que el más terrible de todos los problemas que te he nombrado, porque no sabemos darle solución, es el asunto de las religiones.

–¿Las religiones? –preguntó Alí, creyendo que soñaba. Parecía como si el religioso hubiese adivinado sus preocupaciones. O tal vez el señor Jure habría venido a contarle sus planes...

–Padre André, precisamente yo quería...

–Escúchame, Alí –lo interrumpió el religioso–. ¿No me preguntas por qué las religiones me parecen un asunto de difícil solución? ¿Es que esto no te interesa?

Alí lo miró a la cara, de frente. Prefirió no insistir. Estaba seguro de que se lo diría de todos modos y de que pronto tocaría el tema de Fadua.

–Si todos tuviésemos la misma religión no existiría ningún problema. Pero eso no es fácil. –Levantó la mano derecha para impedir que Alí lo interrumpiera–. No es nada fácil. Dime, ¿tú crees en Al’la?

–Por supuesto que sí. Creo en Al’la, que es grande, misericordioso, omnipotente y eterno –respondió con énfasis.

El padre André le sonrió, con un gesto lleno de comprensión y compañerismo, porque sentía que él también participaba de ese mismo fervor.

–¿Lo ves, Alí? Yo también creo en Dios, que es grande, misericordioso, omnipotente y eterno. ¿Comprendes? Los dos creemos en el mismo dios. Tú eres musulmán, yo soy católico. Tú lo llamas Al’la y yo lo llamo Dios.

–También otros pueblos creen en un solo dios –agregó Alí.

Se miraron moviendo la cabeza de arriba abajo lentamente. Estaban empezando a entenderse. Pero lo que Alí no comprendía era la razón de que ese asunto, que llevaba siglos provocando problemas, guerras y malos entendidos en las distintas civilizaciones, pudiera causar de repente tanta preocupación al padre André. Le lanzó una mirada interrogativa que el religioso cogió al vuelo.

–Ven conmigo. Pasa, por favor, y siéntate un momento. Ahora, escucha con atención. No he podido dejar de pensar en esto durante toda la mañana. Debo solucionar o, más bien, debo ayudar a solucionar un problema familiar. La raíz del asunto está en la diferencia de religiones que profesan las dos personas afectadas. ¡Es horrible!

Mientras el sacerdote hablaba, Alí temblaba de angustia, y pensaba que el religioso ya había hablado con el señor Jure y que este había rechazado su proposición de matrimonio. Volvió a mirarlo con expresión interrogativa, pero el padre André no se percató. Él seguía con su discurso.

–¡Realmente horrible! Si no conseguimos aplacarlos, cumplirán sus amenazas y se matarán entre sí.

Calló, sumiéndose en una profunda reflexión que Alí, concentrado como estaba en su propio problema, prácticamente no advirtió. Pensaba que el religioso tenía razón y que todos los habitantes del mundo deberían profesar una misma religión.

–Sucedió una horrible desgracia en el molino. Seguramente conoces a la familia del molinero, ¿verdad? –Al ver el movimiento afirmativo de cabeza de Alí, continuó–: El hijo mayor de la familia cristiana de Om Raffud llevó varios sacos de trigo al molino. Los llevó él personalmente porque la familia necesitaba la harina esa misma tarde. Como el molinero no estaba, lo atendió el hijo mayor, y al verlo entrar le hizo un gesto para que se detuviera, porque tenía muchos encargos y le era imposible atenderlo esa mañana. –El padre André hizo una pausa para tomar aliento. Alí empezó a preocuparse al ver al religioso tan alterado. Al fin continuó–: De ahí surgió una discusión bastante violenta que se agravó más cuando un amigo del molinero, musulmán como él, entró con un saco de trigo y el molinero no solo no lo rechazó, sino que le dijo que no se marchara, porque se lo podría llevar enseguida. «Como es un solo saco, te lo moleré enseguida», le dijo. El asunto se puso al rojo vivo. Raffud golpeó al molinero y este le respondió con un cuchillo que tenía en la mano y que estaba, precisamente, afilando para cortar las cuerdas del saco. Le dio un golpe tan

desafortunado que le cortó la yugular y el cristiano cayó al suelo sin sentido, desangrándose rápidamente.

Alí estaba estupefacto no solo por la tragedia sucedida en el viejo molino, sino porque sabía perfectamente las consecuencias que tendría ese desgraciado suceso.

–Pero ¿qué piensa hacer usted, padre André? ¿Ayudar a solucionar esto? –le preguntó con inquietud–. ¡Usted no puede hacer nada! Ya sabe lo que sucede cuando ocurre una desgracia como esta. La familia del difunto tendrá que vengar su muerte. Es la ley, y usted lo sabe muy bien. Lo mismo pasaría si hubiese sucedido al revés. Si el cristiano hubiese asesinado al musulmán, también la familia musulmana tendría la obligación de vengarlo. Es la ley del islam. El padre de familia debe matar al que asesinó a su hijo; de lo contrario, su esposa, sus familiares, sus otros hijos y amigos lo despreciarían.

–No tienen padre –respondió el sacerdote–. Om Raffud enviudó hace tres años. Pero tiene varios hijos e hijas. El mayor de los varones está preparándose para ir a vengar a su hermano, matando al asesino, al hijo del molinero, a eben Mahmoud.

Guardaron silencio un momento rumiando cada uno las últimas frases del otro. El padre André pensaba: «Es la ley del talión. Podríamos decir que Cristo la reemplazó por la ley del amor, pero tal vez Él no contaba con la testarudez de los hombres».

–Padre André, todo esto es muy complicado. Le aconsejo que no trate de intervenir. Si lo hace, saldrá perjudicado.

–No me harán daño, no te preocupes. Mi deber es apaciguar a la familia Raffud. Son cristianos practicantes; tienen que aprender a perdonar.

–¿Perdonar el asesinato del hijo mayor? ¡Eso no es posible! Padre André, usted debe entender que la familia del molinero incluso se sentiría ofendida si la familia Raffud no clamara venganza. Créame. Estarán esperando y preparándose para recibir al vengador.

Pero el religioso estaba empeñado en intervenir y, para hacerlo de manera más efectiva, necesitaba la ayuda de Alí; porque ingenuamente creía que si él conseguía calmar a los Raffud, Alí podría intentar lo mismo con la familia del molinero.

–¡No es posible, padre André! –insistió Alí–. No debemos intervenir en un asunto tan serio. –Hizo una pausa y continuó, cambiando de tema–: Además, al venir a verle, tenía la intención de rogarle que me acompañase esta noche a casa del señor Jure para pedir la mano de su hija mayor.

–Eres un buen hombre, Alí, pero yo creo que Dios te envió a mí porque lo que yo estaba necesitando en estos momentos era precisamente un amigo musulmán que me ayudara a solucionar este problema. –Mirándolo profundamente a los ojos, le dijo–: ¿No crees que hoy no es un día para estar pensando en peticiones de mano? ¿No te das cuenta de que esta situación va a provocar una guerra entre dos familias?

Alí lo sabía. Y sabía que esas guerras no terminaban nunca, porque si el hermano de Raffud conseguía vengarse y mataba al hijo mayor del molinero, un hermano de este, a su vez, tendría que vengarse matando a otro miembro de la familia Raffud, y así continuarían las venganzas interminablemente.

En las dos familias solo quedarían mujeres, porque incluso los niños pequeños, al crecer, seguirían vengándose.

Para los musulmanes y para los cristianos, el perdón no existía, no era una acción positiva; era más bien una maldición, una humillación para ambas familias.

–A pesar de todo –aseguró el padre André–, debemos intentarlo antes de que empiecen a matarse. No podemos permanecer con las manos cruzadas.

Alí lo miró con indulgencia. El religioso era una buena persona y no iba a permitir que dos familias se aborrecieran de esa forma.

–Y ¿qué piensa usted que tenemos que hacer para impedirlo? ¿Cómo vamos a solucionar un problema que no tiene solución?

–Verás; he pensado lo siguiente...

Mientras el padre André hablaba los ojos de Alí iban abriéndose más y más. Por la expresión de su cara, solo podía sacarse la conclusión de que el religioso había perdido la razón, que estaba loco, y lo peor del asunto era que lo estaba implicando a él en ese plan descabellado.

–No, no y no, padre André. ¡No! ¿Es que no se da cuenta de la gravedad de la situación? Usted mismo ha manifestado poco antes su opinión y ha dicho, con toda sabiduría, que todo esto va a «provocar una guerra entre las dos familias». Estoy de acuerdo con esto. Será una guerra, pero una guerra entre dos familias. –Alí subrayó la palabra «dos»–. Su plan, padre André, va a provocar una guerra entre todas las familias del pueblo. Si interviene usted y resulta herido o muerto, todos los cristianos de Homs querrán vengar su muerte, ¿comprende? Otro tanto sucederá si me mataran a mí; pero en este caso los que buscarían venganza serían los musulmanes.

El padre André afirmaba tristemente con su cabeza las palabras del joven Alí. ¡Cuánta razón tenía! ¡Cuántas guerras se habrían evitado entre los árabes si no existiese ese exagerado cumplimiento de la ley! ¡Ojo por ojo! Si tú matas a uno de los míos, debo matar a uno de los tuyos. Tanto los «míos» como los «tuyos» sabían que tenía que ser así y esperaban que todo se solucionaría con esa ley del talión que es precisamente «la que castiga con un daño igual al que se ha cometido». Ingenuamente, todos esperaban que, una vez cumplida la venganza, la vida volvería a ser como antes, recobraría su normalidad, su rutina.

«En la Biblia, en el libro del Éxodo 21, 14 –según pensaba el religioso–, se lee claramente: “El que se atreva a matar a su prójimo con alevosía, hasta de mi altar lo arrancarás para matarlo. Palabra de Yahvé a Moisés”. Pero Cristo vino a la tierra a predicar la paz y el amor fraterno. ¿Qué dirá el Corán al respecto?».

Eso lo sabía Alí, que coincidía con las reflexiones del padre André. Según su fe, el islam se apoyaba en las palabras del profeta:

«¡Oh creyentes! Os está prescrita la pena del talión por el asesinato. Un hombre libre por un hombre libre, un esclavo por un esclavo, una mujer por una mujer». Así está escrito en la Sura II, 173, y en el versículo 175 se lee: «En la ley del talión está vuestra vida, hombres dotados de inteligencia. Tal vez acabaréis por temer a Dios».

Guardaron un largo silencio. El caso era demasiado complicado y serio para encontrarle una solución improvisada.

–Ven conmigo, Alí. Vamos a rezar juntos. Tal vez uno de los dos reciba una inspiración del Altísimo.

Entraron en la capilla del convento de los franciscanos y el padre André invitó a Alí a acercarse al altar. Ambos se pusieron de rodillas sobre la alfombra. Alí inclinó su cabeza hasta el suelo y el religioso lo imitó.

Permanecieron así largo rato rodeados de un silencio sepulcral. Un rayo de sol, quebrado al traspasar las vitrinas de las ventanas de la capilla, iluminaba las plantas de los pies de ambos creyentes, jugueteando sobre las sandalias del religioso y sobre las babuchas de Alí.

Este fue el primero en levantarse con el rostro resplandeciente. Su compañero se levantó también, aunque con menos bríos, tratando de disculparse por no haber recibido ninguna inspiración, pero Alí lo interrumpió:

–¡Padre André! Alí me ha iluminado con la mejor solución. No debe preocuparse más. Demos gracias a Alí, porque todo podrá arreglarse.

El religioso sacudió sus ropas y se masajeó con ambas manos la cintura, especialmente la región de las caderas y la zona lumbar.

–Esta posición no es cómoda para nosotros. Ahora sé por qué la mayoría de los musulmanes sois tan delgados y esbeltos. ¿Cuántas flexiones hacéis al día?

Alí lo estaba mirando desconcertado al oírlo hablar de flexiones, comodidad, esbeltez... ¿Qué le estaba sucediendo al sacerdote que pocos minutos antes parecía tan preocupado y ahora solo hablaba de trivialidades?

–Hijo, perdóname –reaccionó al fin al ver la mirada desaprobadora que le lanzaba el joven–. Perdona, Alí, te estoy distrayendo con tonterías.

El joven confirmó las palabras de su compañero varias veces con los movimientos de su cabeza. Acto seguido, aseguró:

–Padre, me parece que Al’la nos ha escuchado. Creo que tengo la solución.

Tardó bastante en explicar sus planes mientras las facciones de su interlocutor variaban repetidamente, a medida que escuchaba. Ora manifestaban entusiasmo, ora se fruncían en un gesto ambiguo, demostrando una falta casi absoluta de concordancia.

Pero Alí ni siquiera advertía estas reacciones en el rostro de su compañero, tal era el entusiasmo con que hablaba.

–¿Qué le parece mi proyecto? –preguntó al fin, después de su larga disertación.

El padre André hizo con su mano derecha el gesto que le era tan peculiar cuando su mente se esforzaba por encontrar una respuesta: apretar el mentón, bajando la mano hasta que este se escapaba de ella. Lo repitió varias veces y cualquiera que lo estuviese observando habría deseado que el padre André hubiera poseído una larga barba para que el movimiento reiterado de la mano derecha no se le hubiese terminado tan pronto. Seguramente él también lo estaba deseando, porque de repente se quedó mirando su mano derecha vacía, sin saber qué hacer con ella.

Decidió apoyarla sobre el hombro de Alí y le preguntó con acento profundo y voz apenas audible:

–¿Estarías dispuesto a llevar a cabo ese atrevido proyecto hasta sus últimas consecuencias?

–Por supuesto, padre André. Si estoy exponiendo este proyecto es porque lo llevaré a buen fin. Al’la es grande y todopoderoso. Él me ayudará. Nos ayudará.

–Hijo mío, tienes un gran corazón. Ya lo sabía. Yúsef me lo había dicho repetidas veces cuando estuvo aquí. Sin embargo, pienso que tal vez hayas olvidado tus planes. Me has dicho antes que venías a pedirme que te acompañara a visitar a la familia Jure para solicitar la mano de su hija, ¿no es así?

Alí lanzó una carcajada alegre y espontánea.

–¿Olvidar eso? –Volvió a reír–. ¡No faltaba más! Eso lo haremos ahora mismo, sin más contemplaciones. Sí, padre André. Es lo primero que vamos a hacer –insistió al ver la expresión dudosa del religioso–. Vamos, padre, haré todo lo demás con el mayor placer, si ahora mismo me acompaña a casa de mi amada Fadua.

En su fuero interno el religioso admiraba a Alí. Sin embargo, de pronto le venía el pensamiento de que el joven estaba desvariando al proponer dos asuntos tan contradictorios: una petición de mano, lo que acarrearía una boda y todas sus consecuencias, y luego un plan para solucionar un problema tan grave como la muerte de un cristiano a manos de un musulmán, de un asesino. ¿Cómo podía entenderse esto? ¿Cómo compaginar ambas actuaciones?

Se lo dijo con calma, reposadamente, para que el joven no pensase que él dudaba de su buena fe.

–Padre André –respondió Alí con una sonrisa de comprensión en los labios–, ya he pensado en todo eso, no se preocupe. Pediré la mano de Fadua para que ella y sus padres sepan cuáles son mis intenciones. Una vez realizado este acto, ejecutaré mi plan. Le prometo que lo haré con toda entereza, porque sé que es la única forma de evitar la guerra entre las dos familias.

El padre André continuaba mesando su invisible barba y en su interior crecía más y más su admiración por ese joven tan resuelto, osado y sereno.

–Dios te bendiga, hijo mío –le dijo con voz emocionada–. ¡Vamos allá!

### 3

## COMPLICACIONES

Tenían que atravesar casi toda la ciudad para llegar al barrio donde vivía la familia Jure.

Homs no era una ciudad muy grande por esos años, pero tenía muchos habitantes; consecuencia natural de la costumbre de las familias árabes de tener todos los hijos que Dios o Al'la quería enviarles, sin preocuparse de la paternidad responsable, ni del tamaño de la vivienda, ni mucho menos de la situación económica. Esas preocupaciones no existían entonces. «Dios es grande, *Al'la kbir*, bueno y poderoso. Él proveerá».

No era raro, entonces, que nuestros dos personajes encontraran en su camino a muchos niños y jóvenes, que jugaban fuera de sus casas o corrían para cumplir con un encargo ordenado por sus padres.

–¡Padre André! –gritó uno de estos jóvenes–. Raffud ha muerto. Lo mató Mahmoud, el hijo del molinero.

–Ya lo sé, hijo, ya lo sé –respondió el religioso–. ¿Ha sucedido algo más? ¿Qué dice la familia Raffud?

–Ha jurado vengarse. Ahora Tannus ha pasado a ser el hermano mayor. Lo vengará después del funeral, pasado mañana.

–Gracias, hijo. Ve a decir a tu padre que vaya a consolar a Om Raffud y le ruegue que por amor a Dios impida esa venganza. ¡No te rías! No estoy bromeando. Ve a dar mi recado a tu padre.

El joven se alejó velozmente y el sacerdote tuvo que apresurarse para alcanzar a Alí, que no se había detenido.

Continuaron en silencio. Tenían muchas ideas que bullían en sus cabezas, impidiéndoles entablar conversación alguna. Estaban convencidos de que todo había sido dicho entre ellos.

–Hemos llegado –dijo el padre André–. Les parecerá raro que irrumpamos en su hogar, así, sin haber avisado, ¿no te parece?

Alí tragó saliva. Era la forma de manifestar su nerviosismo. Precisamente, el padre André había expresado con palabras su propio pensamiento. Para tranquilizarse, dijo:

–No creo que se sorprendan demasiado. El señor Jure sabía que yo pensaba venir a su casa una de estas noches. Pero claro, debí avisarle antes.

Miró al religioso, que esperaba tranquilamente.

–Bueno, habrá que llamar a la puerta –dijo Alí, uniendo la acción a la palabra.

Dio un par de golpes tímidos con el puño en el portón de madera y esperó.

–No creo que me hayan escuchado, ¿no le parece? Llamaré nuevamente.

–Pero no lo hagas con la mano. Mira esto. ¿Ves esta piedra tan lisa y brillante? Creo que se debe al uso constante que se hace de ella para golpear –señaló el padre André–. Seguro que ahora sí oirán y abrirán.

Estaba con la piedra en la mano listo para dar un golpe cuando el portón se abrió dando paso a la ascética figura del señor Jure, que sufrió un sobresalto al ver que el padre André lo amenazaba de esa manera.

Todo sucedió muy rápido y al rato estaban los tres riendo.

–¡*Al'la u sahla!* ¡Bienvenidos a mi hogar! Padre André, Alí, ¿me pueden decir qué broma es esta?

–Por favor, perdóneme, señor Jure. Pensábamos que desde el interior no se habían escuchado los débiles golpes dados por Alí en el portón –se disculpó el religioso–. Mi intención era dar con esta piedra para ser oído. Todo el mundo la usa para eso, ¿verdad, señor Jure?

–Así es. Lo hacen porque temen no ser escuchados, como bien dice usted. Lo que no saben es que nosotros tenemos muy buen oído... ¡todavía! Pero, por favor, no se detengan aquí en la puerta. Pasen, *Al'la u sahla*.

Alí entró el último, un poco apartado, temeroso de que los dos hombres escucharan los latidos de su corazón; así de emocionado se encontraba.

Recordó las innumerables ocasiones en que había entrado en ese hogar acompañando a Yúsef o trayendo noticias de él a Nahima y a su familia. Allí, en ese mismo salón donde estaba entrando ahora, había visto por primera vez a la dueña de su corazón, ¡Fadua!, la mujer que lo había cautivado con su esbelta figura y sus ojos grandes y hermosos, la mujer de manos finas y suaves que él una sola vez había osado besar.

Quería verla otra vez, deseaba tenerla cerca, ver su linda cara, sentir su mirada nuevamente, como el primer día en que se miraron y él descubrió que un rubor interesado había estremecido los párpados que cubrieron rápidamente sus maravillosos ojos. Ardía de impaciencia por verlos de nuevo para asegurarse de que no se había engañado, que ella sentía por él lo mismo que él por ella. Los intrínquilis del amor.

«¡Fadua! ¡Fadua!», pensaba el joven estremeciéndose con cada suspiro, totalmente ausente de lo que sucedía a su alrededor.

Pensaba en sí mismo como en un ser privilegiado, como el primer hombre del mundo capaz de experimentar un sentimiento tan intenso, desconocido para él hasta entonces; ese sentimiento del que no sabía ni siquiera el nombre. Otros dirían que se llamaba amor, pero el amor era, para él, un sentimiento vulgar que todo el mundo sentía, y él estaba seguro de ser el creador de ese estado apasionado nuevo, distinto, capaz de transformar el mundo. Tenía que encontrar un nombre para ese sentimiento, antes de encontrarse con su amada.

Se sobresaltó al escuchar la voz del padre André.

–Alí, ¿por qué no explicas tus planes al señor Jure? Me parece interesante conocer su opinión, ¿no? –sugirió el padre André, aunque enseguida descubrió que la mente de su joven amigo se había escapado por otros mundos–. Me refiero a ese generoso proyecto con el que vas a intentar evitar la guerra entre dos familias. Ya sabes a qué me refiero, ¿verdad?

Alí continuaba mirando perplejo al religioso, lo que obligó a este a ser más explícito.

–Señor Jure, le ruego que me perdone por dar tantos rodeos. De verdad, no era mi intención desviarme del verdadero objetivo de nuestra visita. –Carraspeó y siguió lentamente–: Usted conoce a este joven musulmán, Alí. Viene con la intención de pedir a usted la mano de su hija Fadua.

–¡Ah! –dijo el dueño de casa, sin manifestar sorpresa.

–Debo explicarle –prosiguió el religioso– que este asunto tan importante para el joven Alí está muy unido al problema que existe entre la familia Raffud y la de Mahmoud. Pero de todo esto debe hablar él mismo. –Se volvió hacia Alí y le dijo–: ¿No te parece que este asunto tan personal debe ser abordado por ti mismo?

–Sí, sí –respondió Alí todavía nervioso–. Es lo que yo estaba pensando.

–Perdonen un momento, amigos. Si me lo permiten, desearía llamar a mi mujer. En estos asuntos que atañen a nuestras hijas, pienso que debemos estar presentes los dos para poder decidir.

–Por supuesto, señor Jure –se apresuró a contestar respetuosamente el sacerdote–. Usted es el dueño de casa. Será un honor para nosotros ser recibidos por su esposa.

Alí solo atinaba a menear la cabeza aprobando todo lo que decía el religioso.

–¿Desearían tomar una taza de café? –preguntó el señor Jure antes de salir, mirando al joven con una suave ironía.

Esta vez, el primero en reaccionar fue Alí.

–¡Oh, sí, por favor! –Las palabras le brotaron con ansiedad, como lanzadas por un último suspiro que se extinguió cuando terminó diciendo–: ¡Chucrán! ¡Gracias!

El señor Jure desapareció tras las cortinas.

Los dos hombres permanecieron solos mirándose en silencio, pensando acaso, uno en Yúsef y en la petición de mano de Nahima, y el otro en la taza de café que recibiría de su amada Fadua.

El padre André era, por encima de todo, un hombre pragmático, práctico, organizado. Comparando ambas peticiones de mano, la de Nahima y la de Fadua, aunque su mente permanecía serena, casi inactiva, no podía evitar creer que en esta segunda ocasión todo iba a ser más sencillo. Alí no estaba presionado por ningún tipo de persecución ni de prisas. Estaba seguro de que todo se llevaría a cabo con normalidad y en el momento oportuno. Observó al joven con cálido afecto y sonrió para sí mismo pensando cómo un hombre como Alí, que había demostrado ser tan valiente, osado, activo y maduro en todos los momentos de su vida, ahora aparecía como un colegial, como un jovencito tímido y nervioso ante la perspectiva de ver a la mujer que amaba y de tener que enfrentar a sus padres para pedirla en matrimonio.

Alí estaba sumido en sus propias reflexiones; no reparaba en la observación de que era objeto de parte del sacerdote, que estaba tratando de averiguar en qué estaba pensando Alí en ese preciso momento.

Este, apoyado en los cojines que tenía a sus espaldas, no pensaba. Se dejaba llevar por esas manos tan suaves y por esa mirada que le llegaba al corazón, a un lugar de ensueño, donde solo existían ambos, Fadua y Alí... y una taza de café. Jamás había deseado tanto beber una taza de café como en ese momento.

Naturalmente Alí no estaba vestido con la elegancia que el padre André hubiera deseado para una ocasión como esa. Llevaba ropa de trabajo y no era de extrañar, ya que él mismo le había explicado que se había acercado al convento solo para pedirle que lo acompañara esa noche a la casa del señor Jure. Luego había surgido el problema de la muerte del mayor de los Raffud y todo lo demás había pasado a segundo término. Ninguno de los dos había reparado en ese detalle tan importante de la ropa. Para algunos árabes, presentarse así, en ropa de trabajo a la ceremonia de petición de mano, podría ser un acto ofensivo, pero el religioso no temía que esto sucediera, porque en cuanto apareciesen el señor Jure y su esposa, él mismo se lo explicaría y les pediría disculpas en nombre de Alí, ya que estaba seguro de que el joven, en el estado de excitación en que se encontraba, no iba a ser capaz de formular ni una sola frase.

Ambos se levantaron cuando los dueños de casa hicieron su aparición y saludaron a Mannur con una inclinación de cabeza.

El marido les indicó que se acomodaran nuevamente y, ante la sorpresa del padre André, Alí no se sentó, sino que permaneció de pie y sin ningún preámbulo fue directamente al grano.

–Al’la es grande y todopoderoso. A Él le ruego que bendiga este hogar y a todos sus moradores.

El señor Jure respondió deseando al joven esas mismas gracias de parte de Dios.

–Me siento como un miserable al presentarme en este digno hogar vestido con estas ropas de trabajo. Os ruego que no miréis mi exterior, sino las buenas intenciones que me traen aquí. –Hizo una pausa, tragó saliva y continuó–: Deseo de todo corazón que me hagáis el honor de concederme la mano de vuestra hija mayor.

Dicho esto, Alí se acomodó sobre un cojín y cruzó sus piernas, manteniéndose erguido de la cintura para arriba.

Mannur contempló al joven y admiró la claridad con que había resumido sus intenciones, amén de la virilidad de sus facciones tostadas por el sol y de la serena mirada de sus ojos negros.

Ella sabía que Alí tenía veintisiete años pero, como en otras ocasiones, volvió a pensar que apenas representaba veintidós o veintitrés a lo sumo.

El padre André no soportó el minuto de silencio que siguió al discurso de Alí.

–Me parece que no es necesario que yo recomiende a este joven, porque ya lo conocéis bastante. Solo me permitiré recordaros todo el bien que hizo en relación con su amigo Yúsef y vuestra hija Nahima.

Hombre y mujer admitían con movimientos de cabeza las palabras del religioso. Se advertía que la petición no los tomaba por sorpresa y que, prácticamente, tenían la respuesta preparada.

Alí se mantenía en la misma posición, casi sin respirar, esperando la determinación de los padres de Fadua. Pensaba que su pecho iba a explotar, de alegría si lo admitían como yerno, y de pena y amargura si lo rechazaban. Los segundos que siguieron le parecieron siglos hasta el momento en que el señor Jure carraspeó y empezó a hablar.

–Estamos convencidos de la nobleza del corazón de Alí y estaríamos muy felices de darle a nuestra hija mayor en matrimonio pero, como todos sabemos, no está permitido que un musulmán se case con una mujer cristiana. Así son las leyes y no podemos transgredirlas.

–Pero usted sabe, señor Jure, que hay fórmulas aceptadas por la mayoría que permiten...

–De acuerdo, padre André –lo interrumpió el dueño de casa–, de acuerdo. También sabemos y aceptamos esas fórmulas. Me he referido a estas leyes solamente para hacer hincapié en el tema religioso respecto a mi hija y a su descendencia. Es tan difícil congeniar el islam con el cristianismo... –Hizo una pausa, meneando la cabeza en actitud muy pensativa–. Mi hija tendrá que aceptar la religión de su marido, ¿verdad?

–Señor Jure, si ella así lo quiere puede hacerlo, pero jamás en contra de su voluntad –dijo Alí con voz casi apagada por la emoción.

–Eso lo haría más complicado aún –intervino, escéptico, el sacerdote.

Sus miradas tropezaron a mitad de camino; todos entendían el problema sin necesidad de plantearlo más claramente. Marido y mujer deberían tener una misma fe y acudir juntos a los ritos que les mandaba practicar su religión. Penetrar en la discusión de ese tema, solo los conduciría a una senda sin retorno.

–Además –dijo el señor Jure–, al parecer existe algún problema relacionado con la muerte del primogénito de Raffud.

Mannur, que había permanecido serena y silenciosa, no estaba enterada de este lance y, al escuchar las palabras de su marido, lanzó una exclamación de susto, que intentó ahogar con las manos.

–No hay que alarmarse –enseguida la tranquilizó el padre André–. Lamentablemente eben Raffud ha sido asesinado por Mahmoud, el hijo mayor del molinero. Alí nada tiene que ver con ese incidente ni con la discusión que llevó al molinero a matar a eben Raffud. Incluso, cuando Alí vino a verme, no estaba enterado del asesinato. Yo mismo le conté toda la historia para que me

ayudara a encontrar una solución al problema y evitar las venganzas y la guerra que se les vendrán encima a las dos familias.

–¿Podrían explicarme cómo podrá Alí solucionar esos problemas tan graves? Porque si él no tiene ninguna relación con los hechos, ¿cómo podrá participar?

Alí quiso intervenir para contestar a la pregunta de su anfitrión. Solo lo consiguió haciendo un gesto con la mano en dirección al padre André para que este no contestara primero. Alí respiró hondo, tragó saliva y dijo:

–Es cierto que nada tengo que ver con el asesino ni con el difunto, pero me gustaría aceptar la propuesta del padre André para evitar una guerra entre ambas familias. Para hacerlo tengo un plan muy sencillo: llevarme a Mahmoud conmigo a las tierras de mi tutor, Abd el Rhahim, cuando vaya a recoger mi herencia, que solo me entregará cuando le confirme mi boda, cumpliendo así la voluntad de mis difuntos padres.

–Comprendo, comprendo –repitió el padre de Fadua con expresión preocupada–, pero esto complicaría un poco el asunto de la boda, ¿no le parece? –preguntó dirigiéndose al padre André.

Este movió sus piernas acalambradas en esa inusual postura.

–Si me lo permite, voy a levantarme y le responderé enseguida. –Lo hizo con la ayuda de Alí–. Como ven, estoy viejo y mis huesos se quejan. –Dio unos pasos por el centro del salón y se detuvo ante los dueños de la casa–. Vivimos tiempos difíciles –dijo–. El Señor está permitiendo que los hombres abusen de su paciencia y de sus propias capacidades. Hay guerras, hay anuncios de una gran guerra que se avecina a grandes pasos, que pronto estará encima de nosotros. Los hombres se endurecen, se matan unos a otros. Estos son los tiempos que nos ha tocado vivir. –Hizo una pausa que el señor Jure aprovechó para decir unas palabras al oído de su esposa, que se levantó y salió del salón sin hacer ruido. El religioso volvió a dar unos pasos y regresó al mismo sitio para continuar–: Mahmoud es un buen hombre y un buen musulmán. También el hijo mayor de Om Raffud era un buen hombre y un buen cristiano, católico. Ambos riñeron y la mala suerte puso en manos de Mahmoud un enorme cuchillo. Su intención no era matar al cristiano; él mismo me lo ha dicho. Solo pensaba herirlo para librarse de él. Mañana será el funeral. Todo el mundo sabe que después del funeral, vendrá la venganza, que se irá transmitiendo de generación en generación.

El señor Jure escuchaba en completo silencio.

–No podemos permitirlo; debemos hacer algo –terminó diciendo el padre André.

–Si Mahmoud llega a aceptar alejarse de aquí conmigo sin que nadie se entere, es posible que el padre André convenza a la viuda de Raffud para que evite que se vierta la sangre de los hermanos de Mahmoud, que son inocentes.

–¿Querrá Mahmoud viajar con Alí? –preguntó el señor Jure al aire, como si quisiera recibir una respuesta de arriba.

–Como musulmán, hermano en la fe, Alí tiene más probabilidades de éxito que yo –respondió el sacerdote–. Si falla, tendré que insistir mucho para que Ora Raffud impida que sus hijos maten al asesino. Es una situación muy seria. Pero con o sin Mahmoud, Alí debe viajar para recibir su herencia antes de que su tutor se marche de Siria.

–Al parecer, piensa marcharse a Argentina o a Chile, donde podrá encontrarse con Yúsef y con Nahima, si es que no se encuentran antes en algún barco –agregó Alí con optimismo.

Aparentemente el joven ya estaba más sereno y volvía a recuperar su alegre personalidad, que no le duró mucho, porque fue interrumpido por la imprevista entrada de Fadua en el salón, portando una bandeja con las tazas de café, seguida por su madre, que acercó el narguile a su marido.

«La escena se repite –pensó el padre André–, pero con una gran diferencia. Ambos se conocen y lo que es seguro es que Alí está enamorado de ella. Y Fadua, ¿también lo ama?».

Tal vez el religioso no estaba muy al día en lo que a amores juveniles se refiere. Sin embargo, le bastó una sola mirada a la joven para descubrir la pasión que brotaba de su rostro resplandeciente y ruborizado. Tuvo que dominarse para no exclamar a voces:

–¡Ella también está enamorada! ¡Que Dios los bendiga!

## FECHA PARA EL RAPTO Y LA BODA

Cuando una joven siria recibía el beneplácito de sus padres y la orden de ofrecer el café al visitante, se preparaba para este encuentro utilizando para ello sus más ricos vestidos y velos. La bandeja con las tazas y la cafetera no era la que solía usarse a diario. Era de un valioso bronce policromado con arabescos, y cada taza, de porcelana blanca adornada con flores azules, descansaba en su portataza, con forma de copa y también de bronce.

Naturalmente existían otros modelos que combinaban el bronce con tacitas de cristal. Pero el que portaba Fadua al entrar al salón era precisamente el de las tacitas de porcelana.

La joven, aunque preparada para esta ocasión ya que sabía que su amado Alí acudiría alguna de esas noches a pedir su mano, sentía un estremecimiento que paralizaba sus latidos o los aceleraba y hacía temblar las tacitas en la bandeja.

Se inclinó para saludar a los visitantes, pero lo hizo más bien para ocultar su turbación e impedir que sus ojos se encontraran con los de Alí, que la miraban con ardor.

Puso la bandeja sobre la pequeña mesita hexagonal que acercó al grupo que formaban las cuatro personas, se arrodilló en la alfombra y fue sirviendo una a una las tacitas de café. Ofreció una al padre André en primer lugar, luego a su padre y, por último, a Alí.

Mannur estaba al lado de Fadua, ayudándola a servir unos pasteos y a preparar el narguile.

Durante esta ceremonia nadie habló, ni siquiera el padre André, que siempre estaba dispuesto a romper el silencio; pero esta vez lo respetó. Algo había en el ambiente que obligaba a mantenerse en silencio, a participar del milagro que estaba sucediendo allí, delante de sus propios ojos. No era una situación normal ni menos aún familiar en un acto como este.

Lo normal era que el hombre que solicitaba a una hija del dueño de casa para convertirla en su esposa no la conociera, ni mucho menos estuviera enamorado de ella. Otro tanto ocurriría con la joven: como no sabía quién era el hombre que la solicitaba, malamente podría estar enamorada de él.

Así que la situación causó impacto en todos. En los padres de Fadua, que descubrieron allí que su hija amaba apasionadamente a Alí, y que este le correspondía de la misma manera. En el padre André, que ya había reaccionado alabando a Dios y pidiéndole, en silencio, su bendición para los enamorados. En Alí y Fadua, sorprendidos por la rapidez con que se estaban desarrollando los hechos.

Pero, en el fondo, la respuesta de los cinco fue altamente positiva.

Mannur besó a su hija en la frente y ambas entraron en la vivienda, dejando solos a los hombres para que finiquitaran el compromiso.

Ellos, una vez que acabaron de beber el café y de probar los pastelitos, fumaron, todavía en silencio, el narguile, que pasó de mano en mano.

Las etapas de la ceremonia hablaban por sí solas. Las palabras sobraban.

Cuando el ambiente ya estaba impregnado del perfume del excelente tabaco, el señor Jure se acomodó y empezó a hablar; y lo hizo durante largo rato, a pesar de que no tenía nada que decir que los otros no supieran.

En realidad su discurso solo vino a confirmar su aceptación de la petición de Alí, aunque agregó algo nuevo: le daría un documento para testificar su compromiso con Fadua, dirigido al tutor del joven. Recalcó que todo tenía que hacerse con el sistema del rapto para evitar problemas y terminó preguntando cómo y cuándo se realizarían el rapto y la boda, ya que Alí debía emprender antes el viaje para visitar a su tutor, Abd el Rhahim, y llevar consigo a Mahmoud.

Alí contestó rápidamente que el rapto y la boda tendrían lugar en cuanto él regresara.

–Creo que estaré de regreso, si Al’la así lo permite, dentro de unos ocho días, máximo diez.

–Que Dios te oiga, Alí –intervino el padre André–. La verdad es que no están los caminos para emprender viajes apresurados.

–Hay que ser prudente y actuar con tranquilidad –agregó el señor Jure–. La situación está descontrolada. Espero que tanto usted, Alí, como su amigo Mahmoud, no sean detenidos por los soldados que están enrolando a los jóvenes sirios para mandarlos al frente.

–Por ahora creo que ese peligro no existe –aseguró el religioso–. Actualmente están llamando a filas a los sirios no musulmanes. Eso sí; si la guerra se agudiza más aún, qué duda cabe de que todos los sirios serán llamados a filas, sean musulmanes o no, sean jóvenes o ancianos.

Alí interrumpió los malos augurios del sacerdote.

–Señor Jure, perdóneme; pero quiero insistirle en algo muy importante: el joven Mahmoud no es mi amigo. Ni siquiera lo conozco. –Miró al religioso y continuó–: Esta noche lo conoceré, pues iré con el padre André para convencerlo de que debe acompañarme para evitar que lo maten. –Hizo una pausa más larga, tragó saliva, fijó sus ojos en los del dueño de casa y con serenidad le suplicó–: ¿Me puede autorizar para hablar unas palabras con mi prometida? Me gustaría explicarle yo mismo la causa de esta separación temporal y rogarle que me perdone.

El padre de Fadua lo observó con severidad, pero al ver que el joven no retiraba la mirada, asintió con un movimiento de cabeza y abandonó la habitación.

Regresó enseguida acompañado de su hija y con un documento que entregó al padre André.

Alí se levantó y besó la mano de Fadua, lo que provocó un desconcierto en los otros dos hombres y un rubor ardiente en las mejillas de la joven.

–Ahora debo partir para encontrarme con mi tutor. Volveré lo antes posible para iniciar los trámites de nuestra boda, como hemos acordado con el señor Jure. –Todo esto lo dijo en voz alta para que los dos hombres oyeran sus palabras. Luego, acercándose a Fadua, le murmuró al oído–: Te seré siempre fiel. Espérame. Pase lo que pase, volveré a tu lado. Que Al’la te proteja y te bendiga.

Fadua unió sus manos en el pecho y solo pudo decir:

–Sí.

## 5

### EL MOLINERO

En casa del molinero reinaban la confusión y el sobresalto. No se oían las acostumbradas lamentaciones lanzadas en alta voz por las mujeres cuando en el hogar sucedía una desgracia.

Eso estaba ocurriendo en la vivienda de la familia Raffud, donde todos lloraban al difunto.

El molinero, su mujer y sus hijos estaban contemplándose unos a otros en un profundo silencio. De vez en cuando las miradas, cargadas de censura, coincidían en Mahmoud, que apenas podía soportarlas. Ya todas las palabras se habían dicho. Ahora solo se trataba de esperar y lo hacían en el más riguroso de los silencios. Ni siquiera se oían las aspas del molino, que giraban gracias a la noria que las aguas del río Orontes movían sin parar. Ese ruido monótono y eterno ya formaba parte de sus vidas, no alteraba en absoluto la quietud que los rodeaba; no así cualquier ruido extraño: el balar de una oveja, el revoloteo de una mosca, los suspiros de las mujeres, los eructos del padre.

—¿Quién viene? —gritó de pronto al oír que llamaban a la puerta.

Uno de los hijos se dirigió a la puerta para abrirla y regresó junto a su padre, para hablarle discretamente al oído.

El padre frunció el ceño, golpeó la mesa con el puño cerrado y se levantó, haciendo una señal a su hijo mayor para que lo siguiera. Ambos abandonaron juntos la habitación.

—¿Quién es? —preguntó la madre, cuando quedaron solos.

—Son dos hombres que pidieron hablar con padre y con mi hermano Mahmoud —respondió el joven que había recibido a los visitantes.

—¿La policía? —preguntó la madre con un grito apagado.

—No, madre, no es la policía —dijo el joven en voz baja—. Uno de ellos es un religioso católico y el otro es un joven musulmán llamado Alí.

En el rostro de la madre y en el de sus hijas e hijos apareció una sombra de incompreensión ante tan inusitada visita; pero al mismo tiempo una mínima luz de esperanza los hizo suspirar y mirar hacia arriba como implorando un milagro de Al'la.

Tardaron tanto tiempo conversando con los visitantes, que la madre se quedó dormida sobre el mismo cojín donde estaba sentada y las hermanas mayores empezaron a encender las lámparas de aceite y a preparar la cena.

Ya estaba servida la mesa y las lámparas habían empezado a consumirse, cuando apareció el molinero solo y dijo con autoridad:

—Mañana iré a saludar a Om Raffud y a pedir su perdón. Tú irás conmigo —agregó, señalando a su segundo hijo—. A partir de hoy ocuparás el lugar de Mahmoud; serás mi primogénito.

—¿Por qué? —sollozó la madre—. ¿Dónde está mi hijo? ¿Adónde se han llevado a nuestro hijo mayor? Dímelo, por favor.

–No lo sé –respondió el padre–. Se ha marchado; no sé adónde. Un hombre bueno lo ayudará a escapar de la venganza que se merece. No lo volveremos a ver. No sabremos dónde está; no sabremos si vive o si está muerto. No lo sabremos nosotros ni nadie deberá saber nada de esto. ¿Me habéis escuchado todos? –terminó diciendo con voz enronquecida por la emoción.

Miró a sus hijas e hijos, que bajaron la vista con respeto.

–Recuerda –repitió, dirigiéndose a su nuevo primogénito–, mañana iremos a casa de Om Raffud. Nos acompañará ese religioso, el padre André.

## 6

### MAHMOUD Y ALÍ

Después de coger algunos alimentos en la despensa de su hogar, Mahmoud salió por la parte de atrás de la casa, ensilló su caballo y se unió al padre André y a Alí, que se habían adelantado en dirección a la vivienda de Tufik.

Este ya había regresado del trabajo y al conocer los planes de su amigo, tras dar su aprobación, se puso a ayudarlo a preparar el viaje. Reunieron provisiones y ropas en un atado que se acomodó en la grupa del caballo. La despedida fue rápida, porque Alí tenía prisa; deseaba alejarse cuanto antes del lugar para no arriesgar inútilmente la vida de Mahmoud. Sin embargo, fue impresionante para todos, incluido el padre André, que no pudo dejar de pensar: «Debe de ser el hermoso gesto de Alí lo que nos ha emocionado tanto».

Los dos jinetes partieron rápidos como el viento con un rumbo cuyo itinerario y meta solo conocía Alí.

Tufik y el religioso permanecieron largo rato comentando los hechos que habían provocado la rápida escapada de los dos jóvenes.

Mientras se alejaban internándose en la oscuridad, Alí iba reflexionando. «¡Al'la! Me perturba bastante reconocer que esta experiencia que estoy viviendo sea casi idéntica a la que sufrió mi amigo Yúsef, con la diferencia de que él ya estaba casado y que huyó porque lo perseguían».

A medida que avanzaban, sus pensamientos iban girando y girando en torno a los últimos acontecimientos sin detenerse demasiado en cada uno de ellos, pero sí se detuvieron cuando en su mente se presentó la imagen de su tutor, el bueno de Abd el Rhahim, y descubrió, de pronto, que este ignoraba que él iba a visitarlo, a pesar de que habían convenido que Alí se acercara a él en cuanto tuviera certeza de su boda y antes de que el tutor abandonara el país.

«Espero que no haya dejado el escondite que conocí la última vez que nos vimos. Al'la es bueno; me ayudará a encontrarlo sin dificultad».

Cuando los caballos demostraron cansancio, se detuvieron para darles su alimento. Ellos también comieron y se echaron a descansar. No hablaron; cada uno tenía sus propias preocupaciones. Además, ya se habían adentrado en el desierto, donde reinan la paz y el silencio, un silencio mágico, un silencio tan profundo que ni siquiera el hombre, que es el más bullicioso de los seres de la creación, se atreve a romper.

Es el lugar más idóneo para la reflexión, para la introspección, para tomar decisiones.

Los dos hombres, absorbidos por sus pensamientos, poco a poco fueron cayendo en un sueño tranquilo, reparador, y solo despertaron al amanecer, cuando uno de los caballos hizo un movimiento brusco.

—Es hora de emprender la marcha otra vez —dijo Alí, acomodándose el *kufie* sobre la cabeza—. Debemos comer algo y partir cuanto antes para alcanzar a llegar al mediodía.

Prepararon su desayuno habitual: queso y aceitunas envueltos en el rico y tierno pan blanco que estaban acostumbrados a consumir en sus casas.

Alí tuvo que interrumpir el bocado que estaba a punto de dar en su pan para escuchar por primera vez a Mahmoud, quien, con una voz profunda, suavizada a propósito para no interrumpir la tranquilidad del ambiente, intentaba expresar sus sentimientos.

–Eres un buen compañero, Alí, un buen hermano. Te agradezco lo que estás haciendo por mí. Al’la te bendicirá y acompañará tus pasos. De eso estoy seguro.

–No me agradezcas nada todavía, hasta que te deje en buenas manos. Confío en que Al’la nos ayudará a encontrar pronto a mi tutor; eso es lo más importante por ahora. –Dio su primer mordisco y después de masticar lentamente y disfrutar de su sabor, lo tragó y continuó hablando–. Además, nada tienes que agradecerme, porque lo único que he hecho por ti ha sido ofrecerte mi compañía para salir de Homs. Yo tenía que hacer este viaje contigo o sin ti.

Mahmoud sonrió comprensivo. Las personas como Alí jamás aceptarían reconocer que habían realizado una buena acción, ni que el otro les debía un favor. Por eso insistió:

–Te debo la vida, Alí, y tú lo sabes. Al’la me dará la oportunidad de corresponderte.

–Espero que no –rio Alí–, porque eso podría significar que estaríamos en peligro y que tú tendrías que arriesgar la vida para salvarme. Vamos a dejar eso así, ¿no te parece? Comamos tranquilos para poder continuar nuestro viaje; y no pensemos en peligros ni en riesgos.

–Tienes razón. No hay que ser pájaro de mal agüero –respondió Mahmoud, con docilidad y entusiasmo, sin darse cuenta de que ya lo había sido.

Aligeraron la preparación y pronto estaban de nuevo en camino. Al mediodía llegaron a un lugar mucho más desolado que todo el desierto que habían recorrido.

Cabalgaban en dirección a unas rocas que parecían montes que impedían el paso. Los caballos comenzaron a alarmarse y, aunque Alí conducía el suyo con mano firme y segura, Mahmoud estaba preocupado, miraba a todos lados, seguía con la vista hacia arriba hasta donde las rocas parecían unirse unas con otras.

–Alí, ¿estás seguro de que este es el camino y el lugar que buscabas? Aquí no parece vivir nadie. Además, si observas bien, todo esto es bastante tétrico, ¿verdad?

Alí rio de buena gana ante estas palabras. Su compañero, tan temerario que había sido capaz de matar a un hombre, estaba asustado al no ver a nadie, al no escuchar ningún ruido humano o animal, al sentir el peso del silencio y de la soledad que reinaban por doquier. Volvió a reír al explicarle que comprendía sus preocupaciones.

–Sobre este lugar pesa una leyenda –le dijo–. Nadie se atreve a meterse entre estas rocas. Según la leyenda este lugar está maldito desde que dos enamorados muy jóvenes, cuyos respectivos padres se negaban, por ser ella cristiana y él musulmán, a darles la autorización que pedían para unir sus vidas, se escondieron en la cueva a la que nos dirigimos, se entregaron amorosamente el uno al otro y luego se quitaron la vida. Alguien los había seguido y avisó a las dos familias, que se acercaron a las rocas con la intención de hablar con sus respectivos hijos y obligarlos a volver al hogar para evitar el escándalo que se produciría en la comunidad al descubrir que un musulmán y una cristiana habían huido de sus hogares contra la voluntad de sus padres. Pero cuando llegaron a las rocas no encontraron a nadie. La joven pareja había desaparecido; no quedaba ni rastro de ella. Sin resultado buscaron por todo el contorno, por los alrededores y por los puntos más alejados del lugar. Todo fue en vano. Al cabo de muchos meses, un pastor que pasaba con su rebaño de cabras y ovejas escuchó el llanto de una criatura y, con sorpresa, descubrió que en la parte más elevada de la más alta de estas rocas, sobre un colchón de ramas, como un pajarito, estaba tendida una niña de pocos meses que lloraba a mares, la más hermosa de todas las niñas del mundo. Con mucho esfuerzo y peligro el pastor subió hasta arriba, la rescató y la llevó al pueblo. –Alí hizo una pausa y prosiguió con cierta vacilación–: Repito que esto es solo una leyenda, así que el final de la historia no debe asombrarte. Cuentan que la niña tenía un tatuaje en cada hombro. En el derecho una cruz y en el izquierdo una luna.

Mahmoud se asombró a pesar de las advertencias de su amigo.

–Los símbolos del cristianismo y del islam.

–Eso es –confirmó Alí–. Dicen nuestros abuelos que, a partir de entonces, se hizo la vista gorda cuando un musulmán secuestraba a una cristiana para casarse con ella. O al revés, un cristiano a una musulmana. Pero lo más grave de la leyenda es que, a partir de entonces, se prohibió el acceso a estas rocas. Sobre todo a la gente joven. Y esta prohibición dura hasta nuestros días.

Hablaban mientras bordeaban lentamente las rocas hasta llegar a la parte posterior de la más ancha. Desde allí se abría la entrada a una cueva.

–Este es el escondite de Abd el Rhahim. Por lo menos aquí lo dejé la última vez en compañía de una veintena de sus hombres –explicó Alí.

Desmontaron y fueron entrando poco a poco en la cueva, tirando de sus cabalgaduras por las riendas. El camino, trazado por las huellas de hombres y caballos, iba descendiendo hasta llegar a un amplio espacio, más oscuro que la noche.

–No están –dijo Alí con desaliento–; se han marchado. Salgamos a buscar un par de piedras y algunas ramas para hacer fuego. Así podremos ver lo que ha sucedido aquí dentro.

Enseguida encontraron dos piedras pero ¿de dónde sacar ramas si no había ningún árbol? Solo vieron algunas bolas de matas de cardo que se movían por doquier arrastradas por el viento. «Bolas fantasmas que nadie sabe de dónde vienen ni adónde van», pensó Alí.

Los dos jóvenes corrieron tras ellas, pero era sumamente difícil alcanzarlas. Leves como plumas, volaban a gran velocidad.

Tardaron, pero lo consiguieron. Mahmoud logró coger dos bolas y Alí solamente una.

La claridad que produjeron las llamas les ofreció un triste espectáculo.

–Han tenido que huir precipitadamente. Mira esto, son restos de comida resecos, medio roídos por los animales. No hace más de tres días que se han marchado –dedujo Alí, mientras observaba con rapidez el suelo y las paredes de la cueva–. Busco algún mensaje. Abd el Rhahim tiene que haber dejado alguna señal para mí. ¿Podrías traer un par de bolas más? Se consumen tan rápido que no se puede encontrar nada en las paredes.

–Ahora mismo –respondió solícito Mahmoud–; pero llevaré mi caballo para que no me ganen en velocidad.

El espectáculo que daba Mahmoud galopando sobre su caballo, con la túnica al viento, persiguiendo las bolas en las sombras del atardecer, iluminado apenas por un cielo cargado de nubes, era digno de una historia de las mil y una noches. Semejaba un fantasma persiguiendo a otros que se le escapaban de las manos justo cuando los tenía a su alcance.

Apenas quedaba un par de llamitas cuando Mahmoud entró con los brazos cargados de bolas de ramas de cardo.

–¡Bravo! –exclamó Alí, echándolas al fuego–. Estas durarán un poco más. Ayúdame a buscar alguna señal en la arena o en las paredes de la roca.

Fue una búsqueda infructuosa hasta que uno de ellos exclamó:

–Aquí hay algo escrito con... ¿qué es esto?... parece sangre. Observa esto, Alí –llamó Mahmoud con acento intrigado–. ¿Qué será? Parecen unas monedas dibujadas en la roca. Y eso ¿qué será?

Los dos jóvenes se quedaron mudos observando las imperfectas y extrañas figuras dibujadas en la roca. Resultaban muy difíciles de interpretar.

–Creo que tienes razón, Mahmoud. Esto son monedas. Una, dos, tres, cuatro monedas. Luego tenemos aquí una especie de serpiente con una casa muy larga encima, ¿no es así?

–Creo que sí –respondió Mahmoud. Se miraron sin verse, ya que las llamas se habían extinguido–. Será mejor que salgamos y lo pensemos afuera antes de que oscurezca más.

Se sentaron en la arena protegidos por las rocas y dibujaron con el dedo las imágenes que habían visto en la cueva.

–Cuatro monedas –repetía Alí–. Cuatro monedas y una casa sobre una serpiente.

La noche se les vino encima y no habían resuelto el enigma. Comieron escasamente para no consumir todas las provisiones y se echaron a dormir.

Antes del alba, Alí despertó sobresaltado al oír ruidos. Se levantó de un salto y cogió rápidamente el sable que había dejado sobre una roca la noche anterior. Se apresuró hasta alcanzar la salida de la cueva y allí se detuvo al ver que el causante del ruido era Mahmoud, que seguía escribiendo cosas en la arena.

–Acércate Alí, creo que hemos equivocado la interpretación del dibujo. Las monedas no ofrecen ninguna duda; son monedas. Pero creo que no hay ninguna serpiente, sino un suelo ondeado debajo de la casa.

Alí contuvo el aliento. Puso la mano sobre el hombro de su compañero, como invitándolo a guardar silencio. En su mente estaba apareciendo otra imagen, la que Abd el Rhahim había dejado para él escrita con sangre en la roca.

Respiró profundamente y lanzó un gran suspiro de alivio al mismo tiempo que transmitía al otro su descubrimiento.

–Las cuatro monedas y un barco sobre las aguas. ¡Eso es, eso es! Mahmoud, has resuelto el enigma. Las cuatro monedas significan los cuatro mil dinares que mi tutor debe entregarme de la herencia de mis padres; y la casa sobre las aguas quiere decir que han huido al puerto de Trípoli, donde intentarán subir a un barco que los aleje de Siria. Vamos, amigo, debemos partir a toda prisa para alcanzarlos antes de que zarpen. El camino más corto sería pasando por Homs, pero es precisamente lo que no haremos –reflexionaba Alí en voz alta, mientras galopaba al lado de su amigo–. Evitaremos Homs, porque es un peligro para ti y, además, porque Abd el Rhahim tampoco lo usará. Iremos por el mismo camino que lleva mi tutor, si es que aún no ha llegado a su destino.

Al segundo día, después de recorrer al galope gran parte del trayecto con cortos intervalos de descanso, Alí decidió:

–Vamos a dejar que los caballos reposen. Paremos aquí al resguardo de estas rocas y comamos lo que nos queda.

No habían alcanzado a reponerse y apenas habían terminado de comer, cuando escucharon a lo lejos ruidos de sables y gritos y maldiciones, de hombres, naturalmente. Los animales no maldicen.

Aguzaron el oído para captar la dirección del griterío. Cogieron sus armas y se encaminaron a pie, después de dejar las riendas de sus caballos atadas en una roca.

«Tengo la corazonada de que son los hombres de Abd el Rhahim los que están luchando», pensaba Alí.

Se acercaron sigilosamente. El lugar donde se desarrollaba la lucha era bastante llano, no había tras lo que agazaparse, ni una duna, ni una roca, ninguna palmera.

–Debemos asegurarnos de que son los hombres de Abd el Rhahim –dijo Alí en voz baja–. Desde aquí no los podemos distinguir y si nos acercamos más, nos descubrirán.

En esas reflexiones estaba Alí cuando se acordó del santo y seña de Yabra, el hijo de Abd el Rhahim, y de sus hombres. Acomodó dos dedos sobre los labios y lanzó el aullido de una fiera herida.

Al momento fue reconocido y recibió una respuesta casi inmediata.

–¡Son ellos! Hemos llegado a tiempo para echarles una mano. –Alí estaba emocionado–. Será mejor traer los caballos y enfrentarlos tal como ellos están: montados en sus cabalgaduras.

La lucha no tardó en acabar. Los enemigos de Abd el Rhahim, al oír el galope de los dos caballos, imaginaron que eran refuerzos más numerosos y escaparon a toda prisa, dejando a sus compañeros muertos tirados en la arena.

Celebraron el encuentro con regocijo. Abd el Rhahim y sus dos hijos acogieron a Alí y a Mahmoud afectuosamente; luego se sentaron a descansar y a beber leche de camella.

Alí quiso saber qué significaba esa batalla en pleno desierto.

–Desde que salimos de la cueva, sabíamos que nos estaban siguiendo. Precisamente por eso decidimos abandonar nuestro refugio, porque nos habían descubierto –les explicó el tutor–. Sabíamos que eran cuatro soldados; nosotros somos doce, así que no les temíamos ni ellos se atrevían a atacarnos. Pero cuando apareció otro pelotón de unos diez soldados, enseguida fuimos atacados. Menos mal que llegaste, Alí, con tu amigo; porque ya estaban flaqueando nuestras fuerzas. Hemos perdido a dos hombres y otros dos están heridos.

–Se ven muchos cuerpos sobre la arena –observó Mahmoud–. ¿Serán soldados? Tal vez sea bueno cerciorarnos de su estado.

Unió la acción a la palabra y fue revisando los cuerpos. Todos eran cadáveres llenos de sangre. Esto le recordó la muerte del hijo de Om Raffud y no quiso continuar su examen. Volvió sobre sus pasos, acercándose al grupo que formaba Abd el Rhahim con sus dos hijos y Alí. En ese mismo momento uno de los soldados heridos se levantó del suelo e intentó lanzar su daga contra la espalda de Alí. Mahmoud alcanzó a intervenir lanzándose sobre el traidor con tan mala suerte que la daga se le clavó en el cuello y le reventó la yugular, de donde empezó a brotar sangre a borbotones; tal como había sucedido cuando él, sin quererlo, había herido a Raffud.

Cayó lanzando un grito encima del cuerpo del agresor, a quien atravesó el estómago con su cimitarra.

Corrieron a ayudarlo, pero ya era tarde. Alí apoyó la cabeza de Mahmoud en su hombro y lo consoló hasta que expiró.

Tuvo que contar la historia de su compañero a su tutor y a los hombres que lo acompañaban. Quedaron muy conmovidos al escuchar la terrible experiencia de Mahmoud. Uno de ellos dijo:

–Está escrito. El que a hierro mata, a hierro muere.

Todos se volvieron a él preguntando al unísono:

–¿Escrito?

–Sí, sí. Está escrito, pero no recuerdo dónde.

Pasados los primeros momentos, cuando ya los ánimos estaban más serenos, Alí informó a su tutor de la razón de su venida, y le dio noticias sobre su próxima boda. Acto seguido le hizo entrega del documento que había firmado el señor Jure.

–Este documento debes guardarlo como recuerdo; no lo extravíes –le aconsejó Abd el Rhahim después de leerlo–. Enhorabuena por tus próximos esponsales. Lo que más lamento es no poder acompañarte en las celebraciones. –Hizo una pausa–. Espero estar muy pronto lejos de Siria, lejos de este mundo loco que no parará hasta destruirse.

Viendo que los demás asentían con la cabeza, el tutor de Alí se volvió hacia él y exclamó:

–Pero yo no quería hablar de eso. Dejemos las catástrofes a un lado. Solo deseaba agregar que recibirás tu dinero en Trípoli. Habrás sabido interpretar los dibujos que pintamos en las paredes de la cueva.

Rio Alí.

–Así es. Mahmoud me ayudó bastante. Para una próxima ocasión tendrás que pagar a un pintor cuyas obras sean más fáciles de interpretar.

–No, no –dijo el tutor, continuando la broma–. Los mejores pintores son aquellos cuyas obras nadie las entiende.

–¿Qué haremos con los muertos? –le preguntó uno de sus hombres.

–Enterradlos en la cueva, en nuestro escondite. Así creerán que hemos muerto. Quitadles las ropas y ponedles túnicas. Sus uniformes los llevaremos con nosotros.

Pidió a sus hombres que actuaran con rapidez, porque con toda seguridad los que habían huido traerían refuerzos.

Alí le indicó con una señal que quería hablarle en privado.

–¿Qué quieres, hijo? –le preguntó con bondad.

–Creo que sería bueno que el cadáver de Mahmoud regresara a Homs, a su casa paterna. Si alguno de tus hombres deseara permanecer en Siria, tal vez podría hacerse cargo de esta misión y contar a toda la gente de Homs y al padre André que Mahmoud murió como un valiente, defendiendo a sus hermanos sirios.

–Me parece una buena idea –respondió Abd el Rhahim–. Algunos de mis hombres permanecerán aún en Siria. Probablemente se marcharán después. Ellos cumplirán tu encargo, no te preocupes.

Así fue como, envuelto en varias túnicas, el cuerpo de Mahmoud viajó sobre su propio corcel en dirección a su casa de Homs, rodeado y custodiado por algunos hombres de Abd el Rhahim. El resto del grupo siguió a Alí y a su tutor hacia el oeste.

Aunque su destino era el puerto de Trípoli, decidieron pasar por Hama y esconderse allí un par de días hasta que sus seguidores se olvidaran de ellos.

Las preocupaciones de Alí aumentaban al constatar que los días pasaban rápidamente y él no podía cumplir la promesa que había hecho a Fadua y a sus padres: «máximo diez días»...

Confiaba en que el padre André, al conocer el triste final de Mahmoud, se acercaría a la casa del señor Jure para contárselo y de paso le hablaría de la posibilidad de un retraso en el proyecto de la boda.

## EL FACTOR RELIGIOSO

El padre André, sin saberlo, siguió las instrucciones de Alí casi al pie de la letra.

Los habitantes de la ciudad, musulmanes y cristianos, atentos como estaban ante los sucesos acaecidos en torno a las familias Mahmoud y Raffud, tal vez no hubieran vuelto a hablar en mucho tiempo de otra cosa, si la llegada del cadáver del joven Mahmoud no hubiese trastornado sus predicciones fatalistas. Su preocupación por la venganza se transformó en estupor ante la noticia de la muerte generosa del que había sido condenado como asesino.

Por toda la ciudad se corrió la voz de la llegada de los restos del joven Mahmoud, que había fallecido luchando en defensa de los sirios contra un pelotón de soldados.

Una verdadera procesión acompañó a los jinetes que traían el cadáver hasta la casa de Mahmoud, donde fue recibido con una pena traspasada por sentimientos difíciles de explicar, pero fáciles de comprender. No faltó quien sugiriera dar un tratamiento especial a este joven que había entregado su vida de una manera tan generosa.

Naturalmente, el padre André estaba entre la muchedumbre, pero antes de incorporarse a ella y en cuanto supo la trágica noticia, pasó a casa del señor Jure a invitarlo a que lo acompañara hasta la casa del molinero.

Los jinetes cumplieron el encargo de Alí y explicaron con todo detalle lo sucedido, incluyendo la frase que su jefe había agregado. «Alí se unió al grupo de su tutor y tardará en regresar a Homs». La repitieron un par de veces hasta comprobar que el padre André la había escuchado.

–No debemos perder de vista a estas dos familias –dijo el religioso al padre de Fadua–. Tenemos que conseguir que acepten que la venganza es inútil; más aún ahora que Mahmoud ha fallecido.

–Si me lo permite, padre André, yo mismo me ocuparé de hablar con la familia de Om Raffud. Iré acompañado con otros cristianos respetables, conocidos de esta familia, y estoy seguro de que lo vamos a lograr.

–Está bien –respondió el sacerdote–. Aunque yo hubiese preferido que usted entrara al hogar del molinero, que es musulmán... Porque yo, con estos hábitos, ¿qué papel voy a representar ahí? –Después de una pausa, lanzó un suspiro y dijo–: Por lo menos hemos detenido la venganza durante estos días... Está bien, señor Jure, inicie su campaña esta misma noche; visite a la familia Raffud con esos cristianos que ha mencionado y créame que le deseo que Dios los acompañe y les dé sabiduría para conseguir que desaparezcan el odio y la sed de venganza. ¡Ah! No se olvide de explicar a su hija y a su esposa el retraso que podrá tener Alí en sus planes.

–Eso mismo estaba pensando –le respondió con tono distraído–. Lo haré enseguida al pasar por casa.

No le resultó tan fácil, porque después de separarse del padre André, se encontró con uno de los compañeros cristianos a que se había referido antes y le habló de la misión que tenían que cumplir ante la familia Raffud esa misma noche.

Decidieron pasar a llamar a otros dos amigos cristianos para reforzar el grupo, y los cuatro se dirigieron al hogar de Om Raffud.

Fueron recibidos con respeto, pero sin entusiasmo. La familia continuaba bajo los efectos de un luto riguroso por el fallecido hermano mayor y de la incertidumbre que les causaba el saber que toda la sociedad cristiana de Homs estaba esperando la reacción lógica de la familia: la venganza.

El señor Jure tomó la palabra, relatando los hechos que ya todo el mundo conocía. La muerte de Mahmoud en una lucha con los soldados.

–¡Dios ha tomado la venganza en nuestro nombre! –dijo uno de los hijos mayores.

Om Raffud, vestida totalmente de negro, con un velo que no dejaba transparentar su rostro ni sus lágrimas, lanzó una exclamación.

–¡Dios clama venganza! Él mismo nos ha dado ejemplo. –Con esta frase y con el tono con que fue dicha, se manifestaba la inmensa desolación que sentía al no tener a su hijo mayor a su lado; la profunda nostalgia con que lo añoraba, y la angustiosa ansiedad que la hacía desfallecer ante un futuro plagado de interrogantes.

Intervino uno de los señores que componía el grupo apaciguador. Habló larga, suave y convincentemente.

Om Raffud tuvo que levantar el velo varias veces para secarse las lágrimas, lo que permitió a los presentes apreciar su delicado rostro, pálido y con grandes ojeras, señal de las noches que había pasado en vela desde la muerte de su hijo mayor.

Le tocó el turno al segundo y luego al tercer acompañante del señor Jure. Sus palabras iban apaciguando de a poco las incertidumbres de la madre y los ímpetus de los jóvenes hermanos del difunto.

Al terminar sus discursos, consiguieron entrar en diálogo con todos los miembros de la familia, incluso con las hijas mujeres, tan cubiertas de negro como su madre.

Era tarde, cuando se despidieron con la frase: «Confiamos en que abandonarán todo deseo de venganza, para evitar una guerra entre ambas familias».

A lo que Om Raffud respondió:

–Haremos lo que Dios nos diga.

Salieron convencidos de que habían dado un paso adelante en su intento por hacer desaparecer esa tremenda obsesión que todavía se mantenía latente en la voluntad de las personas por más honestas y honradas que fuesen: «Ojo por ojo, diente por diente».

Sabían que las palabras de Om Raffud se referían precisamente a esa cita de la Biblia que, a fuerza de ser repetida, se cumplía al pie de la letra.

El señor Jure agradeció la colaboración a sus tres amigos, agregando que debían repetir la visita después de un par de días para no interrumpir el diálogo que habían comenzado, para asegurarse de que sus consejos serían aceptados y de que las familias podrían llegar a un entendimiento sin derramar más sangre.

En casa del molinero, el padre André se sentía como pez fuera del agua. Había conseguido que lo acompañara uno de los jinetes que habían traído el cadáver de Mahmoud y, gracias a él, también musulmán, pudo entrar en el hogar de los dueños del molino. La casa estaba llena de familiares y amigos íntimos, todos vestidos de blanco, como ordena el riguroso luto de los musulmanes.

El cadáver permanecía envuelto en las mismas túnicas blancas que traía, pero se advertía que el polvo del camino y la arena del desierto habían sido quitados por las piadosas manos de las hermanas.

Descansaba sobre una alfombra en el centro de la sala. A un lado de la alfombra, rodeado de sus hijos, estaba el padre sentado con las piernas cruzadas. A ratos movía la cabeza de un lado a otro, sin querer aceptar lo que estaba ante sus ojos: el cadáver de su primogénito. Bullía en su interior una rebeldía contra el fatídico destino que había puesto un cuchillo en las manos de su

hijo, del joven que era el orgullo de su corazón, el tesoro máspreciado que había recibido de Al'la. Esa misma rebeldía lo hacía retorcerse las manos ante el infortunio que había destruido al rey de la casa, al que él había educado y enseñado con sacrificios y esplendidez sin medida, esperando poder descansar bajo su protección en los años de la vejez y que ahora yacía bajo su mirada, rígido, inmóvil, inerte, desprotegido ante la muerte y ante la vida.

Reinaba allí un silencio ejemplar, que no fue respetado por el padre André. Se acercó al molinero y le dijo palabras de pésame. Le presentó al jinete que lo acompañaba y le pidió a este que repitiera la historia.

Todos lo escucharon con verdadera devoción, sin parpadear, y apoyaron con inclinaciones de cabeza sus últimas palabras.

–*Maktub*. Estaba escrito. Ha sido la voluntad de Al'la.

Volvió a reinar el silencio, que fue nuevamente interrumpido por el padre André, cuando se dirigió otra vez al dueño de casa.

–Me pareció muy bien, verdaderamente admirable, que haya asistido con su hijo mayor al entierro del joven Raffud y que visitara a su madre para pedirle perdón en nombre de su hijo. Ha sido un gesto asombroso de su parte; lo felicito. –Guardó silencio como los demás durante un rato y luego siguió–: ¿Qué le respondió Om Raffud?

–Que era muy difícil perdonar. Pero que hará lo que Dios quiera –contestó el molinero.

–Es una respuesta muy ambigua –dijo, preocupado, el religioso.

–La situación también lo es –respondió lacónicamente el señor Mahmoud, dando por terminada la conversación.

El padre André y su acompañante musulmán permanecieron allí hasta el amanecer, cuando enterraron al difunto. Satisfecho, pudo percatarse de la presencia de Om Raffud y de su hijo Tannus, el que a partir del día fatal había pasado a ocupar el puesto de primogénito y de jefe de familia, ya que su madre era viuda.

## FADUA SE CONSUME DE AMOR

Aunque el señor Jure entró en su casa bastante tarde, sabía que su esposa lo estaría esperando. Lo que no se imaginaba era que estaría acompañada de Fadua.

Sintió alivio y ternura al verlas cerca del brasero de cobre, que por esas fechas permanecía encendido en la sala de estar, haciendo cada una sus labores.

Siempre había pensado que las mujeres no pueden permanecer ociosas y que, por eso, tienen la mente más sana que los hombres. «El ocio es el padre de todos los vicios», pensaba para sí mismo, pero no se atrevió a hacer estos comentarios en voz alta.

Notó una atmósfera llena de suspense y las miradas que le lanzaron los hermosos ojos de madre e hija eran expectantes, exigían una explicación.

–Estuve en casa de Om Raffud con otros tres compañeros de la iglesia para intentar calmar sus deseos de venganza. El padre André fue con un amigo musulmán a casa del molinero con la misma intención.

Las dos mujeres escuchaban en silencio, sin interrumpir sus labores.

–Han traído el cuerpo del fallecido Mahmoud –dijo distraídamente, sin acordarse de que Mannur y Fadua nada sabían de todo eso.

–¿El cuerpo de Mahmoud? –preguntó la esposa, pensando haber oído mal.

–¿Quién lo mató? ¿Lo trajo Alí? ¿Por qué lo mataron? ¿Dónde estaban? ¿Le ha sucedido algo a Alí? –Fadua continuó haciendo preguntas, sin detenerse ni ver el gesto de las manos de su padre, que le pedía una pausa para poder responderle.

El señor Jure se sentó en los cojines con las piernas cruzadas, frente a Mannur y a Fadua. Bostezó largamente para demostrar su cansancio y las dos mujeres hicieron lo mismo. El bostezo es contagioso a altas horas de la noche.

–Es muy tarde y estamos cansados. Ahora debemos ir a dormir y mañana os contaré todo lo sucedido. Es una historia muy larga.

Fadua hizo un gesto de rechazo y miró a su madre solicitando su apoyo.

–¿Por qué no nos cuentas los hechos principales, un resumen de todo lo que ha pasado? Mañana, al desayuno, podrás hacerlo con más detalles –rogó Mannur.

–Está bien. Seré breve –aseguró el señor Jure, pero no pudo serlo. La narración fue larga y minuciosa y disfrutó bastante al ver cómo su esposa y su hija reaccionaban ante cada nuevo suceso; la expresión de sus caras variaba de acuerdo al dramatismo de cada situación, lanzaban suaves exclamaciones y gritos, se tapaban la boca con las manos abandonando sus labores sobre las rodillas. Estaban extasiadas escuchándolo. Entonces, el señor Jure descubrió que la mayor satisfacción del hombre consiste en ser escuchado por las mujeres.

Conmovido ante la actitud tan ansiosa de Fadua, terminó diciendo:

–Alí ha tenido que acompañar a su tutor hasta el puerto de Trípoli. Allí recibirá su dinero y después regresará a Homs.

–¡*Inchal'la!* –dijo Fadua con devoción–, Dios lo quiera.

Pasaron los días y no llegaban noticias de Alí. Los padres de Fadua la observaban con preocupación. Estaba distraída, inapetente, llena de ansiedad. No abandonaba sus obligaciones; al contrario, las realizaba puntual y rápidamente, como si esa rapidez pudiera acelerar la llegada de su amado Alí.

En vano su madre trataba de tranquilizarla.

–Hija, no tienes por qué comportarte de esta manera. Te estás dañando a ti misma. No comes, no ríes con tus hermanas, ni siquiera compartes tus inquietudes conmigo.

La respuesta de Fadua era siempre la misma.

–No te preocupes, mamá. Todo pasará cuando llegue Alí.

Esa respuesta no era plenamente sincera ni explicaba la desolación que destrozaba el corazón de Fadua. La herencia fatalista recibida de sus ancestros la inducía a creer que su amor podía llegar a convertirse en un imposible, en una enfermedad que la llevaría a la muerte.

Día y noche se lamentaba en silencio de su dolor. Alí había desaparecido de la faz de la tierra. Jamás volvería a verlo. ¿Sería esto un castigo por haberlo amado y deseado más allá de las fronteras de lo permitido?

La situación se agravó más aún cuando llegó la noticia de que Abd el Rhahim, con su familia y sus hombres, había conseguido zarpar en un barco que se dirigía a Chipre, y ellos no recibieron ninguna noticia de Alí. No aparecía por ninguna parte. No estaba en Hama y mucho menos en Homs.

–Habrás tenido que buscar refugio en otra ciudad –aseguró el padre de Fadua a su mujer–. La situación se está agravando de día en día. El ejército ha lanzado un bando, pidiendo que todos los varones sirios, de todas las edades, se presenten a filas. Pronto me llamarán a mí, ya lo verás.

–Dios no lo permitirá –gimió Mannur.

–Por eso estoy casi seguro de que Alí ha tenido que esconderse en algún lugar; tal vez en el mismo puerto de Trípoli –concluyó con firmeza el señor Jure.

–Nuestra hija va a enloquecer. Pasa llorando todo el día –dijo la madre con voz temblorosa–. Se me rompe el corazón al verla sufrir de esa manera. Esto no puede seguir así. Tenemos que hacer algo.

Marido y mujer sufrían tanto como Fadua; y no sabían cómo solucionar la situación. Hasta que un día, sentados frente a frente, preguntándose con la mirada «¿qué podemos hacer?» e intentando leer en los ojos del otro esa respuesta tranquilizadora que tanto esperaban, Mannur tuvo una inspiración.

Se incorporaron y, de mala gana, ella dijo:

–No hay otra solución que esta. Lleva a Fadua a Trípoli, a casa de tu madre. –Al sentir sobre sí la expresión interrogadora de su marido, continuó–: Bueno, ya sé que resulta un poco raro. Pero se me ocurre que estando allí podréis averiguar qué ha pasado con Alí. Además, el viaje distraerá a nuestra hija, le sentará bien, ¿no te parece?

El señor Jure frunció el ceño; demostración inequívoca de su contrariedad, pero Mannur insistió.

–¿Es que no lo comprendes? Fadua está desfalleciendo. Por lo menos, la búsqueda activa de su amado la animará un poco. Aquí se nos morirá de dolor.

Hablaron largamente, discutieron, sopesaron el pro y el contra y, por último, el marido asintió con la cabeza. Estaba de acuerdo en que todo eso ayudaría a Fadua, pero había un problema. Para llegar a Trípoli debían viajar en tren, pagar dos pasajes que eran bastante caros, precisamente ahora que todo se estaba poniendo tan difícil y arriesgado.

–El dinero no es lo más grave –aseguró Mannur–; podríamos ocupar parte de lo que hemos estado ahorrando para enviar a nuestros hijos ausentes.

También discutieron ese punto, pero al final lograron ponerse de acuerdo en todo.

–Solo queda conocer la opinión de Fadua –dijo el señor Jure–. Aunque estoy seguro de que aceptará y se pondrá muy contenta.

La joven no solo se puso feliz, sino que se sorprendió tanto que casi no podía creerlo. Abrazó a sus padres sollozando, conmovida por su actitud generosa y tolerante.

–No llores, hija –dijo el señor Jure–. Más bien ve a preparar tus cosas. Mañana, tú y yo viajaremos por primera vez en el tren Mina.

## LA MISTERIOSA AMIGA DE LA ABUELA DE FADUA

El puerto de Trípoli (tres ciudades) pertenecía entonces a la Gran Siria y tenía alrededor de veinte mil habitantes. En aquellos tiempos se consideraba el puerto principal del país y el comercio había sido su actividad más importante hasta que fue sustituido por los movimientos bélicos. De allí zarpaban barcos muy primitivos cargados con armas y con soldados y, a veces, regresaban cargados de prisioneros. En otras palabras, el puerto presentaba una situación bastante caótica cuando padre e hija llegaron a él.

Desde el puerto, ascendiendo por el Mitayn, se encuentra la catedral ortodoxa de San Jorge, que, según informó el señor Jure a Fadua, se había construido en 1735 bajo el gobierno de Ibrahim Pashá, con una mezcla de bizantino y árabe, y era lo más bello del barrio de El Mina.

Más arriba, doblando a la izquierda se accede a una calle bastante estrecha, donde se encontraba la vivienda de los abuelos de Fadua. El señor Jure padre había sido durante toda su vida un eminente sacerdote de la iglesia ortodoxa. Después de su muerte, ocurrida hacía muchos años, varios feligreses suyos se responsabilizaron de ayudar y acompañar a su viuda.

Hacía bastante tiempo que esta no recibía la visita de su hijo y tal era la mayor preocupación que traía en mente el padre de Fadua.

No había visitado a su madre desde que se había casado con Mannur y se había instalado en Homs. La distancia que los separaba le había impedido acercarse a ella ya que no existía medio de comunicación, hasta que se inauguró El Mina, ferrocarril que ahora unía Trípoli con Homs.

Sentado en el tren con Fadua a su lado, iba pensando precisamente en todo eso. Sintió un poco de vergüenza ante este pensamiento y dio gracias a Dios por la oportunidad que se le brindaba ahora para expiar su falta.

Sorprendida y asustada quedó Fadua al ver el movimiento de gente, bultos y maletas que los recibió al llegar a la estación donde el tren se detuvo.

Durante el viaje, observó todo con sorpresa, pero no se dejó fascinar. Aquello era del todo ajeno para ella; le faltaba el recurso que usan los que han viajado o salido del hogar muy a menudo: el punto de confrontación. Aquello no podía parecerle lo más bello del mundo, porque ella desconocía el mundo exterior y no podía comparar.

Bajó del tren arrimándose a su padre, quien enseguida emprendió la tarea de buscar la calle que lo conduciría a su antiguo hogar.

Después de caminar a través de muchos recovecos, cargados con una cesta y un saco, llegaron a la iglesia que era el único punto de referencia que el señor Jure recordaba, aunque bien se había guardado de decir a su hija que hasta entonces había estado más perdido que un camello en una selva.

Dejó su carga en el suelo y contempló las dos calles que partían de la explanada de la iglesia.

—¡Esa es! —exclamó bastante animado—. Es la más estrecha de toda la ciudad. Vamos. Ahora me resultará fácil encontrar la puerta de la casa.

Entre ambos cogieron la cesta y el señor Jure cargó el saco sobre su hombro.

–¿Qué traemos en este saco que no pesa nada? –preguntó.

–Nuestra ropa. He escogido algo para cambiarnos cuando la que llevamos puesta esté sucia – contestó Fadua–. La cesta pesa mucho más, porque está llena de frutas y hortalizas para la abuela.

–Excelente idea –dijo el padre, alegrándose de la ocurrencia de Mannur de enviar presentes a su madre–. ¡Muy buena idea!

La calle era tan estrecha y empinada que a ratos tenían que ir en fila india. Fadua ya estaba agotada, cuando su padre exclamó:

–¡Esta es la casa! –Y soltó el saco para llamar a la puerta.

Tardaron bastante en abrir y cuando lo hicieron, Fadua y su padre sufrieron un verdadero sobresalto. En la puerta había una persona –de eso no cabía la menor duda–; una persona extravagante, estafalaria, estrambótica, casi grotesca. Vestía ropa de mujer, un turbante de hombre y ¡babuchas de hombre! Era vieja, bastante arrugada; tenía las manos huesudas y largas, a lo que contribuían las uñas, que no habían sido cortadas seguramente desde hacía algunos meses, largas y sucias.

Su cara, fea y marchita, cobró vida cuando esbozó una sonrisa, sus ojos se avivaron como dos pequeñas aceitunas negras y graciosas y aparecieron sus dientes, muy blancos y enteros. No se sorprendió; parecía como si llevara siglos esperándolos.

–Dios bendiga este hogar. Mi nombre es Yúsef Jure y esta es mi hija Fadua. ¿Está mi...?

–¡Ah! Yúsef Jure –lo interrumpió ella con voz profunda y arrastrada–. ¡*Al'la u sahla!* – exclamó–. ¡Bienvenidos! Pasen, pasen, sigan, por favor.

Los guio hacia una habitación muy limpia que servía de cocina, de sala de estar y de comedor.

Una vez allí se detuvo. Puso sus dos manos cruzadas sobre el pecho y en actitud casi teatral levantó sus ojos al cielo y dijo lentamente:

–Su madre murió hace poco más o menos un año. Estuvo muy enferma; yo la cuidé y la acompañé en sus últimos momentos. ¡Ah! Mi nombre es Ámbar.

Continuó en la misma posición, mientras observaba a padre e hija con una mirada de pena compasiva que seguramente había estudiado y ensayado desde la muerte de la madre de Yúsef. De repente, se animó y corrió a un extremo de la habitación, diciendo:

–Pero no debe preocuparse. Dejó esto para usted.

El señor Jure recibió de sus manos una hermosa cajita de madera tallada que estaba cerrada con llave.

–Y esto también es para usted –agregó más animada aún, entregándole una bolsita hecha con una hermosa tela de seda granate y totalmente cosida y bordada alrededor.

El señor Jure tocó la bolsita y comprendió que estaba llena de objetos pequeños, seguramente metálicos, porque sonaban entre sí.

–Cuando ella comprendió que se acercaban sus últimos días, cerró el baulito... quiero decir esa cajita de madera, y después se dedicó a preparar esta bolsita para llenarla y luego cerrarla con esos bordados. –Ámbar se sentó sobre un cojín dando muestras de gran emoción al contar esto–. De verdad que es muy bonita, ¿no? Me hizo jurar que yo le entregaría ambas cosas cuando usted apareciera por aquí. Yo se lo prometí, pero dejé muy claro que solo lo podría cumplir si usted venía antes de que yo me muriera –sonrió al decir esto–, como es lógico. Pero ella estaba segura de que yo estaría viva, y así ha sido. Ahora me puedo morir en paz –dijo para terminar su teatral actuación.

–¡Oh, no! Usted no morirá –exclamó Fadua ingenuamente–. Veamos, hemos traído estas frutas para mi abuela, pero ahora son para usted.

Como ella hiciera un gesto de timidez ante esos presentes, el señor Jure insistió.

–Sí, sí. Son para usted. Recíbalos como demostración de mi gratitud por haber acompañado a mi madre en sus últimos momentos. –Hizo una pausa para preparar su discurso y continuó–. Debo explicarle el motivo de mi visita. De nuestra visita –corrigió, señalando a Fadua.

El relato fue largo y apasionante para Ámbar, que mantuvo una posición estudiada al comienzo, pero que fue, poco a poco, cambiando en la medida en que la narración del señor Jure se tornaba más y más emocionante.

La mujer cogió las manos de Fadua y le dijo:

–No se preocupe, hija. Yo, Ámbar, la ayudaré a encontrar a su novio. ¿Cómo se llama?

–Alí –respondió Fadua.

–Alí –repitió Ámbar–. Es musulmán. Será un buen hombre para que usted lo ame tanto y para que su padre haya decidido acompañarla hasta aquí para encontrarlo.

Fadua asentía con la cabeza y el señor Jure lo confirmó.

–Es un hombre excelente –dijo.

–Tal vez haya tenido que enrolarse para ir a la guerra –dijo Ámbar.

–No, no. Creo que no –aseguró Fadua.

–Aquí están enrolando a todos los hombres, jovencitos, mayores y viejos, y los obligan a ir al frente. ¡Es una vergüenza! –Ámbar se exaltaba más y más al continuar con su información–. Ayer se llevaron al marido de la vecina de enfrente, que tiene cuatro hijas y cuatro hijos, y como vieron que dentro estaba el abuelo, que debe de tener setenta años, también lo obligaron a ir, lo mismo que a los dos hijos mayores, uno de quince y otro de trece años, ¿qué le parece? –preguntó dirigiéndose al señor Jure–. Y si llegan a enterarse de que usted está aquí, también vendrán a buscarlo.

Los tres se miraron consternados.

–¿Tan mal está la situación? –preguntó Fadua–. ¿Se sabe hacia dónde van? Quiero decir hacia dónde los llevan...

Ámbar se acomodó y se retrepó en los cojines, levantando los hombros como para aspirar aire. Miró a sus dos visitantes para asegurarse de que tenía ganado el auditorio y se dispuso a hablar. Su voz sonó más arrastrada que nunca, incluso misteriosa.

–Eso es lo más indignante. Nadie sabe adónde los mandan. Aquí llegan muchos barcos cargados, a veces, de prisioneros, serbios, rumanos, hasta italianos. –Juntó las manos antes de continuar–: Los barcos deben volver a los campos de batalla llenos de armas y de hombres. Así que buscan aquí mismo en el puerto, que es lo más cercano que tienen, y obligan a los hombres a alistarse. También traen hombres, todos sirios, de otras ciudades del país y los meten en los barcos. Pero jamás dicen el destino ni el tiempo que durará ese secuestro. Porque es un secuestro lo que realizan, un atropello. ¿No lo creen así? Incluso amenazan con castigar a los que se niegan a partir.

–Es lo mismo que está sucediendo en Homs, en Hama, en Damasco. Siria se está quedando sin hombres –el señor Jure también estaba comenzando a indignarse–; unos se escapan al extranjero y otros son obligados a ir a la guerra.

A medida que los dos hablaban, Fadua se iba sintiendo desfallecer. Un sudor frío recorría su cuerpo y tuvo que apoyarse para que su cabeza no cayera exánime.

–¡Niña mía, qué le pasa! –gritó, alarmada, la dueña de casa. De pronto exclamó–: ¡Dios bendito! ¡Qué torpe soy! Ustedes han hecho un largo viaje cargando con estas cosas y yo no les he ofrecido

ni un vaso de agua. –Golpeó nuevamente las manos de la joven y se levantó—. No se preocupe, niña Fadua, ahora mismo le traeré un vaso de leche.

Desapareció en el interior de la casa con la agilidad de una joven de quince años.

–Padre, tengo mucho miedo. ¿Qué será de Alí? ¿Crees tú que lo han mandado al frente?

–Tenemos que averiguarlo, hija mía; para eso hemos venido. Pero no sufras; lo encontraremos. Dios nos ayudará.

Mientras esperaban, Fadua dejó vagar la vista por la habitación. De una de las paredes colgaba un hermoso icono que representaba a la Madre con el Niño. Ante él, sobre una balda clavada directamente en la pared, había un par de velas, un jarrón con flores silvestres y varias cajitas metálicas pintadas de diferentes colores.

Justo enfrente estaba la parte de la habitación destinada a la cocina, con un pequeño horno redondo, de esos donde se fabrica el pan.

Luego había una mesa giratoria, también redonda, de bronce grabado con caracteres árabes.

–Todo esto era de mi madre; de tu abuela –observó el señor Jure.

–¿Qué contienen esas cajitas de colores? –preguntó Fadua.

–No lo sé. Es la primera vez que las veo. Pertencerán a esta señora. No eran de mi madre.

Cuando ella apareció, traía una bandeja con tazas, platos y cubiertos y una tetera humeante.

Les ofreció té con leche y partió un trozo de queso en rodajas. Junto con el pan, colocó todo sobre la mesa giratoria y con acento dramático, dijo:

–Esto es todo lo que puedo ofrecerles. Por favor, tomen la leche caliente y prueben este queso de oveja hecho con mis propias manos.

–Que Dios bendiga sus manos y estos alimentos –dijo el padre de la joven, contagiado con la ceremoniosa invitación de la dueña de casa.

–Por favor, sírvanse. Luego descansarán. Ya veremos cómo iniciaremos la búsqueda de Alí. Tenemos que trazar un plan. Pero no deben preocuparse. Ustedes coman y descansen. De lo otro me encargo yo.

## EL PLAN DE ÁMBAR

Fadua no pudo conciliar el sueño y solo cerró los ojos cuando faltaba poco para el alba. Pensaba en su amado y en la inexplicable emoción que la estremecía al pensar que podía estar cerca, ahí mismo, en algún lugar de Trípoli. Pero ¿dónde?

Durante el trayecto desde la estación hasta la casa de la abuela, había podido observar las innumerables calles con muchísimas viviendas, la gran cantidad de gente que deambulaba por todas partes; tumulto, vocerío, alboroto. Encontrar a Alí iba a ser una ardua tarea, como encontrar un dinar entre las arenas del desierto.

Ni siquiera el plan de Ámbar le inspiraba confianza; claro que, a decir verdad, era bastante atractivo aunque muy arriesgado, incluso absurdo si se lo consideraba desde un punto de vista práctico y sensato.

En la mente de Fadua apareció la imagen de Ámbar y esto le causó un extraño desasosiego: ¿quién era esa mujer cuyo rostro aparentaba ser el de una anciana en tanto que su cuerpo, el de una joven esbelta, aunque fuerte y aguerrida?

Hablaría de eso con su padre, porque estaba segura de la necesidad de hacer una investigación acerca de ella, de su procedencia, de su edad, de sus relaciones con la abuela, de las personas que la habían designado para que la acompañara hasta su muerte.

¡Incluso creía que era muy importante averiguar las causas de la muerte de la abuela!

Los pensamientos de Fadua se vieron interrumpidos por una visión que casi la hizo gritar. Aunque estaba pensando en Ámbar, su horrible rostro, que se inclinaba sobre ella, que yacía medio dormida sobre unos cojines, la sobresaltó de tal manera que estuvo a punto de golpearla en plena cara. A pesar del miedo que sintió, pudo reconocer la voz de la mujer.

–Niña Fadua, debe levantarse, lavarse y acercarse a la mesa. Vamos a tomar el desayuno.

–Enseguida, enseguida –respondió Fadua levantándose con rapidez.

El desayuno resultó reconfortante. Café, leche, aceitunas, queso fresco con aceite de oliva, pan tierno que inundaba el ambiente con su aroma.

Comieron hasta saciarse después de que el señor Jure bendijera los alimentos con su acostumbrada solemnidad.

Al final, tomó la palabra Ámbar.

–Ahora mismo, después de recoger todo esto –dijo haciendo un gesto con la mano en dirección a la mesa–, nos dirigiremos al puerto, donde llevaremos a cabo el plan que estudiamos anoche. Descansen un momento, mientras termino.

Fadua se acercó a su padre y le dijo algo al oído. Este reaccionó enseguida.

–Vamos a ir antes a la iglesia para encomendarnos a Dios, ¿qué le parece?

–Me parece muy bien –respondió Ámbar–. Dentro de un rato los alcanzaré para que nos acerquemos al puerto.

Ya en la calle, Fadua contó a su padre las inquietudes que la habían desvelado y le propuso indagar en la iglesia algo sobre todo ese tema.

Tuvieron suerte al encontrar a un hombrecillo que estaba preparando el interior de la iglesia para recibir a los fieles. Los condujo al interior, donde un sacerdote estaba terminando su desayuno.

El señor Jure se presentó y le habló de su madre. Efectivamente, ella había fallecido hacía un año y estaba enterrada detrás de la iglesia, en los jardines que hacían las veces de cementerio. Hasta allá los condujo el sacerdote y padre e hija rezaron un padrenuestro por la abuela.

El señor Jure agradeció al sacerdote la generosidad que había manifestado con su madre, sobre todo por el hecho de haberle dado una compañera que la cuidara y la asistiera hasta sus últimos momentos.

–¿Una compañera? –preguntó el sacerdote bastante extrañado.

–Sí. Una mujer llamada Ámbar –respondió el padre de Fadua.

–¿Ámbar? Yo no sé quién es Ámbar. Será mejor que pregunten a la esposa del sacristán. Ella sabe todo lo que sucede en el barrio y en la iglesia. Es como un periódico local. Ahora, deben ustedes perdonarme. Tengo que prepararme para los servicios religiosos –se disculpó el sacerdote y se despidió amistosamente de ellos.

Pero la mujer del sacristán tampoco conocía a Ámbar y se mostró incluso ofendida ante la reiteración del señor Jure sobre la existencia de una mujer que acompañó a su madre hasta el momento de su muerte.

–Su madre murió sola. Yo misma fui testigo de su desamparo. Si hubiese existido una compañera llamada Ámbar, la primera en saberlo habría sido yo –dijo la mujer del sacristán con no disimulado fastidio, y terminó agregando con energía algo sorprendente–: Además, esa casa está abandonada; estará sucia y llena de ratones.

Padre e hija se dieron con el codo sin atreverse a decir una palabra más. Estupefactos, agradecieron su ayuda a la buena mujer y se despidieron rápidamente.

En la calle encontraron a Ámbar, que los estaba esperando.

–No digas nada –susurró el señor Jure en el oído de su hija–, ya veremos qué hay detrás de todo este misterio. Paciencia.

Se unieron a Ámbar y bajaron juntos en dirección a la bahía.

La mujer los guiaba con paso seguro y decidido a través de las callejuelas hasta que desembocaron justo frente a las oficinas del puerto. Los introdujo en ella y se dirigió a un joven que estaba medio dormido, sentado tras una mesa llena de papeles.

–¡Eh! Usted. ¿Puede atenderme, por favor?

El joven se sobresaltó al oír la voz tan especial de Ámbar.

–Sí, por supuesto. Dígame, ¿qué necesita?

–Necesito saber si hay alguien que nos informe sobre un joven sirio musulmán que ha desaparecido. ¿Existe alguna autoridad que nos diga si ha sido alistado y enviado al frente?

–Probablemente la puedan ayudar en el cuartel militar que está al otro extremo del puerto o en la oficina de guerra o, si no, en el centro de reclutamiento. Pero si acepta mi opinión, le aseguro que no le va a resultar nada fácil averiguar eso.

–No se preocupe. Le agradezco su opinión, pero eso es asunto mío –le contestó Ámbar bastante molesta con la intromisión del joven.

La investigación les ocupó casi toda la mañana, yendo de un lugar a otro, sin obtener ningún resultado.

–No nos queda más remedio que utilizar mi plan –dijo Ámbar.

Al ver que padre e hija se mantenían en actitud dudosa, con mucha seriedad les habló:

–¡Tenemos que hacerlo! ¿No se dan cuenta de que no queda otro camino para conseguirlo?

–Pero señora –intervino Fadua con timidez–, lo que usted propone es un engaño, una mentira.

–Niña Fadua, no me diga señora; llámeme Ámbar. –Esto lo dijo con suavidad, pero cambió el tono al decir–: ¿Que eso es mentira? Sí, lo es. Pero escuche, niña, *la mentira es tanto mejor cuando más parece verdadera*<sup>1</sup>. Debemos ser cautos. Nadie debe darse cuenta de que no es verdad.

Les hizo un guiño que arrugó más su rostro y los invitó a seguirla.

El trayecto se hizo largo sobre todo para Fadua y estaba a punto de protestar cuando su intrépida guía señaló un edificio alto y tan blanco como la túnica del señor Jure.

–Ahí es –dijo–. Es el palacio del gobernador.

Padre e hija dieron un paso hacia atrás, temerosos, ante la proximidad de la consumación del atrevido plan de Ámbar, que no manifestaba la menor duda y continuaba avanzando muy decidida, subiendo la cuesta que conducía hasta el enorme portón del palacio.

Fueron abordados por un guardia que, al oír las explicaciones que Ámbar le dio al oído, la saludó militarmente y ordenó a su compañero conducir a los tres visitantes a presencia del secretario del gobernador.

El señor Jure presionó el brazo de su hija, que le contestó con un encogimiento de hombros y con una mirada verdaderamente aturdida al comprobar los resultados que iba consiguiendo Ámbar.

No era un palacio; más bien parecía una fortaleza, pensaba Fadua.

–Fue una fortaleza construida por los cristianos durante las cruzadas, hace más de setecientos años –explicó Ámbar.

Fadua la observó con la boca abierta. Extrañada, quiso preguntarle si acaso había adivinado sus pensamientos, pero se quedó sin decir nada al comprobar que la mujer había cubierto su horrible rostro con la delicada tela de color azul celeste que traía sobre los hombros. Hizo un gesto para imitarla, levantando la pequeña capa que cubría su cuerpo, pero Ámbar la detuvo y no permitió que lo hiciera.

Enseguida fueron recibidos por el secretario del gobernador en un despacho amplio, pero que se hacía pequeño para el cúmulo de mesas dispersas por doquier, todas llenas de papeles sueltos y de cientos de cartas sin abrir.

Los saludó sin levantarse, invitándolos a sentarse en las tres sillas que estaban ante su mesa.

Mientras Fadua observaba al secretario, Ámbar se encargó de hacer las presentaciones.

–Excelentísimo señor secretario. Este es el ilustre señor Yúsef Jure, el más sabio, prudente y famoso *shej* del desierto de Alkawa, donde mantiene sus rebaños de ovejas a cargo de un enorme grupo de pastores, y esta es su hermosa hija, la bella Fadua.

Nuevamente padre e hija intentaron comunicarse de algún modo, pero desistieron para evitar complicaciones, aunque se mantuvieron en una actitud de auténtica estupefacción. Respiraron profundamente y decidieron resignarse a lo que viniera de parte de su arrugada compañera, cuya actuación les causaba más y más extrañeza. Ahora era la voz. Había desaparecido la voz arrastrada y vulgar, y en su lugar escucharon una voz muy agradable, suave y bien impostada. Pero eso no fue todo.

–Yo soy Ámbar, la nieta del difunto califa de Alepo.

---

<sup>1</sup> El lector más avezado podrá descubrir la procedencia de esta y de todas las citas en cursiva que aparecen en el libro.

Al decir esto levantó el velo que cubría su rostro, lo dejó caer sobre sus hombros y se volvió sonriente hacia sus compañeros, que la miraban con la boca abierta. También el rostro se había transformado y era de una belleza exquisita.

El secretario quedó embobado mirándola fijamente. Se levantó de su asiento, pero más le hubiera valido no hacerlo, porque de pie era más pequeño que sentado. Se ruborizó al no saber qué hacer y, más por costumbre que por inspiración del momento, tiró de un cordón que hizo sonar una campanilla en el exterior.

–Que nos sirvan el té –ordenó al subalterno que apareció enseguida y que esperó la orden con la cabeza muy inclinada. Luego volvió a su asiento, con lo que consiguió elevar su estatura en unas tres pulgadas.

Guardó silencio con la vista fija en la enorme mesa que tenía ante sí en una espera que a los visitantes les pareció interminable, y que fue interrumpida por la aparición de un joven vestido con el traje típico del lugar, que portaba una bandeja en la mano izquierda equilibrando en ella las cuatro tazas de té. Las repartió con destreza a cada uno de los visitantes y la última para el secretario, que le hizo una señal para que desapareciera en el acto.

Yúsef Jure no soportó más ese silencio tan prolongado.

–*Chucrán* –dijo con voz respetuosa–, gracias. Ha sido una gentileza de su parte ofrecernos una taza de té.

El secretario no se inmutó. Seguía pensativo, sin saber qué decir.

Bebieron el té en silencio, hasta que se escuchó la nueva voz de Ámbar, dulce y melodiosa.

–Seguramente su Excelencia deseará saber el motivo de nuestra visita...

–Mmm –dijo él, afirmando con la cabeza.

Una mirada firme y elocuente de Ámbar dirigida a Fadua y a su padre los puso sobre aviso. La acción, el plan estaba empezando a realizarse.

–Señor secretario –comenzó diciendo solemnemente el señor Jure–, estamos intentando encontrar a un joven que ha desaparecido. Necesitamos que el gobernador nos ayude a descubrir su paradero. Es el novio de mi hija y como puede usted ver, ella está enferma de tanto llorar.

Fadua, conminada por Ámbar a hacer una representación de dolorosa, gimiendo y llorando, no necesitó fingir. Al escuchar las palabras de su padre, soltó el llanto acumulado durante tantos días, y fue tan sincero que sobrecogió a las tres personas allí presentes. La más acongojada era la autora del plan, que tuvo que acercarse a Fadua a su pecho y consolarla como a un bebé.

–Por favor, no llore más –le dijo–. ¡Qué dirá su Excelencia! Calle, calle, niña Fadua, que su Excelencia nos ayudará a encontrar a su novio Alí, ¿verdad, señor?

El secretario se apoyó en la mesa, abandonando el respaldo del sillón; carraspeó, observó a sus visitantes uno por uno y, por primera vez, habló.

–No es necesario que el gobernador intervenga. Yo mismo me encargaré de ayudar a encontrar a ese joven. –Su voz, bastante apagada, sonaba compasiva–. Deben darme todos los datos del joven: nombre, residencia, la fecha de su desaparición y su edad. Claro, la edad es muy importante.

A medida que iba recibiendo los datos que el señor Jure le daba, el secretario los escribía rápidamente en una hoja de papel repleta con otros nombres y otras direcciones.

El secretario era una persona muy especial; actuaba casi mecánicamente. Mientras escribía, entrecerraba los ojos de manera que quienes lo observaban creían que se estaba quedando dormido. Pero lo peor era que meneaba la cabeza de derecha a izquierda como si no aceptara lo que estaba escribiendo.

Esto confundía a sus interlocutores, que, generalmente, eran personas que ya llegaban bastante confusas a su presencia y esto las aturdiría más aún.

Cuando terminó de escribir y de menear la cabeza, abrió los ojos y les dio la siguiente explicación:

–Como ya les he dicho, yo mismo me preocuparé de este caso. Deme su dirección para enviarle la respuesta cuando obtenga alguna noticia de su joven amigo.

–No vivimos acá, al igual que el desaparecido joven Alí –respondió el señor Jure–. Estaremos unos días aquí en Trípoli, tratando de encontrar algún rastro de él, porque fue precisamente en este puerto donde desapareció.

El secretario se rascó la cabeza, totalmente afeitada. Luego acarició sus bigotes con gesto preocupado.

–Tal vez no debemos hablar de desaparecido –dijo lentamente–. Puede haber viajado a otro lugar en vez de regresar a su casa; puede haberse echado a la mar para escapar de la guerra, como están haciendo otros muchos; o bien puede haber sido reclutado para ir al frente de batalla. –Se detuvo un momento, carraspeó y continuó hablando como si lo hiciera para sí mismo–. También puede ser que Alí sea *un jovencito valiente que camina rápido y por su propio pie a la guerra*. Sí, sí –dijo al oír el gemido que salió de la boca de Fadua–: todavía existen jóvenes valientes que optan por luchar al lado de sus compatriotas.

–Eso es cierto –aseguró el señor Jure–. Alí es un hombre muy valiente; no teme a nada, jamás ha demostrado ni un asomo de cobardía.

El secretario lanzó una mirada de simpatía al señor Jure; había encontrado en él un excelente aliado y para demostrarle su propio ingenio, corroborando lo que el otro había dicho, recalcó:

–Ajá. Esa es la cuestión. Porque *la valentía es una virtud que está entre dos extremos viciosos: la cobardía y la temeridad*. –Suspiró profundamente y agregó con pena–: No saben ustedes cuántos cobardes hay en este país. Huyen como ratas para no presentarse a filas. También los hay temerarios. Y usted, señor Jure, ¿se va a presentar voluntario o esperará a que lo llamen? Aunque créame usted que estoy casi seguro de que usted ya ha sido llamado a filas en su ciudad. Por todo el país están reclutando hombres de dieciséis a setenta años. Usted tendrá más o menos sesenta, ¿verdad? Si quiere ser voluntario, puede presentarse aquí mismo en Trípoli. Sería una buena idea.

El señor Jure, hombre sereno y apacible, no pudo evitar que un escalofrío le recorriera la espina dorsal; pero mantuvo la vista en el hombrecillo que lo observaba fijamente desde su alto sillón.

–No, señor –dijo Ámbar con tono alegre–; por ahora no me parece una buena idea. El señor Jure debe acompañarnos en la búsqueda de Alí. Usted comprende que ese trabajo no podemos hacerlo nosotras dos solas. ¡Imagínese! Dos mujeres solas por los caminos, preguntando por un hombre. Creo que sería mejor que nos acompañara hasta que conozcamos el paradero del novio de Fadua. Después, si quiere, podrá presentarse, ¿verdad, señor Jure?

–Sí...; por supuesto. Pero creo que lo haré en mi ciudad para despedirme de mi esposa y de mis hijas.

El secretario se esforzó por sonreír, pero solo consiguió trazar una mueca horizontal que apenas estiró el bigote sobre sus labios.

Antes de que volviera a intervenir, se le anticipó Ámbar.

–Excelencia, estará de acuerdo conmigo en que el señor Jure tiene razón. Lo mejor que puede hacer es presentarse allá. –Hizo una pausa muy breve y antes de permitir que le arrebataran la palabra, continuó–: No queremos abusar de su tiempo ni de su paciencia; tampoco de su bondad. Pero lo cierto es que queremos pedirle un gran favor; más bien, dos favores. El primero se refiere a Alí. De las cuatro maneras que ha señalado su Excelencia que pudo haber usado para abandonar Trípoli, imaginemos que Alí hubiera decidido escaparse a otro lugar de Siria para esconderse y así

burlar a los que lo perseguían para obligarlo a ir al frente. ¿Qué lugar elegiría? ¿Podría orientarnos un poco? –Viendo el gesto del secretario, que se disponía a responder, rápidamente agregó–: Perdona, pero también desearíamos pedirle que nos dé un salvoconducto para movernos sin problemas, porque seguramente tendremos que desplazarnos de un lugar a otro hasta encontrar rastros de Alí.

El largo discurso de Ámbar había impacientado un poco al secretario, que lanzó un suspiro cuando ella terminó de hablar.

«Seguramente no está acostumbrado a escuchar a las mujeres; como la mayoría de los hombres», pensó Fadua.

El secretario ya estaba respondiendo a Ámbar y su acento se había transformado. Se había vuelto duro, casi implacable.

–Debo aclarar que en ningún lugar se está persiguiendo a los hombres para obligarlos a ir a la guerra; por supuesto que no. Tampoco provocamos tal malestar en ellos que los obligue a huir, como usted cree que hizo el joven Alí, quien, según aseguró el señor Jure, es un hombre muy valiente. Si lo es no habrá huido. Por todo esto, no puedo concederle el primer favor. No sé adónde puede haber huido, si es que lo hizo. En cambio sí puedo orientarlos sobre cómo conseguir los salvoconductos. Pueden solicitarlos en la oficina de la policía militar que está en el puerto. Presenten este documento que está firmado por el gobernador y allí se los darán. Solo quiero darles un consejo: no es un buen momento para ir viajando de un lugar a otro, buscando a ese joven. Hay mucha agitación por todas partes. –Los miró con ojos pensativos–: ¿En qué piensan viajar?

–No lo hemos decidido todavía –se apresuró a contestar Ámbar–, pero lo mejor sería disponer de camellos, caballos o yeguas. ¿Puede ayudarnos a conseguirlos?

El secretario quedó estupefacto y sus ojos demostraron su sorpresa. Parecía como si la nieta del Califa hubiera adivinado su pensamiento. Desde que se había declarado la guerra contra países limítrofes, no había podido continuar con su negocio de venta ilegal de caballos y yeguas. La orden de entregar todas las cabalgaduras al ejército lo había sorprendido con los corrales repletos de animales. Obedeció la orden y entregó el ochenta por ciento de sus caballerizas al ejército, pero le quedaba un veinte por ciento, concretamente veintiocho animales que escondía encerrados en un lugar al sur de Trípoli. Sabía que tenía que deshacerse de ellos antes de que lo descubrieran.

–Es posible que pueda ofrecerles tres caballos o camellos muy baratos –respondió–. Los tengo en un corral cerca del antiguo muelle. Pueden volver dentro de cinco días y los tendrán a su disposición. Son animales excelentes.

Llamó tirando del cordón y, al aparecer un vigilante, le ordenó:

–El señor y las señoras ya se retiran. Acompáñelos a la puerta de salida.

Extendió la mano por encima de la mesa para estrechar la del señor Jure. De las damas, se despidió con una inclinación de cabeza, sin levantarse del sillón.

«Si se hubiera levantado, no habría alcanzado a darle la mano a mi padre por encima de la mesa», pensó Fadua, que, a pesar de su tristeza, se había divertido bastante observando al extraño personaje que ostentaba el título de secretario del gobernador.

**OTRO PASAJERO RUMBO A AMÉRICA**

Abandonaron el palacio en silencio guiados por una ordenanza. Una vez en la calle, los tres hablaron simultáneamente y no se entendieron entre sí. La primera en reaccionar fue Fadua.

–Por favor –dijo, interponiéndose entre los dos y apartándolos con las manos–. Alejémonos más del palacio y hablemos de uno en uno. Empiece usted, Ámbar.

Ella lo hizo con calma, una vez serenada, obedeciendo a la joven. Su discurso fue largo; se refirió, principalmente, al éxito obtenido con su plan: el secretario los había atendido en persona, les había prometido unas cabalgaduras, había ratificado los posibles lugares en que se podría encontrar Alí, les había dado un documento para conseguir los salvoconductos y los había invitado a una taza de té.

Padre e hija confirmaban todo eso con movimientos de cabeza. Cuando Ámbar terminó de hablar, el señor Jure tomó la palabra.

–Me parece que usted no ha advertido la falsedad de las palabras del secretario. ¿No oyó usted todo lo que dijo sobre los voluntarios, sobre el reclutamiento de hombres, sobre los cobardes que huyen para no ir a la guerra?

–Además –agregó Fadua, apoyando todo lo que su padre había dicho–, con toda hipocresía aseguró que no hay persecuciones de hombres, ni secuestros ni malos tratos. Ese hombre es un farsante.

Ámbar sonrió, comprensiva, pensando acaso que ni los hombres ni las niñas demasiado jóvenes entienden los recovecos de las relaciones humanas.

–Sí, señor Jure, claro que oí las mentiras del secretario. Pero, a nosotros, ¡qué nos importa lo que él piense o diga! Lo principal es que hemos conseguido gran parte de lo que queríamos.

–Para mí, lo principal no es eso –dijo Fadua–. Creo que usted nos debe una explicación. ¿Quién es usted? ¿Es joven, vieja, hermosa, horrible? ¿Qué significado tiene ese velo con que se cubrió y eso de que usted es nieta del difunto califa de Alepo? –Tras una pausa, agregó con firmeza–: Eso es lo principal que usted tiene que explicarnos.

–¡Correcto! –agregó el señor Jure.

Se miraron los tres, mientras Ámbar hurgaba entre los pliegues de su larga falda. Encontró lo que buscaba y lo enseñó a sus acompañantes.

–Esta caja de color azul, recuérdelo bien, niña Fadua, de color azul, contiene una crema líquida que cambiará mi aspecto. Observen ahora.

Ellos obedecieron. Ámbar cubrió su rostro, toda su cabeza con el velo; pasados unos momentos, lo dejó caer sobre sus hombros.

–¡Ooooh! –exclamaron Fadua y su padre.

–Su rostro ha vuelto a ser arrugado y feo –dijo Fadua recalcando cada palabra–. Esto es inaudito.

Como no reaccionaban ni salían de su asombro, ella se encargó de animarlos.

–Ahora debemos irnos. ¡Vamos! Tenemos mucho que hacer.

Los guio hasta el puerto, donde preguntaron por la oficina de la policía militar y allí consiguieron los salvoconductos en el acto y sin ningún problema.

–Ahora deben regresar a casa. Por mi parte, me quedaré haciendo algunas averiguaciones.

–¿Sobre Alí? –preguntó Fadua.

–Sí, sobre Alí –contestó Ámbar.

–Entonces me quedaré con usted y mi padre también.

–No, niña Fadua. Ustedes volverán a casa. Con ese aspecto que tienen de personas acomodadas, nadie responderá a sus preguntas –les explicó–. No perdamos más tiempo. En cuanto consiga alguna pista, volveré para encontrarme con ustedes.

Se separaron. El señor Jure y Fadua subieron por las estrechas calles hasta llegar a la casa de la abuela difunta.

–¡No nos ha dado la llave! ¿Cómo abriremos? –preguntó Fadua.

Pero la puerta se abrió con un simple empujón de la mano del señor Jure.

Extrañados, entraron en la vivienda. Todo estaba en perfecto orden. Nadie había tocado nada.

Fadua se echó sobre unos cojines decidida a rescatar el sueño que había perdido durante la noche.

En cambio, su padre decidió descoser el contorno de la bolsita que le había dejado su madre para ver los secretos que contenía. Tarea bastante difícil, porque no encontró tijeras, ni agujas en toda la casa, ni clavos, ni cuchillos con punta. Todos tenían la punta roma. No le quedó más remedio que usar sus propias uñas, pero como se las había cortado antes de salir de Homs, no consiguió descoser ni siquiera una puntada. Tardó tanto tiempo en esa ardua labor que no solo Fadua se despertó de su plácido sueño totalmente descansada, sino que al poco rato apareció Ámbar bastante exaltada a pesar de su acostumbrada serenidad, diciendo que traía muchas noticias.

–Señor Jure, ponga mucha atención. Mañana mismo usted debe abandonar el país, porque ha llegado un barco que ha de volver mañana a las costas de Grecia cargado con hombres dispuestos a luchar. Han iniciado la recogida de «voluntarios» por el barrio norte del puerto. Mañana llegarán a estas calles.

–¡No puede ser! –gimió Fadua.

–Nada temas, hija. Ahora que tengo el salvoconducto, viajaré enseguida a Homs para despedirme.

–¡Imposible! –lo interrumpió Ámbar–. Me he enterado de que en Homs ya no quedan hombres; los que no han podido huir están en el frente o llenando las cárceles. La situación es tan cruenta que he oído historias increíbles. Imagínense que los soldados están secuestrando niños de diez a quince años y los llevan al cuartel militar para entrenarlos en el uso de armas y en las técnicas de lucha cuerpo a cuerpo, hasta que aprendan y hasta que cumplan la edad suficiente para enfrentar al enemigo. Solo respetan a los niños deficientes mentales o inválidos. La que me contó esto estaba dispuesta a convertir a su hijo en un inválido antes que entregarlo a los soldados.

Fadua se había cubierto el rostro con las manos.

–¡Al’la! –exclamó–, que Dios nos proteja. Papá, ¿qué piensas hacer?

Ámbar no lo dejó hablar.

–Perdone, señor Jure, pero usted no debe pensar nada. Lo único que tiene que hacer es recoger sus cosas en un saco y prepararse, porque usted saldrá esta misma noche de Trípoli y buscará en la isla de Chipre un contacto que lo alejará de aquí y lo llevará a donde usted quiera.

–A Sudamérica, donde están mis hijos –respondió, convencido ante las presiones de Ámbar–. Lo malo es que no trajimos suficiente ropa ni dinero.

–¿Ropa? ¿Dinero? ¡Vamos, señor Jure, deme eso! –Se refería a la bolsa que él tenía entre las manos.

Él se quedó observándola con la boca abierta, porque con un gesto sencillo ella había cogido una hebra de la que tiró suavemente, descosiendo de esta forma toda la costura que cerraba el contorno de la bolsita y que dejó al descubierto su contenido. Lo vació sobre un cojín, escogió una de las llaves que contenía y se la entregó junto con el cofre de madera.

El señor Jure abrió el cofre. Fadua corrió a su lado al oír la exclamación de asombro que brotó de los labios de su padre. El cofre estaba lleno de monedas de oro, de las antiguas.

–Con este dinero que le dejó su madre, usted podrá comprar ropa y viajar por todo el mundo, si le place.

–*Al’la kbir!* –exclamó el señor Jure–. Dios es grande. Pensar que mi madre ahorró todo esto para mí. No es posible.

Padre e hija se abrazaron y lloraron de emoción.

Pasados los primeros momentos, Fadua reaccionó.

–¿No será un espejismo o una broma pesada de Ámbar? –susurró al oído de su padre–. Papá, dile algo.

El señor Jure no tenía ninguna duda acerca de lo que estaba viendo y tocando con sus manos. No cabía sospecha alguna. Aquello era un montón de monedas totalmente reales.

No obstante, y para aclarar cualquier duda, con mucha delicadeza, se dirigió a Ámbar.

–Estoy tan sorprendido con todo lo que nos ha sucedido hoy. Por eso le ruego que nos dé una explicación. –Hablabla con respeto, midiendo sus palabras–. No es que dudemos de su honestidad, no. Solo quiero decir que, en cierta forma, todo esto parece misterioso: los buenos resultados de su plan, sus propias transformaciones, y ahora esto –terminó señalando el cofre con monedas.

Ámbar sonrió comprensiva, mirándolo con su cara arrugada. Movi6 la cabeza de un lado a otro, tratando de entender la incapacidad humana de aceptar lo positivo, de dar gracias por todos los acontecimientos extraordinarios de ese día.

–¿Me está pidiendo una explicación, señor Jure? ¿Cree usted que este es el momento propicio para pedir explicaciones?

Él afirmó con la cabeza tres veces.

–Sí, Ámbar, por favor –rogó Fadua–. Si he de quedarme con usted, mi padre tiene derecho a saber todo eso y mucho más. Debemos saber quién es usted, por qué ningún vecino la ha visto jamás ni la conoce, cómo consigue tener esta casa en buenas condiciones si todos afirman que está en ruinas. Sí, Ámbar, tenemos que saber quién es usted y hasta dónde llegará su intrepidez por ayudarnos.

Ámbar aceptó. Les rogó que tomaran asiento y se ausentó un rato, volviendo enseguida con dos vasos de leche, aceitunas, pan y queso para sus invitados y un vaso de agua para ella.

Comieron y bebieron con cierta ansiedad. El día había sido bastante agitado y no habían comido nada desde el desayuno.

Una vez satisfechos, Ámbar empezó a hablar.

–Señor Jure, estoy dispuesta a responder a todas sus preguntas –le dijo, volviendo a usar su voz arrastrada–, una por una para que resulte más rápido y claro. Así podrá usted confiar en mí sin volver a dudar, pensando acaso en que yo los vaya a abandonar o a traicionar. ¡Eso jamás! ¿Comprende?

El señor Jure fijó sus ojos en los de ella, luego en su hija, que seguía comiendo pan con queso, los volvió nuevamente hacia Ámbar, que estaba esbozando una misteriosa sonrisa, y le contestó:

–Yo no tengo nada que preguntar y jamás he desconfiado de usted. Solo quiero saber dos cosas: ¿A qué hora debo marcharme? ¿Quién le va a comunicar a mi mujer esta decisión tan improvisada?

Ámbar sonrió con satisfacción. Al parecer, esa era su forma de controlar los sucesos a su alrededor.

–Eso está mejor –le respondió, dándole un suave golpe en la espalda, que lo pilló desprevenido–. Ya tengo todo organizado.

En pocas palabras, les explicó lo que había planeado. En primer lugar había conseguido llegar a las cuadras del secretario del gobernador, donde consiguió dos camellos y un *muhar*, un poni, gracias a la ayuda de un joven manco que estaba rondando por el puerto, buscando trabajo o mendigando unas monedas para poder comer algo. Él se encargaría de llegar hasta Homs en uno de los camellos para avisar a la familia que el señor Jure había abandonado Siria y que Fadua permanecería en Trípoli con ella hasta rescatar a Alí y regresar con él a Homs.

Mientras explicaba esto, Ámbar preparaba ágilmente un atado de ropa, manta y comida para el señor Jure. Le pidió diez monedas de oro, que entregó a Fadua.

–Ella necesitará dinero –le dijo.

–Y usted también –respondió él, entregándole otras diez monedas.

Pero ella no aceptó. Le dijo que a ella nunca le faltaba el dinero.

–¿Puedo tomar más leche? –preguntó Fadua–. Está muy rica, ¿qué le ha echado?

–Pregúnteselo a la cabra cuando vaya a servirse otro vaso y traiga otro para su padre, niña Fadua, que tiene que ir bien alimentado para enfrentar el viaje.

Obediente, la joven llevó los vasos y los trajo llenos otra vez. Bebieron en silencio y sin prisa, como si lo que tenían que hacer fuera la rutina de todos los días. Algo muy raro estaba sucediendo, pero ni el padre ni la hija tenían conciencia de ello. Más aún, el señor Jure, al recibir el atado y la orden de esconder el dinero en los bolsillos interiores de su túnica de parte de Ámbar, no dudó en decirle:

–Es usted una persona estupenda, eficiente y de muy buen humor, ¿no le parece?

–No estaría bien que yo misma me atribuyese esas cualidades. ¿No sabe usted que *la alabanza propia envilece*? Ahora que ha oscurecido debemos salir sin hacer ruido. Iremos al puerto andando, para no llamar la atención. No habrá despedidas; pueden hacerlo aquí, si les parece.

Fadua abrazó a su padre con ternura y este derramó unas lágrimas sobre el cabello de su hija. No supo qué decir, las palabras se le estrangulaban en la garganta.

–Todo irá bien, papá. Allá encontrarás a mis hermanas y a mi hermano. ¡Cuéntale todo esto a Nahima! Dile que siempre pienso en ella.

Se separaron en silencio y, calladitos, llegaron hasta el extremo sur del puerto siguiendo a Ámbar, que aprovechaba todos los bultos y botes dispersos por el camino para esconderse tras de ellos.

–Está muy oscuro –susurró Ámbar–, no veo al hombre que lo llevará.

–¿No será aquel que se oculta entre aquellos fardos? –preguntó Fadua.

–¡Es él! –se alegró Ámbar–. Con esa túnica negra que lleva, no lo podía ver. Menos mal que usted también tiene su capa negra, señor Jure. Ahora le toca arriesgarse y llegar hasta él. Solo tiene que decirle «no tengo nombre» y él sabrá quién es usted. Vaya por ese lado que está más oscuro y ¡suerte!

–Que Dios te acompañe, papá –musitó Fadua con fervor. Su padre no alcanzó a escucharla, pero Dios sí.

Permanecieron escondidas acechando el movimiento de ambos hombres, que avanzaron hasta la orilla, donde estaba atracada una barca grande, y alcanzaron a ver cómo se introducían en ella.

–La barca está llena de hombres sirios que también desean escapar de la persecución de los soldados –explicó Ámbar–. Esperarán allí un par de horas, hasta que todo el mundo esté dormido y, entonces, saldrán con rumbo a la isla de Chipre.

–¿Cuánto tardarán en llegar a la isla? –preguntó Fadua en un susurro.

–No mucho. Llevan varios remos y se irán turnando. Cuando estén en alta mar usarán las velas si el viento les es favorable.

Se acercó a Fadua, cuya palidez se destacaba claramente a pesar de la oscuridad.

–Niña mía, tenemos que volver a casa. Debe descansar bien esta noche. Mañana tenemos mucho que hacer.

–No, por favor, quiero ver cuándo sale la barca. Quiero ver si todo sale bien.

Pero Ámbar no lo permitió. La consoló explicándole que el joven manco estaba tendido en uno de los botes cercanos a la orilla para espiar todos los movimientos de la barca hasta la hora en que zarparía y asegurarse así del éxito de la expedición.

–Mañana nos contará todo.

## 12

### ¿DÓNDE ESTÁ ALÍ?

Fadua despertó con muchos deseos de beber leche, esa rica leche de cabra. Se lavó, se vistió, peinó sus trenzas, que ató sobre la cabeza; recorrió la casa y, como era pequeña, no tardó casi nada en hacerlo. Pero no encontró a Ámbar.

Lo que sí vio fue un tiesto lleno de leche y dos panes recién hechos, al lado de un plato de queso y dulce de moras.

—Esto será para mí —pensó Fadua y enseguida se puso a desayunar con la misma avidez con la que cenó el día anterior—. ¡Qué raro! —se dijo—. La leche no está tan rica como la de anoche.

Ámbar no apareció ni siquiera cuando ella había terminado su largo desayuno. Empezó a preocuparse. Ordenó todo dentro de un armarito; lavó el vaso y se sentó a pensar. La impaciencia la obligó a levantarse y a pasear por la casa, observando todo con más detención. Así descubrió una alacena que antes no había visto. No tenía puertas. La cubrían dos pequeñas cortinas de malla casi transparentes. Estaba llena de cajitas metálicas de colores. Cogió una, pero no se atrevió a abrirla y, con miedo, la volvió a su sitio.

—¿Por qué será que he sentido miedo? —se preguntó—. Todo esto es muy raro. Ámbar tendrá que darme una explicación.

Regresó a sus cojines con intención de echarse de nuevo sobre ellos, pero la llegada de Ámbar la interrumpió.

—Niña Fadua, puede estar tranquila y contenta. Anoche todo fue muy bien. La barca zarpó sin problemas. Gracias a Dios.

—Y a usted, Ámbar, que ha sido tan buena con nosotros. Ahora tendremos que esperar que papá llegue a Argentina o a Chile y nos escriba para tranquilizarnos.

—Olvídese de eso, niña. Su padre tardará mucho tiempo en llegar a cualquier país y si llega a escribir, su carta no llegará a ninguna parte, en ningún momento y de ninguna manera. ¿No se da cuenta usted de que en estos tiempos tan malos, nada funciona con normalidad? Solamente recibirá noticias si alguien viene de allá, pero nadie lo hará durante un largo tiempo; hasta que vuelva la paz.

Fadua se tapó el rostro con ambas manos y lanzó un pequeño sollozo, que Ámbar paró en seco.

—Niña Fadua, usted no debe llorar, ya no es una niña. Es una mujer. Necesito que usted me demuestre que es valiente, de lo contrario no le contaré lo que he averiguado de Alí y tendrá que regresar hoy mismo a Homs.

Reaccionó en el acto. Como movida por un resorte se levantó, cogió las manos de Ámbar —manos muy arrugadas— y las besó.

—Le prometo que no volveré a llorar. Compréndame, por favor. Hoy estoy sola; mi padre ya no está a mi lado. Nunca me había separado de mi familia. Necesito a mi madre, a mis hermanitas. ¿Comprende? Cuénteme, cuénteme todo lo que sabe de Alí. Seré valiente, se lo prometo.

–Muy bien; así está mejor. Escuche. Las noticias no son alarmantes, aunque tampoco muy halagadoras. Solo una persona, uno de los hombres de Abd el Rhahim que llegó herido a Trípoli y no pudo embarcarse con su jefe, supo darme noticias de Alí. Este hombre está escondido en casa de unos amigos que atienden sus heridas. Me contó que Alí recibió el dinero de su tutor, pero no quiso marcharse con él, porque tenía que regresar a Homs para casarse con su prometida.

–¡Entonces estará en Homs y no me habrá encontrado!

–No he terminado. Escuche con paciencia. Alí no pudo salir hacia Homs porque tuvo que esconderse, como todos los hombres, durante unos días y luego se marchó una noche hacia el desierto. Es lo último que se ha sabido de él. Por lo tanto, ahora mismo nadie sabe dónde está, ni siquiera han podido asegurarse de que haya conseguido escapar. Si no fue así, habrá caído en poder de los soldados, que lo habrán metido en un barco para enviarlo al frente, o bien lo habrán detenido y estará preso en algún lugar.

El rostro de Fadua se contrajo por la angustia, pero no derramó ninguna lágrima.

–Veo que sabe dominarse, niña Fadua. Le cuento esta cruda realidad para que usted sepa que, de ahora en adelante, tendrá que ser tanto o más osada que un hombre –que también los hay cobardes–; tan astuta como un zorro, tan rápida como un relámpago y tan ágil como una pantera. Míreme a los ojos, así. A partir de ahora ya no la llamaré niña Fadua, sino solamente Fadua. Su camello la está esperando en el bosque al lado de mi poni, mi *muhar*. Allí mismo estará Antún con el otro camello y con provisiones para el camino. Coja sus cosas, sus monedas y prepárese para salir. Vamos a ir preguntando de lugar en lugar, de pueblo en pueblo, de cárcel en cárcel, dónde está Alí.

–¿Dónde está Alí? –repitió Fadua–. ¿Dónde está mi amado? Ámbar, lo siento aquí, en mi corazón. Estoy segura de que está cerca de nosotras, cerca de Trípoli, pero ¿dónde estará?

Siguió repitiendo la pregunta como si esperara una respuesta, mientras metía en su bolsa de tela todas sus pertenencias y las monedas en sus bolsillos, y el pan y el queso en un saquito que Ámbar le entregó.

Esta también preparaba su equipaje, consistente en una bolsa donde cupieron todas las cajitas de colores, cubiertas por sus ropas.

Cargadas de esta forma salieron caminando en dirección al bosque. Ámbar, absorta en sus planes, no escuchaba la voz de Fadua que repetía suavemente:

–¿Dónde estará? ¿Dónde estará?

Cuando al final Ámbar escuchó las palabras de Fadua, la observó sin detenerse y advirtió que sus ojos estaban muy abiertos, casi desorbitados, y que sus labios temblaban al repetir una y otra vez la misma pregunta.

«¿Qué tendrá esta muchacha?», pensó Ámbar muy preocupada. «Tal vez la partida improvisada de su padre, la lejanía de su madre y de sus hermanas y la ausencia de su novio, le han trastornado el cerebro... ¡Pobrecita!».

Detuvo sus pasos y Fadua la imitó, sin interrumpir su cadena de preguntas.

–¡Fadua! ¿Está cansada? ¿Quiere que paremos un momento?

–No, no. Vamos, sigamos, tenemos que descubrir dónde está Alí –respondió con perfecta lucidez, pero enseguida volvió a su cantinela–: ¿Dónde estará? –Así continuó andando y repitiendo incansablemente su pregunta.

«Me parece que está en su sano juicio –pensó Ámbar–; pero ¿por qué repite y repite lo mismo sin parar?».

Al fin consiguieron llegar al bosque.

Si Fadua no hubiese estado un poco loca, repitiendo su pregunta y con la vista perdida en el espacio, se habría percatado de dos fenómenos extraordinarios: uno, que durante el recorrido, que no fue muy corto, no encontraron a nadie por las calles, cosa bastante rara a esa hora de la mañana; y dos, que en Trípoli no existía ningún bosque tan cercano al puerto.

Comprobar ambos fenómenos no habría mejorado precisamente el estado de su cerebro.

Pero Fadua se encontraba sumida en un mundo escurridizo en el que solo veía la imagen medio borrosa de su amado que se alejaba de ella cada vez más y se perdía en la distancia tras una bruma espesa que se interponía entre ambos como una barrera infranqueable. Fadua no era consciente de lo que le estaba sucediendo, y se dejó llevar por su fantasía, que la transportó a una especie de demencia, de enajenación permanente que la acompañaría hasta sus últimos momentos.

Ámbar y Antún acomodaron a Fadua en el primer camello, en el que habían colgado la bolsa de Ámbar y todas las cosas de Fadua, además de una cesta con todas las provisiones para el viaje.

–Observe, Fadua, mire qué poni tan bonito tengo –le dijo Ámbar con intención de distraerla y alejar su pensamiento y sus interrogantes sobre Alí–. Vea qué gracioso es, tan blanco, tan redondito, con las crines tan largas. ¿No le parece simpático? Me han dicho que, aunque es pequeño y tiene las patas cortas, es fuerte y musculoso, como un caballo de silla. Me encanta la cabeza tan elegante. En cuanto me lo enseñaron, decidí que sería para mí, no solo porque es bonito, sino porque me dijeron que es un ejemplar inteligente, dócil y valiente.

Ámbar continuó hablando con entusiasmo mientras acariciaba a su *muhar*, pero Fadua no atendía a sus palabras; su única preocupación era llegar cuanto antes a algún lugar encantado, donde se encontraría con su amor.

El camello, que hasta entonces había permanecido sentado, empezó a levantarse guiado por la mano de Fadua, que con la derecha indicaba hacia delante, en dirección al este.

–Vamos, Antún, monte su camello y diríjase rápidamente a Homs, a la casa del señor Jure –dijo Ámbar, mientras montaba en su poni–. Ya sabe el mensaje que debe dar a la familia.

–Sí, señora –respondió el joven–. Pero no me ha dicho dónde debo buscarla después, para entregarle este camello.

–Nos encontraremos en Hama, cerca de las norias –gritó Ámbar, que empezaba a alejarse en persecución de Fadua–. ¡Adiós! Que Dios lo acompañe; nos veremos en Hama.

Antún estaba avanzando también hacia el este, así que consiguió escuchar los últimos mensajes de la «señora».

–Adiós, adiós –dijo para sí mismo, porque ellas ya se habían alejado–, que Dios las guíe, porque sin su ayuda jamás encontrarán a ese joven que tiene un nombre más corriente que Mohammed; ese joven que es un perfecto desconocido; que nadie sabe si está vivo o muerto, preso o en el frente; que no dejó ninguna señal de vida con nadie, ni siquiera con su amigo herido; que incluso podría haberse escapado con el dinero que recibió para vivir a sus anchas en cualquier otro país... ¡Quién sabe dónde estará! Pero la verdad es que lo peor de todo es el nombre que tiene. Mira que llamarse Alí. A lo mejor hasta se lo ha cambiado, y entonces, jamás lo encontrarán.

Cruzó las piernas hacia delante para dirigir con ellas el rumbo de su cabalgadura, sacó una armónica de entre los pliegues de su túnica y siguió su camino tocando una hermosa melodía, que fue repitiendo durante todo el trayecto, porque era la única que sabía. La había aprendido de su madre, que siempre la cantaba mientras cocinaba, mientras lavaba la ropa, mientras cosía, mientras limpiaba la pequeña casa donde vivían solos desde que los soldados obligaron a su padre a ir a la guerra.

Entonces, él tenía doce años. El jefe del escuadrón le gritó ese día a su madre: «Dentro de dos años, volveremos por tu hijo».

Ella siempre lloraba cuando le contaba que las últimas palabras de su padre antes de marchar a la guerra habían sido: «Córtale la mano izquierda o mávalo antes de permitir que lo separen de tu lado». Ella le obedeció. Cuando, después de dos años, se acercaban los soldados al pueblo, ató a su hijo y con un hacha le cortó la mano izquierda.

Antún jamás había contado esa historia a nadie. Solo algunas personas de su pueblo la conocían. Incluso más de alguien pensó que había sido víctima de una maldición.

Pero el día anterior, cuando se encontró con Ámbar en el puerto, se la contó como muestra de gratitud por el dinero que ella le había dado.

Se enterneció al recordar la expresión de dolor de Ámbar mientras él le narraba su terrible experiencia.

Seguramente el joven no conocía el refrán: «*Es consuelo en las desgracias, hallar quien se duela de ellas*».

Lo que no quiso contarle fue que los soldados, al descubrir que su propia madre lo había dejado inválido para evitar que ellos lo arrancaran de su lado, la mataron de un sablazo delante de sus propios ojos. A él lo dejaron abandonado, le quitaron la casa y lo marcaron para siempre con el nombre de traidor.

Tuvo que abandonar el pueblo, pedir limosnas para comer y, al principio, rogar a un médico para que le hiciera curaciones en el brazo sin mano. En aquella ocasión lo había ayudado una mujer francesa que lo tuvo en su casa y le permitió dormir en una caseta que tenía al fondo del patio. Ella tenía muchos libros y le enseñó a leer en francés y en árabe. Permaneció en esa casa algunos años, hasta que la herida cicatrizó y se convirtió en un muñón, que él siempre cubría con una tela negra. De ahí que los niños que corrían y jugaban por el puerto de Trípoli lo llamaran «el manco de la mano negra», sin darse cuenta de la contradicción que esa frase encerraba.

Ya había terminado la canción y se disponía a empezarla de nuevo, cuando divisó a distancia a un grupo de soldados que se acercaban. Alcanzó a desviarse de la ruta y a esconderse con su camello detrás de unas dunas, bastante lejos del camino.

«No creo que me hagan daño –pensó–. Pero es mejor no arriesgarse. ¿Cómo estarán mis amigas? No sé qué podrán hacer si se encuentran de repente con un pelotón de soldados. Me gustaría estar con ellas. Aunque tengo una sola mano, las sabría defender. Soy muy ágil y el más rápido corredor. Nadie me gana. Me he entrenado mucho estos años, desde que me quedé sin madre».

Esperó pacientemente hasta que los soldados se perdieron de vista. Entonces se sentó sobre su camello, le ordenó que se levantara y, mientras este avanzaba, adoptó su postura anterior y empezó nuevamente a tocar su melodía.

Se maravilló al comprobar que el camello aligeraba el paso, siguiendo el ritmo de la canción.

–Vamos, amigo –le habló acariciando su largo cuello e interrumpiendo durante un momento su música–, a este ritmo llegaremos prontito a Homs. Así podremos estar puntuales en Hama. Estoy impaciente por acompañar a las dos señoras.

## ENLOQUECIDA DE AMOR

Trabajo le costó a Ámbar ajustar el paso de su poni al del camello de su compañera; pero más trabajo aún le costó hablar con Fadua, que seguía en «babilonia», para intentar convencerla de que debían desviarse un poco hacia el norte.

–Tenemos que avanzar en dirección noreste para llegar a Hama –le gritaba.

Pero Fadua no le contestaba con palabras. Negaba con la cabeza y extendía su mano derecha muy recta hacia delante, en dirección al este.

Ámbar no sabía qué hacer. Mientras la seguía, pensaba:

«¿Será posible que esta niña tenga una intuición y presienta que su amado está por esos lados? Claro que, si seguimos así, llegaremos a Homs y no a Hama. ¿Será eso lo que Fadua desea? ¿Pensará que Alí ha ido a buscarla a su casa?».

Sus pensamientos no obtuvieron ninguna respuesta. Decidió seguirla sin más reticencias hasta que se cansara. Cuando eso sucediera intentaría obligarla a descansar, a comer algo y a cambiar de rumbo.

*Anduvieron todo el día sin acontecerles cosa digna de contarse, hasta que, al anochecer, al subir a una loma, distinguieron una caravana que venía aproximándose lentamente.*

–¡Ahí viene Alí con toda la gente de su tutor! –exclamó Fadua, loca de alegría–. Viene a recibirme. ¡Corramos, Ámbar!

El poni no podía acelerar al ritmo del camello, que se lanzó en una carrera loca en dirección a la caravana, contagiado por el entusiasmo de su jineta.

Resultó que los componentes de la caravana eran gente sencilla, que venían de tierras lejanas en busca de pastos y de agua para sus animales. Ovejas y cabras formaban un gran rebaño que marchaba tras las filas de camellos, yeguas y caballos que tiraban de algunos carromatos llenos de mujeres y de niños, otros llenos de aves y, por último, otro carromato cargando las tiendas en las que se guarnecían por las noches para descansar.

Cuando el jefe de la caravana vio el camello de Fadua, que se acercaba a gran velocidad, confundido por la negrura de la noche, temió ser atacado por algún osado caballero que se les venía encima lanza en ristre, tomando erróneamente el brazo extendido de Fadua por una lanza.

Inmediatamente dio orden de tocar el cuerno tres veces, señal acordada para detener el paso de los animales en caso de urgencia.

No es fácil detener repentinamente una caravana. Lo normal sería que el jefe diera orden de tocar el cuerno tres veces con toques lentos y separados. Entonces los miembros de la caravana se encargarían de parar con calma a los camellos, luego a los caballos y yeguas que tiraban de los carromatos, con el fin de que los pastores tuviesen tiempo de detener el rebaño, ayudados por los perros.

Por supuesto que las cosas no sucedieron así. El torbellino que se les acercaba, un camello cargado con muchos bultos y un jinete cuyos ropajes flotaban al viento, con el brazo extendido

cual una lanza, gritando: ¡Alí, Alí, Alí, Alí, Alí! que los pacíficos viajeros confundieron con Al'la, el nombre de Dios que usaban los valientes al lanzarse al ataque, fue más que suficiente para provocar tal confusión en la caravana que, cuando Fadua llegó hasta ella, se vio rodeada de camellos, carromatos, corderos, cabras y perros que ladraban despavoridos y no tuvo más remedio que saltar del camello, con tan mala suerte que cayó sobre un grupo de ovejas aturdidas por el susto.

Cuando Ámbar llegó con su poni, presenció un cuadro que consiguió alterarla. Fadua había perdido el conocimiento y estaba rodeada de mujeres y de ovejas que se cruzaban entre ellas, pasando por encima de la joven, asustadas por los perros que continuaban ladrando. Los hombres contemplaban el espectáculo desde lejos; jamás se acercarían a contemplar a una mujer con el rostro descubierto y caída en el suelo en actitud indecorosa.

Las mujeres que la rodeaban no se habían aproximado demasiado, lo que facilitó la llegada de Ámbar, que detuvo su poni al lado del camello de Fadua, espantó a las ovejas y corderos y examinó a la joven, que parecía dormida. La oscuridad no le impidió apreciar la hermosura de la enloquecida enamorada.

Al caer, su capa se había desprendido de su cuello y había ido a parar a la montura del camello. El lazo que recogía su cabello también se había desatado y toda su negra vedeja se había esparcido por el suelo y por encima de la cara y del pecho de Fadua.

Todavía aturdida por el golpe, apartó con sus propias manos los cabellos que ocultaban su cara. Manos tan blancas y hermosas que arrancaron un susurro de admiración entre las mujeres, que se habían ido aproximando más y más.

–Cuando amanezca y luzca el sol no debes estar tan bella. Esta noche arreglaremos esto – susurró Ámbar y la cubrió con la capa, que todavía colgaba de la montura del camello.

Suplicó a las mujeres que le indicaran cuál de esos hombres era el jefe de la caravana.

No fue necesario, porque ya el jefe se estaba acercando, acompañado de dos ancianos que por su digna apariencia debían de ser sus consejeros.

–Soy el jeque Nuri al Askari de la tribu de los Atgail. *Salam eleke* –la saludó.

–*Elek el salam* –correspondió Ámbar–. Soy la tía de esta mujer que está medio enloquecida buscando a su amado Alí. Es totalmente inofensiva, pero no está muy cuerda –agregó, señalando con su mano la sien derecha.

Como Ámbar había cubierto su rostro, el jeque le habló mirando su velo.

–Si buscan ustedes cobijo para esta noche, serán bien recibidas en una de nuestras tiendas que levantaremos allí, cerca de la protección de esas lomas. Procure que su sobrina no arme alborotos.

–*Chucrán* –agradeció Ámbar–; que Dios colme de bienes por su bondad a usted y a los suyos. No se preocupe, mi sobrina está tan cansada que dormirá toda la noche y yo también.

Cuando el jeque se alejó con sus acompañantes, Ámbar descubrió el rostro de Fadua y comprobó que estaba volviendo en sí.

–Escúcheme atentamente –le dijo con autoridad–. Hemos encontrado buenos amigos. Dormiremos esta noche en una de sus tiendas. Debemos estar muy agradecidas por este ofrecimiento, ¿me comprende? Mañana podremos hablar con las mujeres y preguntarles si saben algo de Alí; ¡ahora no! –le ordenó al ver que trataba de incorporarse con ímpetu–. Ahora no, Fadua, lo haremos mañana, ¿de acuerdo? Ahora venga a comer algo, mientras preparan las tiendas.

La ayudó a levantarse.

–No debe descubrir su rostro. Haga lo mismo que ellas. ¡Obsérvelas! Todas llevan el rostro cubierto. Mañana podremos conversar y hacerles preguntas.

Quizás por el cansancio o por estar recuperando la razón, Fadua obedeció con docilidad. Comió el pan con queso y la fruta que obtuvo de la cesta de provisiones. Otro tanto hizo Ámbar, que observaba complacida el apetito de la joven. La cena continuó cuando una de las mujeres de la caravana les trajo una bandeja con trozos de carne de cordero y un jarro con leche. Ámbar agradeció esas atenciones y le preguntó cómo se llamaba.

–Selma –contestó con una risa juvenil, y se alejó corriendo.

–Ya tenemos una amiga –dijo Ámbar–. Mañana nos levantaremos al alba para poder hablar con ella y con otras personas antes de que emprendan de nuevo su camino.

–Y nosotras el nuestro –respondió Fadua, dejando a su compañera atónita por la sorpresa.

–¡Fadua! ¡Está usted bien! –exclamó–. Temí, temí que hubiese perdido el juicio.

La respuesta de Fadua la volvió a la realidad, pero fue una hermosa respuesta: un lindo verso que Fadua repitió, sin saber de dónde procedía.

*Cerrose con esto la noche de mi tristeza,  
púsoseme el sol de mi alegría;  
quedé sin luz en los ojos  
y sin discursos en el entendimiento.*

Lanzó un profundo suspiro y apoyó su cabeza en el hombro de Ámbar, que hizo un gesto ambiguo, como diciendo:

«Está como un cencerro. *Es como una loca, con lúcidos intervalos*».

Selma se acercó a ellas y las ayudó a trasladar sus cosas a una de las jaimas que habían levantado, y sus animales a un lugar que habían cercado con los carromatos y troncos que traían en ellos.

–¿Cómo se llama su camello? –preguntó Selma a Fadua.

Sin dudar un momento esta le contestó:

–Aliante.

–¿Aliante? –preguntaron las otras dos al unísono–, ¿qué nombre es ese?

–Sí, Aliante. Quiero mucho a mi camello, pero amo desde mucho antes y mucho más a Alí. Por eso se llama así: Aliante.

Las dos mujeres se miraron a través de sus velos, gratamente sorprendidas. La explicación les pareció inteligente.

–¿Y su poni?

–No me queda más remedio que llamarlo Rubicundo, ¿no les parece? –respondió Ámbar con sorna.

Selma las acompañó a la jaima y las ayudó a escoger algunos cojines para dormir. Antes de terminar de acomodarse, se quedaron profundamente dormidas.

Ámbar despertó muy pronto, antes del alba, inquieta porque no había cumplido su plan de restar un poco de belleza al rostro de Fadua.

Cogió una de las cajitas de colores y se acercó a la joven.

–Esta belleza es un peligro para las dos –le susurró suavemente al oído–. Cualquier hombre de esta tribu, incluso el mismo jeque podría enamorarse de Fadua y dejarla para él. Eso la enloquecería más a ella y frustraría nuestros planes. *La diligencia es madre de la buena ventura.* Manos a la obra.

Al tiempo que hablaba, iba untando suavemente el rostro y las manos de Fadua con la perfumada crema que sacó de la cajita.

–Esta crema no la envejecerá tanto como la que uso yo –dijo mientras pasaba por su propia cara y sus manos la de otra cajita–, pero impedirá que la deseen y la retengan. Ya veremos qué pasa más adelante.

Al guardar su caja en la bolsa, hizo un movimiento en falso, la bolsa cayó y varias cajitas rodaron por el suelo. Selma se acercó en el acto y ayudó a recogerlas.

–¿Para qué sirven? –le preguntó.

–Son medicinas –respondió Ámbar con calma–. Cada color sirve para sanar alguna enfermedad. Esta, contra el dolor de cabeza; esta otra, sana las heridas.

Selma levantó las manos en señal de confusión.

–Al’la –exclamó–. No puede ser. ¿No sabe usted acaso *que Dios, que da la llaga, también da la medicina?*

–¡Claro que sí! Eso es cierto, pero también lo es: Ayúdate, que Dios te ayudará –respondió Ámbar sonriendo.

Afuera sonó un largo toque del cuerno.

–Sonará durante un largo rato, hasta que todos nos despertemos –explicó Selma–. Hasta pronto. Nos veremos fuera.

Ámbar tuvo que despertar a Fadua y lo primero que hizo antes de que abandonara los cojines fue susurrarle al oído su cambio de apariencia.

–Ahora parece una mujer mayor y yo, una anciana. De esta forma, los hombres no se interesarán por nosotras.

–Pero si Alí llegara a encontrarse entre estos hombres, no me reconocerá.

–Usted lo reconocería y si eso sucediera, me avisa que yo solucionaré en el acto su aspecto para que él la vea hermosa y radiante. No se preocupe. Ahora debe hacer lo siguiente: cubrirse con el velo, caminar con lentitud y sobriedad, hablar poco, solo para hacer preguntas. No cuente lo que hemos hecho, ni su edad. Solo puede hablar de Alí y de su desgraciado amor.

Salieron juntas de la jaima con la cesta de alimentos, después de ordenar su rincón y de esconder la bolsa de las cajitas bajo unas ropas y un par de cojines.

Selma las alcanzó y por ella supieron que, como durante la noche había llovido, los pastores habían llevado el rebaño al otro lado de la loma, donde crecía un tierno pasto, y, siguiendo las órdenes del jeque, la caravana no se marcharía de allí hasta que este se acabara.

También les ofreció pan caliente, además de la jarra de leche que, entre ambas, consumieron y bebieron a placer.

De común acuerdo se acercaron después al grupo de mujeres que preparaban el trabajo que harían durante la mañana. Consistía en lavar la ropa de los niños y de las mujeres. Durante la noche habían conseguido reunir algo de agua de lluvia en varias palanganas muy grandes. En ellas habían metido la ropa sucia para remojarla. Como el agua estaba espumosa, Fadua preguntó qué le habían echado para conseguir ese efecto tan misterioso.

–No hay misterio alguno –respondió Selma–. Es un producto que conseguimos con raíces, cortezas y hojas de distintos árboles de nuestro país. Ya verán qué fácil resulta el lavado y qué limpia queda la ropa.

–Deseamos ayudar en algo –dijo Ámbar–. ¿Qué podemos hacer?

Aunque eran muchas en el trabajo, permitieron que ayudaran. Entre todas lavaron, enjuagaron, estrujaron y tendieron la ropa. El sol y el aire se encargarían de secarla.

Después ayudaron a preparar la comida. Pelaron habas, guisantes, zanahorias y calabacines y lavaron todas las verduras juntas. Mientras realizaban esta tarea, cómodamente sentadas en el suelo con las piernas cruzadas, Ámbar preguntó:

–¿De dónde vienen ustedes y hacia dónde van?

Hubo un movimiento de cabezas entre las mujeres. Dieron la palabra a Selma, que ya conocía a las recién llegadas.

–Venimos de muy lejos, de más allá de esas montañas –dijo indicando con una mano el este–. Nos dirigimos a Alepo. Nos han dicho que allí los campos están cubiertos de verde casi todo el año; así nuestro rebaño podrá alimentarse diariamente. En nuestra región no ha llovido este año y muchos animales se nos han muerto de sed y de falta de alimentos.

–Por esas zonas corren dos ríos –intervino Fadua–, ¿por qué no permanecieron ustedes allí? Por lo menos les quedaba más cerca.

La pregunta era indiscreta, pero Fadua ni se enteró, a pesar de la mirada de reconvención que le lanzó Ámbar. Solo se enteró al ver que las mujeres murmuraban entre sí. Más de una carraspeó. La que estaba sentada al lado de Selma la indujo a responder, dándole un codazo.

–Bueno..., sucede que –Selma titubeó–, nuestro país, como todos los países pobres, ha sido invadido por unos extranjeros que están dominando en muchos sectores. En la economía, en la política, en las riquezas que produce el país. Se han adueñado de todo. La situación se ha hecho insostenible. Están causando tantos desastres y horrores en nuestros pueblos que no pudimos resistir más. Hemos tomado la resolución de abandonar nuestras casas, nuestros bienes, nuestros negocios y hemos sido aceptados en esta tribu bajo las órdenes de un jeque que es de los nuestros. Vamos de lugar en lugar, haciendo vida nómada, buscando buenos pastos para nuestros animales.

–Aquí también encontrarán problemas –dijo Ámbar–. Hay persecuciones y malos tratos. Los hombres sirios están huyendo, porque los están obligando a ir a luchar a la guerra.

–¡Guerra! ¡Guerra! –exclamó otra mujer–. A mí me arrebataron a mis tres hijos y a mi marido y los mandaron a la guerra. No he vuelto a saber de ellos. ¿Dónde está esa guerra? Quiero ir hasta allí para ver si encuentro a mi marido y a mis hijos.

–Yo iré con usted –intervino Fadua, conmovida–. Tal vez encontremos a su marido, a sus hijos y a mi amado Alí.

Los rostros de las mujeres se volvieron hacia Fadua al escuchar su voz temblorosa y al mismo tiempo tan decidida.

–Todas tenemos alguien a quien llorar –agregó una segunda mujer–. Cuando los soldados llegaban con sus rápidos caballos, arrasando con todo lo que pillaban a su alcance, corríamos a refugiarnos en el templo, donde éramos bien recibidos por nuestros sacerdotes, que cerraban firmemente las puertas. Hace dos lunas, llegaron otra vez y como no encontraron a nadie en sus casas, arremetieron contra el templo, gritando y dando órdenes a los jóvenes varones y a las doncellas para que abandonaran el lugar o lo incendiarían. El sacerdote nos hizo cantar para que no los escucháramos. Cantamos y cantamos hasta que empezó a entrar humo. Cuando ya las puertas y las ventanas de madera estaban ardiendo, muchos de nosotros, desesperados por el miedo a morir carbonizados, intentamos huir. Los soldados entraron al templo con sus caballos y cogieron a cuantos jóvenes y doncellas alcanzaron, los atravesaron sobre las grupas de sus corceles y luego se alejaron a todo galope, pisoteando a toda la gente: niños, ancianos y mujeres mayores. Otros soldados permanecieron fuera del templo y mataron o secuestraron a todos los que intentaban huir del fuego. Fue horrible. Yo, desgraciadamente, me salvé; pero perdí a mi marido, que fue asesinado allí mismo cuando intentaba arrebatar de los brazos de uno de los soldados a la más pequeña de mis hijas. Los perdí a todos. Dos varones y tres niñas. –Sus sollozos la interrumpieron, pero se contuvo para gritar–: ¡Quedé sola, sola en este mundo!

Fadua estaba muy conmovida. Desde luego aquellas desgracias no la estaban ayudando nada.

–No, no, señora. Usted no está sola –le dijo–. Todas estamos con usted. Encontraremos a sus hijos y los volveremos a su lado. Pero ¿dónde están? ¿Dónde estará Alí? –Su mirada empezaba otra vez a desorbitarse pero, gracias al velo, las demás no lo captaron. No así Ámbar, que ya conocía esa tonadilla.

–Fadua –le rogó–, ¿por qué no relata a estas señoras su propia historia? No es tan trágica como la que acabamos de escuchar, pero es bueno que ellas sepan por qué andamos errantes por este desierto.

Todas las verduras: guisantes, habas, zanahorias y calabacines estaban limpias y preparadas para echarlas en la olla. Dos mujeres se levantaron llevando los cubos llenos con estos vegetales y los dejaron cerca del lugar donde otro grupo de mujeres habían encendido fuego y hacían hervir agua, también de la lluvia, para cocerlos.

Fadua esperó su regreso para empezar su relato.

–Mi amado es el hombre más varonil, amable y valiente que he conocido. Su nombre es Alí.

Les contó cómo lo había conocido, la primera vez que le besó la mano; trató de explicarles la profunda sensación que vibraba en toda ella cada vez que lo veía. Su relato se fue haciendo poco a poco más intenso, su voz más apasionada, su rostro más brillante y encendido y sus ojos más resplandecientes. Parecían dos antorchas brillando bajo el tupido velo.

Las mujeres contenían la respiración y algunas murmuraban: ¡Cuánto lo ama! La historia se prolongó largo rato, de forma bastante normal, pero cuando llegó a la desaparición de Alí, Fadua empezó a preguntar otra vez ¿dónde estará?, ¿dónde estará?, hasta que Ámbar intervino, pellizcando el brazo de su amiga para hacerla volver en sí; y, tomando la palabra, cambió el tono de la conversación.

–Esta historia no es la más trágica si la comparamos con la que acabamos de escuchar antes. Mi compañera y yo nos dirigiremos a Hama para averiguar si Alí ha pasado por esa ciudad o se ha escondido en alguna parte. Supongo que esta caravana pasará por Hama para continuar a Alepo, le queda en el camino.

–No creo –contestó Selma–. En nuestro trayecto estamos evitando pasar por las ciudades. Avanzamos por los caminos más alejados y solos. No queremos encontrarnos con tropas de soldados.

Un hálito de pavor recorrió el grupo. Hubo un movimiento espontáneo: unas se acercaron a otras y la mayoría bajó la cabeza, como buscando refugio contra un enemigo invisible.

El silencio reinó durante un rato. De pronto se escuchó una melodía muy tierna.

–Son los pastores –explicó Selma, al notar la expresión interrogante de Fadua y Ámbar–. Tocan el *rabel*, para entretenerse.

–¿El *rabel*? –preguntó Ámbar–. ¿No será el *rabab*? Se refiere a ese instrumento pequeño con dos cuerdas que se toca con un arco, ¿verdad?

–Eso es –confirmó Selma–. Nosotros lo llamamos *rabel*. Cada país nombra las cosas de forma diferente. Lo principal es que hablamos árabe y nos entendemos, aunque sea con matices distintos.

Ámbar observó que Fadua se había alejado del grupo, atraída seguramente por la música. Estaba tranquila y en silencio; no repetía ninguna pregunta. Miraba con mucha paz los alrededores, el cielo, el lejano horizonte. Pero se sentía incapaz de rehusar los recuerdos que acicateaban su mente, aparecían de pronto como una molicie extraordinaria que le pesaba en el alma y la arrastraba hacia un mundo irreal.

Ámbar se alegró al comprobar que la música influía favorablemente en su compañera, y su gozo fue mucho mayor al recordar que el joven Antún tocaba un instrumento, aunque solo supiera una

canción. Cuando se encontraran en Hama, le propondría que marchara con ellas. Les serviría de compañía y de distracción, sobre todo para Fadua.

**EL BURKA**

Las mujeres prepararon las verduras ya cocidas en varias fuentes y las aderezaron con sal, aceite de oliva y hierbas aromáticas.

Aparte, los hombres habían asado un cordero grande y lo habían partido en trozos a fin de que alcanzara para toda la gente.

Ambos grupos intercambiaron el mismo número de fuentes de manera que tanto los hombres como las mujeres tuvieron la cantidad necesaria de carne y de verduras.

Alrededor de cada fuente de alimento se fueron acercando varias mujeres con sus niños y, con la mano, iban sacando sus raciones para envolverlas en el pan blando, redondo y fino que habían preparado ellas mismas. Con un rollito en la mano, cada uno, mujeres y niños, fueron comiendo tranquilamente y en silencio, hasta agotar el contenido de las fuentes.

Otro tanto hacían los hombres; pero no tenían niños a su alrededor y tampoco guardaban silencio. Hacían un ruido ensordecedor, hablando a voces y riendo.

Eran menos numerosos. Por cada hombre, había dos o tres mujeres y tres o cuatro niños.

Las mujeres solo se quitaban el velo cuando entraban en su jaima o cuando viajaban dentro de un carro.

Fadua no estaba acostumbrada a llevar velo ni a cubrirse la cabeza. En su vida, tan protegida en el interior de la casa junto con sus hermanas, sin salir a ninguna parte, no se había encontrado en las circunstancias de tener que cubrirse.

La comida terminó más rápido en el grupo de mujeres que en el de hombres. Fadua se acercó a un grupo que recogía las fuentes y se ofreció para ayudar. Al agacharse para recoger las últimas que quedaban esparcidas por el suelo, le molestó el velo y lo echó hacia atrás, descubriendo su rostro y su cabello. Se llevó un gran susto cuando, al continuar con su trabajo, se vio rodeada de cuatro mujeres que intentaron protegerla de la mirada de los hombres. Una de ellas recibió las fuentes que sostenía en sus manos y las otras le dijeron:

–Por favor, cúbrase con el velo. –Y la ayudaron a hacerlo.

Ella las miró asustada, al notar la extraña actitud que tomaban ante un hecho tan sencillo como descubrirse la cabeza. Al ver que insistían, aceptó que la taparan de nuevo.

–Está bien. Me he cubierto la cabeza. Pero así no podré ayudar en nada. ¿No comprenden que es un incordio?

Las mujeres tuvieron una reacción más extraña aún. Elevaron los brazos al cielo pidiendo clemencia; se golpeaban las cabezas con las manos; hacían gestos que demostraban cuán seria había sido la irrespetuosa conducta de Fadua.

–Ahora mismo me van a explicar ustedes el significado de todo esto –dijo Fadua con autoridad, pero luego agregó–, por favor.

Dos mujeres la apartaron del grupo con delicadeza y se sentaron con ella sobre una roca.

–Está escrito en el libro de Al’la que la mujer no debe ir descubierta –dijo una de ellas.

–Está escrito en los dos libros –agregó otra–. En la Biblia y en el Corán.

–Eso es verdad –reconoció Fadua–. He leído en la Biblia algo de eso. Por ejemplo, en la primera epístola de Pablo a los Corintios. Ya sabéis que Pablo era muy categórico en sus enseñanzas. Dice más o menos así: «Todo varón que ora o profetiza con la cabeza cubierta, deshonra su cabeza».

Las mujeres la interrumpieron y Ámbar, más comprensiva, le dio unas palmaditas en la espalda.

–Fadua, hablamos de las mujeres, no de los hombres.

–Lo sé, lo sé –respondió Fadua ofendida–. Sigue así: «Pero toda mujer que ora o que profetiza con la cabeza descubierta, deshonra su cabeza, porque es como si se hubiese rapado. Si la mujer no se cubre, que se corte también el cabello y, si le es vergonzoso cortarse el cabello o raparse, que se cubra... Juzgad vosotros mismos –continúa diciendo Pablo–, ¿es propio que la mujer ore a Dios sin cubrirse la cabeza?». Ya ven ustedes –terminó diciendo Fadua–, en la Biblia se dice que la mujer se cubra la cabeza para orar con Dios, pero no para lavar las fuentes.

–Nosotros, los musulmanes, tenemos nuestras propias leyes sobre el velo, en la actualidad –explicó Selma–. Pero lo más curioso es que en un principio el Profeta ordenó cubrirse con velo solo a las mujeres de su harén. Posiblemente como signo que las caracterizaba como mujeres dedicadas a satisfacer al Profeta, mujeres distintas a las demás. Después se fue extendiendo el uso del velo a otras mujeres, jovencitas, niñas, casadas o solteras, y hoy es una obligación para todas. Debemos ir cubiertas. Algunos dicen que es para protegernos de las miradas de otros hombres que no son nuestros maridos.

Guardaron silencio y permanecieron reflexionando tanto tiempo que Fadua, impetuosa como siempre, no lo soportó, y dijo:

–Me gustaría saber lo que están pensando.

–Por mi parte, solo puedo decirle –respondió Selma– que nosotras únicamente nos cubrimos la cabeza. Venga y verá algo distinto.

Las mujeres llevaron a Fadua a una jaima vecina a la suya. Al entrar en ella, todas pudieron descubrir sus rostros, dejando caer el velo hacia atrás, sobre los hombros.

Allí le presentaron a una mujer que estaba postrada, inmóvil sobre cojines. Tenía un aspecto muy digno, a pesar de las contracciones que aparecían en su rostro cada vez que hacía un movimiento que, indudablemente, le causaba un gran dolor.

–La recogimos mucho antes de llegar a este país. Estaba abandonada en el camino, maltratada y casi inconsciente –explicó Selma en voz baja para que la enferma no alcanzara a oír–. Seguramente pertenecía a una familia rica, porque encontramos estos sacos de viaje a su lado, llenos de ropas muy hermosas. Creo que estaba intentando escapar de algún lugar.

Fadua había perdido el hilo del relato; su mente nuevamente se estaba alterando, desequilibrándose.

Se acercó a la enferma.

–Yo me llamo Fadua –le dijo–. ¿Cómo se llama usted? –le preguntó a quemarropa.

Las demás trataron de impedir que continuara, pero la mujer pareció agradecida por la pregunta.

–Me llamo Sarui.

Un murmullo alentador recorrió la jaima. Hasta entonces, no había pronunciado palabra alguna. Fadua, envalentonada por el resultado de su consulta, siguió indagando.

–Sarui, cuénteme lo que le pasó. Bueno, si usted quiere.

La mujer se animó más aún. Tal vez estaba deseando desahogarse, pero como nadie se atrevía a preguntarle nada por no herir su sensibilidad, no había conseguido contar sus desventuras.

Pero he aquí que otra mujer, medio trastornada como estaba Fadua, había conseguido romper los escrúpulos que invadían la convivencia y llegar a ella de forma directa y sencilla.

–Es una historia horrible. No sé si después de escucharla se arrepentirá de haberme pedido que se la cuente.

Fadua la animó con un gesto, como diciendo, «adelante, cuente no más».

Acomodaron mejor a Sarui, poniéndole otros cojines tras la espalda para que pudiese hablar con más facilidad, y ellas también se sentaron para escuchar con la mayor atención.

–Una noche –comenzó Sarui–, mi marido y yo decidimos escapar de nuestro hogar, porque todo el mundo sabía que los soldados volverían para llevarse a nuestros hombres. Mi marido no quería ir al frente. –Sarui lanzó un gran suspiro al nombrar a su esposo–. Abandonamos el pueblo sin dificultad y nos fuimos alejando sin prisa por caminos poco frecuentados. No sabíamos adónde nos dirigíamos, solo esperábamos encontrar un lugar donde nadie pudiera separarnos ni maltratarnos. Pero el destino nos tenía reservado algo muy diferente. Una mañana, cuando recién estaba amaneciendo, vimos a poca distancia un grupo de viviendas. Nos alegramos muchísimo, y quisimos acercarnos para conseguir tomar algo caliente y pan tierno. Hacía varios días que no comíamos nada. –Guardó silencio y su mirada se perdió en el espacio, como si estuviera viendo una escena abominable.

–Sarui, ¿qué sucedió en ese pueblo? –insistió Fadua.

La mujer volvió a suspirar y tuvo que hacer un esfuerzo para traer su pensamiento nuevamente a la realidad.

–En mala hora nos dejamos llevar por el apetito. Me muero de pena y de rabia al recordarlo. Incluso antes de llegar a las primeras casas, comprendimos nuestro error. Un grupo de soldados, montados en sus caballos, las estaban registrando y sacando a golpes a los hombres que habitaban en ellas. Era un espectáculo horrible. Los caballos destruían todo, incluso pisaban a los niños pequeños que andaban alrededor de su padre, llorando para que no los dejara. Mi marido cogió nuestros sacos y me dijo: «Volvamos atrás, que no nos vean». Pero era demasiado tarde. Cuatro soldados lanzaron sus caballos tras nosotros, cogieron a mi marido y se lo llevaron con los demás. Como yo intenté agarrarme a él, gritándoles que me lo dejaran, me golpearon la cabeza y perdí el conocimiento. –Un sollozo se escapó de sus labios. Las demás, incluso Fadua, estaban tan conmovidas que ninguna se atrevió a incitarla a seguir.

Selma se acercó a Sarui y le dijo muy quedo que no se preocupara, que al día siguiente podría continuar con su relato. Pero ella no aceptó.

–Deseo contarles todo. Cuando me desperté, entre varios soldados me estaban quitando la ropa en medio del campo. Los otros habían formado un círculo alrededor para no perderse nada del espectáculo. Casi todos estaban bebidos, con cara de bestias hambrientas de sangre y de sexo.

Sarui se cubrió el rostro con las manos. No se oía ni siquiera la respiración de las mujeres que la escuchaban. El único movimiento era el de los dedos de Fadua, que hacía crujir sus huesos, en un gesto nervioso.

Ámbar se acercó a ella y le cogió una mano para relajarla.

–Fueron unos momentos salvajes que jamás podré olvidar –continuó Sarui con voz quebrada–. Intentaron violarme, pero como yo no me dejaba, me separaron las piernas entre varios hombres, rompiéndome los ligamentos y quizá también los huesos, porque el dolor fue horripilante. Me pusieron los brazos en cruz y un hombre se paró sobre cada una de mis manos. Fui violada cientos de veces en medio de risas, golpes y vejaciones. Volví a perder el conocimiento. Tal vez por eso, me abandonaron allí mismo, desnuda y destrozada por dentro y por fuera.

Guardó silencio y nadie se atrevió a romperlo. Ámbar sintió que Fadua le presionaba fuertemente la mano. De repente, se puso a gritar.

–¿Dónde están? ¿Adónde se fueron?

Entre todas la apaciguaron, pero ella había cogido otra vez la manía de repetir su pregunta y continuaba haciéndolo en voz más baja.

La propia Sarui restableció la calma, cuando dijo:

–¿Dónde están? ¿Quiénes? Esos soldados que me violaron y que se llevaron a mi marido y a muchos otros hombres con ellos, son como todos los soldados que hay en todas partes del mundo. –Su voz sonó categórica cuando continuó–: En todos los ejércitos existen hombres que se sienten superiores, porque tienen el poder, las armas, los caballos, y se ensañan contra aquellos otros hombres que carecen de esos poderes. Los doblegan, los explotan, abusan de sus mujeres y se apoderan de sus riquezas.

Las demás afirmaban con movimientos de cabeza cada frase de Sarui.

–Lo peor de todo es que no podemos hacer nada –dijo una de ellas.

–Solo huir, escaparnos como conejos –dijo otra.

–Pero esta situación tiene que acabar alguna vez –protestó una tercera.

El tema ya estaba agotado, según la opinión de Ámbar; así que intentó encontrar otro para aliviar un poco la tensión del ambiente.

–Sarui, tiene usted muchos sacos. A lo mejor le gustaría que nosotras la ayudáramos a sacar su ropa de ellos y la colgáramos para que no esté muy arrugada cuando pueda levantarse.

Fue una sugerencia mágica. Todos los rostros se iluminaron, incluso el de Sarui, al responder:

–Puede abrir todos los sacos, por favor. Hay muchos vestidos, joyas, objetos de valor, ropa interior y burkas. Teníamos cosas muy lindas en nuestro hogar.

Ansiosas por ver ropa bonita, las mujeres no prestaron mucha atención a las palabras de Sarui. Solo Ámbar, que no soltaba la mano de Fadua, le preguntó:

–¿Qué es eso que llama burka?

–Es un velo mucho más grande que el que usan ustedes. Cubre el cuerpo entero. Allí los tienen –dijo Sarui, señalando las innumerables prendas que las mujeres iban sacando de los sacos–. Ahí, ese de ahí de color rosa es uno, y aquel otro de color verde agua. Tengo uno de cada color: blanco, azul celeste, negro, naranja. Cada uno para una ocasión distinta.

–¿Puedo probarme uno? –preguntó Fadua.

–Claro que sí –consintió Sarui–. Puede probárselos todos. Acérqueme uno y le enseñaré cómo ponérselo.

Una vez ataviada con el burka azul celeste, Fadua giró sobre sí misma para ser admirada por las demás, que la miraban con ojos espantados.

Todo el cuerpo de Fadua estaba cubierto de la cabeza a los pies. Solo ante los ojos había un rectángulo hueco cubierto con un fino encaje transparente que le permitía ver el exterior.

–¡Esto es fantástico! –exclamó Fadua–. Me gusta el burka. Voy a enseñárselo a las demás. –Y, sin escuchar las voces que le rogaban discreción, ni la voz de Ámbar, que le ordenaba quedarse en la jaima, salió corriendo y gritando–: ¡El burka! ¡El burka!

Recorrió todo el campamento, incluso el sector reservado a los hombres, quienes, al oír los gritos, se asomaron para presenciar los escándalos que provocaba una mujer.

El grupo de mujeres corría tras ella, tratando de alcanzarla, pero sabía escurrirse y evitarlas hasta dar la vuelta entera y regresar al lado de Sarui. Se quitó el burka azul celeste, se puso uno de color rosa y repitió el espectáculo. Lo mismo hizo con el burka blanco, que le daba aspecto de

fantasma; con el negro, con el que semejaba la muerte; con el naranja, con el verde; hasta que volvió rendida al lado de Sarui y le rogó:

–Por favor, ¿puede regalarme un par de burkas? Usted tiene muchos, y a mí me encantan.

–Claro que sí –accedió Sarui–; puede dejarlos todos para usted. Nunca más volveré a usarlos.

–¿Cómo? ¿Por qué? ¿Ya no le gustan?

–Muy sencillo, mi querida niña. Durante toda mi vida los usé porque era una norma de nuestra religión, de nuestra sociedad. La mujer no debía mostrar su rostro, su cabello ni su cuerpo ante extraños. Tampoco sus manos ni sus piernas. Nosotras respetábamos esa tradición y nos parecía buena, porque era aceptada por todo el mundo. –Hizo una pausa y suspiró hondamente–. El día que me violaron, cuando estaba desnuda delante de tantos hombres, decidí no cubrirme jamás.

–Pero ¿por qué? –insistió Fadua–. Son tan bonitos, tan livianos, tan agradables. Además, nadie te reconoce, una puede ir de incógnito, puede llevar debajo cualquier ropa porque nadie te la ve, incluso cuando hace calor, una podría ir sin ropa debajo, y...

–¡Fadua! –exclamó Ámbar, que entraba en ese momento seguida de las otras mujeres del grupo–. Sea más discreta.

–Solo le preguntaba a Sarui por qué ha decidido no usar nunca más el burka. Ha dicho que jamás volverá a cubrirse.

–Es muy sencillo. Nadie en el mundo, excepto mi marido, vio jamás mis piernas, ni mi cara, ni mi pelo. Mis hermanos y otros parientes no pudieron ver ni disfrutar de los dones que Dios me otorgó. Pero sí gozaron viéndolos y tocándolos esos soldados desconocidos y malvados. No puedo aceptar esta maldad; no puedo perdonar esa infamia. ¿Para qué cubrirme ahora si ya me han visto hasta mis intimidades ojos profanos, ojos lascivos? Supongo que ahora me comprende, niña Fadua.

Decididamente Sarui había sintonizado bien con Fadua. Esto podía tener una sencilla explicación, pensaba Ámbar. Esa mujer, al sufrir el ataque de los soldados, al verse violada, maltratada, torturada, al ver que le habían quitado al marido, probablemente perdió en gran parte la razón, lo mismo que le había sucedido a Fadua, y por eso ambas habían llegado a entenderse de maravilla.

Sarui no había hablado con nadie, con ninguna mujer del campamento, hasta que llegó Fadua y le planteó algunas preguntas ingenuamente, sin afectación ni segundas intenciones. Las dos se estaban mirando con comprensión y simpatía, hasta que Fadua lanzó una alegre carcajada.

–¡Qué contenta estoy! Sarui me ha dado todos los burkas. –Los cogió haciendo un hatillo y, sin quitarse el que llevaba puesto, hizo una reverencia ante Sarui–. ¡Gracias, amiga! –le dijo–. Cuando encuentre a Alí vendré a visitarla con él. –Y se alejó corriendo fuera de la jaima, sin escuchar las reconveniones de sus compañeras.

Ya fuera, como se le escurriera el rectángulo que le servía de ventana para ver el exterior, no pudo ver dónde pisaba, tropezó con algo y cayó al suelo. Allí mismo se lo quitó y, sin burka y sin velo, recorrió el campamento diciendo a voces que Sarui se los había regalado todos a ella.

## OTRA VEZ SOLAS

El espectáculo ocasionado por Fadua llegó a oídos del jeque. Él ya la había perdonado la primera vez, cuando ella recorrió el campamento sin velo. La disculpó porque, siendo extranjera, podía no saber las normas de su tribu. Pero enseguida dio orden de que las mujeres de la tribu le enseñasen las normas para impedir que el escándalo se repitiese.

La segunda vez, no la perdonó y ordenó que invitaran a las dos mujeres a marcharse del campamento.

Cuando Ámbar supo esta decisión, no quiso alejarse sin despedirse y sin pedir disculpas al jeque y a sus consejeros, que tan bien las habían acogido.

No la recibieron de muy buen grado, pero la hospitalidad árabe los obligaba a mantener una actitud diplomática y generosa con las invitadas.

Ámbar expuso el caso de Fadua a los tres señores con mucha serenidad y con todo detalle. Al terminar de hablar, ellos le demostraron el pesar que sentían ante el trastorno de Fadua y le recomendaron devolverla a la familia de Homs.

–Creo que eso será lo que haremos –contestó–. Encontrar a Alí será más difícil que encontrar una aguja en la arena del desierto.

Después de agradecerles su hospitalidad, se despidió de ellos como lo hacen los hombres árabes: con una inclinación muy profunda hasta tocar el suelo con la mano derecha, luego subirla hasta el corazón, los labios y la frente.

«Esto lo hago para demostrarles que deseo que conozcan la fidelidad de mis sentimientos, de mis palabras y de mis pensamientos», se dijo Ámbar, recordando las enseñanzas que había recibido de pequeña.

–*Al'la maakon* –dijo en voz alta–. Dios esté con ustedes.

–*Al'la maik* –respondieron los tres al unísono–. Dios esté contigo.

Enseguida Ámbar salió a encontrarse con Fadua, que ya estaba sentada en su camello, cargado con la bolsa llena de cajitas, la cesta de provisiones y sus ropas.

–Mire, Ámbar, nos han llenado la cesta con provisiones nuevas. No, no se monte aún. Debe ir a despedirse de Sarui.

–Ya lo hice antes –respondió Ámbar, montándose en su poni.

–Yo también me despedí de ella y mire lo que me dio. No sé lo que es, pero dice que se llama brújula y que usted sabrá cómo usarla.

Ámbar la recibió de manos de su amiga y la observó un momento. Ahora ya tenía cómo reconocer la ruta y cómo desafiar a Fadua en el caso de que quisiese avanzar en otra dirección.

Salieron lentamente del campamento, agitando las manos para despedirse de las demás mujeres.

–Vamos –rezongó Fadua–. Ya estamos solas otra vez. ¡Sígame!

–¡No, Fadua! –alcanzó a gritarle Ámbar antes de que se lanzase al galope–. Escúcheme. Con esta brújula sabré perfectamente qué camino debemos seguir. Yo sé usarla. Aquí está marcado el norte, el sur, el este y el oeste. La brújula nos guiará. Así que es usted quien debe seguirme a mí, ¿de acuerdo?

–Claro que sí, Ámbar. Ahora guía usted. Vaya delante de mí con su brújula.

–No. Iremos juntas, una al lado de la otra; así podremos conversar.

–¿Hacia dónde iremos?

–Vamos a encontrar a Alí –respondió Ámbar con enérgico acento, como queriendo convencer no solo a Fadua, sino también a sí misma.

–¿Ya sabe usted dónde se encuentra? ¿Se lo ha dicho la brújula?

–Claro que sí –mintió Ámbar–, claro que sí.

Fadua guardó silencio ante la expectativa de encontrarse con su amado y Ámbar se felicitó a sí misma, porque con esa pequeña mentira se había librado por lo menos temporalmente de las repetidas preguntas de su compañera.

Anduvieron todo el día sin detenerse y sin ninguna novedad. Cuando sentían hambre, Fadua sacaba lo primero que encontraba en la cesta y lo comían sin detener sus cabalgaduras.

Lo hicieron al atardecer y Ámbar sacó dos mantas que las mujeres habían puesto sobre las grupas de sus cabalgaduras y con ellas preparó un rincón entre dos rocas para pasar la noche.

–Esconderemos primero a los animales aquí mismo –dijo Ámbar–. No sea que los roben de noche.

–Eso sí que sería peligroso. ¿Se imagina lo que haríamos en estas soledades si llegaran a aparecer los soldados? Nos harían lo mismo que a Sarui.

–No lo harán –dijo Ámbar con su voz más misteriosa–. Primero ataremos a los dos animales entre sí y luego cada uno a nosotras. Si se mueven o si alguien intenta sacarlos de este rincón, nos despertaremos.

Unió la acción a la palabra y cuando terminó, añadió:

–Ahora nos tenderemos las dos juntas para no pasar frío y nos taparemos con estas ropas. Así, eso es. ¿Cómo se encuentra usted, Fadua?

–Muy bien. Creo que me dormiré enseguida. ¡Estoy tan cansada!

–Espere, espere, por favor. Voy a aplicarle esta crema que hará que ningún soldado se interese por usted.

Una vez recibida la aplicación de crema, Fadua se pasó la mano por la cara.

–Ahora soy tan vieja como usted.

–Más vieja y más fea aún.

Ambas rieron y se arrebujaron con las ropas. Muy pronto se durmieron.

–Señora, señora. ¿No es usted acaso doña Fadua, la doncella de Homs?

Era la voz de un *afandi* que se dirigía a Fadua. Un caballero.

–Cierto, así es. Yo soy Fadua de Homs. Y usted ¿quién es? Por favor, acérquese, que no lo veo.

–No importa quién sea yo –respondió el *afandi*–. Lo que importa es que vengo de parte de un joven que está muy contrariado, porque no la encuentra a usted en ninguna parte. Ha viajado por todo el país, ha recorrido todas las ciudades, todos los oasis y no ha podido encontrarla.

Fadua se desesperaba, porque no podía librarse de las ataduras, de las ropas que la agobiaban, de las rocas que le impedían ver al dueño de esa voz. Esa voz...

–Pues dígame que estoy aquí, que venga a buscarme. Yo lo esperaré sin moverme de aquí, se lo prometo.

–Está bien. Iré a decírselo, pero no sé si lo encontraré. Él seguirá buscándola por otros lugares, quién sabe dónde estará ahora. Pero tiene usted razón; quédese aquí hasta que él llegue; no se mueva de aquí. Adiós.

–No; por favor, no se vaya, espere. Tengo que hablar con usted. Vuelva, no se aleje.

Al no recibir respuesta, Fadua se puso a gritar, lo que despertó a Ámbar. Como esta no sabía lo que estaba sucediendo, miró a su alrededor y vio a su compañera todavía dormida, haciendo con sus manos rígidas un gran esfuerzo por liberarse de las cuerdas que la unían a los animales.

–¡Fadua, despierte! ¿Por qué grita? –Como no conseguía despertarla, Ámbar la remeció fuertemente–. ¿Qué le pasa? Estaba gritando en sueños.

–No; no estaba soñando. Vino un caballero a decirme que alguien me estaba buscando por todo el país. Tiene que ser Alí. ¡Ámbar, por favor! Tenemos que ir a buscarlo.

A medida que hablaba se iba soltando las ataduras, apartándose de su amiga.

–Ahora mismo iremos. Ya está amaneciendo, es la hora de empezar a movernos. Menos mal que me ha despertado –Ámbar hablaba sin mirar a Fadua, con la vista y las manos ocupadas en desatar cuerdas, en doblar las mantas–. Prepare algo para comer; así empezaremos más pronto nuestro viaje.

Pero su compañera no se movía. Parecía espantada mirando más allá de las rocas.

–¡Fadua! Por favor, niña, ¿por qué no se mueve?

–Mi... mire allí –tartamudeó esta, indicando hacia arriba.

Ámbar se volvió incrédula, pensando que su amiga había empezado el día con mal pie. Primero con una pesadilla y ahora con una visión celestial. Lanzó un grito cuando comprobó que allí sí que había algo. Una figura estrafalaria se asomaba por encima de una de las rocas y sonreía.

–Cúbrase con el velo, Fadua –ordenó a su compañera– y salgamos de aquí cuanto antes, sin comer. Ya lo haremos más adelante. –Ambas se cubrieron, cogieron las riendas de sus cabalgaduras y las sacaron de entre las rocas. El camello se sentó dócilmente para recibir a Fadua sobre sus jorobas. Las dos estaban montando, cuando una voz las hizo estremecerse.

–¿Hacia dónde van estas ancianas? Tan solas y sin protección.

–Estamos esperando el paso de nuestra caravana –mintió Ámbar.

–Las señoras deben de estar perdidas. Por aquí jamás ha pasado ninguna caravana. –El hombre se les puso delante. Era muy bajo y vestía con pieles de oveja bastante sucias, lo que le daba un aspecto terrorífico–. Si las señoras quieren, les puedo indicar en qué dirección queda la ruta de las caravanas. Síganme por aquí.

Ellas ya estaban montadas, pero no se movieron.

El feo hombrecillo volvió a insistir.

–Las señoras temen que yo las engañe. Dios me libre de hacerlo. Soy un hombre honrado y trabajador. Guardo un rebaño de ovejas cerca de aquí. Un poco más allá está mi jaima, donde vivo con mi familia, mi mujer y mis cuatro hijos. Somos beduinos.

Las miró de frente y su mirada de hombre honesto las convenció.

Las dos caras arrugadas se miraron con una leve sonrisa en los labios.

–¿Por qué estaba espiándonos en la roca? –preguntó Fadua.

–Perdone, señora. Yo no estaba espiándolas. Desde mi jaima oí unos gritos y acudí para ver si podía ayudar. Si las señoras desean seguirme, les ofreceré leche caliente.

–Sí –dijo Fadua entusiasmada y animó a su camello a avanzar en seguimiento del hombre–. Ámbar, si él es tan bajito, ¿cómo serán sus hijos? –dijo con picardía a su compañera, que estaba intentando darle alcance.

Ella no le contestó. Sonrió y puso su dedo índice sobre sus labios, indicándole que guardara silencio. El hombre podría oírla.

Cuando él se detuvo, se encontraron ante una tienda de beduino, grande, muy baja, y con las telas de color gris oscuro, casi negro. Tres niños asomaban sus caritas por entre las telas.

El hombre los llamó y aparecieron los tres pequeños, vestidos también con pieles de oveja, lo mismo que la esposa, que salió detrás de sus hijos. El marido le ordenó:

–Trae leche para las señoras.

Mientras esperaban, Fadua preguntó si eran niños o niñas y su edad.

–Estas dos son niñas, mellizas. El más pequeño es varón. Tengo otro hijo varón, mi primogénito, la luz de mis ojos. –El hombre se puso triste–. Está muy enfermo, por eso no ha salido; creo que se va a morir.

Apareció la esposa con dos jarras de barro llenas de leche humeante.

Ámbar y Fadua desmontaron y recibieron las jarras con gestos y palabras de gratitud. A lo que Ámbar agregó:

–*Chucrán*. Que Dios les dé una larga vida y mucha salud a ustedes y a sus hijos.

–Mi hijo mayor se está muriendo –gimió la mujer con el rostro bañado en lágrimas. Las pequeñas se le apegaron a las pieles que formaban su falda en un intento inútil de consolarla o de conseguir un consuelo para sí mismas.

Fadua miró a Ámbar tratando de conmovérsela ante el drama de la familia, pero esta no se dio por aludida.

Bebieron la leche y devolvieron las jarras mientras agradecían otra vez el gesto tan generoso de ofrecerles leche, a pesar de tener varios hijos y, además, uno enfermo.

Fadua se acercó a su compañera y le dijo con autoridad.

–Lo hace usted o lo hago yo. Dígame qué cajita sirve para sanar a un niño y yo misma le aplico la crema.

–¿Cómo se le ocurre? Ni siquiera sabemos qué enfermedad tiene el niño. Además, ha escuchado usted tan bien como yo que se está muriendo. Yo no hago milagros.

–Pero hace magia. Vea cómo me tiene a mí, como una vieja de ochenta años. ¡Vamos! Haga algo. Invéntese alguna magia.

Ámbar la miró con desprecio y replicó:

–De verdad que es usted bastante ignorante. *La magia la inventó el antiguo rey de Persia, Zoroastro*, hace muchos años. Yo no la puedo inventar de nuevo.

–Entonces, ¿para qué le sirven todas esas cajitas? Pruebe con una. A lo mejor acierta.

Ámbar se sintió tan presionada por Fadua, sobre todo porque esta hablaba en voz alta para ser oída por los padres del enfermo, que tuvo que ceder.

–Si ustedes me lo permiten, ¿podría ver al enfermo? A lo mejor acierto y lo ayudo a restablecerse –dijo, acentuando las palabras que Fadua había dicho antes.

Los padres la dejaron pasar y encontraron al niño tendido sobre unas pieles de oveja. Ámbar le tomó el pulso y vio que el muchacho estaba temblando.

–Tiene mucha fiebre –dijo–. Saca la lengua, abre más la boca; así está bien. Abre los ojos. –Le examinó las pupilas, luego repitió–: Tiene mucha fiebre. ¿Hay agua fría? Fadua, tráigame una cajita verde y una blanca. Además traiga uno de los burkas, el que menos le guste.

–Tome, le he traído el que más me gusta –dijo Fadua con intención.

Con el agua fría, mojó el burka blanco que había recibido de manos de su compañera y envolvió con él todo el cuerpo del jovencito. Le quitó las pieles de oveja sobre las que yacía y lo apoyó directamente en el suelo. Continuó mojándole la frente hasta que el niño dejó de tiritar. Cogió la cajita verde y le dio a beber un trago de un líquido también de color verde. De la cajita blanca sacó un poco de crema que extendió sobre la frente, el pecho y la espalda del niño. Cuando pasó las manos cerca de sus axilas, el chico sintió cosquillas y sonrió. Ya se estaba recuperando.

El padre elevó las manos al cielo y dio gracias a Dios. La madre abrazó a los más pequeños.

–Ahora debe mantenerse en reposo un par de días y no cubrirse con tantas pieles. Aunque se trata solo de un enfriamiento, es mejor que no tenga calor para evitar que le vuelva la fiebre.

Ámbar continuó aplicándole compresas de agua fría, hasta que la fiebre bajó sensiblemente.

–¡Bravo! –gritó feliz Fadua–. Lo ha conseguido. ¿Ve que yo tenía razón? Usted tiene manos mágicas. Mejores que el Zoroastro ese.

Todos celebraron la curación del muchacho con risas y bendiciones.

–Si ustedes lo desean, podemos asar un cordero y comen con nosotros –invitó el dueño de casa.

Agradecieron la invitación, pero le explicaron que debían irse, que tenían mucha prisa, porque estaban tratando de encontrar al prometido de una compañera.

–¿Ha pasado por aquí un joven llamado Alí? Es probable que esté viajando acompañado de algunos amigos.

El beduino frunció el ceño y se quedó mirando a las dos «ancianas».

–¿Me pueden dar más datos? Por aquí ha pasado gente, pero no caravanas. Ese señor Alí ¿por qué está viajando? ¿Qué anda buscando? ¿Por qué no se quedó en su hogar?

–Está huyendo de los soldados. Seguramente ustedes saben que están reuniendo hombres para mandarlos al frente. A él también lo persiguen.

El hombrecillo volvió a mirarlas con cierta desconfianza, lo que provocó la curiosidad de Fadua. Aunque había perdido un poco el juicio, o quizá por eso mismo, se había vuelto muy intuitiva.

–Me parece que este hombre sabe algo. De lo contrario, no nos haría tantas preguntas ni nos miraría así.

Todo esto lo dijo al oído de su compañera.

Ámbar volvió a pedir a Fadua que se callara y le envió una mirada de reproche. La otra se impacientó; meneó la cabeza, dando a entender que nada podía esperar de ella y, sin más rodeos, aclaró la situación.

–Venimos de Homs de parte de la novia de Alí, una joven llamada Fadua. Estábamos seguras de encontrarlo en Trípoli; pero allí nos dijeron que se había escondido y que luego había tenido que huir, pero no supieron decirnos hacia dónde.

–¡Ah! –exclamó el beduino–. Ustedes son de Homs y allí conocieron a Alí. ¿Podrían las señoras decirme cómo es Alí?

Fadua se lo describió minuciosamente.

La esposa del beduino se acercó a este y le dijo en voz muy baja:

–Se refieren a él, no hay duda. Diles lo que sabes.

El pequeño hombre echó los hombros hacia atrás, tratando de elevar su propia estatura.

–Si las señoras quisieran sentarse sobre estas pieles, les contaré todo lo que sé acerca de ese señor llamado Alí.

Fadua se sentó en extremo alterada, lo que preocupó a Ámbar, que alcanzaba a oír su respiración anhelante.

Cuando todos estuvieron sentados y tranquilos, el beduino comenzó su relato.

Hacía más de una luna había sucedido un hecho extraordinario. Una noche, mientras estaban durmiendo, fueron despertados por ruidos de caballos que detuvieron su galope al llegar a la tienda.

Los jinetes empezaron a dar voces, llamando a los habitantes de la jaima.

El beduino y su mujer no se atrevían a salir. La noche estaba demasiado oscura y no verían el rostro de los jinetes. Los niños también se despertaron y empezaron a llorar.

De repente, uno de los jinetes les gritó que no tuvieran miedo, que no les causarían ningún daño, que eran gente de bien que solo buscaba refugio por una noche.

El beduino temblaba al contar esta parte de la historia.

–No quería salir a atenderlos, porque yo también tengo miedo a esos hombres malos que han invadido nuestro país. Si me descubren, nos robarán todo y me llevarán con ellos.

–Su jaima está muy bien oculta, no se ve de ningún lado –lo tranquilizó Ámbar–. No se preocupe.

El beduino agradeció las palabras de la mujer, aseverando con la cabeza. Se frotó las manos y continuó su narración.

Cuando al fin decidió salir, se encontró con tres hombres jóvenes que le rogaron que escondiera sus caballos durante esa noche y les indicara un lugar para esconderse ellos también. Él los acompañó a las mismas rocas donde ellas habían pasado la noche anterior y los dejó allí con sus caballos. Era el lugar más seguro de la región.

Al día siguiente, cuando se acercó a las rocas, los encontró ya despiertos. Les ofreció lo mismo que a ellas: una jarra de leche de cabra caliente a cada uno. Aceptaron gustosos. Mientras bebían, uno de ellos se presentó:

–Mi nombre es Alí.

El hombre interrumpió bruscamente su relato al oír el grito de Fadua:

–¡Alí, Alí! Alí ha estado en este mismo lugar.

–Fadua, por favor, no interrumpa a este hombre mientras está narrando. Si permanece en silencio, él nos contará el resto de la historia y hasta es probable que lleguemos a saber por fin dónde se encuentra Alí. Por favor, continúe –dijo, volviéndose al beduino.

Vuelto a la tranquilidad, el hombrecillo siguió diciendo que el llamado Alí le había contado una extraña historia, que empezaba en la ciudad de Homs, donde alguien había sido asesinado. Que él había llevado consigo al culpable para evitar una guerra entre familias, pero que este había muerto por salvarle la vida.

–Toda esa historia ya la sabemos. Cuéntenos mejor hacia dónde se dirigió, que planes tenía al salir de aquí, qué...

–¡Fadua! No interrumpas –volvió a pedirle Ámbar.

–¿Se llama usted Fadua, señora?

–Sí –contestó ella.

–¡Qué extraño! El señor Alí dijo que su novia se llamaba Fadua y que él pasaría por Homs para casarse con ella, cuando se sintiera seguro de que no era perseguido.

Ámbar tuvo que coger fuertemente del brazo a Fadua para evitar que cometiera alguna locura. Las palabras del beduino la habían emocionado hasta las lágrimas.

Guardaron silencio. El beduino no sabía cómo interpretar el hecho de que una de esas dos ancianas se llamara igual que la novia de Alí y las miraba con la mínima atención que las costumbres árabes permitían a un hombre desconocido. Toda su actitud exigía una explicación, pero no se atrevía a pedirla.

Ámbar lo comprendió. No así Fadua, cuya mente se había perdido en Dios sabe qué laberintos al escuchar las últimas palabras del narrador.

–Mi compañera es muy amiga de la novia de Alí –explicó Ámbar–. Ambas se llaman Fadua y están tan unidas que parecen una sola persona. –Miró a Fadua y notó que ni siquiera se había enterado de sus palabras y que continuaba perdida en sus propias reflexiones. La dejó tranquila y agregó–: Pero díganos, por favor, ¿qué hicieron aquí los tres hombres? ¿Cuántos días permanecieron? ¿Hacia dónde se dirigieron después?

El hombrecillo había aceptado la explicación sobre el alcance de nombres y se dispuso a contestar a las preguntas.

–Se quedaron escondidos aquí durante tres días. Salían a caballo a hacer una ronda para asegurarse de que no aparecían soldados. Luego volvían para comer con nosotros. El señor Alí me dio un montón de monedas cuando se fue; pero solo dijo que iba a Hama y que luego continuaría escondiéndose por allá, hasta confirmar que habían abandonado su persecución.

–¿Cuántos días hace que se marcharon?

El beduino no estaba seguro. Lo consultó con su mujer, pero ella tampoco se acordaba.

–Unos ocho o diez días –dijo con timidez–. No estoy seguro.

–Muchas gracias por todo. Ahora debemos marcharnos. Vamos, Fadua, levántate y trata de montar en tu camello.

Ella se levantó de un brinco.

–A Hama. Alí está en Hama. Vamos, vamos, que allí lo encontraremos.

Ámbar estaba sorprendida ante los cambios que experimentaba su compañera. Tan sumida como estaba en sus pensamientos, pero no había perdido ese detalle tan importante: que Alí se había marchado rumbo a Hama.

Mientras ella y Fadua montaban en sus respectivas cabalgaduras, pensaba en la fragilidad de la mente humana y escuchaba al beduino saludarlas y desearles buen viaje y que las bendiciones de Alí las acompañaran toda la vida y les dieran salud y bienestar para siempre.

Se habían alejado bastante de la jaima, pero todavía escuchaban la voz del hombre que, llena de gratitud, las bendecía por haber salvado la vida de su primogénito.

## POR EL CAMINO DE HAMA

–¿Sabe usted dónde nos encontramos?

–No, Fadua; no tengo la menor idea. Si está cansada, detengámonos aquí. Hemos cabalgado durante todo el día. Descansemos un momento.

Ámbar bajó de su hermoso poni e invitó a su compañera a hacer otro tanto. Fadua no necesitaba ayuda; de un brinco quedó de pie en tierra, después de que el camello doblara sus patas.

«Cuánta energía tiene esta niña», pensó Ámbar. «No sé para qué le aplico la crema de la vejez, si ella no colabora ni se muestra más pausada y serena. En cualquier momento y en cualquier lugar alguien va a descubrir nuestro truco. Si eso sucediera, nos va a costar muy caro».

La observó durante un largo rato, mientras daban alimento a las bestias. Fadua lo hacía con tanta delicadeza y acariciaba al camello con tanto afecto, que Ámbar se sintió obligada a hacer lo mismo con el poni. No le costó mucho, porque el animal era precioso, muy joven, muy fuerte, de color blanco.

Le gustaba incluso su tamaño, pequeño, un poco más bajo que ella. Pero era fogoso y resistente. Jamás había visto un caballo tan pequeño como ese. No sabía de dónde lo había conseguido el secretario del gobernador de Trípoli. Seguramente era un botín de guerra.

Entretanto, Fadua conversaba en voz baja con su camello, mientras continuaba acariciándolo y limpiándolo.

–Eres la luz de mi vida, mi fiel amigo Aliante. Contigo me siento segura y feliz, porque sé que me llevarás hasta mi amado Alí.

De repente interrumpió su charla y lanzó un grito tan espantoso que hasta los animales se asustaron.

–¡Ámbar! Venga aquí y mire esto. Corra, corra.

Uniéndola a la acción a la palabra, cogió a su compañera de un brazo y prácticamente la arrastró hasta ponerla de rodillas junto a Aliante.

–¿Qué pasa? Criatura de Dios, me ha asustado usted. Me parece que todo está bien...

–¿No lo ve? Aliante es hembra, no es un macho. Mire, las tetas están llenas de leche.

Las dos jóvenes de aspecto envejecido se miraron durante unos minutos. Luego, simultáneamente, afirmaron con vehemencia:

–¡No es Aliante! ¡Nos lo han cambiado!

No pararon de lanzar exclamaciones y de dar vueltas alrededor del camello hasta que Ámbar preguntó:

–Pero ¿quién y por qué habrá hecho esto?

–Me han robado mi camello. Iré a recuperarlo. ¡Espéreme aquí!

Fadua gritó esto acompañando los gritos con acciones. Con una rapidez extraordinaria, saltó sobre el animal, que se incorporó y se puso enseguida en movimiento.

Su compañera quiso detenerla cogiendo las bridas, pero Fadua no lo permitió y lanzó a la camella al galope por el camino que ya habían recorrido.

–¡Fadua! ¡Vuelva acá! –gritaba Ámbar corriendo tras la fugitiva.

Desesperada, miró a su alrededor para ver si conseguía algo para llamar y detener a su amiga.

De pronto sus ojos se detuvieron en un punto negro que se acercaba rápidamente por el otro lado. Eso le dio una idea genial. Colocó sus dos manos haciendo bocina en la boca y sacando un aliento profundo, gritó:

–¡Faduaaaaaaaa! Llegó Alí. Llegó Alí. Llegó Alí. Alí. Alí. Alííí... Alíííííííí.

Aunque ya iba lejos, Fadua alcanzó a oír el nombre de su amado. Detuvo su carrera y miró a Ámbar, que le señaló el jinete que se acercaba con rapidez. Este, al ver la expectación que causaba su llegada, aceleró más a su camello. Tanto así que, cuando Fadua estaba casi próxima a Ámbar, el otro ya había llegado. Pero no era Alí.

–¿Quién es este hombre? Me ha engañado usted. Me gritó que era Alí y no lo es.

El recién llegado se estaba inclinando para saludar a su amiga Ámbar, quien respondió a su saludo con grandes muestras de alegría.

–Fadua, este es Antún, el joven que encontramos en Trípoli y que llevó noticias de ustedes a Homs. ¿No lo recuerda?

–Pero usted me dijo que era Alí. ¿Por qué me engañó?

–Querida niña, ¡era la única forma de detenerla!

–Además –intervino Antún–, le traigo noticias no solo de su familia de Homs, sino también de su novio Alí, y algunas provisiones que le envía su madre.

Fadua creyó enloquecer –más aún– de alegría. Bajó de su montura y cogió la mano, la única mano del joven Antún y con muchos mimos y reverencias le manifestó su gratitud.

–Noticias de mi novio Alí. Ay, Dios mío. Mi novio Alí. Es maravilloso. Y noticias de Homs. ¿Cómo está mi madre?, ¿y mis hermanas? Seguramente usted ha visto a mis hermanas, dígame, por favor, ¿están todas bien? Con tanto trajín, tanta gente, tantas cabalgatas, ni siquiera me había acordado de mis hermanitas. –Hizo una pausa y casi sin aliento de tan emocionada que estaba, terminó diciendo–: Y usted, ¿por qué no me cuenta de una vez todo lo que sabe? Vamos, dígame, ¿dónde está Alí?

Ámbar intervino, apaciguando la situación.

–Es que usted no le deja hablar, querida niña. De todos modos, lo primero que vamos a hacer es sentarnos, descansar un rato y comer algo, ¿no les parece?

Pero Antún no estuvo de acuerdo. No podían sentarse allí a descansar. Tenían que buscar un lugar más resguardado para pasar la noche y no quedar tan expuestos al paso de las caravanas o de los pelotones de soldados.

Montaron nuevamente y se adentraron en la parte más sinuosa de la región, hasta que encontraron un lugar protegido de las miradas de intrusos.

–Y de las tormentas de arena –agregó Antún–. Después de los soldados, la tormenta es lo más peligroso. Aquí escondido me siento muy valiente. Como *el cobarde aquel que, al estar a solas, pedía guerra y combate*.

Apenas se habían sentado y preparado las provisiones que iban a comer, cuando Antún se levantó de un salto.

–Niña, ¿ve usted lo que yo estoy viendo? –preguntó Ámbar.

–¿Qué? –gritó Fadua asustada.

–Tranquila, no es nada. No se excite. No sucede nada. Lo único que pasa es que Antún acaba de descubrir algo muy importante. Observe lo que está haciendo.

El joven estaba sentado en el suelo, al lado de la camella, extrayendo leche de sus ubres y llenando tres cuencos que trajo consigo al volver a sentarse en su sitio.

–¡Vaya! Resulta que usted sabe ordeñar a una camella –dijo Fadua visiblemente admirada.

–Todo el mundo sabe hacerlo –contestó Antún–. Lo importante en mi caso es que sé hacerlo con una sola mano. Mmm, qué rica está la leche. –Bebió todo el contenido de su cuenco y se limpió los bigotes–. Cuando ustedes terminen de beber, sacaré más leche para los tres. La pobre camella me lo agradecerá.

Fadua estaba pesarosa por no haber ayudado a Antún por lo menos a sostener los cuencos.

–Usted no lo hará –le dijo–. La próxima vez ordeñaré yo. Si quiere, puede enseñarme.

Así lo hicieron y todo iba muy bien hasta que a Ámbar se le ocurrió decirle a su compañera una idea que volvió a perturbar a la sensible jovencita.

–Supongo que ahora habrá reflexionado usted lo suficiente para darse cuenta de por qué le cambiaron el camello por una hembra ¿no?

–¿Quién me lo cambió? ¿Dónde está mi Aliante?

Nuevamente empezaron las quejas de Fadua y los deseos de volver para recuperar su camello. Ámbar se arrepintió de haber hablado.

–No sea tonta, Fadua. Le cambiaron el macho por una camella para proveernos de leche para el camino. ¿No comprende que lo hicieron con la mejor buena voluntad?

Antún se acercó a Ámbar para preguntarle quién era Aliante y ella le explicó todo lo que les había sucedido hasta el momento en que advirtieron el cambio del camello por una hembra.

–Seguramente fue nuestra amiga Selma la que nos hizo este gran favor, ¿no lo cree así, Fadua? Algún día, si volvemos a encontrarla, se lo agradeceremos. Más bien, usted se lo tendrá que agradecer, porque el favor se lo hizo a usted.

Con todo este discurso, Fadua se apaciguó y, volviendo a la realidad, se dirigió al joven manco.

–Por favor, ya que hemos terminado de comer y de beber, ¿podría darme las noticias que trajo de Alí y de mi familia?

–Por supuesto, con mucho gusto –respondió Antún, y se acomodó para iniciar su relato.

Comenzó desde el día en que se separaron en los bosques de Trípoli. Había tardado un día y medio en llegar a Homs, porque su camello parecía agotado.

–Mi camello no es tan joven como la suya –le dijo a Fadua–. Pero es bastante paciente, puede aguantar mucho tiempo sin cansarse, sin comer y sin beber. Es una raza de animales muy bien domesticada. Imagínese que dicen que fueron domesticados por el año 2500 antes de Cristo. –Fadua lo miraba con ojos saltones, aburrída con su charla inacabable sobre los camellos, pero Antún quería terminar de contar todo lo que sabía sobre estos animales y así lo hizo–. ¡Hasta en China usaron camellos como transporte en la famosa «ruta de la seda»!

–Antún, por favor –lo interrumpió Ámbar–, usted está impacientando a Fadua. ¿Quiere contarnos de una vez cómo le fue en Homs?

El joven reaccionó de buen humor y continuó su relato.

En Homs había tenido que permanecer oculto la tarde en que llegó y durante toda la noche. Había mucho revuelo en la ciudad, la gente huía por todas partes y una gran patrulla de soldados

era la encargada de perseguirla para secuestrar a los hombres, jóvenes, mayores y niños, sin ninguna contemplación. La situación era verdaderamente dramática. Las mujeres gritaban cuando les arrancaban a sus maridos y a sus hijos de su lado, y se agarraban a la cola de los caballos, que las arrastraban por la arena y por terrenos pedregosos.

–Eso es horrible –gimió Fadua.

–Como puede ver, toda esta gente que nos ha invadido y que *impera en nuestra nación está contaminada y podrida*.

Ante una señal disimulada de Ámbar, el joven cambió de tema y empezó a contar su llegada a la casa de Fadua. Tal como ella se lo había encargado, a primeras horas de la madrugada se acercó a la tapia de la parte posterior de la casa y esperó allí hasta que apareciera alguna de las hermanas para coger agua del pozo.

No tuvo que esperar mucho, porque enseguida aparecieron dos mujeres. Con mucha discreción, para no asustarlas, él se había asomado por encima de la tapia, las había saludado y les había explicado quién era y de dónde venía.

Enseguida ellas, que no eran otras que Mannur y su hija Yolia, lo habían invitado a pasar. Después de atar el camello, había saltado la tapia y entrado en el hogar de Fadua.

–Me hicieron muchas preguntas –continuó Antún–. Respondí a la mayoría de ellas, pero a otras no supe hacerlo. Ellas están muy bien. Como los soldados saben que en su casa ya no quedan hombres, no las molestan.

Les contó durante largo tiempo todo lo que había escuchado de su madre y de sus hermanas; incluso algunas noticias de la ciudad, de la conmoción que todavía sacudía a las familias afectadas por el asunto del hijo del molinero. Claro que con la heroica muerte de este, las dos familias se habían reconciliado, pero continuaban sumidas en el duelo. El molino era trabajado ahora por el mayor de los Mahmoud y por el mayor de los Raffud, un musulmán y un cristiano. Solución salomónica que se debía al padre André.

–¿Qué dijeron cuando les contó que el señor Jure se había marchado del país? –preguntó Ámbar.

–Eso les causó un profundo pesar pero finalmente su madre –habló, dirigiéndose a Fadua– dijo que había sido una excelente decisión, porque ya los soldados se habían presentado muchas veces en la casa para llevárselo. Insistieron mucho en que usted debe regresar a Homs cuanto antes. Para tranquilizarlas, les conté que está acompañada de Ámbar y que regresará a Homs en cuanto sepa algo concreto de su novio Alí.

Las dos mujeres se miraron y casi se desmayaron de susto al verse tan viejas y arrugadas en la incipiente oscuridad.

–Ámbar, por Dios –se quejó Fadua–, ¿no le parece que ahora podríamos ser las que somos en realidad? Estamos solas y...

–Me parece que es mejor que lo dejemos así –la interrumpió Ámbar, lanzando una mirada inteligente hacia Antún–. Él no sabe nada.

Discutieron en voz baja el asunto. Según Fadua, era importante que Antún supiera la verdad. En cambio, Ámbar opinaba que ya lo sabría en el momento oportuno, cuando fuera indispensable que lo supiese. Antes no.

Fadua cedió al fin, al recordar que Antún tenía que darle las noticias más importantes para ella, las que se referían a Alí.

El joven había empezado a tocar la armónica mientras ellas discutían, pero enseguida interrumpió su melodía al escuchar la pregunta de Fadua.

–¿Cuándo me va a contar lo que sabe de mi novio Alí?

–Ahora mismo, si usted así lo desea. Pero debo decirle que yo no lo he visto, ni siquiera lo conozco.

No había podido hablar con nadie que lo conociera, pero casi todo el mundo sabía que sus planes eran permanecer en Siria, aunque tuviese que esconderse; acercarse a Hama, y volver algún día a Homs para encontrarse con su novia.

Fadua se impacientó. Esa explicación nada tenía de novedoso para ella; era lo mismo que ya sabía. Lo mismo que les había dicho el beduino cuyo hijo había sanado gracias a su propia intervención.

Antún permaneció silencioso mirándola. Parecía no entender lo que le pasaba.

–¿Es que no me comprende? Me estoy volviendo loca; no sé qué hacer. –Gruesos lagrimones rodaron por sus mejillas, que ella se apresuró a limpiar con las manos–. Ámbar no me permite llorar; dice que debo ser más valiente que un hombre.

–No, Fadua, usted puede y debe llorar. Pero solo a veces. También debe sonreír al recordar a su amado. Y no crea que por eso está loca. Nada de eso. Escuche: «Unas veces riendo, otras llorando. ¡Cuántas veces hasta el más cuerdo queda extraviado por el amor!»<sup>2</sup>.

La frase impactó a Fadua y la mantuvo unos momentos reflexionando sobre ella.

–Son palabras muy lindas; pero verá: hemos cabalgado muchas horas, hemos estado con gente muy extraña, hemos ido de acá para allá, sin rumbo fijo, y no lo hemos podido encontrar. Me siento perdida, extraviada, ya no sé dónde estoy. En mi inmensa pena he perdido la fe, he perdido el rumbo.

–Lo que usted necesita es mucha paciencia y no desanimarse jamás. «Por más vueltas que dé, acabará dirigiéndose al amado»<sup>3</sup>. Y lo encontrará y será muy feliz con él. Créamelo.

Ella lo miró agradecida; sus palabras le habían llegado a lo más profundo del corazón. Él sostuvo su mirada. Entre ambos se estaba gestando ese hermoso vínculo que se llama amistad.

–Si supiera lo bien que me siento después de escucharlo. Es la primera vez en mi vida que hablo con un hombre joven que me comprende y me consuela. –Lanzó un suspiro y se sintió más relajada–. Si usted supiera todo lo que tengo dentro de mí, si yo pudiera confiarle todas mis angustias, si yo tuviera la certeza de que usted no las contará a nadie.

Suspiró nuevamente y bajó la vista avergonzada. Él acudió en su socorro con otras bellas palabras.

–*Está usted hablando con quien, aunque tiene oídos para oír, no tiene lengua para hablar. Así que puede trasladar lo que tiene en su pecho al mío, con la seguridad de que lo ha arrojado en los abismos del silencio.*

–Sus palabras son muy lindas, Antún.

–No son mías. Las aprendí hace mucho tiempo en algún sitio y las repito, porque me gustan tanto que las siento como propias.

Se quedaron en silencio, transmitiéndose sus inquietudes sin hablar. Con un gesto él le preguntó si podía tocar la armónica. Con otro gesto, Fadua le dijo que sí.

---

<sup>2</sup> Proverbio árabe.

<sup>3</sup> Proverbio árabe.

## EN LA HERMOSA CIUDAD DE HAMA

–Fadua, despierte. ¡Vamos! ¡Arriba!

–¿Qué quiere, Ámbar? Déjeme dormir. Anoche me desvelé con la música de Antún.

Ámbar se alejó protestando con movimientos de cabeza. A ella también la había desvelado la música del joven manco. Pero le gustaba, no podía negarlo. Lo importante era convencerlo de que tenía que aprender otra melodía; una sola, repetida decenas de veces al día, las volvería locas.

Cogió un cuenco y empezó a ordeñar a la camella, que emitió un par de sonidos que parecían carcajadas.

–Ah, bribona. Te alegras porque te estoy liberando del peso de la leche, ¿verdad? –Elevó más la voz para decir–: Supongo que el hijo o hija de esta camella tendrá una mamá adoptiva que lo alimente. ¡Qué belleza y qué ricura de leche! La naturaleza me impresiona cada día más.

Después de llenar otros dos cuencos, se levantó con ellos en las manos para llevarlos a sus dos compañeros, pero su vista quedó prendida en la belleza del paisaje. En esa soledad que los rodeaba, donde todo parecía de color gris en sus distintas tonalidades, estaban apareciendo poco a poco unas hilachas de luz que cambiaban el aspecto del lugar. El sol estaba asomando por el oriente y sus rayos horizontales causaban unos efectos de luces y sombras que deslumbraron a Ámbar. Casi sin aliento y con una voz muy suave, temerosa de que el ruido pudiera romper la belleza del momento, llamó:

–Fadua, Antún. Venid a ver cómo está el paisaje.

La tonalidad de la frase obligó a la joven y a Antún a levantarse en el acto, temiendo algún peligro, pero al mirar el paisaje, también quedaron maravillados ante el espectáculo.

–¡Dios mío! –exclamó Fadua–. Esto demuestra la grandeza de Dios y de su obra. De Al’la, como diría mi novio: Él es grande y todopoderoso.

Es impresionante lo que se siente ante un paisaje grandioso; ante un amplio valle que se observa desde lo alto de una montaña; ante una extensión inmensa y plana del desierto sin fin hacia los cuatro puntos cardinales; ante la sábana azul o plateada de un océano. Ahí, ante esa maravilla gigantesca, sumido en su propia pequeñez, el hombre necesita a Dios; está obligado a reconocerlo, está obligado a aceptar su propia fragilidad y, a la vez, a aceptar esa fuerza creadora y perfecta que emana de un ser superior. En la soledad de la naturaleza, el hombre se enfrenta con Dios.

Tardaron un buen rato en reaccionar, hasta que Ámbar recordó:

–Debemos prepararnos y salir cuanto antes para poder llegar a Hama antes del mediodía.

Fadua no reaccionó. Estaba encandilada. Otro tanto le sucedía al joven Antún, que en voz muy baja recitaba: «Comenzó a descubrirse por los balcones del oriente, la faz de la blanca aurora».

Al oírlo, Fadua volvió en sí. Se acercó a él, lo miró fijamente y meneó la cabeza haciendo una señal clarísima de preocupación por el estado mental del joven.

–¿Qué le pasará? –Se acercó a Ámbar–. Este amigo, además de músico está un poco loco –le dijo–. ¿Qué es eso que dice sobre «los balcones del oriente», sobre la «faz de la blanca aurora»? ¿Se habrá trastornado?

–No, Fadua, no está loco. Antún vivió varios años en casa de una familia francesa. Allí aprendió a leer y a escribir en árabe y en francés. Como tiene alma de artista, se dedicó a leer todos los libros que encontró en ese hogar. Aprendió frases y pensamientos de autores famosos.

–Entiendo, entiendo. Por eso habla tan bonito a veces –respondió Fadua–. Y por eso, también me dijo ayer que la frase que me había dicho no era suya. Es muy honesto, ¿verdad?

–¡Antún! –llamó Ámbar–. Anítese. Tenemos que partir. Esperemos que esta brisa no se convierta en viento que ocasione una tormenta de arena.

–Creo que no –aseguró el joven–. Por lo menos no nos pillaré en el camino. Si llegara a levantarse una tormenta de arena, será cuando hayamos llegado a Hama. Allí encontraremos refugio más seguro que en estos caminos desolados.

–¡Hama! –repitió Fadua–. En Hama encontraremos a Alí. ¡Vamos! Deprisa, que quiero llegar pronto. Monten rápido y síganme.

Sin más, se lanzó adelante con su camella cargada con las bolsas en cuyo interior sonaban las cajitas metálicas como si fueran campanillas.

–No conviene que hagamos tanto ruido –observó Antún.

–Tiene usted razón, pero quién la detiene ahora. Mire cómo hace correr a la camella como una loca. Lo más extraño es que jamás se equivoca de dirección.

–¡El amor! El amor es el que le da alas. Debemos alcanzarla.

Cuando lo consiguieron, Ámbar intentó calmar a su amiga, hablándole de la ciudad de Hama.

–Es una de las ciudades más bonitas de Siria. Tiene mucha vegetación, muchos árboles que forman una avenida a ambos lados del río Orontes. –A medida que hablaba iba disminuyendo la velocidad de su poni, hasta que consiguió que los dos jinetes cabalgasen al mismo ritmo que ella–. Claro que lo más hermoso de la ciudad lo constituyen las doce norias enormes, de veinte metros de diámetro. Son muy antiguas y crujen sonoramente al dar vueltas sobre el agua. Hay lugares muy tranquilos y hermosos cerca de las norias, donde se puede reposar y relajarse.

–Podremos visitar las norias con Alí –dijo Fadua–. ¿Es muy grande la ciudad? ¿Hay mucha gente?

–Es más o menos como Homs, aunque no tan industrial. Es una ciudad romántica –aseguró Antún–. Tal vez eso se deba a que hubo un poeta árabe que fue nombrado sultán de Hama. Se llamaba Abual Fida.

La conversación animó la monotonía del camino de manera que, cuando se acercaban a Hama, casi no habían advertido la pesadez del viaje ni el cansancio, y Fadua no había causado ningún problema; más bien, se la veía reposada y tan serena que llegó a preocupar a Ámbar.

–¿No estará enferma esta niña? –se preguntó.

No. La niña no estaba enferma. Estaba soñadora. El lento compás del andar de la camella la había adormecido un poco y soñaba. Soñaba que estaba paseando del brazo de Alí por las orillas del Orontes, vestidos ambos de color blanco, contrastando con las personas que pasaban a su lado, vestidas con ropas de colores, y las mujeres con un velo negro cubriendo sus cabezas. Ese sueño la tranquilizaba; devolvía la normalidad a su afiebrada cabecita.

Los animales también iban tranquilos, sedados por la monótona música de la armónica de Antún.

De repente hubo un estruendo enorme que alteró la tranquilidad y asustó a las cabalgaduras y a los jinetes. El ruido venía de la ciudad.

El poni tuvo una sacudida tan violenta que la pobre Ámbar cayó al suelo hecha un amasijo con sus ropas. Fadua se lanzó tras el poni hasta que lo alcanzó y lo trajo de vuelta.

Antún estaba ayudando a Ámbar a dar unos pasos, cuando llegó Fadua en su camella tirando del poni.

Ataron los tres animales a una piedra enorme y trataron de ayudar a Ámbar a caminar. Fue inútil. El pie izquierdo no le respondía.

—Ámbar, por favor, no se queje más. Ya sabemos que le duele. Dígame si hay en esta bolsa alguna cajita que contenga un potingue que le sane el pie o, por lo menos, que le alivie el dolor —dijo Fadua, colocando la bolsa a su lado.

Pero Ámbar no podía contestar. Le brotaban lágrimas de los ojos. Acariciaba su pie con las dos manos, mientras pedía el auxilio divino.

—Ay, Ámbar, qué pena me da —dijo Fadua sollozando.

Antún no sabía qué hacer ante tanta desgracia. Apretaba la mano contra su pecho y miraba hacia otro lado para que ellas no vieran sus ojos llenos de lágrimas. Sin embargo, tenía que hacer algo para ayudar a Ámbar, que se había desmayado.

—¡Se ha muerto! —gritó Fadua—. ¡Ave Fénix, revive!

—Vaya ocurrencia —objetó Antún—. Solo ha perdido el sentido por el dolor tan agudo que siente.

Se miraron consternados, sin saber qué hacer. Entonces comprendieron que Ámbar era su gran apoyo, la mujer fuerte del grupo, ¿qué harían sin ella?

—*Para todo hay remedio, si no es para la muerte* —sentenció Antún recuperando su ánimo habitual—. ¿De qué potingue hablaba usted, Fadua?

Ella abrió la bolsa y le enseñó las cajitas de colores. Antún cogió una amarilla.

—No tiene nombre ni indicación alguna. ¡Imagínese que sea para otra enfermedad! Para el estreñimiento, por ejemplo.

La broma no dio resultado. Fadua dejó de sollozar y empezó a revisar las cajitas. Abrió una de ellas y vieron que su contenido era gelatinoso, casi líquido, y que exhalaba un perfume muy penetrante.

—¡La quinta esencia! —exclamó Antún, extasiado.

—Qué quinta ni qué cuarta. Esto es un bálsamo mágico. Verá usted su rápido efecto. —Diciendo esto, acercó la cajita a las narices de Ámbar, que inmediatamente volvió en sí—. Ya lo decía yo. Es un bálsamo mágico —canturreó Fadua, saltando alrededor de Ámbar—. Mi amiga se ha recuperado. ¿Lo ve? Soy más rápida que el mismísimo Zoroastro.

Al ver a Fadua saltando a su alrededor con la cajita abierta, Ámbar olvidó el dolor de su pie y se la arrebató de las manos. La pobre niña se quedó paralizada por el susto y trató de justificarse, sin entender qué era lo malo que había hecho.

—Perdone, Ámbar, solo trataba de ayudarla.

—Es cierto —confirmó Antún—. Gracias a ella y al contenido de esa cajita usted recuperó el sentido. A lo mejor, si pasa un poco de esa esencia por su pie, mejoraría. Haga una prueba.

Ámbar cerró la cajita y con una mirada muy seria se dirigió a sus acompañantes.

—Estas cajitas no son juguetes. Son algo muy serio y representan años de trabajo para mí. Los productos que contienen son esencias, es decir, extractos concentrados de sustancias aromáticas que fui extrayendo de distintas plantas. Cada cajita tiene un color y cada color, una aplicación con

efectos diferentes. Por ejemplo, esta que han abierto ustedes es de color indefinido, el color del tiempo. Nos será de gran utilidad en caso de peligro, pero ahora mismo no la necesitamos. Fadua, alcánceme la de color blanco. Esta –dijo cuando ya la tenía en sus manos– es blanca y, no lo olviden, sirve para todo. Es un unguento y me lo aplicaré yo misma en el pie. Ya verán qué pronto se me sana.

Mientras su compañera masajeaba su pie ayudada por el unguento, Antún y Fadua permanecieron mirándola en silencio para captar plenamente el resultado de la operación. No se les oía ni respirar. Fue un momento solemne cuando Ámbar se levantó y comenzó a caminar sin contratiempo alrededor de ellos. Ambos aplaudieron espontáneamente.

Otro estruendo mayor que el anterior los interrumpió.

–En la ciudad está sucediendo algo terrible –dijo Antún–. Quedémonos aquí y esperemos. Si quieren, puedo ir a dar una vuelta para ver qué está pasando.

No fue necesario, porque en ese mismo instante, una muchedumbre comenzó a salir de la ciudad, corriendo y gritando en persecución de tres jinetes que galopaban alejándose de Hama. Una extraña persecución, porque los que montaban a caballo lo hacían con regocijo, incluso de vez en cuando se volvían y saludaban con gestos de despedida y toda la gente repetía el gesto y lanzaba sonoros gritos.

–Esto sí que es raro, ¿verdad, Ámbar? –insinuó Fadua–. Creo que deberíamos saber qué está pasando. Esos tres hombres a caballo no van huyendo. –Se detuvo pensativa–. Tres hombres a caballo... –dijo en voz baja, recordando algo que la hizo repetir–: Tres hombres a caballo.

Ámbar presintió lo que Fadua estaba pensando, se acercó con rapidez a las cabalgaduras y cogió las riendas de las tres.

–¡Es Alí! ¡Es Alí! –gritó Fadua con la faz transformada–. Sé que es él, ¿no lo ven? Es él; lo sé, lo sé.

Poco a poco, Fadua se iba alocando más y más y, a medida que gritaba sus monosílabos, su voz, siempre tan fina y agradable, se iba enronqueciendo hasta que al fin gritó desesperada:

–¡Ámbar! Deme las riendas de mi camella. Los seguiré.

Pero ella no lo permitió. Con ayuda del joven consiguió calmar a la angustiada muchacha; luego la obligaron a sentarse y a beber un poco de leche.

–Escúcheme. Si es Alí, vamos a galopar los tres en su seguimiento, se lo prometo. Pero tenemos que asegurarnos primero. Puede que sea él y puede ser que él se haya quedado escondido en Hama. –Ámbar hablaba con voz muy serena–. Antún, por favor, llame a esos dos hombres que regresan a la ciudad. Vamos a conversar con ellos.

La conversación resultó muy interesante, pero no apareció el nombre de Alí. Fadua estaba muy atenta, hacía preguntas, escuchaba las respuestas, pero no oía lo que deseaba oír, el nombre de su amado. Lo único que supieron fue que los tres hombres que habían salido de la ciudad, seguidos por la muchedumbre, eran forasteros llegados a Hama hacía un par de semanas y, en tan poco tiempo, habían conseguido unir a la mayoría de los árabes de la ciudad y prepararlos para enfrentarse a los soldados cuando estos llegasen dispuestos a secuestrar a medio mundo. La ciudad entera había respondido como un solo hombre y, aunque algunos murieron en el enfrentamiento, consiguieron rechazar a los invasores y hacerlos deponer sus armas. Los tres hombres misteriosos habían ayudado a los habitantes de la ciudad a organizarse y a crear un cuerpo de vigilancia que utilizaría las mismas armas que habían arrebatado a los soldados, en el caso de que estos volvieran a aparecer.

–Por eso, todo el mundo salió a despedirlos –dijo Antún.

–¿Hacia dónde se dirigen ahora? –preguntó Ámbar.

Los hombres no sabían nada, pero les aconsejaron que se dirigieran al anciano que quedó de jefe del grupo organizado. Su nombre era Brahim Saleh. Se ofrecieron para introducirlos en la ciudad y llevarlos ante el jefe, quien sabía todo y podría responder a esa y a cualquier otra pregunta.

Ámbar, Fadua y Antún cogieron sus cabalgaduras por las riendas y caminaron en pos de los dos hombres. Cuando llegaron al lugar donde el señor Saleh atendía a los ciudadanos de Hama, descubrieron que estaba muy ocupado organizando los funerales de los que habían perdido la vida en el enfrentamiento.

Solo pudieron ser atendidos al anoecer. Brahim Saleh no sabía, o no quiso decirles, el nombre de los tres hombres que salieron de la ciudad seguidos y aclamados por todo el pueblo. Pero cuando Fadua le preguntó de sopetón y agudamente si uno de ellos se llamaba Alí, la sorpresa hizo que el rostro del señor Saleh se delatara, aunque intentó escurrir el bulto.

—Alí es un nombre venerado por todos nosotros, los musulmanes. Sabrá usted que así se llamaba el cuñado del Profeta. Por eso, la mitad de los creyentes se llaman así. Seguramente uno de esos tres señores se llamaba Alí.

Tampoco supo decirles el camino que siguieron al salir de Hama, ni cuál era su destino. Pero les aseguró que esos tres jóvenes no viajaban para hacer turismo, sino que sus viajes tenían una finalidad muy específica: ayudar a los árabes contra las injusticias de los invasores extranjeros.

—Aquí solo se preocupó de entablar contacto con los hombres jóvenes del pueblo que no tienen preparación para defenderse de los invasores, ni saben cómo expulsarlos del país. Organizó una verdadera campaña de incitación al ataque y luego se marchó con sus hombres a cumplir este mismo cometido en otros pueblos y ciudades —explicó el señor Saleh.

—Yo sé que es Alí —se repetía Fadua—. ¿Por qué se habrá metido en estos líos? ¿Por qué no se marcha a Homs a buscarme, como me prometió?

Al pensar en esto, empezó nuevamente a amargarse y a sentir la imperiosa necesidad de seguirlo cuanto antes. Comunicó sus deseos a Ámbar, quien no aceptó la idea, porque ya estaba anocheciendo.

—Nos iremos mañana al amanecer. El señor Saleh nos ha indicado dónde podemos dormir y también un lugar para guardar nuestros animales.

Cenaron y luego se lavaron en el río. Allí quedaron hipnotizados ante la belleza del panorama. Las gigantescas norias de color oscuro se destacaban contra los arboles de color rojo intenso del ocaso.

—Antún, por favor —pidió Fadua cuando se estaban preparando para ir a dormir—. Esta noche no toque la armónica, ¿de acuerdo? Debemos dormir y descansar bien, para estar dispuestos a levantarnos muy temprano.

Antún la miró asombrado, ante esa extraña súplica. Estaba seguro de que ella disfrutaba con su melodía. «Estará cansada», pensó.

—Otra cosa, Antún —esta vez era Ámbar la que hablaba—. Procure aprender otra canción, ¿le parece? De lo contrario haré desaparecer su armónica.

El asombro del pobre muchacho creció a tal extremo que lo dejó mudo, no pudo decir nada. Con pena pensó: «Pero si esa canción me la enseñó mi madre. Y ella murió hace muchos años. ¡Bah! Las dos están cansadas. ¡Son tan viejas!».

Los tres durmieron plácidamente tendidos sobre grandes cojines, separados por esteras fabricadas con juncos, de las mismas que cubrían los suelos de arena. El sueño de las dos mujeres era muy sereno, descansaban sin sobresaltos ni pesadillas; solo el rostro de Antún demostraba que estaba soñando algo muy agradable. Veía a Ámbar vestida con un vaporoso tul de color indefinido, tornasolado, casi transparente, bailando al compás de una nueva melodía que él tocaba en su

armónica. Era Ámbar, pero mucho más joven y distinta, con la piel tersa y suave, los cabellos largos y sedosos.

Por eso, cuando al amanecer ella lo sacudió para que se despertara, lanzó un grito de espanto al ver esa cara horrible y arrugada.

## TRAS LAS HUELLAS DE ALÍ

Con esta niebla no vamos a ver nada –advirtió Fadua avanzando lentamente no solo porque la niebla les impedía ver, sino porque el sol no había aparecido todavía en el horizonte.

Abandonaban la ciudad de Hama en silencio para no perturbar el sueño de sus habitantes, que habían tenido unos días tan malos y siniestros. Durante esa noche el ambiente había estado saturado de paz y calma; nadie ni nada alteró esa tranquilidad tan esperada por todos. Merecían descansar y dormir muchas horas más; hasta que el sol los despertara.

Tal vez nadie pueda explicarse por qué los amaneceres son tan hermosos en Siria y en todo el cercano oriente. Más de alguien ha dicho que es porque esas tierras son especiales, ya que en ellas creció el pueblo elegido; en ellas nació Cristo, el Esperado de las naciones, y también el Profeta de Al'la.

Ámbar no sabía qué rumbo tomar para seguir a Alí, por lo tanto optó por lo más sencillo. Dejó que Fadua encabezara la pequeña caravana que formaban los tres. «Esta niña tiene un instinto especial, tal vez sea capaz de guiarnos y de encontrar a Alí», pensaba, mientras intentaba que su poni no quedara demasiado rezagado, porque, a pesar de la niebla, Fadua avanzaba sin parar.

Antún se acercó a Ámbar.

–¿Es cierto que no desea que toque la armónica? La música nos animaría, estoy seguro. Además estimularía a los animales. No sabe usted lo bien que cabalgan al compás de la música.

–¿Es que ha aprendido otra melodía?

–No. Solo sé la que me enseñó mi madre. Ella cantaba siempre esta canción y yo la seguía con mi música.

Ámbar sonrió con ternura. Ahora no solo tendría que cantar, sino también hacer de madre de un joven que era mayor que ella, aunque él no lo sabía.

–Está bien. Cantaré mi canción favorita. Claro que si la toca muy a menudo, me la va a fastidiar y llegaré a odiarla –accedió Ámbar, y empezó a cantar con su voz suave y melodiosa.

«*Ya retne ter...*» (Si yo volara...).

Antún empezó a acompañarla con su instrumento y al cabo del tiempo, cuando ya la niebla se había disipado, cuando los rayos del sol caían perpendiculares sobre sus cabezas, lanzó un grito de alegría y, adelantando su camello, lo volvió hacia sus compañeras, de un salto se puso de pie sobre la montura, levantó los brazos y las detuvo.

–Aquí vamos a detenemos y a descansar. Vamos a comer algo y les tocaré esta nueva canción yo solo. Ya me la sé. ¡He aprendido una segunda melodía!

Contagiadas con el optimismo de Antún, las jóvenes desmontaron y empezaron a preparar algunos alimentos.

–Miren, las ubres de la camella están llenas otra vez. Deberíamos haberla ordeñado antes de salir –dijo Fadua, uniendo la acción a la palabra.

Cuando terminaron de comer y de beber la leche recién ordeñada, Antún empezó a tocar su nueva melodía y las dos mujeres lo acompañaron, cantándola a dos voces.

–¡Qué hermosa canción! –exclamó Fadua–. Si alguien nos oyese nos contrataría para cantarla en los salones del palacio del gran sultán. Enhorabuena, Antún, la ha aprendido muy rápido y la toca muy bien. Pero dígame, ¿de dónde sacó ese instrumento? No es muy corriente por aquí, ¿verdad, Ámbar?

–Jamás lo había visto. Eso mismo quería preguntarle yo.

–Tampoco yo lo había visto –confesó Antún– hasta que mi padre me lo regaló cuando yo era pequeño. Lo siento, pero nunca se me ocurrió preguntarle de dónde había sacado la armónica. Es lo que más quiero en el mundo, porque es lo único que tengo.

Las dos jóvenes se miraron compasivas. El joven las enternecía.

–Ahora tendrá otro objeto que será suyo para siempre –le dijo Ámbar, extrayendo algo de entre los pliegues de su falda–. Tome esto y cuídelo. Es un amuleto que heredé de mi abuelo. Consérvelo cerca de su corazón, escondido entre sus ropas. Le traerá suerte, lo consolará, lo protegerá y le servirá de compañía, al igual que la armónica.

Estaban empezando a emocionarse, cuando la impaciencia de Fadua los interrumpió.

–¿Piensan quedarse aquí todo el día? Vamos, tenemos que alcanzar a Alí.

Iniciaron de nuevo la marcha; esta vez con más prisa. Los animales habían comido, bebido y descansado y estaban dispuestos a enfrentar una nueva jornada de marcha; Antún, dispuesto y deseoso de aprender otra nueva melodía que Ámbar estaba entonando.

Fadua iba tensa y erguida sobre su camella, con las dos manos levantadas sosteniendo las bridas, como si presintiera la proximidad de algo distinto. Su imagen impresionaba, parecía la figura de una leyenda.

Pero la verdadera leyenda la encontraron más adelante, siguiendo las huellas de Alí, una leyenda llena de sorpresas. Recibieron gratas noticias de la gente de los pueblos y aldeas por donde pasaban. Las buenas gentes daban gracias a Dios por haberles mandado un defensor de los sirios, un joven carismático llamado Alí que, cual nuevo Teseo, alegre y audaz, intentaba ayudar a su pueblo a rechazar a los invasores.

En más de una ocasión, Ámbar se planteó la inutilidad de perseguir a un hombre que se había entregado a una causa tan justa y necesaria. Cuando se encontraran, ¿qué decisión tomaría él? ¿Renunciaría a su lucha para entregarse a los brazos de su amada?

La reacción de Fadua era muy distinta ante las deslumbrantes noticias que recibía por doquier. Su amado Alí se había convertido en un líder, en un hombre famoso; era aplaudido por hombres y mujeres. A medida que avanzaba por el país, iba dejando una estela de esperanza y de resistencia.

¡Cuánto deseaba Fadua poder contar todo esto a Nahima, a sus padres, a sus hermanas! Su novio era un hombre distinto a los demás.

En el fondo, el joven líder era eso; un nuevo Teseo que pretendía liberar a su pueblo de ese maldito minotauro de los invasores.

A todo esto, Fadua continuaba su camino, segura de que en cualquier momento se encontraría con él.

No tuvo que esperar demasiado para convencerse de la realidad de su presentimiento. De repente, vio algo. Lejos, muy lejos, se veía un grupo humano, destacándose por sus blancas vestiduras.

–Miren, miren. Deprisa, debemos alcanzarlos antes de que se nos pierdan de vista. Seguro que son ellos.

Como viera que sus compañeros no la alcanzaban, se impacientó.

–Me adelantaré yo sola. ¡Sígueme! Trataré de detenerlos y de hacerlos esperar hasta que ustedes lleguen.

Sin aguardar respuesta lanzó su camella al galope, alejándose rápidamente.

–¡Qué temperamento tiene su amiga! –rio Antún–. Parece una niña de quince años.

–Eso es cierto –sonrió ella enigmáticamente–. Parece una joven de... diecinueve años.

–¿Diecinueve años? –preguntó Antún, mirándola con desconfianza. Se quedó pensativo. «Si Fadua tuviera diecinueve años, ¿qué edad tendría Ámbar?». Mientras él hablaba consigo mismo, su camello se detuvo. Sabía que su jinete no tenía interés en otra cosa que no fuera Ámbar y sus diecinueve años.

De pronto volvió en sí, perplejo. *Me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones*, se dijo recordando uno de los libros leídos cuando era mucho más joven. Miró a su alrededor y llamó:

–¿Dónde está Ámbar? ¿Qué está pasando?

La vio lejos, galopando detrás de Fadua, que ya estaba llegando junto al grupo de blancas figuras que se habían detenido cerca de unas rocas. Ámbar estaba tratando de alcanzar a Fadua antes de que se enfrentara al grupo.

–Ánimo, camello, camellito, ánimo. Tenemos que alcanzarlas –gritó Antún y se lanzó al galope tras sus dos viejas de diecinueve años. No sabía por qué, pero su corazón también le galopaba en el pecho.

Entretanto Ámbar abusaba de su poni, haciéndolo correr como nunca lo había hecho. Presentía que Fadua iba a cometer alguna locura desde que la vio inclinarse y meter la mano en la bolsa de las cajitas. A tanta distancia y corriendo veloz no consiguió ver si había sacado alguna; tampoco alcanzó a ver si la había abierto, ni mucho menos si en ese momento estaba aplicándose en el rostro la crema de la cajita azul.

Pero ella no era tonta y se imaginó que la obsesión de su compañera persiguiendo a su amado, le trastornaba el cerebro hasta el extremo de verlo en la figura de cualquier hombre. Incluso intuyó que no querría llegar vieja y arrugada ante Alí.

–Dios mío, Fadua, por favor, no lo haga.

Desesperada, comprobó que su poni perdía velocidad y que Antún se había retrasado. Le hizo señas con la mano para que la alcanzase.

Era lo que el joven estaba intentando. «Allá voy, allá voy. *Más presuroso que la oveja que va al abrevadero*», repetía mientras sus piernas y su trasero se encargaban de estimular al camello para que galopara rápido como el viento.

La intuición de Ámbar era cierta y lo comprobaron antes de llegar al grupo, al cual Fadua sí había alcanzado. Todavía a cierta distancia, vieron que los cuatro hombres que componían el grupo montaban rápidamente en sus cabalgaduras y arrastraban la de Fadua tras ellos.

–No los alcanzaremos nunca –dijo Ámbar desesperada–. Detengámonos aquí y pensemos con calma en lo que debemos hacer.

–¡Sigamos adelante! No se pare. Pensaremos mientras avanzamos –respondió Antún con energía. Para suavizar sus palabras, agregó–: Un anciano árabe dijo hace mucho tiempo: *Debes saber que la precipitación es una torpeza debida al poco talento, y aún es mayor torpeza abandonar el asunto cuando ya lo puedes dominar.*

–Y ¿a qué viene todo ese cuento? No lo entiendo.

–Vamos, seguro que sí lo entiende. Usted es muy inteligente, además de mágica. Hace un rato, quería detenerse para pensar, cuando se puede pensar muy bien cabalgando. Esa fue una reacción

precipitada. Además, la noté bastante pesimista. ¿Cómo es eso de que no los alcanzaremos nunca? ¡Vamos! Si Fadia estuviese aquí le diría: «¡Haga un poco de magia!». Pero, como ella no está, se lo digo yo. ¿Qué espera? ¿No tiene algún potingue que haga volar a estos animales? ¿Algo que los anime un poco más?

Ella no respondió. Estaba muy concentrada, con la mirada fija en Fadia, que cabalgaba sentada en su camella, de cuyas bridas tiraba el último de los hombres. Esta profunda abstracción duró varios minutos, tantos que Antún empezó a impacientarse y Ámbar a sudar. Gruesos goterones caían de su frente. El joven no osaba interrumpirla; sabía que ella estaba usando su poder mental para conseguir algo, pero no sabía qué. A esa distancia que aumentaba a medida que pasaba el tiempo, ¿qué podía lograr? Nada. Sin embargo, continuó cabalgando a su lado, sin interrumpirla.

Ya estaban agotados cuando percibieron un movimiento en la persona de Fadia, al tiempo que Ámbar exclamaba:

–¡Lo conseguí! Vamos, más deprisa. ¿No lo ha comprendido aún? ¿No ha visto lo que ha sucedido? –insistió ante la actitud despreciativa de él–. Usted ha estado diciendo que yo debía usar un potingue para hacer magia, ¿verdad?

Él afirmó con la cabeza, mirándola con desconfianza. Siempre había dudado de los fenómenos que no tenían explicación lógica.

–¿Cómo quería que usara mis potingues si todas mis cajitas estaban en poder de Fadia? Ella lleva la bolsa colgada de la montura del camello; siempre ha sido así, menos en este momento. – Ámbar hablaba con optimismo–. He conseguido que Fadia, a través de la distancia, me obedezca y tire la bolsa al suelo. ¿No lo ha observado?

No, Antún no había conseguido verla, pero en vista del convencimiento que captaba en las palabras de su compañera, no quiso discutir y prefirió callar. Además, si continuaban hablando perderían el poco aliento que les quedaba y que necesitaban para seguir persiguiendo a los secuestradores de Fadia.

Por más que avanzaban y animaban a las bestias, no lograban acortar distancia con los fugitivos. Hasta que al final los perdieron de vista, justo cuando llegaron al lugar donde había caído la bolsa.

Rápidamente desmontaron, él se encargó de las riendas y ella examinó el contenido de la bolsa. Su rostro se iluminó al comprobar que no faltaba ni una sola cajita.

–Antún, vamos a descansar un momento y a comer algo. Su camello y mi poni necesitan descanso. Luego, tendremos que trazar un plan para encontrar a Fadia.

Comieron en silencio, tratando de recuperar el aliento y las fuerzas perdidas.

–¡Qué lástima que hayamos perdido la camella y su exquisita leche!, ¿verdad?

Al no recibir respuesta, el joven se aproximó sin hacer ruido a Ámbar y vio que tenía los ojos cerrados.

–Se ha quedado dormida. Iré a ver si encuentro huellas para poderlas seguir y encontrar a esos bandidos.

Acercó el poni a su dueña e intentó enlazar las bridas al cordón con que ella se ataba la cintura. Aunque lo hizo suavemente, la joven abrió los ojos.

–¿Qué hace?

Le contó su plan de buscar huellas, pero ella no lo aceptó.

–Debemos continuar nuestro viaje. Ya sabemos que van en esta dirección, aunque no los veamos. Supongo que usted no ha perdido su talismán.

Por toda respuesta, él se lo enseñó. Siempre lo llevaba colgado de su pecho.

–Muy bien. Recuerde que ese talismán lo ayudará y le traerá suerte. No lo olvide.

Iniciaron de nuevo la marcha en dirección al sitio donde habían visto por última vez a los secuestradores. Ahora no se veía nada. Solamente una amplia extensión de terreno seco, agreste y pedregoso los rodeaba, y más allá, la arena, la infinita arena.

—Átese a la montura de su camello —le ordenó Ámbar—. Yo me ataré a la montura de mi poni. Así, aunque nos durmamos, no nos caeremos. No, por favor, no toque la armónica ahora. Ya lo hará más tarde. Ahora avance, yo iré detrás.

El joven obedeció con desconfianza, porque estaba seguro de que ella estaba tramando algo, alguna brujería. Eso no le agradaba en absoluto, así que de vez en cuando lanzaba una mirada hacia atrás para controlarla. De esta forma, pudo ver los trajines que ella disimulaba oculta bajo su velo. La vio sacar una cajita de color morado y pudo ver también cómo sacaba una pastilla y se la echaba a la boca. Luego guardaba la cajita cerrada dentro de la bolsa, que aseguró colgándola en su propio hombro.

«Qué mujer misteriosa», pensó Antún. «¿Qué estará tramando?».

No tuvo que esperar mucho para recibir una respuesta. Una tremenda sacudida lo pilló desprevenido y no cayó al suelo gracias a que se había atado a la montura.

«Ahora resulta que también es adivina. Ella sabía que esto iba a suceder —continuaba pensando el joven—. Y ahora, ¿dónde está? ¡Qué barbaridad!, ha desaparecido».

Consternado, miraba hacia todos lados sin encontrarla, como tampoco al poni. Ya estaba empezando a creer que había perdido el juicio, cuando sobrevino otra sacudida tan fuerte como la anterior, que lo obligó a protegerse la cabeza con ambos brazos, y así se mantuvo hasta que escuchó una voz familiar.

—¿Por qué se ha detenido, Antún? No debemos perder más tiempo. Vamos, sígame.

—Ámbar, menos mal que es usted. Pensé que había desaparecido. —Estaba feliz de volver a verla—. Pero dígame, ¿dónde nos hemos metido? ¿Qué es todo esto, esta gente, estas casas? —Se acercó más a ella y le murmuró al oído—: Aquí está pasando algo muy raro, ¿no le parece?

—Claro que sí. Y pasarán cosas peores si no se da prisa. Tenemos que llegar raudos, antes de que sea tarde.

Avanzaron siguiendo una ruta externa que bordeaba el pueblo. La gente los miraba con recelo, como a forasteros peligrosos.

Antún sentía deseos de hablarles para hacer desaparecer esa desconfianza, demostrarles que eran personas honradas e inofensivas. Otro tanto le sucedía a la joven, pero ella más que nadie sabía que tenían que actuar con rapidez, sin perder tiempo en otros asuntos, por muy nobles que fuesen.

Cabalgaban uno al lado del otro, guiados por una fuerza externa utilizada por Ámbar que Antún desconocía y de cuya acción ni siquiera se percataba. Llegaron a un lugar lleno de enormes rocas que semejabán gigantescas figuras humanas alrededor de un pequeño descampado. Camello y poni pasaron entre dos grandes rocas atraídos por una especie de magnetismo hasta llegar a una pequeña pradera que, contra toda lógica, estaba cubierta de césped y de algunos árboles frutales.

Los hombres, que discutían sentados en el suelo, se levantaron alarmados al verlos llegar. Algunos incluso alzaron sus armas para reducirlos antes de ser atacados.

—¡Calma! ¡Calma! —gritó Ámbar—. Venimos en son de paz. ¿Quién de ustedes es Alí?

Dos o tres voces se oyeron reconociendo que ese era su nombre, lo que hizo repetir al joven manco: «Mira que llamarse Alí». Lo dijo para sí mismo, pero en voz alta gritó:

—Buscamos a Alí, el novio de doña Fadua de Homs.

Hubo un movimiento nervioso entre los hombres, hasta que todos volvieron al unísono sus miradas en una misma dirección, de donde brotaba la voz enérgica y agradable del hombre amado por Fadua.

–Yo soy Alí –dijo con sencillez–. ¿Quién me busca?

Ámbar y Antún lo invitaron a acercarse y se presentaron. Entre ambos le contaron todo lo que sabían de su novia, partiendo desde el puerto de Trípoli hasta el momento en que la habían visto desaparecer ante sus propios ojos.

Alí asentía abatido y preocupado, no podía creer lo que estaba escuchando. Lo primero, porque no atinaba a comprender cómo los padres de Fadua la habían autorizado a abandonar su casa de Homs, precisamente ahora que él estaba tan comprometido con la causa de los árabes y no sabía cómo podría combinar los dos asuntos, la organización de enfrentamientos contra los invasores y la búsqueda de su desaparecida novia. También estaba dolido porque lamentaba profundamente no haberse acercado a Homs para dar explicaciones y noticias de su paradero. Sentía vergüenza, dolor y arrepentimiento, pero sabía que no podría cambiar así, de la noche a la mañana, sus actividades.

Ámbar lo contemplaba comprensiva. Entendía la lucha que se estaba desarrollando en el interior del apuesto joven. Sus recias facciones se crispaban varonilmente al reaccionar ante los sentimientos encontrados que bullían dentro de él. Dos deberes. Tenía ante sí dos deberes que tenía que cumplir; y, en ese mismo instante, urgido por la presencia y la mirada de Ámbar y de su compañero, tenía que optar por uno de los dos y le estaba resultando verdaderamente difícil hacerlo, ¿cómo decidir algo tan importante sin equivocarse?

Ámbar fue en su auxilio.

–Alí, debe ayudarnos a encontrar a Fadua y a liberarla. Después, usted podrá hablar con ella y decidir lo que va a hacer en el futuro. –Lo miró directamente a los ojos y le dijo–: Lo primero es lo primero. Reúna un grupo de hombres y salgamos enseguida a rescatarla, antes de que sea demasiado tarde.

–¿Demasiado tarde? –preguntó, alarmado–. ¿Por qué? ¿Quiénes eran los que la secuestraron?

–No lo sabemos –respondió Antún–. Lo único que le puedo decir es que tuvieron demasiada prisa en salir huyendo con ella, sin mirar atrás.

Alí dio media vuelta y se alejó con rapidez. Habló en privado con dos hombres que ante un gesto suyo se le acercaron prontamente y durante un largo rato estuvieron cambiando impresiones. Los tres estaban muy preocupados.

–Puede ser una trampa. Mandemos a otros voluntarios que no sean conocidos. Pero tú, Alí, no debes dejar que te atrapen. La gente confía en ti y espera tus palabras y orientaciones.

–No es posible –respondió Alí, pesaroso–. Debo ir yo mismo con algunos hombres. Vosotros dos podréis reemplazarme si caigo en una trampa. Vamos a organizar un grupo ahora mismo.

Así lo hicieron y antes de que cayera la tarde, Ámbar y Antún abandonaron las rocas acompañados de cuatro hombres jóvenes, fuertes y decididos, al mando de los cuales iba Alí. Habían cambiado sus vestiduras por otras muy blancas.

–Usted dijo que los secuestradores vestían de blanco de la cabeza a los pies, ¿verdad? –dijo Alí, dirigiéndose a Ámbar–. Supongo que ahora estamos igual que ellos. ¿Qué opina?

–Perfectamente iguales –aseguró Ámbar.

Los compañeros de Alí se miraron satisfechos y más aún cuando escucharon las palabras que su jefe les dijo en voz baja.

–De esta forma no nos descubrirán si nos infiltramos en sus filas.

Antún no entendía mucho lo que estaba pasando, pero no se cansaba de pensar «¿Por qué Alí y sus hombres se han vestido de blanco? ¿Tendrán alguna relación con los secuestradores?». Tampoco sabía quiénes eran estos. Solo los había visto desde muy lejos y le pareció que no eran árabes; tal vez serían invasores disfrazados o pertenecerían a alguna tribu del norte que él desconocía. Pero qué importancia podía tener eso, cuando lo que más interesaba era liberar cuanto antes a Fadua.

Para Ámbar, en cambio, todo estaba clarísimo. Había conseguido convencer a Alí de que su principal deber era salvar a su novia; y ahora estaba viendo cómo se preparaba para hacerlo, vestido de blanco. Con esa túnica, el *kufie* y el *gelog* blancos, parecía un jeque del desierto, un sultán de Constantinopla. Suspiró profundamente al pensar en la reacción que iba a tener Fadua al verlo de nuevo; si es que aún seguía con vida. Rechazó este pensamiento al escuchar la voz de Alí.

–¡En marcha! Que Al’la nos proteja y nos ayude a resolver este asunto sin derramamiento de sangre.

Montaron todos y partieron sin advertir que Ámbar se había puesto a la cabeza de la pequeña caravana, haciendo de guía; y, por supuesto, nadie se opuso a ello.

Estaba anocheciendo cuando Alí dio orden de detenerse, pero Ámbar dijo que no. Gesticulando con las manos, le avisó desde lejos que ya estaban llegando al lugar que buscaban.

En efecto, cincuenta pasos más adelante, el camino frecuentado por las caravanas se desviaba rodeando una serie de dunas bastante elevadas. Se acercaron sigilosamente y desde lo alto de una de las dunas pudieron comprobar que detrás de estas se estaba desarrollando una negociación entre hombres de dos tribus diferentes. Los hombres vestidos de blanco ofrecían mujeres e intentaban recibir a cambio los caballos de pura raza que presentaban los de la otra tribu.

–¡Fadua! –susurró Alí al reconocerla entre las mujeres que proponían los hombres de blanco.

Antún se volvió desconcertado hacia Ámbar.

–Son traficantes. Pero Fadua no se encuentra allí, no la he visto entre esas mujeres, ¿verdad?

–Claro que sí, Antún –le contestó ella en voz muy baja–. Se lo explicaré después.

La negociación entre los hombres estaba tardando demasiado y empezaban a ponerse nerviosos.

–¡Que el cielo se abra contra ti, si continúas engañándome! –decía uno–. Jamás había oído tantas mentiras juntas.

–¿Me estás tratando de mentiroso? –replicaba otro.

–Por supuesto que sí. Venir a decir que esa mujer vale tanto como este caballo. Es una auténtica blasfemia. Mi caballo vale como tres de esas mujeres, o más.

–Ahora eres tú el que quiere engañar. ¡Tres mujeres!

–Bueno, acordemos algo intermedio: dos mujeres por cada caballo y no hay más que hablar.

–Está bien, está bien. Debemos terminar esto antes de que sea noche cerrada.

Pero, en el momento del intercambio, también hubo problemas. Cada grupo quería quedarse con lo mejor del otro. Cuando llegó el turno a Fadua, uno de los secuestradores dijo:

–Esta mujer no se cambiará aquí. Hay alguien que nos dará más de medio caballo por ella. Volverá con nosotros.

Los otros no quisieron discutir, ya estaban cansados. Cogieron el caballo más hermoso y dijeron que alguien les daría tres mujeres a cambio.

Cuando uno de los secuestradores cogió a Fadua y la sentó en su camella, Alí tuvo una reacción tan violenta que Ámbar tuvo que intervenir para evitar un desastre.

–Más cuidado, Alí –le recomendó–. Casi nos delata.

Entretanto los dos grupos de comerciantes se separaron y partieron con los bienes adquiridos en esa innoble y horrible transacción.

Los cuatro secuestradores se alejaron del lugar muy satisfechos. Llevaban cinco caballos excelentes y una mujer maravillosa, que bien valía, por lo menos, un caballo más.

–Ya se han alejado bastante –dijo Alí–. Deberíamos seguirlos.

Pero nuevamente Ámbar tenía otro plan. Los llamó a que formaran un círculo con ella y con un rápido movimiento tragó una pastilla que había sacado de la cajita morada, y les ordenó:

–Átense rápidamente a la montura.

Sin entender por qué, todos le obedecieron.

–Otra sacudida –gritó Antún–. Esta vez es el fin del mundo. ¿Qué está pasando, Ámbar?

–Lo que pasa es que usted está gritando demasiado. Ya estamos en los dominios de los secuestradores. Pronto llegarán con Fadua y debemos estar preparados.

–Así es, Ámbar –dijo Alí–. Nos hemos trasladado aquí con una sacudida. Algún día tendrá que explicarme qué truco es ese. –Y se quedó mirando las facciones de la arrugada cara de la mujer, que, con tono misterioso, le contestó:

–Sí, señor. Algún día.

## LA LAPIDACIÓN

Era noche cerrada cuando aparecieron los secuestradores arrastrando consigo a Fadia en su camella. La joven estaba muy cansada y su rostro aparecía pálido y afligido, lo que no le restaba ni una pizca de belleza. Es más, esta se veía realzada por esa palidez marmórea, casi transparente.

«Esta niña cometió un error al usar la crema que le devolvió su verdadera hermosura. Si no lo hubiese hecho, no la habrían secuestrado –pensaba Ámbar–. Claro que Alí no la habría reconocido tan arrugada como estaba».

Lo miró y quedó sorprendida al ver su expresión tierna, arrobada y su mirada fija en el rostro de su novia. Suspiró profundamente cuando ella lo sacó de su arrobamiento para volverlo a la realidad.

–Tenemos que buscar donde pasar la noche –le dijo.

–Antes debemos seguirlos para cerciorarnos de que no cometerán ningún abuso con Fadia y que ella no correrá ningún peligro durante la noche. Tengo que saber dónde dormiré.

En ese momento los secuestradores estaban acercándose a un caserón enorme, muy descuidado y viejo que parecía ser las ruinas de una fortaleza del tiempo de las cruzadas, y penetraron en él con sus cabalgaduras.

–¿Qué casa será esa que alberga incluso a los animales? –preguntó Alí dirigiéndose a Ámbar, pero al buscarla con la mirada no la encontró.

Ella se había alejado tirando de las riendas de su poni. Su curiosidad la llevó hasta una hilera de casas pequeñas de extraña arquitectura, construidas al parecer con adobe y pintadas exteriormente con cal.

En una de ellas Ámbar percibió reflejos luminosos de una lámpara de aceite. Llamó a la puerta y, aunque tardaron en responder, al final apareció un hombre viejo con cara de sorpresa.

Ámbar le explicó que estaba buscando dónde pasar la noche con su hijo Antún, que la había seguido y estaba a su lado.

El hombre le dijo que debían dormir esa noche a la intemperie, pero que al día siguiente podrían hablar con los vecinos. Alguno los acogería, sin ninguna duda.

–Y ese enorme caserón en ruinas ¿qué es? –le preguntó Antún.

–En sus tiempos fue una fortaleza que construyeron unos extranjeros que venían a recuperar la tierra de su profeta. Eso cuentan nuestros abuelos. Ahora sirve de refugio a un grupo de forajidos extranjeros que se hacen llamar *afandi*, dicen que son de la tribu de los *afandi*. Pero esa tribu no existe ni ellos son *afandi*, quiero decir, caballeros. Son invasores que inventaron eso para apoderarse de todo lo nuestro: hasta de nuestras mujeres, cuando nos descuidamos. Están provocando muchos disturbios, problemas y desgracias entre nosotros.

El hombre iba a continuar su relato, pero Ámbar le rogó que esperara un momento.

–Perdone que lo interrumpa –le dijo–. Antún, por favor, diga a Alí que venga. Creo que le conviene escuchar esto.

–Está bien, Ámbar, ahora mismo iré. Antes me gustaría comentarle algo que leí hace mucho tiempo sobre las cruzadas.

–Lo siento, Antún, pero no me parece que sea el momento oportuno. ¿No ve que este señor está esperando a Alí para continuar con su explicación? ¡Por favor, vaya corriendo!

Bastante frustrado se alejó Antún, mientras recordaba la apasionante lectura que había hecho sobre las cruzadas en casa de la mujer que lo acogió cuando era un adolescente. Viendo las ruinas que tenía delante de sí, recordó algo sobre una fortaleza muy grande que habían construido los *afandi*, los extranjeros, para refugiarse allí; ll llamaron entonces el «crac de los caballeros».

Antún no se equivocaba. La lectura de los sucesos de la época de las cruzadas es más que apasionante. Es excitante. Las ocho cruzadas de las que nos habla la historia sucedieron en épocas conmocionadas por hechos violentos y preocupantes. Ocurrieron entre los años 1095, fecha de la primera cruzada organizada por el papa Urbano II, que concedió indulgencia plenaria a los que se alistaban y excomulgaba a los que se aprovechaban de la ausencia de los cruzados; y el año 1260, fecha de la octava y última cruzada, en la que intervino Luis IX, que intentó convertir al sultán de Túnez para hacerlo su aliado y continuar hacia Palestina para rescatarla del poder musulmán, pero su estrategia falló al morir él a causa de la peste, en Cartago.

En el año 1291 cayó la última plaza cristiana en Tierra Santa.

Lo que no sabía Antún era que los cruzados regresaban a sus hogares entre una cruzada y otra con el fin de recaudar fondos y conseguir nuevos aliados para una guerra que estaba perdida de antemano.

Tampoco conocía bien las causas que motivaron estas cruzadas.

La más importante era de tipo religioso: recuperar el Santo Sepulcro y arrojar a los turcos de esas tierras. Otra causa era el ocio y la inmovilidad a que estaban sometidos los señores feudales. Deseaban participar activamente en cualquier tipo de guerras. La última causa es la que persiste hasta el día de hoy: el temor de los occidentales ante la amenaza de expansión musulmana.

Entretanto, Ámbar continuaba hablando con el anciano.

–Esos señores vestidos de blanco que se están aproximando vienen conmigo. Son árabes, no son forajidos. Todo lo contrario. Precisamente vienen a liberar a una joven que fue secuestrada por un grupo de esos bandidos, que no son otra cosa que traficantes. Cambian mujeres por caballos.

Alí se había acercado con Antún. Sus compañeros esperaban ocultos en la sombras de la noche. Saludó al hombre viejo, que permanecía de pie en la puerta de su casa sin atreverse a invitarlos a pasar, pero que respondió cortésmente al saludo al reconocer en Alí a un hombre correcto y respetable.

–Este señor nos estaba explicando qué es ese caserón y quiénes son los secuestradores –le explicó Ámbar a Alí.

–¡Son unos bandidos! –empezó a contar el viejo y continuó su narración durante un buen rato, hasta que Alí obtuvo suficientes conocimientos sobre la identidad de esos hombres, sobre su forma de vida, sus costumbres, su lengua, sus andanzas y las rivalidades que tenían entre sí.

Agradecido, se despidió del viejo y se dirigió a sus compañeros. De paso, distinguió a Antún recostado en el campo, detrás de una de las casas, apoyado en las ancas de su camello, que estaba atado a un árbol lo mismo que el poni. Pero no consiguió ver a Ámbar. Había desaparecido otra vez.

–Creo que podremos entrar en esas ruinas sin ningún problema, aunque no seamos *afandi* –dijo sonriendo tras explicar a sus hombres lo que había escuchado decir al anciano–. Hablan una lengua extraña, pero algunos hablan árabe con acento extranjero y están mezclados con gente de acá, que seguramente se han vendido a ellos o, simplemente, los han esclavizado. Si alguien nos preguntara

algo, diremos que vamos de paso, que mañana nos marcharemos. Solo deseamos pasar aquí la noche. Pero tenemos que estudiar un plan para liberar a la joven Fadua.

Entraron en el edificio en ruinas y quedaron sorprendidos al ver la cantidad de caballos que llenaba el espacio interior, una especie de patio, rodeado de pequeñas jaimas donde se reunían los hombres a charlar, a comer o a dormir. Un verdadero campamento.

Un hombre gordo se les acercó y, sin decir palabra, les señaló una jaima al lado de la entrada, y un sitio para sus cabalgaduras en el lateral más cercano a la jaima. Las ataron una con otra y se dirigieron a la tienda, todos menos Antún.

Alí lo llamó, impresionado por su aspecto tan enigmático.

–¿Se ha dado cuenta de que Ámbar no está con nosotros? –le preguntó Antún.

–La habrán enviado a la jaima de las mujeres –respondió Alí.

–¿Y el poni? ¿Dónde está el poni? –continuó indagando el joven; luego, con voz misteriosa, le dijo al oído–: No ha entrado con nosotros. Se ha quedado allá afuera. ¿Qué estará haciendo sola por allí?

–No nos preocupemos –respondió Alí con tranquilidad–. Ella tiene muchos recursos. Ya me gustaría tener parte de ellos, los utilizaría al enseñar algunas estrategias a nuestros hermanos árabes. Mañana nos contará lo que ha estado haciendo durante la noche. De ella espero cualquier sorpresa.

Más le hubiera valido no haber hablado, porque al volverse para acercarse a sus hombres, que le estaban ofreciendo algunos alimentos, se sobresaltó al encontrarse frente a frente con la cara arrugada de Ámbar, que le sonreía. Con un gesto Alí los invitó a comer con ellos de las provisiones que habían traído.

Lo hicieron en silencio y a oscuras. Poco a poco cada uno se fue acomodando en un rincón, apoyándose en las monturas de sus caballos.

Ámbar y Alí se reclinaron uno a cada lado de la montura del camello de Antún.

Cuando todos estaban dormidos, ella se levantó y se acercó a Alí, que continuaba despierto.

–Venga; necesito hablar con usted.

Él la siguió hasta un rincón apartado de los demás, donde ella se sentó y lo invitó a hacer lo mismo.

–Le tengo una buena noticia, pero no se excite; tómela con calma –le susurró al oído–. Sé dónde tienen a Fadua. Está bien y bastante serena, a pesar de su estado mental. Tal vez por eso mismo está tranquila, no habrá comprendido el peligro que corre.

Alí la miró agradecido. También susurrando le preguntó dónde la había encontrado.

–Está en la jaima de este mismo lado, allá, al fondo del patio, con otras mujeres. Permanezca aquí con sus hombres, que yo vigilaré para que esta noche nadie le haga daño.

–De ninguna manera. Usted se queda aquí descansando, que de eso me encargo yo.

–No, señor. A usted lo vigilarán, lo seguirán y si lo descubren cerca de la jaima de las mujeres, lo lincharán. Déjeme a mí esa misión. Entraré en esa jaima y pasaré inadvertida, se lo aseguro.

–Usted es más débil que yo y no lleva ningún arma –insistió Alí.

–¿Está seguro? –preguntó ella y, con su acento más misterioso, agregó–: Usted no sabe quién soy yo.

Mirando cómo se alejaba adentrándose en el campamento, Alí se dijo: «Estoy convencido de que es preferible que yo jamás lo sepa. Pero lo peor es que me siento totalmente tranquilo al saber que ella velará por Fadua ¡y por nosotros!».

Con un gesto de impotencia volvió a su rincón, se recostó y, a pesar de los ronquidos de los demás y de sus propias preocupaciones, se quedó profundamente dormido hasta que lo despertó un golpecito en el brazo y casi dio un grito al abrir los ojos y ver el rostro arrugado de Ámbar.

–Está amaneciendo –le dijo en voz alta para que los demás se despertaran–. Debemos entrar en acción.

Acto seguido los hombres se levantaron y prepararon sus cabalgaduras. Sin protestar, siguieron los pasos de Ámbar, que salió caminando del campamento de los secuestradores y del edificio en ruinas. Fuera había dejado su poni, en las cercanías, detrás de las casas pequeñas.

Hacia allá guio a los hombres y los invitó a que abandonaran allí sus cabalgaduras. Un chico se acercó solícito a Ámbar, que le ordenó cuidar de los animales, darles agua y alimentos.

–¿De dónde salió ese muchacho? –preguntó Alí–. ¿Confía en él?

–Claro que sí. Le he prometido una moneda de oro si cumple lo pactado.

–Señora –dijo el muchacho por lo bajo–, venga a mi casa. Mi madre desea hablar con usted.

Ella lo siguió y Antún fue tras ella.

La mujer estaba en la entrada de la casa, tras la puerta. Estaba vestida con una falda granate y cubría la parte superior de su cuerpo, de la cabeza a la cintura, con un velo negro. Hizo una seña para que Ámbar entrase, pero detuvo al joven manco, indicándole que permaneciese fuera con el chico, que estaba alimentando a los animales.

Se acercó a Ámbar con un velo negro en las manos.

–Todas las mujeres debemos salir hoy cubiertas con el velo –le dijo respetuosamente–. Coja este y cúbrase con él. Es una orden de los ancianos del pueblo, especialmente en el día de hoy. Celebramos el nacimiento de uno de nuestros profetas. Habrá una fiesta.

La joven miró el velo y le sonrió con simpatía.

–¿Por qué me lo ofrece a mí? ¿Qué pasaría si no me lo pusiera?

La mujer tuvo un estremecimiento que asustó a la mismísima Ámbar.

–Si no lo usa, ordenarán que la matemos a pedradas. –Nerviosa y con las manos temblorosas, cubrió ella misma la cabeza de Ámbar con el velo–. Se lo doy porque usted ha sido muy buena con mi hijo; le ha dado un trabajo y le va a pagar una moneda de oro. El abuelo, el hombre que habló anoche con usted, también se lo agradece.

–Tome, le daré ahora mismo la moneda de oro –accedió Ámbar agradecida y conmovida por la actitud de la buena mujer–. Al chico le daré otra, no se preocupe. Solo quiero pedirle un favor. Durante la fiesta, ¿podré venir a descansar un momento a su casa con mi hija?

La madre del chico accedió, siempre que la joven viniese cubierta con un velo negro. Hecho el acuerdo, Ámbar recibió otro velo negro, luego abandonó la casa y se apresuró a ir en busca de Alí, temerosa de que él y sus hombres hubiesen entrado en acción sin consultarla.

No se equivocaba. Aprovechando la niebla y la escasa claridad del nuevo amanecer, Alí, seguido por sus hombres, rodeó sigilosamente el patio de las jaimas, hasta llegar muy cerca de aquella que servía de vivienda o de prisión a las mujeres, entre las cuales, según Ámbar, se encontraba Fadua.

Sin hacer ruido rodearon paso a paso la jaima hasta quedar escondidos en la parte posterior de la misma. Prestaron oído a los movimientos del interior de la vivienda, pero no consiguieron captar nada. En el exterior todo estaba silencioso con excepción de los relinchos de algunos caballos que habían empezado a impacientarse al sentir sobre ellos el peso de la inactividad.

Esto obligó a los jóvenes a precipitar sus decisiones casi sin reflexionar. Alí cogió su afilado alfanje, que llevaba puesto en un tahalí que le atravesaba el pecho, y con él rasgó suavemente la

lona que hacía las veces de pared posterior de la jaima. La rasgó de arriba abajo sin hacer el menor ruido. Varios de sus hombres se apresuraron a asomar la cabeza al mismo tiempo que Alí. Las mujeres no se habían despertado; dormían apoyadas unas en otras, respirando acompasadamente, muy silenciosas.

La aguda mirada de Alí descubrió pronto a su amada, que dormía sentada al lado de otra joven tan hermosa como ella, apoyadas ambas en la lona de la esquina de la jaima, cerca de la puerta de entrada; es decir, al lado contrario de la posición de Alí. Para rescatarla, tendría que pasar por encima de todas las mujeres que cubrían el suelo de la jaima con sus cuerpos y sus ropajes.

Todavía estaba Alí con la vista fija en su bella novia y en su compañera, al tiempo que pensaba «¿Quién será esa otra joven? Sus rasgos me resultan familiares», cuando las lonas de la puerta principal se movieron sacudidas por unas manos violentas, dando paso a dos extrañas figuras, cubiertas por una capa negra que las tapaba de la cabeza a los pies. Las mujeres se levantaron asustadas y se amontonaron al fondo de la jaima, abrazadas entre sí. Este movimiento favoreció a Alí ya que la muralla creada por las mujeres ocultó totalmente la abertura que él había causado en la lona trasera, pero en cambio le restó espacio y ya no podía ver lo que sucedía en el interior.

Cuando una de las figuras se quitó la capucha que le ocultaba la cabeza, Alí pudo verla a pesar de la falta de claridad. Se trataba de un hombre de tez muy oscura, de pelo muy negro ensortijado y corto, lampiño y con gruesos pendientes de oro macizo en sus orejas,

Alí tragó saliva. No le gustaba el curso que estaban tomando los acontecimientos. Se introdujo solo en la tienda, ordenando a sus hombres que permanecieran atentos fuera, tranquilos y callados. Escondido entre el grupo de mujeres, pudo ver que Fadua había quedado sola en la esquina, temblando de miedo al advertir que las dos figuras negras se acercaban a ella.

–¿Quiénes son ustedes? –gritó Alí desde su sitio, protegido por las mujeres.

–Somos enviados especiales –respondió uno de ellos–. Recibimos órdenes de llevar a la más hermosa de estas mujeres al palacio del delegado del sultán que se encuentra en Hama. –Diciendo esto, se acercó a Fadua.

–Están equivocados –dijo Alí con tono apaciguador–. No es esa la mujer más hermosa. La más bella es... –se interrumpió al no encontrar a la joven que acompañaba momentos antes a su amada. En su lugar vio a Ámbar.

–¿Quién es usted para decir que estamos equivocados? –preguntó el otro hombre descubriendo también su cabeza.

–Soy yo –gritó Alí, y de un salto se presentó en el centro de la jaima con su cimitarra en la mano–. ¡Fadua, huye! –gritó, atacando a los dos hombres que, cogidos por sorpresa, no conseguían sacar sus armas del cinto.

Fadua salió corriendo por la puerta principal, pero no contaba con los guardias que se habían acercado al oír los gritos. Uno de ellos intentó cogerla, pero logró escurrirse. Otros le cerraban el paso hacia la salida del patio, donde había más guardias cuidando de que nadie abandonara el lugar.

Guiada por su instinto, corrió a esconderse entre los animales que descansaban en el centro del patio. En su carrera tropezó con una camella que estaba sentada. La reconoció enseguida. Era su Aliante. Fadua saltó sobre ella y el animal se levantó con rapidez, reconociendo el caprichoso temperamento de su ama, y se lanzó al galope sin saber hacia dónde, simplemente en dirección al lugar más despejado del recinto, que no era precisamente el de la salida.

Muerta de miedo, la joven tampoco sabía la ruta que había de seguir y, sintiéndose segura sobre su camella, la dejó galopar con libertad. Ni corta ni perezosa, Aliante viró bruscamente destrozando todo a su paso, llegó al fondo del recinto, pasó por detrás de la jaima principal donde habitaba el jefe de los *afandi* y empezó a subir la pequeña loma que conducía a las ruinas más

elevadas de la fortaleza. Pero ese camino era una trampa, no tenía salida. Fadua estaba llegando al final, cuando descubrió que había caído en su propia emboscada. Desmontó y dio un golpe cariñoso a su camella para que volviera a su sitio, a lo que esta obedeció sin rechistar.

«¡Qué lástima de leche», pensó Fadua al ver por detrás cómo se cimbraban las ubres de la camella siguiendo los pasos que la conducían hacia abajo, al lugar donde descansaba el resto de los animales.

Sin perder tiempo, la joven continuó subiendo por las ruinas de la fortaleza, dejando atrás torretas medio destruidas, almenas y pequeños puentes elevados que en otros tiempos unirían un torreón con otro, hasta llegar a un alto campanario que empezó a escalar con dificultad.

Fadua estaba enceguecida. El terror que sintió al ver las dos figuras negras que se lanzaban sobre ella; la figura de su amado, que interpretó como un sueño, como otra de esas jugarretas que le hacían sus propias alucinaciones, le causaron un nuevo desequilibrio en sus facultades; perdió el control, y se lanzó en una carrera desenfrenada sin saber ni ver hacia dónde iba. Por eso, continuó subiendo al campanario, a pesar de que sus cuatro paredes eran lisas y no tenía de dónde agarrarse. Tal vez lo confundiría con las paredes de su hogar de Homs, cuando subía con sus hermanas a dormir en el tejado en las noches de verano.

Resbaló varias veces. Las palmas de sus manos empezaron a sangrar. Consiguió agarrarse a una cuerda gruesa y sólida y empezó a subir por ella. Cada uno de sus bruscos movimientos hacía sonar la gigantesca campana, cuyos repiqueteos se escuchaban por todo el contorno, repetidos por el eco, al chocar con los montes que rodeaban la región.

Las campanadas despertaron a los *afandis*, a los habitantes de la aldea, a los de las tribus instaladas a miles de kilómetros alrededor, a los animales de la región. Era una campana enorme que sonaba enloquecida con los tirones que Fadua, sin querer, daba a la cuerda al tratar de subir por ella.

Las miradas de todos convergieron en el campanario y nadie sabía por qué la campana estaba repiqueteando sin parar, ya que desde fuera no se veía la figura de Fadua, que estaba subiendo por la parte trasera.

Cuando paró de tocar, comprobaron que delante de la campana se destacaba la silueta de una mujer joven que se tapaba los oídos con las dos manos, para luego levantar los brazos y abrirlos como si quisiese abarcar el mundo con ellos, mientras lanzaba estridentes carcajadas que movieron su cuerpo con tal violencia que la campana volvió a tañer, haciéndole perder el equilibrio y, por poco, despeñarse desde aquella altura.

Alí también fue testigo de esa escena cuando volvió en sí, después de que uno de los encapuchados le golpeará la cabeza con una piedra. Él sabía que no saldría vencedor en la lucha con los dos fuertes hombres de tez oscura, pero consiguió lo que quería, que Fadua escapara. Claro que ahora, viéndola encumbrada allá arriba, al lado de la campana, no sabía qué hubiera sido mejor, si dejarla escapar o mantenerla en poder de los dos encapuchados. Tal vez él con sus hombres habrían podido seguirlos y rescatarla. Mientras pensaba esto sintió que uno de los dos encapuchados, que había vuelto a cubrirse la cabeza cuando toda la gente salió de las jaimas ante los escandalosos ruidos ocasionados por Fadua, lo cogía por un brazo con una mano que parecía una tenaza de hierro y lo obligaba a mantenerse en pie, mirando al campanario.

—¿Ve usted lo que ha hecho? —le susurró al oído—. Ahora mismo, subirá tras ella y me la traerá acá. ¿Ha comprendido? No quiero ruidos ni escaramuzas. Lo estaremos vigilando.

Alí miró hacia arriba para disimular la alegría que le causaba la orden de ese forastero de subir a buscar a su amada. Era precisamente lo que estaba deseando hacer, desde que la vio en el campanario.

Dio unos pasos y cayó nuevamente al suelo. La cabeza le daba vueltas. El golpe había sido demasiado violento.

Los dos hombres se miraron preocupados. El joven había caído como un saco al suelo, como si estuviese muerto. Lo trasladaron al interior de la jaima de las mujeres y les pidieron que se ocuparan de él. Eran las únicas que habían permanecido encerradas y que no habían presenciado el espectáculo ofrecido por su compañera.

–Tendrás que subir tú a buscarla –dijo el de los pendientes al otro–. Ya sabes que debemos llegar esta misma tarde a Hama con ella. El delegado estará esperando una hermosa doncella para esta noche.

–Está bien. Iré; pero las diez monedas de oro serán para mí –respondió el otro–. Y tú, ocúpate del joven, no sea que se muera y nos complique la vida.

–De acuerdo, de acuerdo –aceptó el primero, lanzándole una cínica mirada cuando el otro se alejaba–. ¡De acuerdo! Las diez monedas de oro. Ja, ja –repitió con una malvada sonrisa.

Volvió a la jaima y comprobó que el joven seguía inconsciente. Una mujer vieja, toda arrogada, estaba tomándole el pulso.

–¿Morirá? –le preguntó.

–No. ¿Por qué me lo pregunta? ¿Lo conoce?

–No, no lo conozco. Pero pude ver que un hombre le pegó fuertemente con una piedra en la cabeza y pensé que lo había matado del golpe.

La anciana lo miró extrañada al oír ese comentario.

–¿Es usted forastero, verdad? –Le lanzó la pregunta con una mirada escudriñadora. Como él no respondía, agregó–: Si es así, será mejor que se aleje. No vaya a meterse en conflictos. ¡Está usted en la habitación de las mujeres!

Sin contestar, el hombre abandonó la jaima.

–¡Forastero tenía que ser! –intervino una de las mujeres.

–Ayúdeme a sacar a este hombre por atrás. Por la rotura de aquella lona –indicó Ámbar. Mirando a Alí, no pudo evitar decir para sus adentros: «¡Qué loco este enamorado!».

Una vez fuera, Ámbar aplicó la crema de una de las cajitas en el chichón que Alí tenía en la cabeza y este, pasados unos minutos, abrió los ojos. Otro sobresalto al ver la cara horrible de Ámbar a pocos centímetros de la suya, lo volvió del todo a la realidad.

Ella lo tranquilizó, explicándole los últimos sucesos y obligándolo a permanecer en reposo durante un momento. Pero él estaba impaciente y no quería aceptar que otro hombre bajara a su novia de aquellas alturas.

–Vamos, Alí. Parece que usted no conociera a su novia.

–En realidad, no la conozco mucho. Solo sé que la amo.

–Déjeme explicarle algo. Esa jovencita es muy difícil de domar. Su naturaleza es muy parecida a la suya. *Usted es valiente, comedido, bien criado, generoso, cortés, atrevido, paciente, sufridor de trabajos y de encantos.* Créame, ella tiene esas mismas cualidades y defectos. Incluso han dicho por ahí que Fadua y usted hacen buena pareja por lo mucho que se parecen.

Alí casi no escuchaba. Estaba preocupado por su joven doncella, su amada.

–¡Mi dulce Fadua! ¿Dónde está? ¿Ha bajado del campanario?

–Vaya, vaya –rezongó Ámbar–. No me está resultando nada fácil distraer su atención del problema que lo preocupa. Si no se relaja un poco, no tendrá fuerzas después para rescatar a su niña cuando haya bajado a tierra. ¡Hágame caso! ¡Relájese! Duerma un poco, sea bueno.

Como por encanto, el joven cerró los ojos y su cabeza se inclinó hacia un lado, después de decir:

–No sé si soy bueno; solo sé que no soy malo.

Ámbar dejó al joven durmiendo detrás de la jaima. Allí no corría peligro, porque todos los habitantes de la fortaleza estaban en el patio, observando el descenso de Fadura. A ellos se sumó Ámbar, pero por más que miró hacia arriba no la encontró; la niña se había esfumado. Solo se veía al otro forastero, que subía rápidamente para llegar al campanario sin advertir que la doncella había desaparecido. Por algunos espectadores supo que la joven se había ocultado de la vista en cuanto se percató de que ese hombre subía por ella. Pero nadie supo decirle dónde estaba ni dónde se podía haber ocultado en ese lugar que, a primera vista, se reducía a un espacio donde colgaba la enorme campana.

Tardó un buen rato el forastero en llegar al campanario, subir hasta él y comprobar que su presa había volado. Buscó por dentro y por fuera de la torre, incluso miró en el interior de la campana, pero no la encontró. Miró hacia abajo, hacia el público que lo observaba, y halló a su compañero, que le hizo una señal indicándole que bajara. Las personas que llenaban el patio, la mayoría hombres, se miraron decepcionados y empezaron a dispersarse, a abandonar el lugar. Ámbar continuó en su sitio. Había conseguido un cuenco de la mujer de los velos negros, y estaba ordeñando a la camella. Ella misma bebió el primer cuenco lleno; el segundo se lo llevó a Alí, a quien le supo a gloria, después del sueño reparador en que había caído gracias a Ámbar. El tercer cuenco tenía otro destino y Ámbar lo transportaba con cuidado, porque estaba lleno a rebosar, cuando tropezó con el forastero de los pendientes y le manchó la negra capa con la mitad de la leche. Se disculpó nerviosamente, mientras el hombre sacudía su indumentaria con indignación.

–No fue mi intención manchar su hermosa capa, señor –le dijo ella, contrita–. Vea, para que me disculpe lo voy a obsequiar con esta exquisita leche. Bébala.

Aunque el hombre rechazó la oferta, la insistencia de Ámbar fue tal, que al final la bebió para librarse de ella.

Ámbar repitió la operación y cuando el otro forastero llegó abajo y se unió al de los pendientes, apareció ella nuevamente con el cuenco lleno de leche. Le contó la anécdota de la capa manchada e insistió para que el segundo hombre probara la leche. El primero la ayudó.

–Bébela. Está exquisita.

Ámbar se puso feliz cuando recibió el cuenco vacío, y mientras se alejaba se iba diciendo: «Nos hemos librado de dos enemigos. Ahora tenemos que entrar en acción». Fue enseguida a buscar a Alí, pero no lo encontró donde lo había dejado. Entró a la jaima de mujeres, miró por todos lados.

–¿Busca al joven amigo suyo? –preguntó la misma mujer que la ayudó a trasladarlo–. Ha ido a buscar a su novia. Le dejó un mensaje: que no se preocupara por él, porque ya se ha recuperado.

Ella le agradeció la información con un gesto y salió tan apresurada que tropezó con Antún.

–Ayúdeme a buscar a Alí y a sus hombres.

–Creo que han salido hacia la aldea. Precisamente yo iba a buscarla, porque allí está sucediendo algo muy raro. Toda la gente se ha reunido en el descampado que hay detrás de las rocas.

Detuvieron sus pasos al llegar a la calle principal, la única calle de la localidad, que estaba atestada de gente. Todos corrían hacia las rocas.

–No sabía que esta aldea tuviera tantos habitantes –comentó Ámbar.

–Es que también vienen de los alrededores. Creo que aquí va a suceder algo grande.

–La madre del muchacho que nos cuida los caballos dijo que hoy habría una fiesta en honor de un profeta. Pero esta gente no viene en son de fiesta. Obsérvelos bien, Antún. Da la impresión de que corren en busca de violencia. –Arrugó más sus facciones al quedar profundamente pensativa–. Huelo algo desagradable en el ambiente. Vamos tras ellos.

La escena que vieron al llegar al sitio donde se había congregado la gente les aclaró todas las dudas. Allí se estaba preparando un juicio, no una fiesta. Los recién llegados trataron de encontrar

sitio para sentarse en la superficie de arena. Las mujeres cubiertas con velos negros, unos más transparentes que otros, ocupaban los lugares de atrás. Más adelante el lugar estaba lleno de niñas y de niños y los hombres, naturalmente, ocupaban los espacios más cercanos a las rocas. Porque, sin duda, eran las rocas el principal atractivo de esa reunión. Una roca muy grande hacía las veces de cortina de fondo y una mucho más pequeña y alargada simulaba la mesa del estrado. Tras ella había tres hombres de pie, mirando al público impaciente.

–Esos hombres ancianos vestidos de blanco y con enormes turbantes en sus cabezas me están poniendo nervioso –dijo Antún a media voz–. ¿Qué está pasando aquí?

–Tranquilo. Pronto lo sabremos –lo apaciguó Ámbar, aunque ella también se estaba alterando y solo supo decir para sí misma: «Si al menos supiera dónde está Fadua».

Inconscientemente su mano se introdujo en la bolsa que llevaba siempre colgada en bandolera y fue acariciando una a una las cajitas metálicas hasta tocar la que estaba buscando, la más grande, la que tenía el color del tiempo. Aunque aparentaba estar tranquila, algo en su interior la hacía predecir un hecho funesto, una desgracia en la que tendría que intervenir con toda la fuerza de sus preparados mágicos. «¡Claro! –volvió a pensar–. Siempre que aquí no haya alguien con más poderes que yo».

Recordó la frase que Antún le dijo en aquella ocasión en que tuvo que hacer uso de uno de sus potingues.

*«Los encantadores la perseguirán hasta dar con usted».*

Ella le había respondido que no creía en los encantadores y que de dónde sacaba esas ideas tan peregrinas. Y él le explicó que esa frase la había leído en un libro muy famoso de cuyo nombre no podía acordarse.

«Será un invento suyo», pensó Ámbar para tranquilizarse. Tuvo que acallar sus pensamientos para concentrarse en las palabras que estaba diciendo uno de los ancianos.

–Hoy es un gran día para todos los hijos de Al’la. Es la fiesta de uno de nuestros mayores profetas. Se había anunciado una gran celebración, que no faltará, pero debemos retrasarla para dar paso a un castigo.

El anciano miró detenidamente al público para observar su reacción ante estas palabras y lo que vio lo dejó satisfecho. Con calma, siguió.

–Alguien ha venido a perturbar nuestra paz; ha faltado a nuestras normas, descubriendo su rostro ante todo el pueblo; ha convivido una noche entera con los *afandi*; ha profanado nuestra tranquilidad con el repiqueteo de campanadas de guerra; se ha presentado como una diosa, allá arriba, en el campanario; ha gritado que adora a Alí y todos sabemos que Alí es un profeta, el cuñado del profeta mayor –hizo una corta pausa y todos inclinaron la cabeza–, y no merece adoración. Solo Al’la puede ser adorado por los hombres.

–Ámbar, ese hombre está hablando de Fadua –susurró Antún al oído de su amiga, en el máximo estado de excitación.

–Tranquilo –repitió Ámbar por decir algo–. Veremos en qué acaba todo esto. Venga, sígame.

Prácticamente tuvieron que arrastrarse para abandonar el lugar sin llamar la atención. Entretanto, el anciano, llamado así más por su sabiduría que por su edad, continuaba hablando.

–En nombre de la autoridad que nos ha concedido Al’la a través de su pueblo, condenamos a esa mujer a morir apedreada.

Antún y Ámbar detuvieron sus pasos y se miraron petrificados de horror.

Ella fue la primera en reaccionar.

–Cuando salgamos de aquí, vaya corriendo a buscar a Alí y a sus hombres. No han venido a ver este espectáculo y es mejor que así sea. No les cuente nada de esto. Más bien, dígales que

permanezcan al lado de los caballos, listos para huir. Pero, por favor, tráigame antes la camella de Fadia. Recuerde, lo más importante es que ellos no se enteren de nada de lo que está pasando aquí.

–Está bien. Haré lo que manda, siempre que me diga qué hará usted y qué pasará con Fadia. No podemos abandonarla –terminó diciendo con voz temblorosa.

Pero no recibió respuesta. Su compañera se había esfumado.

Los gritos de la gente se elevaron con exaltación cuando apareció Fadia entre dos hombres armados. La derribaron sin ningún respeto sobre la arena delante de la roca que hacía las veces de estrado. Los ancianos se habían marchado.

A una orden de los soldados la gente se levantó y comenzó a tirar piedras. Curiosamente, ninguna de ellas golpeaba a la joven, que, llena de ira, las iba cogiendo y devolviéndolas a sus agresores, en su mayoría hombres. Con la precipitación y los movimientos se le desprendió el cabello que llevaba recogido hacia atrás y más de uno se quedó sin aliento al verla tan hermosa con el cabello suelto, el rostro radiante, las mejillas cubiertas de rubor, los ojos echando chispas, esos ojos dorados y negros que ahora brillaban como dos luceros de oro.

La lapidación se estaba haciendo eterna y todos ya se preguntaban por qué ningún tirador acertaba en el blanco, cuando ocurrió un extraño fenómeno. Una nube de arena oscureció el lugar y comenzó a soplar un viento huracanado que arrastraba todo lo que no estuviese atado. La gente empezó a huir, los hombres perseguían a las mujeres, cuyos velos volaban por los aires, las madres cogían a sus hijos pequeños temiendo perderlos.

Fadia no pudo mantenerse en pie y se agarró a la parte inferior de una roca que estaba a su alcance.

De pronto apareció una extraña figura montada en un camello que se inclinó sobre la joven, la cogió de una mano y la alzó hasta ponerla sobre la grupa del animal. Con esa misma mano, hizo un amplio movimiento en el aire y un velo de arena cubrió al camello y a sus jinetes, que desaparecieron de la vista del público.

Como casi todo el mundo estaba huyendo despavorido, pocas fueron las personas que observaron la extraordinaria escena y fueron precisamente ellas las que se encargaron más tarde de divulgar la noticia de que un camello con alas había liberado a la doncella cautiva.

Muchos creyeron lo que oían y de allí nació la leyenda de la doncella de ojos dorados que había sido capaz de huir de las rígidas leyes del Corán gracias a un camello con alas que llevaba las ubres llenas de leche.

*HUYEN SIN SABER DE QUIÉN*

Al pasar el lugar donde Antún y el muchacho cuidaban de los animales, Ámbar detuvo la carrera de Aliante. Desmontó y ayudó a Fadua a hacer lo mismo.

–No hemos podido encontrar a Alí –explicó Antún.

–Ni a sus hombres –agregó el jovencito que lo acompañaba.

Ámbar recibió las noticias con tranquilidad, pensando acaso que era mejor así.

–Chico, ¿cómo te llamas?

–Mi nombre es Kamal.

–Muy bien, Kamal. ¿Podrías llevarme a tu casa, por favor? –le pidió, mientras cubría con un velo negro la cabeza y el cuerpo de Fadua–. Esta muchacha no está en sus cabales. Creo que en estos momentos apenas nos reconoce. –Se volvió hacia el joven manco–: Por favor, ordeñe la camella y lleve la leche para Fadua.

Antún le enseñó los animales con un gesto elocuente.

–No se preocupe –respondió la arrugada joven–. El muchacho vendrá enseguida a hacerse cargo de ellos.

Antún aceptó con un gesto de cabeza, lo que dejó preocupada a Ámbar. «Algo le está pasando a este joven –pensó–. Siempre tan elocuente, tan expansivo, tan amigo del ruido, o mejor, tan enemigo del silencio que, incluso, lo interrumpía con su música; tan aficionado a los refranes, a las citas de sus autores favoritos.

Indudablemente algo le está sucediendo. Tal vez prefiera viajar solo con nosotras y se sienta confuso al saber que ahora viajará con Alí y sus hombres. Hasta podría ser que esté temiendo que no lo vamos a necesitar, que vamos a prescindir de él, ya que hemos encontrado al novio tan esperado. La verdad es que ahora Fadua, prácticamente, no lo necesita».

–¡Fadua! –exclamó Ámbar, continuando con sus reflexiones–. Eso es: ahora ella ya no es la misma que él conoció, la mujer arrugada y vieja. Ahora la ha visto joven y bella y no entenderá lo que ha pasado. Pobre hombre. Cuando venga con la leche, se lo explicaré.

Pero Antún no apareció.

En casa de la madre del jovencito que cuidaba los caballos, Ámbar y Fadua fueron cordialmente recibidas. Ramal volvió a salir de la casa para ir a relevar a Antún. Entre las dos mujeres intentaron reanimar a la doncella, pero esta no se había desmayado, por lo tanto fue inútil el intento de reanimarla. Estaba fuera de sí, con los ojos fijos en un punto distante, echada hacia atrás.

–Esta pobre niña ha sufrido tantas vicisitudes en estos últimos días, que no ha podido asimilarlas –explicó Ámbar a la dueña de casa, que dijo llamarse Milo–. Le ruego que le permita tumbarse en esos cojines. Esperemos que, poco a poco, vaya recuperándose.

Entre las dos tendieron a la joven, que se mantenía ausente del todo. Al quedar quieta sobre los cojines, lanzó un profundo suspiro, largo y entrecortado.

–Le ha brotado desde lo más profundo del alma –dijo Milo admirada–. Eso le hará bien. Es una joven muy hermosa. Traeré agua y perfume para lavarla. Ha quedado muy sucia con tanto ajeteo.

Ámbar la animó a traer el agua con un gesto de gratitud y, cuando Milo se ausentó, hurgó en su bolsa y extrajo una cajita de color rosa. Antes de abrirla, se cubrió las narices y la boca con un pañuelo. La acercó al rostro de la desvanecida jovencita, la abrió y la cerró rápidamente. La fragancia del extracto contenido en la cajita inundó el ambiente.

–No se preocupe, niña Fadua –le susurró al oído–, con este aroma usted se va a recuperar y va a caer en un dulce sueño. ¡Vaya! Así me gusta. Ahora sonrío. Seguramente estará viendo en sueños a su adorado Alí. La verdad es que valdría la pena soñar con él.

Murmurando estas últimas palabras, se introdujo en el interior de la vivienda, buscando a Milo. La encontró en la cocina, un lugar pequeño que hacía las veces de despensa, cocina, gallinero y establo, llevando una jofaina llena de agua limpia, una toalla y un frasco de perfume.

–Está medio adormecida –explicó Ámbar en voz baja–. Pero puede lavarla tranquilamente que no despertará. La pobre ha sufrido tantas penurias en estos días.

–En eso estaba pensando. Es como si Anath la hubiese maldecido –susurró Milo con voz temblorosa.

El rostro arrugado de la «madre» de Fadua manifestó tal extrañeza que la buena mujer se apresuró a explicarle:

–Anath es la diosa de la tierra, de los cereales y del sacrificio que adoraban los antiguos sirios. Es una dama sedienta de sangre, una virgen violenta, dueña de la fuerza de la vida. Se la podía negar a quien ella quería y más aún a las jóvenes vírgenes que la aventajaban en belleza.

–¡La fuerza de la vida! –repitió varias veces Ámbar, meditando sobre lo que acababa de oír.

–Eso es –dijo Milo, y también repitió–: ¡La fuerza de la vida! Claro que nosotros no creemos en esa diosa; somos fieles creyentes de Al'la. Pero no nos detengamos. ¿Por qué no vamos a lavar a su hija? Estando limpia descansará bien. Ya sabe usted que la limpieza es nuestra mejor amiga.

En ese momento entró el chico que cuidaba los caballos, anunciando que Antún no estaba y que había desaparecido con su camello.

–He sacado esta leche para su hija –dijo entregando el cuenco a Ámbar.

–¿Mi hija? –repitió ella estremeciéndose–. Ahora está medio dormida. ¿Por qué no la bebes tú? Kamal aceptó encantado y la bebió con avidez.

–Creo que debo ausentarme un momento. Tengo que encontrar a Antún antes de que se escape –explicó Ámbar a la dueña de casa–. ¿Me perdona? No podré ayudarla a asear a Fadua. Claro que, si usted prefiere, déjela dormir y a mi regreso, la lavamos entre las dos.

–No, de ninguna manera. Vaya tranquila. La asearé mientras duerme. Hijo, acompaña a la señora y quédate cuidando los animales hasta que ella regrese.

–Sí, madre –contestó el chico, y se apresuró a seguir a la «señora».

Al salir, esta dejó una moneda de oro sobre una especie de repisa alta que había a la entrada de la casa y, sin volver la cabeza, se dirigió con rapidez en busca de su poni.

Pero, al llegar a su lado, cambió de idea.

–Usaré el caballo de Alí –habló dirigiéndose más al poni que al chico–. Ha sido una buena idea no desensillar los caballos.

–La idea fue de Antún –agregó Kamal, contento al poder hacer un comentario positivo sobre el manco, a quien apreciaba como a un gran amigo.

–¡Por supuesto! De quién si no –confirmó ella, recordando una de las famosas citas de Antún: «Los caballeros no desensillan sus caballos al ir a descansar, para tenerlos preparados para cabalgar en caso de urgencia».

El hermoso caballo de Alí, un auténtico pura sangre, se puso en movimiento en cuanto sintió que alguien lo montaba, aunque se mantuvo a la espera, tenso, nervioso, hasta recibir el impulso de las bridas que le indicaría la ruta a seguir, porque eso no lo sabía.

También lo ignoraba Ámbar. ¿Qué camino tomaría Antún?, se preguntaba mientras hacía girar al corcel sobre sí mismo, hasta que este se impacientó y se lanzó a galope tendido en dirección a Hama.

Ámbar era una excelente jineta, pero jamás había montado un caballo tan nervioso y decidido, así que no tuvo más remedio que aceptar dócilmente la situación y concentrarse en la carrera para no salir despedida de la montura.

Muy pronto se encontró lejos de la aldea. Lejos de la gente. Lejos de todo. Sumida en la más absoluta soledad y en el más rotundo silencio.

–Soledad y silencio –dijo en voz alta para escuchar algún sonido aparte del que producía el galope del caballo–. Silencio –repitió–. Silencio.

Pero no era tal. Desde muy lejos, delante de ella, provenía un sonido familiar que alegró su corazón.

–¡Antún! –exclamó–. Es Antún con su armónica y su invariable melodía. Corre, caballito, corre.

Antes de contar hasta diez, alcanzó a divisar la figura de Antún sentado en su camello que navegaba lentamente sobre la arena.

No oyó el galope del caballo hasta que lo tenía casi encima. La música se lo impedía. Tuvo un gran sobresalto cuando, al fin, vio una figura a caballo que lo seguía. Intentó huir.

–Antún, deténgase, por favor –le gritó Ámbar–, soy yo.

El camello reaccionó más rápido que el joven al verse asediado por el caballo de Ámbar, que corría en círculos a su alrededor, hasta que ella lo detuvo y desmontó.

–Baje del camello, por favor. Tenemos que hablar.

Él la miró silencioso, con ojos tristes. Todavía estaba resentido. Pero le obedeció y desmontó después que el camello se hubo sentado.

–Descansemos un momento. Estoy muy agitada con la carrera. Mire, amigo, sé por qué nos ha abandonado. Usted no entiende lo que ha sucedido con Fadua y en lugar de preguntármelo, se ha quedado silencioso y se ha escapado. –Lo miró a los ojos, pero él no parecía querer abandonar su obstinación–. Si es eso lo que lo preocupa, olvídalo, porque yo se lo explicaré. Es eso, ¿verdad?

Antún insistía en su actitud y en su gesto ceñudo y taimado.

–Por favor, Antún, no es momento para enfurruñarse. Alí ha desaparecido. Fadua está inconsciente en una casa de desconocidos. De verdad, no es el momento para dejarme sola. Necesito su ayuda.

A pesar de todas estas noticias, el joven manco no se decidió a hablar. Más bien hizo un gesto para obligarla a dar explicaciones.

Ella se acomodó en su postura favorita, sentada y cruzada de piernas en el suelo. Abrió la bolsa y sacó la cajita azul.

–No, por favor –le suplicó el manco, hablando por primera vez–. Odio sus magias. Prefiero que hable. Explíqueme lo que ha pasado con Fadua.

Una suave sonrisa de triunfo apareció en los labios de ella. Por lo menos había conseguido que hablara.

–No es magia, Antún. Ya le expliqué una vez que estas cajitas contienen extractos de plantas que yo misma he preparado. Esta de color azul –se la hizo oler, después de abrirla– es completamente inofensiva. Observe.

Untó dos dedos en la crema y ya acercaba la mano a su rostro, cuando él la detuvo, diciéndole otra vez:

–No, por favor.

–Su actitud es de verdad insoportable, incalificable, inaudita, inadmisibile, inadecuada, incoherente, incomprendible –gritó Ámbar con tan inusitada rapidez que, por escasos segundos, quedó sin aliento. Respiró profundamente y agregó–: Me siento incómoda e indispuesta.

Después de respirar de nuevo y de terminar con su sarta de palabras negativas, empezó a devolver la crema de sus dedos a la cajita, con mucho cuidado.

Antún la detuvo. Con su única mano cogió la de ella y le pidió que aplicara la crema en su arrugado rostro.

Ámbar lo hizo lentamente para no asustarlo con una transformación demasiado rápida. Pero él no se asustó. Parecía como si lo hubiese sabido desde mucho tiempo antes, como si lo hubiera presentado desde que la conoció en el puerto de Trípoli, cuando ella lo escuchó pacientemente narrar su historia. Se quedó mirándola embobado, sin saber qué decir ni qué hacer.

Ella sí lo sabía.

–Vamos, tenemos que regresar. Pero antes tengo que volver a ser vieja, porque todos creen que soy la madre de Fadua. Y no deseo complicar más las cosas.

Untó de nuevo los dedos en la crema, la extendió por su rostro y montó en el caballo de Alí.

–Vamos ya. Tenemos mucho que hacer antes de que se acabe el día.

Pero el joven no le permitió avanzar. Cogió las bridas del caballo y le dijo con voz emocionada:

–Espere un momento. Quiero que sepa que siempre la había soñado a usted como una joven bella y hermosa. Solo quiero que me diga cuál es su verdadera identidad. ¿La de una mujer vieja y arrugada?

–No. Yo no soy vieja ni arrugada –gritó ella riendo alegremente, y lanzó el caballo a galope tendido en dirección a las ruinas de los *afandi*, de los caballeros, seguida por el joven manco, que recuperaba poco a poco su pérdida jovialidad.

No habían avanzado mucho cuando se percataron de la presencia de dos jinetes que galopaban con mucha prisa en dirección a ellos. Intentaron desviarse para no chocar, pero no lo consiguieron. Esos dos hombres cubiertos con sus negras capas trataban a toda costa de arremeter contra ellos. Al final no consiguieron evitar el encontronazo.

«Son los hombres que intentaron secuestrar a Fadua. ¡Qué poco tiempo les ha durado el efecto del adormecedor que eché en los cuencos de leche!», pensaba Ámbar mientras intentaba esquivar a uno de los jinetes.

El que llevaba pendientes sacó un cuchillo y lo lanzó con gran destreza contra el pecho del manco. Ámbar lanzó una exclamación a pleno pulmón y embistió con su caballo al otro hombre vestido de negro, que se desvió, cayendo con caballo y todo sobre la propia pata del animal. Todos alcanzaron a oír el crujido del hueso del caballo. El jinete también quedó malherido debajo de su cabalgadura.

El de los pendientes trataba de deshacerse de Antún, que lo había atrapado con una red e intentaba desequilibrarlo y tirarlo al suelo. Al fin lo consiguió y, después de arrastrarlo durante un buen trecho, lo dejó abandonado sobre la arena hecho un ovillo. El caballo se escapó en cuanto se vio libre de su jinete.

Los dos jóvenes rieron sorprendidos de esa fácil victoria, y galoparon alejándose de la proximidad del hombre que se debatía dentro de la red. Tenían que llegar cuanto antes a la aldea.

–¿Qué pasa con ese cuchillo que le cuelga del pecho?

–Se ha clavado en el amuleto que usted me regaló –gritó el joven.

–Ya le dije que ese talismán le salvaría la vida y lo ayudaría siempre en los momentos más difíciles. Desprenda el cuchillo y guárdelo; le servirá para defenderse –agregó Ámbar a voces.

–Esos hombres son unos asesinos. ¿Qué esperaban de nosotros? ¿Por qué nos atacaron? Parece que usted los conocía, ¿verdad, Ámbar?

–Sí, los conocí en la aldea. Intentaron raptar a Fadua en la jaima donde la dejaron los primeros secuestradores. Lo que no sé es por qué nos atacaron. Luego pensaremos en eso. Ahora tenemos que llegar cuanto antes al lado de Fadua y descubrir dónde están los demás.

Fadua ya estaba despierta y limpia cuando llegaron, pero su mirada continuaba perdida en el espacio; su cuerpo mantenía una laxitud preocupante; toda ella respiraba languidez y abatimiento. Pero nunca había estado tan hermosa, pensó Antún.

Ámbar, mucho más práctica, en lo único que pensó fue en sacarla de allí cuanto antes y abandonar ese lugar que parecía estar maldito, donde hasta sus bálsamos y menjunjes perdían sus efectos con una extraña rapidez. ¿No había hablado Antún de unos encantadores que la perseguirían y arrebatarían fuerza a sus potingues? ¿Cuántos encantadores habría en esa aldea? Se estremeció ante tan oscuros pensamientos.

–Vamos, Antún. Prepare sus cosas y también las de Fadua y Aliante. Viajará usted con ella convertida nuevamente en una anciana.

Compró algunas provisiones a Milo y le encargó la vigilancia de los caballos hasta que Alí y sus hombres aparecieran. Le insistió en la conveniencia de encerrarlos en algún sitio, donde nadie los pudiese ver.

Milo prometió esconderlos en la cabaña que estaba al fondo del patio y la ayudó a montar a Fadua en su Aliante. Se despidieron de la forma en que lo hacen las personas que saben que nunca más volverán a verse.

–Adiós, adiós, que Dios los acompañe.

–Adiós, que Alí los proteja.

Una vez lejos del lugar, se detuvieron y Antún y Ámbar desmontaron y ayudaron a la camella de Fadua a mantenerse sentada, mientras que la joven se quedaba también sentada sobre ella.

–Pronto empezará a oscurecer –dijo Ámbar, en tanto sacaba la cajita azul de su bolsa–. Observe ahora, Antún, cómo esta bella joven se convierte en una vieja arrugada como yo.

Así fue. En un santiamén Fadua se transformó. Antún sintió un escalofrío recorriéndole el cuerpo. Respiró profundamente.

–Tranquilo, no se ponga nervioso. Usted llevará a Fadua a su casa en Homs. Aquí tiene la cajita azul. Antes de llegar, haga que ella se pase la crema por el rostro, que volverá a ser tan lozano como antes.

–Pero ¿y usted? Se quedará sin su crema.

–Guárdemela después de que Fadua la use, antes de llegar a su casa. Cuando nos encontremos me la aplicará usted mismo. Además, le voy a dar otra cajita que contiene una crema sanadora. Según usted dice, Antún, es un elixir mágico. Para mí es, simplemente, un remedio maravilloso. Lleve esta caja, y no se preocupe; tengo otra igual en mi bolsa.

Volvieron a montar, sin despedirse.

–Ahora, en marcha. Deben huir cuanto antes, para que nadie pueda seguirlos, ni sepa qué ruta han tomado –dijo Ámbar dando un golpe a ambos camellos, que se levantaron y empezaron a caminar.

–¿Es que vamos huyendo? –preguntó el manco–. Pero ¿de quién?

–No lo sé –respondió Ámbar, desapareciendo de la vista.

*ESPERAN SIN SABER A QUIÉN*

Tardó toda la noche recorriendo la aldea y preguntando a cualquiera que encontraba despierto por Alí y sus amigos.

Recibió respuestas muy variadas.

–Tal vez desaparecieron junto con la fugitiva, bajo la tormenta de arena.

–Habrán tenido que presentarse al jefe *afandi* y estarán reunidos con él.

–Habrán huido lejos de la aldea para no ser víctimas de los sortilegios de la muchacha del campanario.

–Estarán durmiendo en la jaima de las mujeres –dijo uno de los guardias, cuyas palabras fueron acompañadas por las escandalosas carcajadas de sus compañeros.

Ámbar se estaba agotando de escuchar estupideces, cuando alguien le dio una respuesta aceptable.

–Se dirigieron a la parte de atrás del campanario. Yo los vi.

–¿Está usted seguro? ¿Los vio con sus propios ojos?

–Claro que sí, con mis propios ojos –se defendió el hombre–. ¿Para qué iba a inventarme algo así?

Después de agradecerse, Ámbar montó en su poni y empezó a guiarlo hacia el lugar indicado, pero el hombre se adelantó y la detuvo.

–No se le ocurra ir allá, es peligroso –la aconsejó en voz baja.

Ante la mirada sorprendida de Ámbar, le explicó que ninguna persona que no fuera *afandi* podía acercarse al campanario, y mucho menos hacer tocar la campana. Las ruinas del castillo, el campanario y las mazmorras habían pertenecido hacía muchos años a unos forasteros que adoraban a Dios y venían de muy lejos.

El campanario y las ruinas constituían el resto que quedaba del templo que ellos construyeron a su Dios. Cada vez que iban a celebrar su sacrificio, tocaban la campana durante largo tiempo para que se escuchase en la distancia. Por eso, estaba prohibido hacer sonar esa campana que servía para llamar a los hombres a la adoración de un dios ajeno a los árabes.

–Solo el almuédano o almuecín puede convocar a la oración dirigida a Al’la desde el alminar de la mezquita –terminó diciendo el hombre.

–Pero usted estará de acuerdo conmigo en que el minarete de una mezquita es casi igual que la torre de una iglesia cristiana, donde están las campanas.

–Se parecen un poco –porfió él–. Lo que usted debe entender es que para nosotros, los mahometanos, es un escándalo que una persona árabe, y mucho más una mujer, taña esa campana. Es un delito que debe ser castigado con la muerte.

–Con la lapidación –terció Ámbar.

–Eso es cuando se trata de una mujer, y más aún si se ha presentado escandalosamente descubierta. El castigo para un hombre es una muerte más rápida: el verdugo le corta la cabeza públicamente.

–¿Qué me pasaría a mí si me acercara a la torre? ¿Me lapidarían?

Al ver que el hombre asentía con un gesto, replicó:

–Pero entonces, ¿cómo voy a encontrar a mis amigos?

–Pregúnteselo a él –respondió el hombre, señalando a un guardia que se estaba acercando.

Venía bostezando y con cara de pocos amigos.

–¿Qué? –preguntó con dureza, tal vez para que nadie se atreviese a molestarlo–. Usted quiere preguntarme algo. Yo creo que es mejor que se vaya a descansar. Es usted bastante vieja, está agotada y yo también. Será mejor que no pregunte nada y se vaya a dormir. ¡Vamos! Desaparezca de mi vista –le dijo, dando un golpe en las posaderas de Ámbar con su látigo.

Ella ahogó un gemido y con su cara más dulce, le preguntó:

–¿Así que el señor está agotado? ¿Y no podrá dormir hasta que lo releven por la mañana?

–Así es, vieja fea. Aléjate y déjame en paz.

–¿Y no querría probar una medicina que tengo contra el cansancio? –Hurgó en su bolsa y extrajo la cajita de color del tiempo–. Tome una pastilla de estas. Chupada con tranquilidad, le devolverá las fuerzas y le quitará el sueño hasta el amanecer.

El guardia la miró con desconfianza.

–¿No serás una bruja que me quiere envenenar? –le gritó, levantando el látigo.

–No, no, no –exclamó Ámbar, esquivando el golpe–. Esto no es veneno, señor. Es una medicina que heredé de mi padre, que era un buen médico. Relájese, siéntese en esa roca y deje la pastilla debajo de su lengua mientras hablamos.

Inesperadamente, el guardia siguió los consejos que Ámbar había expresado con voz suave, lenta y convincente. Se metió la pastilla debajo de la lengua, se sentó en la roca y apoyó su brazo izquierdo en la cimitarra que le colgaba de la cintura, sin soltar el látigo que movía suavemente con su mano derecha.

–Parece que unos forasteros se metieron por ese camino que lleva a la torre –dijo Ámbar en tono casual, como si hablara del tema solo para entretener al guardia.

Al oír el comienzo de esta conversación, el hombre que la había informado se alejó discretamente en dirección a su casa.

–Esos forasteros no volverán a ver la luz del día –aseguró el guardia con su voz rotunda.

Ella guardó silencio durante un rato, para no dar señal alguna de interés en el tema.

–Ya se siente mejor, ¿verdad?

–Sí –respondió el guardia.

–Mi medicina hace muy bien contra el cansancio. Se prepara con hojas secas de tilo, ramitas de canela, azúcar y rocío de la mañana. Se tamiza todo junto y se forman las pastillas cuando la mezcla no ha endurecido todavía. –Hizo una pausa y se atrevió a arremeter de nuevo–: ¿Cree usted que esos forasteros ya estarán muertos?

–Es como si lo estuviesen –dijo, sonriendo maléficamente–. Están encerrados en las mazmorras del castillo. De ahí nadie sale vivo.

–¿Mazmorras? Pero si de este castillo no queda casi nada. Está todo en ruinas.

El guardia volvió a reír.

–Es cierto que todo está en ruinas. Pero las mazmorras se mantienen intactas, lo mismo que los pasillos subterráneos que conducen a ellas. Están intactos.

–¿Cuántos años hace que se construyó este castillo? Bueno, más o menos, porque usted no se acordará...

–Me acuerdo, porque eso lo aprendí cuando era muy joven. Usted sabe seguramente que lo que uno aprende de joven lo graba sobre roca; en cambio, lo que aprende de viejo lo graba sobre las aguas. Por eso tengo en mi memoria todo lo que aprendí sobre este castillo y no es porque alguien dedicara su tiempo a enseñármelo, no. Lo supe preguntando, como usted. –La miró y con un torpe gesto de su mano derecha, sacudió el aire con su látigo–. Pero con lo vieja que es usted, si se lo explico ahora, mañana lo habrá olvidado.

–Eso le pasa a algunas viejas, no a todas. Yo tengo buena memoria –le aseguró ella.

Pero él insistió.

–¿Y para qué quiere usted saberlo?

–Es un tema interesante. Además, yo no tengo dónde dormir y me entretengo esperando el alba. Y además, lo estoy entreteniéndolo a usted.

Aunque no muy convencido, el guardia hizo un gesto de aceptación.

–Está bien. Escuche. En los pasillos de las mazmorras hay, en las paredes, unas leyendas escritas en árabe y en cristiano. Allí aparecen datos muy interesantes. –Se interrumpió sin deseos aparentes de continuar. Algo se le estaba atragantando, pero se animó para seguir hablando–. La verdad es que yo no sé leer, pero uno de nuestros jefes, el más anciano, sí sabe, y él nos leyó todo lo que está escrito en la pared.

A medida que hablaba, el guardia iba manifestando el efecto relajante de la medicina que Ámbar le había proporcionado.

Se puso nervioso, se le subieron los colores a la cabeza, se levantó, se despidió con un gesto y desapareció.

–¡Al fin! –se dijo Ámbar–. Llegué a pensar que los encantadores habían intervenido contra los efectos de mis potingues.

Rápida como una acróbata, montó en su poni y se dirigió decididamente por el camino que conducía a la parte posterior de la torre. Antes de llegar, hizo un recorrido alejándose tras las enormes rocas, buscando una entrada secreta que condujera a los pasillos de las mazmorras.

Amaneció sin que hubiese encontrado ninguna puerta ni pasillo secreto. Llegó a pensar que la entrada sería una sola y que estaba al otro lado de la torre, un lugar cubierto de ruinas y de rocas. Para acceder a él tenía que volver a pasar por la aldea y eso le pareció muy peligroso.

Decepcionada, desmontó y dejó al poni cerca de unos matojos que lo ayudarían a ahuyentar el hambre.

Se sentó sobre la arena, entre dos rocas bastante altas, muy parecidas, como dos gemelas. El sueño la invadió y poco a poco fue deslizándose hacia un lado hasta quedar tendida en la arena sobre su costado izquierdo.

Durmió bastante, hasta que los rayos del sol la despertaron al caer verticales sobre su cuerpo. Permaneció unos instantes despierta, sin abandonar la incómoda posición, con el oído izquierdo pegado al suelo y el brazo y la pierna del mismo lado totalmente acalambrados por la larga presión ejercida sobre ellos.

De pronto se desperezó asustada. La tierra se estaba moviendo, las altas rocas parecían acercarse sus cimas al seguir los vaivenes de la tierra. No podía dar crédito a sus ojos ni a sus temblorosas piernas, que, al levantarse del suelo, no le querían obedecer. No obstante, se armó de coraje y se puso a correr de un lado a otro buscando su poni, pero no lo halló.

«Habré huido al sentir el terremoto. Los animales lo sienten antes que nosotros», pensó.

Un fuerte ruido la hizo volverse y pudo ver con sus propios y atónitos ojos el monumental espectáculo del derrumbe de las dos gigantescas rocas, mientras la tierra se abría con fauces hambrientas, dispuestas a devorar todo lo que estuviese a mano.

Aterrada, comprobó que el epicentro estaba exactamente donde ella había estado durmiendo. Al derrumbarse, las rocas cayeron separándose una de la otra y entre ellas apareció una fisura de la tierra larga y ancha, por donde podían caber dos o tres personas simultáneamente.

Cuando volvió la quietud, se asomó al agujero y se asombró al constatar su gran profundidad. Siguió mirando durante un buen rato, pensando encontrar allí dentro a su poni, pero no lo vio. Su color blanco habría resaltado en ese profundo agujero negro.

No sabía qué hacer. Se alejó de las rocas caídas y se sentó en uno de los trozos grandes que se habían diseminado por doquier.

Apoyó los codos en las rodillas y la frente en las manos, y estuvo allí sin moverse hasta que unos golpes la volvieron a la realidad.

Escudriñó los alrededores, detrás de los peñascos en que quedaron convertidas las rocas al caer desde su elevada altura, por los cuatro costados de la torre del campanario, y más allá, alejándose en dirección de la región más prohibida. A medida que avanzaba, aumentaba el volumen del ruido de los golpes.

«Debajo de la tierra hay gente –pensó–, serán los prisioneros que están en las mazmorras».

Poco a poco se fue entusiasmando, en la misma medida en que se convencía de que ese ruido provenía de las mazmorras y que uno de los que golpeaban tenía que ser Alí.

Corrió como loca de un lugar a otro, buscando una puerta que condujera a los pasillos secretos, hasta que cayó agotada al suelo. Pero no se dio por vencida. Hurgó dentro de la bolsa y por fin encontró lo que buscaba.

«¡La cajita morada! Trataré de trasladarme al lugar de donde vienen los golpes».

Antes de abrirla, cambió de idea. «No. Si me traslado al interior, bajo tierra, quedaré encerrada con ellos. En cambio, desde aquí fuera los puedo ayudar».

Devolvió la cajita a su sitio y extrajo otra de color amarillo.

«Esta sí. Me ayudará a recobrar el vigor perdido. Place horas que no tomo ningún alimento».

Abrió la cajita y aspiró profundamente.

«¡Ah! Esto está mejor. Estos olíbanos son auténticos reconfortantes. Y pensar que Antún no cree en mis ungüentos. ¡Querido muchacho! Tan leal a nosotras, pero tan temeroso de los encantadores que casi me contagia sus angustias. –Aspiró nuevamente el contenido de la cajita y rio al decir–: No temas, querido Antún, no es una droga; solo es un incienso aromático».

Cerró y guardó la cajita y se levantó muy animada, dispuesta a reiniciar la búsqueda. Unos pasos lentos y pesados la asustaron de tal modo que corrió a esconderse tras una roca. Los pasos se iban acercando poco a poco hasta que la curiosidad la venció y asomó un ojo por la grieta lateral de la roca.

–¡Mi poni! –exclamó, loca de alegría–. Jamás pensé que tus pasos eran tan solemnes. ¿Dónde has estado, ingrato? Me has dejado sola. Creí que te había perdido para siempre.

Mientras le hablaba, le acarició todo el cuerpo, la cabeza, las orejas, el lomo, la cola, sus largas crines. Entonces, se interrumpió.

–¡Estás húmedo! ¡Mira tus patas! ¡Están llenas de barro!

Dio unas cuantas vueltas alrededor del poni, intentando solucionar la incógnita que le llenaba los pensamientos. En ese lugar solo había arena, piedras y rocas.

En la aldea había un solo pozo que abastecía de agua a toda la población, incluidos los habitantes de las ruinas del crac de los caballeros. Sin embargo, el poni no se había acercado a ese pozo, pero había estado en algún lugar húmedo, un sitio donde se había embarrado las patas y mojado la cabeza.

–Para resolver el misterio, me llevarás a ese sitio. –Montó sobre el poni–. ¿Me has entendido? Vamos a ese lugar maravilloso.

Dio un toque de riendas que el animal comprendió de inmediato, alejándose por donde había venido.

–¡Qué gran poni eres, mi querido Rubicundo! –A lo que el simpático animal respondió con un alegre relincho.

Aunque los golpes continuaban, ella no se preocupó. Parecía seguro que provenían de las mazmorras y era allí adonde se dirigía, sin lugar a dudas.

Mientras avanzaba, hacía planes. Tenía que convencer a Alí para que abandonara sus proyectos utópicos y aterrizara de una vez en Homs, donde Fadia lo estaba esperando enloquecida de amor.

Tardaron en llegar al lugar donde el poni, espontáneamente, se detuvo. Cuando lo hicieron, quedó estupefacta. ¡Había un árbol! Un árbol grande y grueso que ella no reconoció. No era un olivo ni una palmera. Tenía ramas largas cuyas hojas, también largas, caían hacia el suelo como si lloraran; sus lágrimas habían humedecido la tierra al pie del árbol, y en esa humedad crecían pequeñas plantas tiernas y verdes.

El poni avanzó hasta pisar la tierra húmeda, pero no quiso continuar cuando Ámbar intentó que lo hiciera.

–Vamos, ¡arre! Rubicundo, ¡arre! –insistió, pero el poni no se movió.

Lo azuzó con las lánguidas ramas del árbol y el animal obedeció.

Más le hubiera valido no haberlo hecho. Al pisar un poco más adelante, apenas dos pasos, poni y jineta se hundieron y cayeron en un oscuro agujero, enorme y profundo. Tardaron en llegar abajo, más que nada por las ramas, raíces y salientes que había en las paredes del agujero.

–Un agujero negro –dijo Ámbar, sentada abajo, sobre una tierra húmeda y maloliente.

Tenía razón. Aquello era como el agujero negro del espacio, pero en lo más profundo de la tierra y con la misma propiedad de absorber por completo cualquier materia situada en su campo gravitatorio.

–Con razón no querías avanzar, mi sabio poni. Sabías o presentías que no era terreno seguro. ¿Dónde estás?

El animal continuaba quieto a su lado, pero ella no lo veía. Consiguió encontrarlo palpando alrededor. Le tocó primero las patas para cerciorarse de que estaban ilesas. Todo su cuerpo estaba en perfecto estado.

Ante el contacto el poni se levantó y ella lo imitó. Lo hizo con cuidado, ya que no sabía la altura de ese lugar y no quería golpearse la cabeza. De la misma forma se montó sobre Rubicundo y levantó el brazo. Ni aun así consiguió tocar el techo. El animal empezó a moverse y lo dejó avanzar, segura de que sabía más que ella. Sin embargo, no pudo evitar preguntarse: ¿es que los ponis ven en la oscuridad?

Él mismo se encargó de responderle, avanzando con seguridad en una dirección bien concreta.

Abriendo los brazos, Ámbar podía tocar las paredes de ambos lados, de donde sacó la conclusión de que ciertamente se encontraba en uno de los pasillos de las mazmorras.

De pronto sintió un aircillo y unos golpes, que dejó de sentir y de oír al tiempo que el poni seguía avanzando.

Tiró de las riendas y lo hizo volver hasta ese sitio. Detuvo un momento a su poni y escuchó con atención. El ruido y la brisa venían de la derecha. Extendió el brazo y no encontró la pared que buscaba.

Se trataba de una bifurcación, de donde partía un pasillo hacia la derecha. Ámbar sintió un roce en la cabeza y dobló su cuerpo, apoyándose en el cuello del poni. Volvió a sentir el roce, como un aliento suave, y al levantar la mano no pudo contener un grito.

—¡Es un bicho volador! —exclamó, sacudiendo con horror sus manos a diestra y siniestra.

El poni se asustó con los movimientos de Ámbar y avanzó con más rapidez, hasta que de pronto se detuvo. Algo le impedía continuar avanzando.

Ámbar dejó de sacudir sus manos y de gritar. Entonces pudo oír los golpes tan cerca que no le cupo la menor duda de que los que golpeaban estaban al otro lado de ese obstáculo que no les permitía continuar hacia adelante.

—¿Quién está ahí? —gritó Ámbar—. ¿Quiénes son ustedes?

Esperó, pero nadie respondió. Los golpes continuaban. Así, jamás la escucharían.

Sacó una de sus cajitas metálicas y se acercó al «obstáculo» para golpearlo con ella. Comprobó que aquello era, ni más ni menos, que una pared o una puerta de hierro. Sin desmontar, se acercó a ella y la golpeó sin parar con la cajita.

Cesaron los golpes al otro lado, momento que Ámbar aprovechó para gritar:

—¿Es usted Alí? Yo soy Ámbar.

Silencio. Nadie respondió.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Está usted ahí, Alí?

Continuó el silencio. Por lo menos los golpes habían cesado. Golpeó dos veces y recibió la misma respuesta: dos golpes. Iba a golpear otra vez, cuando la cajita se le escapó de las manos.

Desmontó rápidamente y tanteó el suelo hasta encontrarla. Se apoyó en el obstáculo para levantarse y su mano tropezó con algo extraño, una barra. Siguió palpando. Era una barra gruesa de madera que trancaba la puerta. Luego el obstáculo era una puerta, una puerta que ella tenía que abrir.

Guardó la cajita en su bolsa. Tanteó hasta encontrar las bridas del poni. Por ningún motivo debía arriesgarse a que se alejara de ella. Era su única salvación. Cogió las riendas con los dientes, con el fin de usar las dos manos para quitar la tranca.

Tardó mucho en hacerlo. Se dañó las manos, se le rasgó una de las mangas de la túnica al engancharse con la barra cuando esta volvió a caer pesadamente en su sitio; sudó, lloró, gritó; pero al fin consiguió apartarla y dejarla caer hacia un lado. Allí donde cayó, hizo un extraño ruido que fue escuchado por los que estaban al otro lado.

Enseguida Ámbar sintió que la puerta era empujada y al poco alcanzó a ver una raya vertical luminosa. ¡Al otro lado de la puerta había luz!

La puerta era pesada, gruesa y estaba casi incrustada en la tierra húmeda del suelo.

A través de la rendija luminosa, Ámbar pudo ver un grupo grande de hombres que se turnaban para empujar la maciza puerta, pero no fue capaz de reconocer a Alí en ninguno de ellos. Ni siquiera de reconocer su voz, porque trabajaban resoplando, tosiendo, pero sin hablar.

—¿Alguno de ustedes se llama Alí? —preguntó a través de la rendija.

Dos o tres hombres respondieron: «Yo, yo, yo me llamo Alí».

Recordó los comentarios de Antún y, al igual que él, pensó: «Mira que llamarse Alí».

—Me refiero al novio de la doncella Fadua.

Esperó en total silencio y ansiedad hasta que oyó a alguien que se había acercado a la rendija.

–Soy Alí, el novio de Fadua. ¿No será usted la bruja aquella? –le preguntó en un susurro, sin restar ironía a sus palabras.

–Soy Ámbar –se limitó a responder.

–¿Está sola? ¿Dónde está Fadua?

–Va camino de Homs.

–¿Sola?

–No; no va sola. Viaja acompañada por Antún.

–¿Sola con Antún?

Ámbar guardó silencio y lamentó que Alí no pudiera verle la cara. Habría advertido su gesto despectivo ante esa absurda intolerancia. Al no escuchar respuesta, el temperamento de Alí dio más fuerzas a sus brazos y lo hizo arremeter contra la puerta de tal forma que esta al fin cedió y, al abrirla, pudieron comprobar que tenía más de cinco pulgadas de grosor.

–Madera forrada con láminas de hierro –dijo uno de los hombres, después de examinarla.

–¿Y ustedes esperaban echarla abajo con golpes? –preguntó Ámbar con sarcasmo–. ¿Con golpes de piedra? Claro, la puerta lapidada.

–No es eso –dijo Alí–. Estábamos golpeando, porque esperábamos...

–¿A quién? –indagó Ámbar.

Esta repentina pregunta los dejó callados, como si no supiesen por qué estaban golpeando, hasta que uno se atrevió a decir:

–No sabemos a quién.

–¡Ah! Eso está bien –ironizó Ámbar–. *Ustedes estaban esperando, sin saber a quién.* Tal vez me esperaban a mí.

## LAS MAZMORRAS

–Cuando era pequeña y me contaban historias o cuentos de príncipes y princesas, de sultanes buenos y sultanes malos y agregaban que los malos tenían castillos con mazmorras horribles donde encerraban y torturaban a los inocentes prisioneros, siempre me imaginé unas mazmorras espantosas, con guardias gordos y calvos que azotaban a los hombres y maltrataban a las mujeres; lo que nunca me imaginé fue algo tan terrible como esto –decía Ámbar, mientras Alí la acompañaba a visitarlo que había quedado en pie después del terremoto–. Esto es terrorífico.

–Lo peor vino con el terremoto –le explicó Alí–. Todo el lado derecho y el piso superior se vinieron abajo y se hundieron, atrapando a mucha gente. Murieron los centinelas, los jefes que vivían arriba y algunos de nuestros compañeros. Murió uno de mis hombres, aplastado como los demás. No pudimos hacer nada por él. Solo enterrarlo aquí mismo.

–Esto se está poniendo cada vez más nauseabundo, insoportable. Tenemos que salir cuanto antes.

Continuaban metidos en las mazmorras en lo más profundo de la tierra, sin ventanas, sin aire, sin luz natural. La única que había la brindaban algunas teas colgadas de las paredes.

–Debemos tener un poco de paciencia. Algunos hombres están estudiando la forma de salir de aquí por el mismo agujero por donde cayó usted con su poni. No tardarán mucho, ya lo verá.

–Eso es imposible. Esto está demasiado profundo. ¿Y mi poni? No me iré sin él. ¿Dónde está? Ámbar estaba impaciente. Alí se percató de ello e intentó entretenerla.

–¿Cómo es que Fadua se separó de usted? ¿Por qué no se fueron juntas?

Ella le contó lo sucedido y agregó que se había quedado precisamente para comunicarle que Fadua había regresado a su casa y para convencerlo de que fuera a buscarla.

–Además, ha sido muy útil mi presencia aquí, ¿no le parece? He venido a sacarlos de apuros.

Alí lanzó una carcajada que resonó extraña en aquel lugar.

–Vaya –dijo avergonzado–. Hacía mucho tiempo que no me reía. La verdad es que no están los tiempos para risas. Mmm, así que usted se quedó para ayudarnos. ¿Cómo sabía que estábamos en apuros?

Esta vez fue Ámbar la que rio, pero lo hizo suavemente.

–¿Cómo? –repitió–. Muy sencillo. Porque usted está enamorado y no hay ser más osado que el que sufre esa enfermedad.

–¿Enfermedad? ¿El amor es una enfermedad?

–Sí, señor. El amor es una enfermedad incurable, ¿no lo sabía? Pero es la única enfermedad que cura cualquier otro tipo de enfermedad. –Lo miró sin verlo. Las teas estaban colgadas lejos de ese lugar. Alí prefirió ese sitio para no tener que ver la cara llena de arrugas de la amiga de Fadua.

–Como a todos, el amor lo convirtió a usted en un hombre osado, especialmente cuando vio a su amada en peligro. –Ámbar hablaba doctoralmente–. Usted es un hombre valiente, Alí, pero *la valentía que no se basa en la prudencia se llama temeridad, osadía*.

–Está bien. Reconozco que la mente se me enturbió cuando vi a Fadua, tan hermosa, tan tierna, en poder de esos bandidos. –Se acercó a ella para preguntarle en voz baja–: ¿Sabe usted qué sucedió con una joven muy bella que la acompañaba en la jaima donde estaban encerradas? De verdad, era tan bonita como Fadua. Un poco más madura y serena. ¿Sabe usted quién era?

–Es la nieta de un califa de Alepo ya fallecido.

–¿Qué hacía por estas tierras? ¿Dónde está ahora?

–No se preocupe, Alí, está a salvo. A ella nunca le sucede nada. Estaba allí por propia voluntad, para proteger a Fadua.

Como él no respondía y ella no le veía la expresión de la cara, le preguntó:

–¿Por qué tanto interés por esa mujer, Alí? ¿Es que también se ha enamorado de ella?

Alí, agradeciendo la oscuridad, no disimuló la turbación.

–Lo decía simplemente porque una mujer tan bella peligra entre tantos malhechores. Pero, volviendo a lo de antes; no sé cómo permitió usted a Fadua viajar sola con el manco. Es peligroso. Los caminos están llenos de ladrones, de villanos que secuestran mujeres para venderlas, de soldados que raptan hombres jóvenes, viejos y niños, de asesinos, de gente de malas costumbres.

Uno de los hombres interrumpió a Alí.

–Es imposible subir por ese agujero. Lo hemos intentado de muchas maneras y ha sido un fracaso. Tenemos que buscar otra salida.

–Ahora mismo vamos a intentarlo. Voy enseguida.

–Un momento, Alí. Debo responder a sus observaciones, que son muy razonables. La verdad es que yo no permití a Fadua que se marchara sola con Antún; se lo ordené. Ella no está en condiciones de decidir lo que debe o no debe hacer. Desde hace un tiempo permanece en un estado de inconsciencia. Tanto es así, que no ha asimilado todavía que al fin lo ha encontrado a usted. Cree que es una fantasía como otras que tuvo antes. –Hizo una pausa y continuó–: Desde que salió de Trípoli ha sufrido una serie de desventuras que usted ni siquiera puede imaginar. Su mente se ha perturbado bastante y créame que yo no quería que a toda su desgracia, agregara usted la necesidad de continuar luchando antes de acompañarla a Homs para casarse con ella. Hasta ahí no habría podido llegar, su mente se habría fracturado para siempre. Usted es el único que puede devolverle la razón.

–Me conmueven sus palabras, Ámbar –dijo Alí, seriamente afectado–. Créame que ahora la entiendo. Lo que no comprendo es que la haya mandado sola con un hombre manco. ¡Menuda protección! ¿No le parece que eso fue un error?

Esta vez la indignación afectó de tal manera a Ámbar que su voz se levantó y resonó en los pasillos.

–Ese hombre manco –dijo subrayando «manco»– es un acróbata y con una sola mano venció al hombre que lo golpeó a usted en la cabeza. Además goza de una protección muy especial que evitará que sufra daño alguno y de la que usted carece.

–¡Ah! Va acompañado de otros hombres. Ahora entiendo.

–No creo que lo entienda, Alí, y mucho menos si yo le explicara cuál es esa protección tan especial –replicó Ámbar con acento amenazador–. Cambiando de tema, creo que la única forma de salir de aquí es siguiendo a mi poni. Me parece que estuvo aquí antes de caer conmigo y pudo salir, porque llegó a mi lado mojado y embarrado.

Lo hicieron así y todos los hombres, portando las pocas teas que quedaban encendidas, siguieron a Ámbar, que montaba en su poni.

Al llegar a la encrucijada, volvió a sentir un airecillo, esta vez a su izquierda. Quiso detener al poni, pero este dobló diligente a la izquierda y continuó una ruta que, al parecer, solo él conocía.

A medida que avanzaban, los hombres se iban impacientando. Ámbar no. Ella iba muy tranquila confiando en su *muhar*.

Cuando estaban perdiendo toda esperanza de salir a la superficie, advirtieron que el pasillo que pisaban estaba comenzando a convertirse en una pendiente y que, al llegar a una planicie, comenzó a ir definitivamente hacia arriba.

–¡Estamos subiendo! –gritó Alí para animar a sus hombres.

El grito también animó al poni, que subió la cuesta casi trotando.

–¿Se ve algo de claridad allá delante? –preguntó un hombre gigantón de los más rezagados.

–No –dijo Alí–; pero tal vez sea de noche.

–Allá abajo nunca sabíamos si era de día o de noche –agregó uno de los seguidores de Alí.

Ámbar no se podía explicar cómo unos seres humanos habían sido capaces de sobrevivir tanto tiempo en esas mazmorras. Le habían contado que algunos de ellos habían sido hechos prisioneros cuando eran jóvenes y ahora abandonaban la prisión con el doble de edad, después de haber sufrido hambre, sed, miseria, torturas, vejaciones sin fin. Y ahora no habían recuperado la libertad por la misericordia de sus opresores, sino por un fenómeno fortuito, un terremoto. No los liberaron los hombres, sino las fuerzas de la naturaleza que, esta vez, estaban a favor de los oprimidos.

Alí tenía razón. Estaban saliendo al exterior, pero no veían nada porque era de noche, sin luna, sin estrellas, una noche cerrada y sombría. La naturaleza continuaba mostrándose benigna con los evadidos, parecía haberse convertido en su cómplice.

El pasillo por el que habían avanzado durante tanto tiempo salía a una abertura estrecha entre dos rocas unidas en la parte superior. Semejaba una puerta, perforada a lo ancho en una roca grande, no así a lo alto y, tal vez por eso, pasaba inadvertida. Otra roca hacía las veces de biombo que ocultaba la entrada del pasillo a la vista de los extraños.

Celebraron la llegada al exterior con abrazos y golpes en la espalda, pero nadie lanzó la más mínima exclamación. Estaban en zona de alto riesgo.

Alí y Ámbar orientaron a los hombres que, por llevar mucho tiempo encerrados, desconocían el terreno y no sabían hacia dónde dirigirse. Tardaron un tiempo en explicarles cómo abandonar la aldea.

Antes de contar hasta diez, los prisioneros, convertidos en hombres libres, desaparecieron engullidos por las sombras de la noche.

–Supongo que sus caballos estarán escondidos en el patio de Milo, la señora que nos ha socorrido tantas veces. Espero que el terremoto no los haya dispersado.

Hacia allá dirigieron sus pasos, ocultándose tras los muros y las ruinas del castillo antes de abandonarlo. Al llegar a la aldea optaron por ir corriendo por detrás de las casas, que, por ser bajas, habían sufrido muy poco con la horrible catástrofe que asoló el lugar. Ámbar caminaba al lado de su poni, que Alí había cubierto con su capa negra.

En la casa de Milo, todos dormían menos el jovencito, que, al escuchar pasos, salió de la cabaña donde estaban escondidos los caballos y al reconocer a Ámbar le indicó que los animales habían comido y descansado desde que ella se ausentó.

Al comprobar que estaban decididos a partir, Kamal desapareció un momento y volvió con su madre. Ámbar le agradeció los servicios, entregó una moneda de oro al joven y se despidió de

ellos, disponiéndose a emprender el viaje con el grupo de Alí. Cuando los caballos estuvieron listos con sus monturas, uno de los hombres dijo:

Nos faltan las armas. Debemos ir por ellas. Sé dónde quedaron. Que alguien me acompañe.

–Yo iré con usted –se ofreció Ámbar.

–¿Usted?

–Sí, que vaya contigo –intervino Alí al ver la cara de ironía de su compañero–. Se ve que no conoces los trucos que tiene esta...

Ámbar lo detuvo con una mirada fulminante que tampoco percibió esta vez, porque la oscuridad continuaba defendiéndolos a uno del otro, aunque el joven sí se contuvo al notar el movimiento brusco de ella.

Otro hombre se ofreció a acompañarlos, porque las armas eran pesadas y no podrían trasladarlas entre ellos dos.

Alí los miró alejarse, mientras una sonrisa asomaba a sus labios. «Parece que les da miedo ir solos con esa brujita», dijo para sí mismo y se acercó a los caballos para revisar si las albardas estaban bien atadas con las cinchas.

–No hay peor accidente para un caballero que caer al suelo con montura y todo por no haber apretado bien las cinchas.

La suya era una cincha maestra, la que consta de una sola pieza ancha y que sujeta toda la montura al caballo.

Acarició el cuello de su animal, y ese gesto tan sencillo introdujo en su mente una serie de imágenes de su pasado más reciente, montado en esa magnífica cabalgadura, recorriendo tierras de su amado país en compañía de hombres valientes que arriesgaban todo por conseguir la libertad. ¿Valía más eso que el amor de una esposa? ¿Qué era más importante para él, formar un hogar o continuar con sus luchas, con sus utopías, como decía Ámbar?

Lanzó un gran suspiro y sacudió la cabeza para liberarse de esos inoportunos pensamientos. No era el momento de tomar decisiones. Lo dejaría para después. Tenía que hablar nuevamente con Ámbar y hacerle muchas preguntas.

Pronto llegaron los hombres con las armas; al parecer, no habían tenido problemas.

Uno de ellos se acercó a Alí y le dijo:

–Tenías razón. Sin ella no habríamos encontrado las armas.

–¿Cómo así? –preguntó Alí–. ¿Qué pasó?

–En realidad no sé lo que pasó. Yo me dirigí al lugar donde había visto las armas, pero no las encontré. Al salir me topé con esa mujer y con mi compañero, que ya salían cargando las armas. «Ella sabía dónde estaban», me dijo mi compañero. ¿Lo habrá dicho para humillarme?

–No, hombre, no lo tomes así –lo animó Alí–. Lo que pasa es que Ámbar tiene muchos trucos. Ahí está, hablando con la dueña de casa.

Milo le entregó una bolsa con provisiones y ella le pagó con otra moneda de oro.

La mujer no quería aceptarla.

–Ya nos ha dado mucho dinero. Guarde esto para su viaje. ¿Qué va a hacer si se le acaba? Lo va a necesitar.

–No se preocupe –respondió Ámbar montando en su *muhar*–. No se acabará nunca.

Los hombres recibieron las provisiones y montaron a su vez, dando las gracias a Milo y al muchacho que permanecieron mucho tiempo viendo cómo se alejaban silenciosamente del lugar.

–Espero que no les pase nada. Hay tanto peligro por todas partes –dijo la madre apoyando un brazo sobre los hombros de su hijo. De esta forma ambos entraron en el hogar.

–No les pasará nada, madre, no te preocupes. Son varios hombres valientes y esa mujer también lo es. Lo que a mí me inquieta es la suerte que han sufrido Antún y esa joven tan hermosa que se fue con él.

Milo afirmó varias veces con un movimiento de cabeza.

–Tienes mucha razón. A mí también me gustaría saber de ellos. Pero no lo conseguiremos. Tal vez no volvamos a tener noticias jamás. Pero tú sabes, hijo, que Al’la es grande y generoso. Antes de dormir le pediremos que proteja a Fadua, a Ámbar y a sus amigos.

–Estoy muy contento. Con la moneda de oro que gané, me compraré un poni como el de Ámbar.

–No creo que te alcance, ni sé dónde lo podrás encontrar. Jamás había visto un *muhar* en toda mi vida, ni siquiera se ven en las ferias de animales. Tal vez te llegue para un camello pequeño. Ahora debemos dormir. Ya sabes, mañana tendremos que ayudar a levantar escombros de la calle. Este terremoto ha sido devastador. Buenas noches, hijo.

–Buenas noches, madre.

No fueron tan buenas. Apenas estaba amaneciendo, cuando Milo y el joven despertaron al oír el galope de un caballo que se detuvo ante la casa. El abuelo también se levantó, preguntando a qué se debía ese ruido.

Se asustaron tanto al escuchar violentos golpes en la puerta que ninguno se atrevió a abrirla. Siguió un silencio que fue interrumpido por un golpe seco que echó la puerta abajo. Pasando por encima de ella avanzó un hombre alto y fuerte, cubierto con una capa negra, que dio grandes zancadas por la vivienda. Miró por todos lados, levantó las pieles de los rincones con la punta de su cimitarra, dio vueltas alrededor de los dueños de casa, que se habían abrazado tapando sus caras.

–Me han dicho que ustedes han ocultado a una joven muy bella que viaja con un manco y con una vieja. ¿Dónde están? –gritó con una voz espantosa.

Como no recibiera respuesta, pinchó el trasero del viejo con su arma.

–¡Habla! –le gritó al oído–. ¿Dónde se ha escondido? ¡Habla o te mato!

–No sé a quién se refiere –respondió el viejo temblando de miedo–. Jamás he visto aquí a una joven tan bella.

–¡Ven aquí! –gritó a Milo, amenazándola con su curvo sable–. ¡Ven aquí! Me vas a decir enseguida, ¿dónde está toda esa gente?

–Aquí no hay nadie, se lo aseguro. Puede entrar y revisar todo –contestó ella, reprimiendo su angustia.

El hombre se quitó la capa y entró al patio. Miró por todos lados y pasó a la cabaña del fondo. No había nada, todo estaba vacío, exceptuando un par de ovejas y otro de cabras.

–Mamá, ese hombre lleva pendientes de oro –susurró el muchacho.

–No hables, ni te muevas, ni respires. Estos hombres malos secuestran a los niños como tú. Escóndete aquí, entre tu abuelo y yo, bajo mi túnica. Ahí viene otra vez. ¡No te muevas!

Volvió golpeando el suelo, haciendo estremecer la tierra con sus pasos. Revisó con su mirada de buitre cada rincón de la vivienda, hasta que al fin se volvió satisfecho. Gracias a su altura y a la claridad que empezaba a entrar a través del hueco de la puerta, había podido ver la repisa y lo que había sobre ella.

–Una moneda de oro –dijo el hombre, arrastrando las palabras–. Me dirán ahora, ¿de dónde sacaron esta moneda? Seguramente ustedes son tan ricos que pueden ir dejando monedas de oro

sobre los estantes ¿no es así? Usted, viejo, cuénteme de dónde salió esta moneda. ¿Quién se la regaló?

El abuelo estaba realmente asustado. Él no había visto ninguna moneda de oro, ni sabía que su hija y su nieto habían recibido algunas, así que, con toda honestidad, respondió:

–Nadie nos ha dado monedas de oro. No he recibido dinero de nadie. –Comprendió que ese hombre violento y astuto no le creería, así que agregó–: ¿Cree usted que si yo hubiese recibido esa moneda la iba a dejar ahí, a la vista, sobre esa repisa? No, señor, la habría guardado bien escondida. Vamos, hija, dile a este señor si habías visto esa moneda alguna vez.

Milo negó con la cabeza.

–¡Habla! –gritó el bandido–. Cuéntame cómo conseguiste esta moneda. ¿Te la dio la bella joven o la vieja arrugada? ¿Qué servicios les hiciste para que te pagaran tan espléndidamente? ¡Habla! Si no lo haces, mataré al viejo. –Cogió la cimitarra y la apoyó en el hombro del pobre viejo con tal fuerza que este cayó de rodillas.

–Eso no, por piedad. Al’la es testigo de que yo no sabía nada de esa moneda. Tampoco sé quién la puso allí.

–Pero sí sabes dónde están los que busco, ¿no es cierto, mujer? Así que empieza a decirme dónde están escondidos o cumpliré mi amenaza.

Apretó el filo del arma al lado derecho del cuello del abuelo, produciendo una herida que empezó a manar sangre. Milo se apretó contra el viejo, que sudaba a mares de miedo y debilidad.

–Nosotros...; yo solo sé lo que sabe todo el mundo en la aldea. Todos los vimos marcharse en dirección al oriente, ayer al atardecer. Pero nadie sabe hacia dónde iban.

El sádico bandido no se dio por satisfecho, aunque captó que las palabras de la mujer eran sinceras. A pesar de eso, presionó más el sable en el cuello del abuelo y la sangre saltó a borbotones. Acto seguido limpió el arma en la blanca túnica del herido, la envainó, se puso la capa y tiró la moneda al suelo.

–No la quiero –dijo con desprecio y reverencia a la vez–. Supongo que es una moneda embrujada que la vieja dejó allí cuando nadie la veía. Habrá echado algún maleficio contra el que la coja sin ser el destinatario elegido por ella. Conozco bien a esas brujas.

–Es usted un asesino, merece cualquier maleficio o maldición. Ha matado a mi padre –sollozó Milo–. Al’la lo castigará.

Al salir de la casa, el asesino volvió la vista atrás y gritó:

–Al’la no castiga al que mata a un viejo. Tampoco me castigaría si te matara a ti, porque eres una simple mujer. Pero no temas; no te mataré. Algún día pasaré a hacerte una visita, ya que has quedado sola –terminó diciendo, y lanzó una horrible carcajada mientras montaba en su caballo, que lo esperaba impaciente, y se lanzó al galope en dirección al este, por donde recién estaba empezando a despuntar el sol.

## LA ABLACIÓN

Lejos de allí ocurría una extraña escena protagonizada por tres mujeres cubiertas con velos negros, cosa bastante normal en esa región, sentadas en la arena con las piernas cruzadas, expectantes ante el menor asomo de movimiento o de la aparición de un ser humano por esos contornos. Nada parecería raro a un observador profano en la materia; sin embargo, lo insólito se percibía en el aspecto vigilante de las mujeres, en la soledad más absoluta del lugar donde se encontraban y en la hora; la hora hacía sospechar que algo inusual estaba ocurriendo, porque no era normal que tres mujeres hubiesen decidido sentarse en el suelo en mitad de un lugar desolado, sin niños, sin corderos, sin cabras, sin camellos, sin jaima, sin hombres, cuando aún era de noche; cuando todavía no había el menor vestigio de la claridad del sol.

No obstante, estaban allí, aparentemente tranquilas, esperando. Cada cierto tiempo una de ellas se levantaba y subía a la duna más cercana para otear a derecha, a izquierda, por todos lados, buscando lo que esperaban, y luego bajaba a sentarse al lado de las otras dos, sin decir palabra; mudo lenguaje que las otras entendían perfectamente y respondían con un gesto que venía a significar: debemos tener paciencia.

Permanecieron allí, quietas, sin hacer el menor ruido, como si temieran alterar el maravilloso silencio del desierto, ese silencio que hasta los animales respetan tanto que, incluso, han llegado a adquirir con el tiempo, millones de tiempos, aspectos anodinos, humildes, rastreros, casi invisibles, para no perturbar la paz de esas arenas infinitas. La serpiente se arrastra por debajo de las sábanas tibias del desierto, para no ser oída; el alacrán, el escorpión se esconde entre las rocas o bajo las arenas tímidamente a pesar de su uña envenenadora y solo se asoma cuando la oscuridad acompaña al silencio y a la solitaria e inmensa extensión de esa geografía.

Ausentes a todo, las tres figuras negras sentadas, semejantes a tres negros buitres con las alas abiertas echados sobre la arena, no se movían, permanecían inclinadas, acercando sus cabezas hasta formar una sola y estrambótica silueta que haría temblar al más osado, hechizándolo.

Un leve sonido lejano rompió el hechizo. Los buitres alzaron sus alas, las cabezas se separaron, una de las figuras se levantó una vez más y se acercó, veloz, a la duna y desde allí miró a los cuatro lados. Ante un gesto suyo, las otras dos se acercaron a ella y pudieron ver al causante del ruido.

Un jinete que se había acercado al lugar desde el lado este, había desmontado de su camello y se había arrodillado en el suelo e inclinado su cabeza y sus manos en dirección a la Meca. Era la hora de la oración y las mujeres inclinaron sus cabezas. Pero, antes de hacerlo, sus miradas se recrearon observando la belleza del conjunto: el hombre en oración envuelto en sus blancos ropajes y su camello, esbelto y elegante, contrastando con el sol que estaba apareciendo ante ellos, en el horizonte lejano, inundando la oscura soledad con un baño de luces horizontales, discretas y amistosas.

La oración no fue muy larga. El jinete tenía prisa. Montó en su soberbia cabalgadura y continuó su viaje hacia el oeste.

Las mujeres volvieron a sentarse muy juntas pero sin abandonar la duna. Los rayos del sol pronto harían más acogedora y tibia su postura, sobre la elevación del montículo. No corría

ninguna brisa, la arena no se movía, el paisaje estaba totalmente despejado. La claridad del sol naciente, con sus rayos horizontales, dibujaba extrañas figuras sobre la arena; infinidad de pequeños collados iluminados dejaban entre sí oscuros espacios parecidos a huellas de ciempiés gigantes.

Pero las figuras negras no eran conscientes de las maravillas que a su alrededor pintaba el astro sol; ellas solo oteaban misteriosamente los contornos, manteniéndose en continua alerta a pesar de su posición de aparente ociosidad. Así permanecieron hasta que el sol ya inundaba el lugar con un manto de claridad que arrastraba desde el oriente. Entonces un extraño ruido hizo que las tres levantaran la cabeza al unísono. Era una melodía tocada con un extraño instrumento que escuchaban por primera vez. Se levantaron poco a poco. El sonido se hacía cada vez más nítido. Una de ellas canturreó «*Ya retne ter*». Las otras la miraron asombrada.

–¡Ah! Ustedes no conocen esta canción porque son extranjeras, pero aquí todos la conocemos y la cantamos.

–Suenan bonito. «*Ya retne ter*»... Si yo pudiera volar –comentó otra, y la tercera agregó:

–Seguramente son gentes buenas las que se acercan y querrán ayudarnos. Los bandidos no se anuncian tocando una linda melodía como esa. –Extendió su brazo hacia el norte y gritó–: Allí vienen.

Dos camellos aparecieron a lo lejos con un jinete cada uno. Venían con un andar lento y sosegado. Uno de ellos era el causante del melodioso ruido.

Tardaron en llegar, pero cuando estuvieron cerca, las tres mujeres muy cordialmente los saludaron.

–¡*Salam eleikum!*

–*Eleikum salam* –respondió Antún, guardando su instrumento entre los pliegues de su túnica, y sentenció–: *Levantarse temprano se compra a precio de oro.*

–Señores, señores, por favor, detengan sus camellos y vengan con nosotras –imploró una de ellas–. Necesitamos ayuda. A cambio le podemos ofrecer un desayuno abundante con pan recién hecho.

«*Cuando te dieran la vaquilla, corre con la soguilla*», pensó Antún. Intentó consultar con Fadua pero vio que dormía apaciblemente con la cabeza caída sobre el pecho.

–Eso haremos de inmediato –respondió, saltando acrobáticamente del camello, sin esperar a que este se sentara–. ¿Hacia dónde debemos ir y en qué debemos ayudar?

Con gestos las mujeres le indicaron que las siguieran y eso fue lo que hizo Antún, cogiendo las riendas de los dos camellos, sin pensar siquiera que podría tratarse de una trampa, tal era la ansiedad que sentía por comer un pedazo de pan caliente.

Las mujeres lo guiaron hacia una pendiente donde milagrosamente y como por encanto apareció una jaima, pequeña, baja y negra, que daba la impresión de inhabitable por su tamaño tan excesivamente pequeño.

Antún despertó a Fadua e hizo que la camella se sentara para que ella pudiese desmontar con facilidad. Al pisar tierra, Fadua se quitó el velo, lanzando un profundo suspiro.

–¿Hemos llegado? –preguntó–. ¿Dónde está Alí?

Las otras mujeres se asustaron al comprobar su desplante al quitarse el velo y hacer preguntas antes de saludar.

Para romper el hielo, Antún se presentó.

–Mi nombre es Antún y esta es la famosa doncella, doña Fadua de Homs –dijo esto con un tono festivo–. Pero no se preocupen por ella. No se ha repuesto aún de unas aventuras adversas que ha

sufrido y lo peor es que no ha podido encontrar a su bienamado Alí y pregunta por doquier para saber si alguien lo ha visto. Pero es muy buena y afectuosa y las ayudará en lo que le pidan.

–Primero vamos a desayunar –dijo la que parecía más espabilada–. Siéntense aquí. Yo misma les traeré pan y queso.

Así lo hicieron y disfrutaron de un exquisito queso de cabra con pan tierno. También les ofrecieron leche de cabra.

–Nuestra camella tenía leche muy buena –explicó Antún–, pero ya se le acabó.

Fadua no hablaba, ni siquiera oía. Su mente permanecía ausente. «No se da cuenta de nada de lo que ocurre a su alrededor, ni ve a las personas que la están atendiendo. *Es como el camello que no ve su propia joroba*. Pero, por lo menos, está comiendo», pensó Antún.

–Nosotras estamos solas aquí, porque nuestros hombres fueron secuestrados por los soldados –empezó a contar una de ellas–. Ahora solo vivimos nosotras tres con dos hijas. Son pequeñas aún.

–¿No tienen hijos varones?

–Sí, pero tuvieron que huir para no correr la misma suerte que sus padres. Nosotras tuvimos que escondernos, abandonar nuestros hogares. Yo soy de An’Nabek y ellas son de otro país que está mucho más al sur que Egipto.

–¡Son extranjeras! –exclamó Antún–. Eso es muy interesante.

–Sí, son extranjeras. Son parientes lejanas de mi marido. Vinieron a conocernos y se quedaron aquí con nosotros. Una de ellas tiene una hija de nueve años. Su marido la había prometido a un hombre mayor que se iba a casar con ella y se la iba a llevar a su país. Todo estaba preparado. El hombre ya les había entregado un camello por ella.

–Entonces nos sorprendió la desgracia –continuó otra de las mujeres, la que, según descubrió Antún poco después, era la madre de la niña que se iba a desposar con un hombre que tenía cuarenta años más que ella–. Los soldados asaltaron nuestro hogar y se llevaron todo lo que tenía más valor para nosotras: nuestros hombres y nuestros camellos. Mi hija estaba preparada para la boda, ya se le había practicado la ablación y todo falló...–se interrumpió sollozando.

Esto último lo dijo dirigiéndose a Fadua, cogiendo una de sus manos para hacer más patético el relato. La joven de cara arrugada salió de su estado de éxtasis, y ante la admiración de Antún, preguntó:

–¡Ablación! ¿Qué es la ablación?

–Es la extirpación, la mutilación del clítoris –explicó la mujer que llevaba la voz cantante–. Es un corte que se da a la parte saliente de los labios inferiores de la mujer.

Como advirtió que Fadua continuaba con cara de no entender nada, se acercó a ella y le habló al oído, ante un gesto aprobatorio de Antún, que se alejó unos pasos del grupo.

–¿Para qué han hecho eso a su hija? –preguntó Fadua.

–Es una tradición muy antigua, que todas las mujeres deben cumplir antes de casarse. Es una obligación.

–¿Para qué? ¿Por qué? –insistió Fadua.

–Para evitar los deseos sexuales en la mujer –intervino la madre de la niña–. Eso es lo que me explicaron mis abuelas, mis tías, mi madre, cuando me lo hicieron a mí y es la explicación que recibieron ellas cuando fueron mutiladas.

Fadua volvió a abstraerse consternada, pero la mujer no lo permitió.

–Haga algo por mi hija, por favor. La herida se le ha infectado. ¡Ayúdenos! Llévela en su camella a algún lugar donde algún médico la sane.

–Ámbar –dijo la joven–. Traigan a la pequeña, yo la salvaré.

–Pase, entre en la jaima y vea a la niña.

Fadua entró sin ver. Dentro había una absoluta oscuridad, pero poco a poco sus ojos se fueron acostumbrando hasta percibir la figura de dos niñas recostadas sobre pieles de cabras. La mayor estaba durmiendo de espaldas, con las piernas abiertas.

–Mire cómo tiene esto mi pobre niña.

Fadua apretó los labios con una mano para no lanzar una exclamación de horror.

–Pero ¿qué es esto? –dijo acercando su cara a la herida de la pequeña–. La han cosido con hebras de lana de oveja. La herida está sucia, inflamada. Esta niña tiene fiebre –dijo después de tocarle la frente y las manos–. Traigan agua. Vamos a lavarla y a darle algo de beber.

–¡No! –exclamó la madre–. No debe beber, para que no orine.

–Si no bebe, morirá –gritó Fadua–. ¡Ámbar! ¿Dónde está Ámbar?

Antún escuchó los gritos de Fadua y se acercó a la entrada de la jaima.

–Antún, corra, vuela. Traiga a Ámbar, pronto. Esta niña se está muriendo. –Como él no se moviera, volvió a gritar–: Tiene que venir ahora mismo y traer sus potingues. ¡Corra! ¡Vuele!

El joven manco se alejó unos pasos y quedó un momento pensativo. Metió la mano entre los pliegues de su túnica y sacó las dos cajitas. «La azul es para devolver la belleza a Fadua. La otra es una medicina maravillosa», había dicho Ámbar. «Ahora veremos si es verdad», pensó Antún. Guardó la azul y entró en la jaima.

–Esto le manda Ámbar –dijo Antún, confiando en que la ausencia de cordura que sufría Fadua por esos días le impediría descubrir el engaño–, ha dicho que usted se la aplique a la niña en la parte dañada y en la frente.

Ella se la arrebató de las manos. Sus dedos temblorosos abrieron la cajita. Su rostro brillaba de alegría al decir para sus adentros: «El elixir mágico de Ámbar. Ella permite que yo sane a esta niña. Lo haré en el nombre de Dios, en el nombre de Al’la».

La niña había empezado a gemir entre sueños.

–¡Pobre pequeña! No te preocupes. En el nombre de Dios, de Al’la, esto te sanará –dijo Fadua con auténtica devoción, mientras aplicaba la crema en la frente y en la herida de la niña.

–*Inchal’la* –dijeron a coro las tres mujeres.

Se levantó con solemnidad, cerró la cajita y dijo rotunda y definitivamente:

–Pronto sanará. Preparen leche y alimentos para ella si no quieren que se muera de hambre y sed.

Las mujeres no se movieron. Continuaban mirando a Fadua con incredulidad. Solo obedecieron cuando ella batió las palmas con energía.

Pasados unos angustiosos momentos, la niña pudo comer y beber a sorbitos sin abandonar la posición; pero sus ojos se abrieron y una sonrisa se dibujó en sus labios secos.

Las mujeres dieron suaves gritos de alegría. La madre de la pequeña besó las manos de Fadua, que, para ocultar su emoción y acabar con las expresiones de gratitud, pidió a las mujeres que le explicaran de dónde venía esa horrible costumbre de mutilar a las jóvenes vírgenes. Pero ellas no lo sabían. Lo poco que supieron decir ya lo habían dicho. Era una costumbre sagrada que se transmitía de generación en generación, que obligaba a todas las mujeres. Ninguna podía llegar al matrimonio sin haber sufrido esa operación, porque se exponía a que el marido la repudiara y la echara a la calle.

El cerebro de la pobre Fadua, bastante perturbado, trabajaba a cien. ¿Qué hacer? ¿Qué decir? La tradición de los pueblos, las costumbres ancestrales, eran los auténticos monumentos inamovibles de las creencias de los hombres. ¿Quién podría cambiarlas? Su cabeza, más afiebrada que la de la pequeña, trazó un plan de ataque, un proyecto para liberar a todas las mujeres del mundo de tantas abyecciones: ablación, velos, burkas, matrimonios concertados, comercio de mujeres, secuestros, violaciones. En ese plan gigantesco que vislumbraba en sus pensamientos, ella era la heroína que dirigía un gran ejército de mujeres: los ochenta millones de mujeres que habían sufrido la ablación, y el resultado era, naturalmente, un mundo nuevo habitado por mujeres no sometidas por los hombres ni por las viejas tradiciones, sino compartiendo con ellos la vida de igual a igual.

Pero ¿y si esas mujeres no quisieran seguirla? Comentó su plan con las tres mujeres, que, al salir de la jaima, habían vuelto a cubrirse con los velos negros; por lo tanto, no pudo ver sus miradas despavoridas mientras la escuchaban, pero sí vio los gestos negativos de las tres cabezas cuando terminó de hablar.

—Doña Fadua —dijo una de ellas—, ilustre doncella. Nosotras agradecemos su ayuda, pero no intente querer destruir una tradición que nació con nuestras más antiguas generaciones y que es apoyada por nuestra fe. Usted pertenece a una religión y a unas costumbres distintas; no puede entender las nuestras. Si alguna vez esto tuviera que cambiar, lo intentaremos nosotras mismas, no se preocupe.

Terminado su discurso, la mujer entró en la jaima y salió con un bolso de piel de cabra, muy bonito.

—Esto es para usted —le dijo—. Y esto es suyo —agregó, entregándole la cajita que Fadua había olvidado al lado de la niña.

Pero antes de entregarle la cajita, realizó una extraña ceremonia. La abrió, untó dos dedos y con ellos aplicó el elixir sobre la frente de Fadua.

—Que Al'la la ampare y la colme de bienes y la proteja de los peligros —dijo misteriosamente.

Fadua guardó la cajita en el bolso que había recibido y, al hacerlo, comprobó que dentro había queso y pan.

Ayudada por Antún, montó en Aliante y antes de partir se volvió para despedirse de las mujeres.

—*Chucrán* —les dijo, y animó a su camella—. Gracias, muchas gracias —les gritó, mientras se alejaba sin saber hacia dónde.

—*Al'la maakon* —gritó Antún despidiéndose—, Dios quede con ustedes.

—*Al'la maak* —respondieron ellas—. Dios esté contigo.

—Y ahora —dijo Antún, sacando su armónica—, rumbo a Homs.

**¡HAMDEL'LA!**

Cuando abandonaron la aldea, Ámbar enfiló hacia el sur, seguida por Alí y los demás hombres. Estaba segura de que, si cabalgaban con cierta rapidez, alcanzarían a Fadua y a Antún antes de que llegaran a Homs. Le parecía urgente e importante conseguir que la joven recobrase la cordura y hablase con Alí a solas, sin presiones de ningún tipo, mucho menos de la madre, para llegar a acuerdos definitivos sobre el futuro inmediato de ambos.

Curiosamente esos mismos pensamientos bullían en la cabeza de Alí, que no se perdonaba el no haber hablado con Fadua cuando estuvo tan cerca de ella en la jaima donde estaba secuestrada.

Por eso, acuciaba a su caballo de tal forma que muy pronto pasó a encabezar el grupo.

–Ámbar, tenemos que hablar –le gritó al pasar junto a ella y le indicó unas rocas que se avistaban más adelante.

Hacia allá enfilaron sus cabalgaduras y, aunque el sol recién estaba apareciendo, les pareció oportuno resguardarse entre las rocas para no ser vistos.

–¿Qué pasa, Alí? –inquirió Ámbar alarmada.

–No hemos hablado. Necesito conocer sus planes y usted debería saber los míos. –Alí hablaba rápido y nervioso–. Para empezar, quiero saber dónde está Fadua y qué pasa con ella, qué planes tiene. Dígamelo, por favor.

–En estos momentos, como ya le dije antes, debe de estar llegando a Homs, acompañada de Antún. –A medida que hablaba, Ámbar estudiaba el rostro de Alí–. ¿Qué le pasa a usted? Lo noto demasiado tenso.

El joven dio una vuelta alrededor de Ámbar con las manos unidas a la espalda, dando grandes zancadas; la cabeza gacha, el ceño fruncido, y, aunque parecía mirar sus propios pies, su mirada no estaba fija en ellos ni en la arena. Estaba absorto.

Ella lo miró en silencio, comprensiva. En esos momentos Alí estaba decidiendo su destino, estaba calibrando las dos vidas que se le estaban ofreciendo, las dos opciones que tenía ante sí. Debía dar su fallo sin titubeos, definitivamente; la boda, con todo lo que significaba: radicarse en un lugar, trabajar, tener un hogar, hijos y a su amada Fadua siempre a su lado; o la lucha contra la opresión de su pueblo, correr riesgos y peligros, renunciando a lo que más amaba.

Se detuvo, mirando fijamente a los ojos de la joven arrugada, esos ojos cuyo brillo hacía un torpe contraste con esa piel. La miró un largo rato, sin verla, como si quisiera inspirarse en esa fuente de sabiduría que estaba seguro que ella tenía en su cabeza. Ámbar sostuvo la mirada en espera de un largo discurso que no llegó. En vista de ello, intervino.

–Alí, creo que estamos perdiendo el tiempo. Escúcheme, por favor. Si nos damos prisa, alcanzaremos a Fadua antes de que llegue a su casa en Homs y usted podrá hablar con ella. Tomarán una decisión los dos juntos. Es justo que ella también dé su opinión, ¿no le parece?

Era la frase que Alí estaba esperando.

–Gracias, Ámbar. Tiene razón. No debo dejar a Fadua al margen de mis decisiones; ella tiene derecho a intervenir, por supuesto que sí. –Más animado, gritó–: ¡Continuamos viaje! ¡A todo galope!

Una nube de arena los fue acompañando durante el trayecto. Galoparon hasta cansar a las bestias.

Cuando el sol alumbraba verticalmente, hicieron un alto en el camino. Comieron todas las provisiones que Milo les había entregado, bebieron y descansaron. Otro tanto hicieron los caballos de los hombres y el *muhar* de la joven.

De pronto Ámbar se levantó sobresaltada.

–¡Son ellos! –exclamó, tratando de descubrirlos en la lejanía, pero no lo consiguió–. Esa música es la melodía favorita de Antún. Tienen que ser ellos, pero no es posible. El sonido viene del lado que no es, viene de detrás de nosotros. O sea, que los hemos pasado, sin verlos.

Para salir de su curiosidad, montó en su poni y se alejó galopando en dirección al sonido de la armónica.

Al fin los divisó, lejos, bastante lejos. Quiso esperarlos, pero tras advertir que venían con exagerada lentitud, decidió salirles al encuentro.

–¡Ámbar! ¡Ámbar! –gritaron los dos cuando la reconocieron desde lejos–. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Al encontrarse, desmontaron y las dos mujeres se abrazaron con verdadero cariño.

–Tengo tantas cosas que contarle, Ámbar –dijo Fadua–. ¡Imagínese! Gracias a sus potingues sané a una niña de nueve años. Tome su cajita; es milagrosa.

–Niña Fadua, usted está muy bien –se alegró Ámbar al comprobar que la joven se manifestaba bastante equilibrada–. Antún, veo que ha cumplido muy bien su trabajo. Montemos otra vez y, mientras avanzamos, me cuentan sus aventuras. Pero antes, deme la cajita azul.

Él se la entregó visiblemente contento, reflejando en su rostro la alegría que experimentaba de antemano al imaginarse que vería de nuevo el bello rostro de Ámbar. La había soñado durante todo el camino.

Adivinando sus pensamientos, Ámbar movió la cabeza.

–No, Antún. Aún no ha llegado mi hora. Pero no se preocupe. Eso está muy cercano. Ahora, esta oportunidad le pertenece a Fadua.

Mientras hablaba le pasaba un poco de crema de la cajita azul por la cara y las manos, y Fadua, milagrosamente, volvió a ser la hermosa joven que Alí había conocido en Homs.

Cuando se pusieron en movimiento, Fadua empezó a narrar la trágica historia de la niña de nueve años, sin saber cómo explicar de dónde habían salido esas mujeres, allí, en esas soledades, ni por qué había una jaima sin hombres. Esos datos los facilitó Antún, que agregó que Fadua estaba en plena forma cuando encontraron a las mujeres, que parecían tres buitres sobre una víctima del desierto.

–Esos velos negros me causan angustia –dijo Antún–. Responden a un fanatismo riguroso.

–Es su costumbre, Antún. Debemos respetarla.

–Como dijo el poeta persa Imami –insistió Antún con severidad–: «Fanatismo y rigor vienen de la ignorancia».

Ámbar rio.

–No recordaba ya su sabiduría, Antún, ni sus refranes inagotables.

Fadua continuó hablando de la niña, de la ablación, de la mutilación y otros agravios y vergüenzas que sufren las mujeres.

A medida que hablaba obstinadamente del mismo tema, la otra joven pensaba en el encuentro, tan próximo ya, de Alí y Fadua. Al fin se iban a encontrar después de tantas aventuras y sufrimientos.

–Ha sido una historia muy conmovedora, Fadua. Sin embargo, quiero pedirles un favor. –Ámbar había detenido a su cabalgadura, gesto que los dos imitaron–. Es mejor que conserven esa experiencia en la memoria, sin olvidarla jamás; pero no la vuelvan a contar a nadie, no la repitan. Mucho menos lo del ungüento que devolvió la salud a la niña.

La miraron sorprendidos y con gestos de incredulidad.

–Me extraña lo que usted nos dice, Ámbar –dijo Fadua.

–Más extraño es lo que usted hace, Fadua. Ya no pregunta usted por Alí. ¿Es que se ha olvidado de él? Solo habla de esa niña. ¿Es ella más importante para usted que Alí? ¿Qué pasa, Fadua?

Sintió lástima al ver la confusión que sus palabras produjeron en el rostro de la joven. Sus ojos volvieron a presentar esa incertidumbre, esa mirada perdida en el infinito.

Ámbar se acercó a ella, cariñosa, impresionada. «¿Qué le sucede a esta niña cuando piensa, se acuerda o le mencionan a Alí? ¿Qué cuerda vital se le ha roto? ¿Qué dolorosa experiencia o fantasía hace que su mente debilitada rechace lo que más ama?».

Recordó que Alí había gritado a Fadua que huyera en la jaima de los secuestradores, mientras él se enfrentaba a los captores. En esa ocasión, ella había obedecido y había escapado rápidamente. ¿De quién había huido? ¿Del peligro de los bandidos o de Alí?

Con las ideas revueltas y confusas en su cabeza, Ámbar la enfrentó.

–Fadua, escúcheme –le habló con ternura, apoyó su mano en el brazo de ella presionando con suavidad, para recuperarla, para hacerla volver en sí–. Fadua, ¿me está escuchando? Quiero decirle algo muy importante, muy urgente. ¡Míreme! –Al fin consiguió encontrar la errante mirada de la joven–. Es posible, Fadua, que más adelante encontremos a Alí. Él también ha estado buscándola. –La sintió temblar bajo su mano–. ¿Desea usted hablar con él? Él la ama a usted, Fadua, y quiere decírselo. Si se encuentra con él, ¿qué le dirá? ¿Desea decirle que lo ama?

Poco a poco los negros ojos de Fadua se fueron tornando dorados, con ese brillo inefable que Alí adoraba.

–Alí –dijo quedamente–, ¿dónde está Alí?

«Mmm –pensó Ámbar–, volvemos como al principio».

–Alí está muy cerca de aquí, Fadua. Está esperándola. Pero permanezca tranquila, no se alborote, no grite, no lance su camella sobre él, por favor. La llevaré a su lado, pero con calma, como una dama, con serenidad y ternura.

La oyó suspirar profundamente. Eso sí que sabía hacerlo muy bien.

–Tengo un potingue que la ayudará –dijo Ámbar, escarbando en su bolsa–; la relajará.

–No, Ámbar. No, no quiero ningún bálsamo relajante. Gracias. Ya ha hecho usted mucho por mí. Ahora me toca esforzarme y enfrentarme a lo que venga, sin dejarme vencer por mis propias debilidades. No soy muy fuerte, lo sé –sonrió al decir esto y puso su mano sobre la de Ámbar–, pero debo hacer frente a mi propio destino. Nada ni nadie debe nublar mi escasa lucidez.

Volvió a suspirar más profundamente que antes y preguntó de nuevo:

–¿Dónde está Alí?

Ámbar indicó con su mano extendida hacia delante y los tres emprendieron de nuevo el camino al encuentro de Alí.

La joven de cara arrugada sonreía feliz. Estaba convencida de que la pregunta de Fadua ya no tenía indicio alguno de ofuscación; era una pregunta lúcida, sensata.

Llegaron enseguida. Los hombres parecían impacientes, esperando a Ámbar, que se había alejado sin explicarles hacia dónde iba.

Alí fue el primero en reaccionar. Tiró lejos las armas que estaba empezando a colgar de su cintura y se apresuró a tender sus manos a su amada.

–¡Fadua! ¡Fadua! –La cogió por la cintura y la levantó en el aire sin esperar que la camella se sentara–. ¡Al fin! Al’la es grande. Te ha devuelto a mi lado.

Se abrazaron y él se inclinó para besarla tiernamente en los labios. Fadua creyó desfallecer. Jamás había sentido algo tan dulce y a la vez tan profundo en todo su cuerpo. No atinaba a decir palabra. Le parecía estar soñando. En su interior repetía: Alí, Alí, Alí, como tantas noches y días, cuando ignoraba su paradero, pero esa palabra mágica no conseguía salir de sus labios.

Suspiró de nuevo, entrecortadamente, y le ofreció sus labios, que lo habían esperado durante tanto tiempo.

Los demás, muy serios y recatados, se habían alejado con prudencia. Una escena como esa no se veía a menudo, incluso estaba mal visto, por no decir prohibido, hacerla en público. Algunos hasta sentían escrúpulos de hacer algo así en la intimidad a la luz del día. Solo de noche y a solas.

Antún rompió el encanto, tocando en su armónica una melodía romántica.

Alí, avergonzado, volvió a la realidad. Cogió la mano de Fadua y, ante la sonrisa irónica de sus hombres y la más comprensiva de Ámbar y de Antún, les dijo:

–¡Nos vamos a casar!

–¡*Hamdel’la!* ¡*Alef mambruck!*

–¡Gracias a Dios! ¡Enhorabuena! –dijeron todos.

## FADUA SIGNIFICA SACRIFICIO

No muy lejos de allí, y haciendo contraste con el claro horizonte, un punto negro avanzaba sobre la hollada arena. A medida que el punto se aproximaba, su tamaño iba aumentando progresivamente hasta que se pudo reconocer en él a una figura humana montada sobre un caballo. Ambos, hombre y animal, eran negros; razón por la cual destacaban sobre el despejado paisaje de forma casi violenta. Eran como un insulto a la amalgama de colores pálidos que inundaba el conjunto.

Su marcha no era rápida. Casi podría decirse que se iban acercando prudentemente, con sigilo y cautela. O bien, que jinete y cabalgadura marchaban sin prisa a causa de un extremo cansancio.

El hombre iba inquieto. Miraba a diestra, a siniestra, a todos lados, oteando a distancia como quien espera ver algo o a alguien.

Continuó avanzando sin dar señales de admiración, ni siquiera de respeto, ante la imponente inmensidad y soledad del desierto.

Parecía actuar bajo la influencia de una idea fija que tenía en la cabeza y estar alerta ante la más mínima alteración de su monótona marcha.

No hizo caso de la hora de la oración, no detuvo su caballo ni desmontó para arrodillarse en la arena inclinando su cabeza hasta el suelo para alabar a Al'la, ni tampoco dio señal alguna de sed, hambre o sueño.

La tarde avanzaba. El sol abandonaba su cénit lentamente. Se detuvo, entrecerró los ojos para vencer la luz que le devolvía la arena candente y poder ver mejor a distancia, pero no encontró lo que buscaba. Reanimó a su caballo para que continuara su camino sin prisa, pero también sin demora. El animal entendió –los caballos siempre comprenden a sus jinetes– y se adaptó a sus deseos, avanzando un poco más rápido que antes.

Esta misma escena se repitió varias veces hasta que, al atardecer, el hombre se puso tenso, tiró de las bridas con violencia para que su caballo se detuviera en seco. Lo que buscaba lo tenía allá lejos, delante de sus ojos. Los pudo ver con claridad meridiana: una mujer sobre una camella, otra sobre un poni y el hombre sobre un camello. Pero ¿quiénes eran esos otros tres hombres a caballo? No contaba con ellos, ni sabía quiénes podían ser. Posiblemente unos extraños que se habían unido a ellos para hacer el trayecto más ameno. Si era así, no tenía nada que temer; esos hombres no le impedirían acercarse a ellas. Pero, por simple prudencia, decidió no hacerlo hasta bien entrada la noche.

Trató de acomodar el paso de su caballo al de ellos para mantener la distancia sin perderlos de vista.

Entretanto, los viajeros que tanto interés habían despertado en el jinete de negro que montaba un caballo de ese mismo color, habían decidido seguir su ruta hacia Homs, sin percatarse de esa inesperada vigilancia.

–Creo que no llegaremos a Homs antes del anochecer –dijo Alí–. Tendremos que descansar unas horas en algún lugar resguardado y reemprender el viaje antes del alba para llegar allá antes de que las calles se llenen de gente y de soldados.

–Hubiera sido mejor llegar de noche –objetó Antún.

Decidieron continuar avanzando hasta que la oscuridad total les impidiera hacerlo. Así, al día siguiente, estarían mucho más cerca de la ciudad y tendrían la facilidad de llegar a ella antes de que amaneciera.

Ámbar y Fadua iban en completo silencio precediendo al grupo con Antún, y más atrás iba Alí con sus dos compañeros. No hablaban.

Desde que todo había sido aclarado entre ellos, ya no tenían nada más que decir.

Fadua viajaba en su camella, totalmente ausente de la realidad. Sus pensamientos, sus preocupaciones se habían detenido en el momento sublime en que Alí la cogió en sus brazos y la besó. Sintió que se moría. Deseó morir en ese instante. Toda su ansiedad, todas sus angustias, toda su locura, habían desaparecido. Sentía una felicidad tan intensa, un hormigueo tan profundo dentro de sí, una sensación tan extraordinaria, tan nueva, que se mantenía absorta y prefería no oír, no hablar, no mirar, no moverse, para no perder esa felicidad, esa sensación, ese hormigueo.

Ámbar la sentía suspirar profundamente de vez en cuando, pero prefería no mirarla para no despertarla de su actitud de arrobamiento. Además, la entendía: Fadua estaba enamorada y ella también. Miró a Antún y con un gesto le propuso que tocara la armónica. Él aceptó encantado la invitación, porque estaba deseando hacerlo, pero la presencia de los tres hombres que los seguían a pocos pasos se lo impedía.

La melodía alegró a los hombres y a los animales, que avanzan con más brío. Así continuaron hasta que la noche los cubrió con sus sombras. Una noche sin luna, solo con algunas estrellas que estaban empezando a aparecer poco a poco en el infinito cielo.

–Por la izquierda se nos acercan unas dunas elevadas –avistó uno de los hombres de Alí–. ¡Vamos allá!

Todos lo siguieron con prisa. Alí los dirigió hacia el otro lado de la duna, para que el sol los despertara temprano, dijo. Desmontaron con calma, movieron las piernas, anquilosadas después de tan larga travesía en una misma postura; llenaron los pulmones de aire e, instintivamente, se acercaron a Ámbar, que estaba repartiendo las últimas provisiones que les quedaban, mientras Antún daba de comer a los animales.

El silencio los siguió acompañando mientras comían y también cuando se fueron acomodando tranquilamente sobre la arena para descansar.

–¡Al fin! –dijo uno de los compañeros de Alí, mientras ataba los caballos a la montura de uno de los camellos–. Ha sido un día muy pesado. Pero ¿qué digo? Han sido varios días muy pesados. No hemos descansado desde hace varias noches.

–Tampoco vamos a poder descansar a gusto esta noche –dijo Alí–. Debemos dejar las monturas colocadas en los animales para tenerlos preparados para cualquier emergencia. Podremos dormir, pero mantenernos alertas.

–Como Argos, el símbolo de la vigilancia –lo interrumpió Antún–. Tenía cien ojos abiertos, mientras los otros cien dormían. Eso mismo debemos hacer nosotros: dormir con un ojo y mantener el otro abierto.

–Bastará con que mantengamos el oído atento –respondió Alí–. Vosotros dos podéis dormir a ese lado, usando uno de los camellos como manta para que os dé calor. Antún y yo dormiremos a este otro lado con la camella, que nos abrigará. Ustedes dos, Fadua y Ámbar, dormirán juntas aquí en el medio, cobijadas bajo estas mantas. Por la noche hace bastante frío.

–Todo está muy bien –dijo Antún–. *Cada oveja con su pareja.*

–Y ustedes ¿con qué se cubrirán? –preguntó Ámbar–. No tenemos más mantas que estas.

–Los camellos nos darán calor. No se preocupe. Duerman tranquilas –respondió Alí, lanzando una cálida mirada a Fadua, que no alcanzó a verla porque la oscuridad se lo impidió.

–¿No sería bueno encender fuego? –preguntó Antún.

Como nadie respondiera, agregó:

–Lo digo para espantar a las fieras.

Tampoco recibió respuesta. Entonces descubrió su error.

–¡Claro! ¡Qué tonto soy! Si no hay leña para hacer fuego. –Guardó silencio un momento y arremetió de nuevo–: ¿Qué pasa? ¿Ya están todos dormidos? Muy normal. Estaban muertos de sueño, como yo mismo. Ven a mí, sueño amigo. –Bostezó, pero solo se durmió después de agregar uno de sus habituales refranes–: *El sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertos.*

¿De dónde sacaría Antún esa memoria de elefante para recordar tantas frases en el momento oportuno?

Solo hacía falta que fuera capaz de decir algo adecuado cuando, pasado un buen rato, en el instante en que todos dormían profunda y tranquilamente, una sombra más negra que la misma noche se introducía en el sitio donde dormían las dos mujeres y, dando un golpe en la cabeza de Ámbar con la empuñadura de su sable, tapaba la boca de Fadua con la mano y la cogía en brazos para trasladarla a su caballo, que lo esperaba a unos pasos de allí.

Fadua despertó asustada, sin saber lo que estaba pasando. ¿Quién la llevaba en brazos y hacia dónde? No era Alí. Él no le taparía la boca con la mano, sino con sus besos. Eso la distrajo un momento, pero reaccionó y mordió brutalmente esa mano asquerosa que le impedía respirar.

–¡Maldita bruja! –gritó el hombre sin soltarla.

Un caballo relinchó y Alí y Antún se levantaron a un tiempo armados con su cimitarra el primero y el otro con el cuchillo que había guardado desde su encuentro con el hombre de los pendientes de oro.

–¿Qué pasa? –gritó Alí–. ¡Ámbar, Fadua! ¿Están bien? –La oscuridad y los ojos cargados de sueño le impedían ver lo que estaba sucediendo. No obstante, levantó su sable dispuesto a herir a la sombra que se movía alrededor de un caballo.

El hombre fue más rápido. Su vista ya estaba acostumbrada a la oscuridad. Sacó su cimitarra del cinto y lanzó contra Alí el filo del arma.

Fadua, que se había liberado de las garras del villano, saltó para defender a su amado, protegiéndolo con su cuerpo.

Antún dio un brinco espectacular que lo mandó sobre la montura del caballo del gigantesco bandido y, sin pensarlo dos veces, le hundió el cuchillo en la yugular.

–¡Miren! Es el hombre de los pendientes de oro –gritó recuperando su cuchillo.

El asaltante lanzó un rugido de dolor y de rabia y con él, su último suspiro, cayendo allí mismo en un charco de su propia sangre.

–Alí –dijo Fadua, mientras él la sostenía en sus brazos–. Dime, Alí, por favor, ¿estás bien?

–Claro que sí, Fadua, estoy bien. Pero dime, ¿qué te pasa? Te siento tan frágil, tan exánime. ¡Antún! Llame a Ámbar. Creo que Fadua se ha desmayado.

Pero Ámbar aún estaba inconsciente a consecuencia del duro golpe que había recibido.

Tardó un poco Antún en hacerla volver en sí y en cuanto ella se enteró de lo sucedido, se acercó rápidamente a su amiga, que en ese momento estaba recuperando el sentido y preguntaba: ¿Dónde está Alí?, sin darse cuenta de que lo tenía a su lado.

–¿Qué pasa, Fadua? ¿Por qué está tendida aquí en vez de estar a mi lado? –Los demás callaron–. ¿Qué ha pasado? –preguntó alarmada.

–Ámbar, Ámbar –rogó Fadua–. Dígame, ¿dónde está Alí?

–¡Dios mío! –exclamó Ámbar angustiada–. Henos otra vez como al principio. ¿Qué ha pasado aquí que esta niña ha vuelto a perder el sentido?

Buscó a Alí a través de la oscuridad y lo encontró sentado allí mismo sobre la arena con las piernas cruzadas y la cabeza gacha apoyada en las manos, en una actitud lamentable. Se acercó a él casi sin verlo; le apartó las manos, palpó su rostro, ¡estaba llorando!

–¿Qué pasa, Alí?

–Fadua está herida, está perdiendo la vida por salvar la mía.

Desesperada, volvió al lado de Fadua arrastrando a Alí con ella. La pobre joven continuaba repitiendo su pregunta.

–Fadua, aquí está Alí, a su lado. –Cogió una mano de cada uno y las juntó entre las suyas–. ¿Lo ve, lo siente? Es su amado Alí, nunca más se separará de usted.

Con rapidez fue a buscar su bolsa y empezó a hurgar y a remover las cajitas en un vano intento por encontrar la que precisaba en esos momentos. La oscuridad no la ayudaba a reconocer los colores.

Se acercó con la bolsa a la joven herida y, para animarla, le dijo:

–No se preocupe, niña Fadua. Usaré mis potingues, usaré mi magia, como bien dice usted, para sanarla. Lo malo es que no veo los colores.

–No se preocupe, Ámbar. Su magia es capaz de sanar a los enfermos, lo sé. Pero usted no puede hacer milagros –dijo Fadua, y agregó–: Alí, abrázame. Abrázame fuerte. *Siento que me estoy muriendo a toda prisa.*

–No se muera, Fadua, por favor –dijo Antún, interviniendo para disimular el silencio de Alí, que no se sentía capaz de pronunciar palabra–. *¿No sabe acaso que la mayor locura que puede hacer una persona en esta vida es dejarse morir?* –Advirtiendo que los demás no tomaban en serio sus palabras, exclamó–: ¡Ah, cuán desgraciado me siento! Es muy doloroso presenciar en esta oscura noche la muerte de esta gran doncella. ¡Fadua! ¡Fadua! ¿Sabían ustedes que Fadua es un nombre muy especial? Tiene un trágico significado. Fadua quiere decir Sacrificio.

Entretanto, Alí acariciaba a su novia, que se moría en sus brazos, y la besaba suavemente en la frente, en los párpados, en las mejillas, en los labios.

Y ella, dulcemente embriagada con esos besos y con su debilidad mental, empezó a entonar una suave canción que inspiró rápidamente a Antún.

–¡Oh, bella canción! Más bella que la música de Orfeo, el cantor de Tracia, quien con la dulzura de sus melodías obraba prodigios tales como amansar a las fieras, adormecer a los dragones, detener las tormentas... ¡Cante, niña Fadua! Continúe cantando. Usted será capaz de vencer a la muerte con su bella canción.

Ella continuaba cantando con un hilo de su dulce voz, mientras Alí continuaba acariciándola y reteniéndola para que nadie se la arrebatara.

*Ya retne ter u ande ynab...*

Si yo fuera un pajarito y tuviera alas...

E, inclinando su cabeza, se durmió en los brazos de su amado.

La entrada en Homs se hizo a plena luz del día. Los que acompañaban al cortejo fúnebre de Fadua no temían a nadie, ni a los soldados ni a la gente que los podía denunciar.

Llegaron solemnemente a la casa de Mannur con el cadáver de la joven, de esa niña que nunca debió abandonar el hogar para salir a buscar a su amado.

La madre y las hermanas recibieron consternadas el cuerpo de Fadua, la lloraron amargamente y, en su dolor, fueron acompañadas por muchos vecinos que acudieron para aliviarles la pena.

Cuando todo hubo acabado, a modo de despedida, Alí besó las manos heladas de su novia y dijo adiós a la familia, pidiendo perdón por estar vivo y ella muerta.

Antún, Ámbar y los dos hombres lo acompañaron y lo siguieron hasta alejarse del centro de la ciudad.

Se detuvieron a orillas del río Orontes.

—Alí, no se equivoque —le dijo Ámbar—. Fadua ha dado feliz la vida por usted. Ya la ha visto. Ha muerto cantando y sin sufrir, porque todas esas situaciones tan angustiosas que le han tocado vivir, coronadas con la última en la que perdió la vida, le trastornaron el cerebro. Yo creo que ella no se dio cuenta de nada.

—No, Ámbar. Creo que la equivocada es usted. Mi amada Fadua murió feliz, porque estaba en mis brazos. Pero no había perdido el juicio. ¡Jamás lo perdió! Ella me amaba, ¿comprende? Ella estaba enamorada y dio su vida por amor. ¿Sabe usted, acaso, lo que es el amor?

—Lo sé, Alí, claro que lo sé. Solo para animarlo le diré una cosa. Tal vez ella ha muerto feliz, principalmente porque comprendió que usted la ama más que nada en el mundo y que estaba dispuesto a abandonar todo por ella, hasta sus más ambiciosos planes. Ahora, la muerte de Fadua le ha dejado el camino libre y ella estará contenta porque sabe que usted podrá dedicar su vida a lo que cree que es su deber.

—Gracias, Ámbar; por sus palabras y por todo lo que ha hecho por Fadua y por mí. Eso es precisamente lo que haré cuando me aleje de aquí. —Se despidió de ella y de Antún y se marchó con sus hombres.

—¡Qué tristeza! —dijo Ámbar—. Usted tenía razón, Antún. Mis potingues no sirven para nada.

Hizo un gesto para tirar la bolsa al río, pero Antún la cogió al vuelo.

—Todavía no —le dijo.

Sacó la cajita azul, la abrió y untó dos dedos en la crema. Con ellos extendió la sustancia sobre el rostro de Ámbar, secando de paso las lágrimas que habían humedecido sus mejillas.

—Ahora sí —dijo Antún regocijado al ver el hermoso y juvenil rostro de su amada—. Ahora podemos irnos nosotros también.

Lanzó la bolsa al río, reteniendo en sus manos un par de cajitas que escondió bajo los pliegues de su túnica.

Animaron al camello y al poni, que, obedientes, avanzaron por el camino, y emprendieron la marcha hacia el futuro, al compás de la música que Antún interpretaba con su armónica.